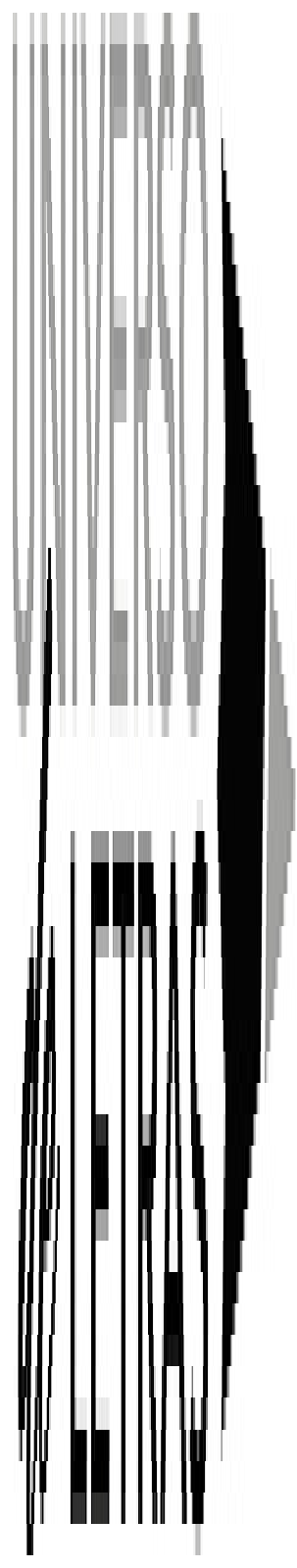
El violeta de los atardeceres
GABRIEL MULEIRO
UNIVERSO de LETRAS

El violeta de los atardeceres

Gabriel Muleiro



El violeta de los atardeceres
Gabriel Muleiro

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Gabriel Muleiro, 2022

Diseño de la cubierta: Elisfa Aguirre Vilchis / Artista Visual
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2022

ISBN: 9788419389305
ISBN eBook: 9788419390349

Para Amelia, Manuel, Sebastián, José e Isolino.

«Las violetas de la puesta de sol, dicen los físicos, se deben a un mayor densidad de aire, sólo atravesado por las ondas cortas. Cuando nada acontece en el cielo, hacia las doce de la mañana, tal apariencia nos inquietaría menos; lo maravilloso es que aparezca por la tarde, en el más trágico momento del día, cuando el sol se pone, cuando desaparece para preseguir un misterioso destino, cuando quizá muere.»

Jean Genet

«¿Debe el arte ser político? El arte y la política no se mezclan, pero se ven bellas juntas, como el aceite y el agua.»

Juan Downey

Escribo este texto con el bolígrafo en el pecho y el corazón en la mano.

Gabriel Muleiro

Primera parte
Escribir es aprender

I

Era un 30 de diciembre de 1985, ese día se celebraba en la parroquia de Escutia una misa en honor al cura que habían asesinado tres meses antes. El cuerpo del clérigo se había encontrado dentro de la cajuela de un viejo auto, desnudo y amarrado como se atan los puercos antes de ser sacrificados; según los rumores, el cura tenía pegada en la frente las imágenes de una hoz y un martillo. Semanas más delante de ese suceso, que quedó grabado en la mente de los habitantes, se celebraron las elecciones para alcalde, las cuales fueron ganadas por el Partido de los Valores Nacionales, PVN, partido que representaba los ideales de la derecha mexicana. El político ganador prometió esclarecer el asesinato al llegar al poder, pero eso nunca sucedió; los años pasaron y pasaron hasta que un día se dio carpetazo a la historia. Dentro de la parroquia, ante la mirada de Jesús crucificado y de la Virgen de Guadalupe pidiendo por todos sus hijos, se encontró José, el dueño de La Compostelana, y Mandana, la hija del maestro de Historia. Ella rezaba mientras se acunaba el vientre.

—Hija, no deberías cargar con esas bolsas —dijo José con su acento de la península ibérica, enmarcado en una voz gruesa y raspada a causa de su adicción al tabaco mientras observaba las bolsas llenas de frutas y verduras que estaban junto al cuerpo arrodillado de la joven mujer. —Estás pronta a dar a luz.

—En primer lugar, no me llames hija y, en segundo, si no quieres que yo las cargue, dile a tu hijo que venga y me ayude —contestó Mandana, para después seguir rezando sin hacer mucho caso al hombre que ya rondaba los sesenta años.

II

Quizás fue el enfado de ver a aquel hombre, o que el niño tenía que llegar antes de tiempo a la tierra, pero al siguiente día, después de que el reloj de la estación del tren sellara la medianoche, Mandana rompió en aguas como un caudal de río fresco en los asientos traseros del viejo Cutlass de Jesús, mientras Juana recibía a su primer nieto, que llevaría el nombre de José Manuel.

Antes de vivir en Escutia, Jesús y Juana vivían en un pueblo llamado Temamatla, una comunidad rural al norte del Estado de Puebla. Sus primeros años de casados los vivieron en una casa de adobe que Jesús había construido en un terreno que había comprado con la venta de unos marranos que su padre le había heredado antes de morir. El padre de Mandana era conocido en Temamatla por criar los mejores puercos de la región. La gente decía que tenía buena mano para los animales, incluso, el alcalde le compraba sus animales para las celebraciones del pueblo. Jesús solo pudo estudiar hasta terminar la primaria, sin embargo, el amor por los libros lo raptó desde muy pequeño cuando un amigo de su padre le regaló *El príncipe feliz,* de Oscar Wilde. Él era un devorador de libros, en especial de historia. Amaba y adoraba a Chimalpahin y a Heródoto. Como se casó muy joven, tuvo que dejar sus pasiones intelectuales para los domingos, dedicando más tiempo a la cría y venta de animales de granja.

Cuando Jesús cumplió veinticuatro años, su hermano Dionisio le regaló un joven gallo de pelea. «Es bravo el canijo, le llamaré Infame», dijo Jesús al levantar al animal a la altura de sus ojos para apreciarlo mejor y ver que comenzaba a lanzar picotazos al aire. El gallo tenía un pelaje brillante y en demasía, con una cabeza pequeña y una cresta definida; tanto la cresta como el pelaje eran de un rojo encendido. Cerca de los ojos color herrumbre nacía un pico fornido y bien curvado, de la parte baja de la cabeza emergía un cuello robusto con una esclavina exuberante, que danzaba alrededor del cuerpo hasta llegar a la cola tupida de plumas largas y negras. Toda esa figura se sostenía en unos fuertes tarsos de donde nacían cuatro afiladas garras. Al día siguiente de su cumpleaños, Jesús se puso a entrenar al Infame sin una fecha precisa en su mente para ponerlo a combatir. Cuando la gente del pueblo se enteró de que el porquero estaba entrenando a un gallo, en repetidas ocasiones se lo retaron.

—Se te va a hacer viejo el animal. —Le dijo uno de sus amigos.

—Gallo viejo, con el pico mata. —contestó Jesús mientras observaba orgulloso a su animal.

Jesús rechazaba pelear al Infame porque su padre en varias ocasiones le dijo:

«con la fortuna no se juega pues, así como da, quita». Así que se prometió frente a un altar de la Virgen de Guadalupe solo pelear a su gallo hasta que él

sintiera que realmente valía la pena jugar con su suerte. Esa ocasión llegó un día de feria en Temamatla en el que se celebraba al apóstol Santiago.

Aquella tarde Jesús regresaba de la iglesia, había mucho viento y se dirigía a su casa montado en su potro que se llamaba Ferenico. Cuando estaba por llegar a su casa se cruzó con su compadre Teófilo, quien, botella en mano, lo detuvo cuando lo vio pasar.

—¿Qué compadre?, ¿sus puercos contra mi tierra? —dijo Teófilo mientras estiraba su brazo ofreciendo un trago de la botella de aguardiente.

Todos en el pueblo sabían de la tierra que Teófilo tenía en Escutia, un barrio poco poblado en la alcaldía de Azcapotzalco al norte de la ciudad de México, que estaba entre las delegaciones Gustavo A. Madero y Cuauhtémoc. Justo en una zona industrial entre una fábrica de pan, unas vías del tren y un río que desembocaba en un gran canal. Dentro de estos tres puntos se formaba un ángulo en el cual, a la sombra del azar, nació y creció esa parte de la ciudad, sin orden ni sentido, quizás hacía más de dos siglos. Uno sabía que llegaba a Escutia porque un aroma intenso a harina, levadura y aceite impregnaba el ambiente. Además, las calles que venían del centro de la ciudad y entraban en ese territorio, cambiaban poco a poco de asfalto a grava. Ese barrio fue en el pasado parte de un pueblo rural con graneros y vastos pastizales que, con el paso del tiempo, se convirtió en una mancha gris dentro de la gran urbe que despertaba todas las mañanas por el sonido del tren que cruzaba sobre sus vías. Esa tierra, Teófilo la había heredado de Israel, su hermano, quien había muerto años atrás en un accidente de tránsito cuando se dirigía a su trabajo; fue en una carretera de doble sentido, según los que pasaban por la zona donde ocurrió el accidente. El conductor de un camión de carga conducía en sentido contrario y se quedó dormido al volante, ocasionando que el camión colisionara de frente al taxi donde viajaba el hermano del compadre de Jesús. Dicen que cuando Teófilo fue a reconocer el cuerpo de Israel le costó mucho trabajo, pues su cara había quedado desfigurada, pudo reconocerlo por un pequeño tatuaje que tenía dibujado cerca del pecho con el nombre de Emmanuel dentro de un corazón atravesado por una flecha. Israel no había dejado ni esposa ni hijos, y el único pariente cercano que tenía era su hermano, así que de un día a otro Teófilo era dueño de un terreno en la capital de México.

Aquella tempestuosa tarde, sin explicación alguna, Teófilo, en un arranque de embriaguez, arrojo o idiotez, apostó su bien más preciado. Los primeros en Temamatla que se enteraron de la apuesta, lo primero que hicieron fue repetir el famoso refrán *lo que poco cuesta, poco se aprecia*. Sin embargo, con el paso de las horas, se corrió el rumor de que Teófilo había agarrado la botella, pues se había peleado con el cura del pueblo, que era su novio. Esa teoría nadie la

pudo comprobar. En realidad, nunca se supo qué pasó para que Teófilo apostara aquello en lo único en que se podía caer muerto, pero esa teoría cobró fuerza con el paso de las semanas cuando el cura del pueblo, el mismo que había casado a Jesús y a Juana, se fue de Temamatla con maleta en mano y sin rumbo conocido. Muchos años después, un día, Jesús llegó corriendo a su casa con el periódico en la mano y entró a la cocina: «¡Juana, Juana, mira quién sale en el periódico!». La madre de Mandana, al ver entrar de esa manera a su marido, se limpió las manos en su delantal, pues estaba cortando cebolla, tomó el periódico entre sus manos y pudo ver el rostro envejecido del cura que los casó y leyó sobre la foto un titular.

Confiesan los Legionarios de Cristo

Después de que Jesús escuchó la apuesta de Teófilo se quedó pensando por un momento, y recordó que ese día el nuevo sacerdote del pueblo había leído el proverbio 16:33 de la Biblia. Jesús entendió aquella situación como una señal del Señor.

—Le entro, compadre, nada más no se vaya a rajar —dijo Jesús mientras recordaba las palabras recitadas por el cura.

> La suerte se echa en el regazo;
> mas del Señor es la decisión de ella.

—Los hombres no juegan con su palabra —dijo Teófilo mientras tomaba el cuello de la botella y bebía.

Con un apretón de manos los compadres sellaron la puesta. Jesús, en ese momento, presionó a Ferenico en su estómago y galopó hacia su casa. Al llegar al portón se bajó del caballo y desde lejos observó su corral, unas gallinas picoteaban cerca de donde el Infame caminaba altivo con su cresta y pelaje rojo encendido. Cuando el gallo observó que Jesús se acercaba hacia él, emitió un estridente *cocorocó*, estiró su pescuezo y abrió sus alas. Jesús se agachó, y con las dos manos tomó al gallo, lo levantó del suelo y al tiempo que lo acarició, dijo:

«ahora sí, Infame, esta es la nuestra». Cuando Jesús salió del corral con el gallo entre las manos, Juana se encontraba alimentando a los marranos.

—Jesús, ¿a dónde vas con el Infame?

—A jugarnos el destino —dijo el marido de Juana mientras con la mano derecha sostenía al Infame y con la izquierda las riendas y el cuerno del sillar

de Ferenico; colocó su pie izquierdo en el estribo e impulsándose hacia arriba, pasó su pierna derecha sobre la espalda del animal. Estando en la silla golpeó a su caballo en las costillas y se dirigió hacia la plaza donde se festejaba al santo patrono del pueblo. Al llegar a la plaza vio a Teófilo cargando un gallo entre sus manos y rodeado de personas del pueblo. El otro gallo se llamaba Caporal, era un espécimen color amarrillo encendido y de pico agudo. Ese gallo ya estaba peleado y era famoso por su bravura. A esa hora en el pueblo ya se había corrido el rumor de que el Infame y el Caporal se iban a batir a pela, así que poco a poco la plaza se fue llenado de personas que querían ver el embate. Jesús desmontó a Ferenico y lo ató a un árbol; al caminar hacía la multitud que rodeaba a Teófilo, acarició las plumas de la cola de su gallo, que fulguraban en un arco encendido.

—Compadre, ya estoy aquí, ¿sigue en pie la apuesta, o tu novio ya no te deja?

—dijo Jesús abriéndose paso entre las personas.

Cuando todos los que estaban en la plaza escucharon esas palabras echaron a reír, Teófilo solo volteó con la cara roja de coraje, empinó la botella en su boca y después asintió con la cabeza.

—Palabra es palabra —dijo Teófilo mientras se dirigía escoltado por su sombra hacia el palenque.

—Pues entonces pasemos de las palabras a los hechos —contestó Jesús, que caminó hombro con hombro junto a su compadre.

En el momento que Teófilo y Jesús entraban al palenque, un hombre salió con un gallo muerto entre los brazos. Ambos hombres voltearon la mirada evitando ver directo al animal muerto. Pensaron que les traería mal augurio. Estando dentro del palenque, Jesús sacó una caja de su bolsillo, la abrió y cogió una navaja de acero que descansaba como un hipócrita asesino entre algodones y que sería la espada del Infame en aquella batalla. Mientras amarraba la navaja con un hilo a la botana que cubría el espolón de su gallo, recordó aquello que le dijo su padre cuando aún era un pequeño: «El buen gallo ayuda a la suerte, nunca la suerte ayuda al buen gallo». Después de observar el brillo de la navaja en las patas del Infame, Jesús caminó hacía al ruedo y vio cómo justo en el extremo contrario del área de batalla entraba Teófilo con el Caporal entre las manos. Adentro, Jesús, por unos segundos, le vio los ojos al Infame. En esos ojos pudo ver su destino. Mientras ambos hombres esperaban la indicación del juez acariciaban el lomo de sus gallos. Cuando el juez agitó la campanilla la pelea comenzó.

Aún con el sonido de la campana retumbando en sus oídos, Jesús y Teófilo se acercaron uno frente al otro y pusieron a ras de suelo a sus animales. Sin

soltarlos, cara a cara, sus gallos comenzaron a lanzarse picotazos llenos de ira. Los hombres, aún con las bestias entre sus manos, dieron unos pasos atrás alejándose a los extremos del ruedo. En ese momento el Caporal cantó, mientas ambos hombres en el extremo del ruedo se agacharon al suelo y en silencio soltaron a los peleadores en la tierra. Todos en el público pudieron observar el brillo de las navajas de los gallos mientras corrían hacía su oponente. Cuando los animales estuvieron a pocos milímetros uno del otro, brincaron. Hubo un ruido de alas que rugió como un trueno en medio de una tormenta, al tiempo que como aves divinas abrían sus alas y lanzaban sus patas al frente con la intención de encontrarse en el aire con su contrincante y herirlo. Ambos gallos cayeron al suelo con las plumas de sus cuellos erizadas. Ahí, las bestias se miraron de forma lacerante, tratando de adivinar el siguiente ataque del contrario. El Caporal fue el primero en acometer. La gente, al observarlo, gritó de la emoción. El Infame respondió la embestida saltando hacia el otro gallo. Enardecidas, las bestias brincaron una sobre la otra, tratando de lastimar el pecho de su contrincante. Un nuevo sonido de aleteo inundó el ruedo, esta vez los animales cayeron exhaustos sobre la tierra, levantando el polvo del suelo. Algunos advirtieron que un poco de sangre recorría la pata del Caporal. Sin embargo, segundos después, ambos gallos volvieron a quedar frente a frente, coléricos, en posición de ataque y saltaron de nuevo para embestirse en el aire. Las navajas brillaron como estrellas fugaces en el firmamento. Alguien del público, con todas las fuerzas de sus pulmones, gritó: «¡Bravo, Caporal!» Como si ese alguien hubiera visto que en el vuelo hería a su contrincante. Al caer, el Infame se mostraba exhausto y en una de sus alas tenía gotas de sangre. Nadie podía asegurar de qué gallo era esa sangre. En ese momento, el Infame, lleno furia, saltó y se abalanzó sobre el Caporal arrojando la navaja hacia su cabeza. El gallo, como un ángel violento, aún no había descendido de las alturas a la tierra cuando varias personas del público gritaron. «¡El Caporal ya enterró el pico!». El sonido de ese ataque fue seco, como cuando un hacha cae sobre un tronco de árbol. El Infame descendió de los cielos con parte de su plumaje aperlado de sangre y posó sus dos patas en la tierra a unos centímetros del Caporal, que, moribundo, aún respiraba. Caminó como un dios misericordioso y se acercó a su herido contrincante al tiempo que lo observaba altivo, y como si de un acto de bondad se tratara, le dio una última estocada que hizo que el Caporal, que yacía en el suelo, emitiera su último latido: derrumbándose ante la mirada de todo el público.

Cuando Teófilo vio a su gallo muerto en mitad del ruedo no pronunció ni una palabra. Nada más caminó en dirección de su animal, lo levantó, y se dirigió hacia donde estaba Jesús. A cada paso que daba y que lo acercaba al

ganador, se bebía hasta la última gota de la botella de aguardiente que tenía en la mano. Durante el trayecto, Teófilo se pasó el canto de su mano por la cara. Los que estaban en el palenque nunca supieron si se secaba los rastros de aguardiente que le quedaban en su bigote, o se limpiaba las lágrimas por el recuerdo de su amado. Cuando Teófilo estuvo frente a Jesús, sacó de su pantalón las escrituras del terreno, y ahí mismo, frente a todo el pueblo que fungió como juez, se recargó sobre una mesa y las endosó. Al momento de entregar las escrituras a Jesús, aún sus manos estaban manchadas de lágrimas y sangre.

Horas más tarde, Jesús volvió a su casa con las escrituras entre las manos. Sara, su madre, lo estaba esperando mientras bebía una café con Juana. Apenas escuchó el sonido de las herraduras de Ferenico, dejó de beber su café, colocó la taza en la mesa, se puso de pie y se dirigió a la puerta. Cuando Jesús puso un pie en la casa, su madre lo recibió con una bofetada en la cara.

—¡Imbécil!, ¿eres consciente de que apostaste todos los marranos? Es lo único que tenemos. ¿Qué hubiera pasado si perdías en el palenque?

—Tranquila, mamá, mi papá nos está cuidando desde el cielo —contestó Jesús con la mejilla roja.

—¡Cállate, idiota!, a ver si de vez en cuando tu padre baja del cielo a darnos de tragar. ¡Lárgate de mi vista y mata al gallo! Ese animal ya se acabó su suerte en esta tierra.

—Ya ves, Juanita, te voy a cumplir mi palabra, pronto nos iremos a la capital—dijo Jesús, aún con la mitad de la cara roja mientras se acercaba a su mujer y le daba un beso en la boca.

Jesús, esa misma noche, a la luz del plenilunio y los grillos que adoraban a la luna, degolló al Infame.

Muchos años después, un día que José acompañó a su abuelo Jesús a una exposición en el Museo de Antropología e Historia, e iban en el metro, un señor se subió en la estación del metro Bellas Artes, al mismo vagón donde ellos viajaban. Cuando Jesús reconoció al señor, levantó la mano y gritó: «¡Jacinto, Jacinto!». El hombre volteó en dirección a Jesús, enfocó su mirada, sonrió y comenzó a caminar hacia donde estaban él y su nieto. Sin que Jesús se levantara, Jacinto se acercó y ambos hombres se fundieron en un fuerte abrazo. Al parecer, el día de la pelea del Infame y el Caporal, había quedado en la memoria de aquel pueblo, pues de inmediato comenzaron a rememorar instantes de aquella batalla y de su lejana juventud. Jacinto le contó a Jesús que días después de que él y Juana salieron del pueblo, Teófilo fue a gritar injurias afuera de la sacristía, y como animal moribundo que sabe que la hora de su muerte está cerca, día a día se fue despojando de todo lo que le quedaba,

hasta que una mañana encontraron su cuerpo colgando de un árbol con una soga en el cuello. Mientras Jacinto le describía la escena al abuelo de José, se persignaba haciendo un símbolo de cruz en la mano: «te juro, Jesús, el día que lo encontramos se le veía la lengua de fuera como al mismísimo Judas.»

Con la tierra ganada Jesús decidió buscar trabajo en la Ciudad de México, pronto encontró trabajo como camarero en el Hotel Regis, pero pocos meses después hubo un terreno en la Ciudad de México que destruyó parte de la ciudad y perdió su empleo. Cuando la ciudad medianamente volvió a la normalidad, fue recomendado por otro camarero para ser velador de una escuela de la colonia Condesa. Ese trabajo le dio cierta estabilidad económica, que le permitió poco a poco a construir su casa, además de conseguir un crédito para amueblarla en La Compostelana, que era la mueblería de Escutia y poderse llevar a Juana del pueblo, que ya estaba esperando su primera hija y ambos querían que naciera en la capital.

Un año después, con la venta de unos de sus marranos se compró un viejo Cutlass, en ese carruaje plateado ellos hicieron la mudanza de Temamatla a Escutia, y aunque la primera hija de Juana no puedo nacer en la ciudad como ella quería, logró que su segunda hija, que iba en camino lo hiciera. La mañana que Juana se despidió de Sara, Jesús subió en la parte trasera de su auto: bultos de ropa, huacales con gallinas y hasta un pequeño cerdo vivo que iba en brazos de su pequeña hija. Después de algunos abrazos, Juana y Jesús se subieron al auto y arrancaron hacia la capital. Ellos fueron como Adán y Eva, la primera pareja sagrada en salir de su paraíso para dirigirse al infierno citadino. Lo último que Juana vio por el retrovisor mientras conducía su esposo fueron las milpas de las afueras de Temamatla que recordaban a los conductores el final de ese poblado. Ella sabía que, en el pueblo, apenas habían arrancado el Cutlass se comenzó a correr el rumor de que ellos se habían mudado a la ciudad, y eso significaba que sus amigas de la infancia morirían de envidia. Esa misma semana se compró unos canarios en el mercado ambulante de los jueves, dijo que así no olvidaría el pueblo. La casa se fue construyendo como Jesús iba teniendo dinero, y para lo que iba alcanzando, a cualquiera que viera esa construcción podría recordar la pintura de La casa de enfrente de Leonora Carrington, pero para ella su casa era comparable con todos los palacios que había leído en las novelas que su marido le regalaba para que pasara el tiempo. Pocos años después de que Jesús trabajaba en la escuela, la directora observó sus conocimientos sobre literatura e historia y lo contrató como profesor. Semanas después de ese ascenso laboral de inmediato mandó a construir el tercer piso de su casa. Era necesario, para ese momento Juana estaba esperando a su sexto hijo.

Cuando José nació, Mandana alquiló un pequeño piso enfrente de la casa de sus padres. Así que todas las mañanas, excepto los domingos, ella dejaba a su hijo en casa de su madre, pues ella trabajaba en La Compostelana y no volvía hasta el anochecer, justo cuando los ojos cansados del niño comenzaban a rendirse ante el sueño. Esas dos viviendas solo eran divididas por un angosto callejón de no más de siete metros de ancho. José y su madre vivían en el último piso de ese edificio. A José le gustaba vivir ahí pues pensaba que estaba más cerca de las estrellas. Día a día, antes de que dieran las siete de la mañana, Mandana cruzaba el frío callejón para entrar a casa de sus padres y, mientras saludaba a Juana, que ya estaba preparando el desayuno de alguno de sus hijos, depositaba a José en una cuna, que estaba en una esquina de la cocina, que era el lugar desde el cual su madre administraba toda la casa. Juana tenía tantos hijos que la mayoría de los recuerdos que José tenía de su abuela eran siempre preparando comida dentro de la cocina, ya fueran frijoles, huevos, arroz, tinga de pollo o mole con guajolote que era su especialidad. De hecho, ese era el platillo que Juana le preparaba a su nieto en todas las fechas importantes.

El padre de José se llamaba Manuel, era abonero, y tenía veinte años más que Mandana. Ellos se conocieron una tarde de otoño. Cierto día que Manuel salió a vender de puerta en puerta la mercancía de la mueblería. Él tocó en la puerta de Juana, y de ahí a salió la pequeña Mandana, que no llegaba a los dieciséis años. Alguna vez, Manuel, le contó entre risas a su hijo, que cuando vio por primera vez a Mandana sintió un escalofrío recorrer su espalda, y que por unos segundos se quedó callado, solo observando los ojos y la boca de su futura mujer, y lo único que se le ocurrió decir frente a la mujer que hasta el día de su muerte fue el amor de su vida, fue: «niña, ¿está tu madre?». Según Manuel, Mandana no alcanzó a contestar, pues en ese momento salió de la casa Juana, lo que originó que Manuel se diera a la tarea de vender sus cobijas.

—¿Eres hijo del gallego, ¿verdad? —preguntó Juana mientras tocaba la textura de las cobijas y veía todas sus figuras y colores.

—Sí, señora.

—Pues dame siete, tres azules, tres rosas y la del gallo rojo, una para cada uno de mis hijos. Pero te las voy a ir pagando poco a poco, no creas que aquí sobra el dinero.

Ese fue el motivo por el cual Manuel comenzó a frecuentar la casa de Mandana. A los pocos meses de conocerse, Manuel y Mandana comenzaron a tener una relación amorosa a escondidas que emanó como agua de manantial en un bello embarazo, pero ese bello milagro se debía mantener a escondidas de Jesús. El secreto se pudo mantener muchos meses hasta que fue evidente.

Cuando Jesús se enteró de la relación de su hija con el hijo del gallego, dio un grito que se escuchó hasta las puertas de San Pedro. Esa mañana, Jesús estaba cortando un trozo de carne en la porquera y Mandana pasaba por ahí.

—Hija, ven aquí, ¡a ver!, ¡te veo gorda! —dijo Jesús dejando el cuchillo en una mesa, cogiendo a Mandana del vientre y con la otra mano el mentón—, tu cara se ve distinta. ¿Estás embarazada?

—No —dijo Mandana con una expresión en la cara de espanto.

—¡Cómo que no! Estoy seguro de que lo estás, mira tu vientre, esto es un embarazo. ¿Por qué no dijiste nada?

—¡Porque es cosa mía! ¡Además, mi mamá sí sabía!

—¡Juana, ven aquí! —gritó Jesús—. ¿Sabías que Mandana estaba embarazada?

—Sí —dijo Juana llevándose la mano a la boca.

—¡¿Y por qué no me dijiste nada?!

—Porque ella no quería que supieras.

—¡¿Quién es el padre?!—preguntó Jesús cogiendo por el brazo a Mandana.

—No le digas, mamá —dijo Mandana tratando de soltarse de Jesús—, eso no importa.

—¡Es del hijo del gallego! —dijo Juana.

—Pero si el hijo del gallego está casado, yo lo he visto en la iglesia con su mujer.

—Se está separando —dijo Mandana levantando la voz.

—Hija, eso dicen todos para llevarse a las mujeres a la cama.

—No, él es distinto.

—Si fuera distinto hubiera venido a dar la cara. O se casa contigo, o lo mato.

En ese momento Jesús tomó de la mano a su hija y con un cuchillo en la otra mano bajaron las escaleras de la casa para salir de la casa en dirección de La Compostelana. Cuando entraron a la mueblería, José estaba en su escritorio haciendo anotaciones en una libreta.

—¡Gallego, ¿dónde está tu hijo?! —La voz de Jesús rompió la tranquilidad de la mueblería.

—Profesor, buenos días, ¿en qué le puedo ayudar? —dijo José levantando la mirada de su escritorio donde hacía cuentas.

—Tú en nada, vengo a buscar al cabrón de tu hijo que embarazó a mi niña— dijo Jesús mientras con una mirada escrutadora observaba todo el lugar. Concepción, que era la esposa de José, y Manuel salieron de detrás de unos muebles que funcionaban como una pared falsa que dividía le mueblería de la casa.

—Cabrón, ¿qué esperabas para ir a dar la cara a mi casa? —dijo Jesús

abriéndose paso entre el escritorio donde estaba José y se abalanzó sobre Manuel con el cuchillo en lo alto. José y Juana cogieron por el pecho y cintura a Jesús, que empuñando el cuchillo rebanaba el aire.

—Cálmese, don Jesús, yo había querido ir a su casa, pero Mandana no quiso —dijo Manuel mientras le atrapaba la mano a Jesús en el aire y le hacía tirar el cuchillo—. Además, me estoy separando y pensamos que lo mejor era hablarlo con usted cuando las aguas se calmaran.

—Eso dicen todos, cabrón. ¿Por qué no habías querido que él fuera a dar la cara? —preguntó Jesús girándose hacia Mandana, mientras que José trataba de separar a ambos hombres.

—Solo no quería problemas —dijo su hija con la cara llena de lágrimas.

—Vamos a ver, vamos a calmarnos, todo se puede solucionar —dijo Concepción.

—¡Aquí no se soluciona nada a menos que tu hijo se divorcie y se case con mi hija!

—Un divorcio lleva tiempo —dijo Manuel.

—Seguro más de lo que yo necesito para cortarte los huevos y mientras eso no pase, mi hija tiene prohibido trabajar aquí. O te casas con ella, o te demando por pederasta, y si no te casas es mejor que agarres tus maletas y te largues a tu tierra. Tienes tres semanas. ¡O te vas, o te vengo a cortar los huevos!

Dos semanas después, Manuel, cansado de líos de mujeres, mandó al Grillo, un chico que trabajaba en la mueblería, a buscar a Mandana para que le entregara una nota.

> Mi amor, necesito verte, quiero hablar contigo, te veo a la una de la tarde en la cafetería cerca de la iglesia.

Cuando Mandana entró por la puerta de la cafetería se veía hermosa acunando su vientre. Frente a frente, Manuel le explicó a Mandana que su esposa no le quería dar el divorcio y que la única condición para que se lo diera era que se fuera del país por un tiempo. En realidad, lo que su exmujer quería era quitarle la dicha de ver nacer al hijo que tendría. Manuel estaba en un punto donde pensó que lo mejor era terminar y comenzar las cosas de la manera más correcta. Antes de que Mandana respondiera a las palabras de Manuel, él fue muy claro cuando le dijo que por dinero no se preocupara, que le mandaría todo el que necesitaba, pero le pidió comprensión, pues si no accedía a las condiciones de su exmujer ella nunca firmaría el divorcio y nunca podrían estar tranquilos. Sin embargo, si aceptaba el capricho de su exmujer y

le daba el sabor de la última victoria, cuando terminara la contienda de su divorcio, él le prometió entregar por completo su cuerpo herido por las flechas de su pasado como ofrenda a su amor. A pesar de todas las explicaciones que Manuel le dio a Mandana, ella le llamó cobarde, y sin despedirse se levantó de la mesa. Él trató de hacerla entrar en razón y, mientras le tomaba de la mano para que no se fuera del lugar, le dijo que el bebé que esperaban no sería ni el primero ni el último que naciera y no conociera a su padre los primeros años de su vida, quizás Manuel, estaba destinado como los valientes persas a conocer a su hijo hasta el quinto año de su vida.

—¡Mi padre me ha contado que eso pasaba todos los días en la guerra, los padres conocían a sus hijos hasta que regresaban de las batallas, entiende, Mandana, la vida es una batalla constante!

—No quiero seguir escuchándote —dijo Mandana levantándose de la mesa.

—Entiende, carajo. Solo será en lo que obtengo el divorcio —dijo Manuel mientras Mandana solo lo vio directo a los ojos marrones. Sin responder dio media vuelta para salir de la cafetería.

Antes de que ella saliera de la puerta, Manuel la alcanzó y la tomó del brazo.

—Está bien, entiendo que estés enojada y que no quieras hablar más del tema. Te entiendo. Solo te pido una cosa, ponle el nombre de mi padre, va a ser su único nieto. —Mandana se liberó del brazo de Manuel y continuó sobre sus pasos para dirigirse a la calle.

Cinco días después de que Manuel se subiera a un avión y partiera hacia España, encontraron el cuerpo del clérigo en la cajuela de un viejo auto abandonado.

III

José Manuel fue el primer nieto de dos familias que solo el destino y el amor podían unir. Mañana a mañana, el niño despertaba por el sonido que emitía la máquina de coser de su abuela Juana, en la que zurcía la ropa vieja de los hermanos de su madre. El pequeño abría sus párpados, estiraba su diminuto y semidesnudo cuerpo mientras nadaba debajo de las cobijas. Sumergido en las mantas encontraba un pequeño orificio desde donde entraba la luz, disfrutaba observar las bellas manos de su abuela que giraban una manivela al tiempo que él restregaba uno contra otro sus pies para sentir más calor. Juana, al darse cuenta de que su nieto despertaba, dejaba de zurcir y se acercaba al niño para cubrirlo con otra cobija, al tiempo que cantaba con voz de sirena una canción

de cuna para que su nieto continuara soñando en los misterios de su mundo.

> Al arrorró nene / al arrorró, ya / duérmase mi niño / duérmase mi amor.
> Arrorró, mi nene /arrorró, mi sol /arrorró, pedazo de mi corazón.
> Este niño lindo / se quiere dormir / y el pícaro sueño / no quiere venir.
> Este niño lindo ya quiere dormir/ háganle la cuna de rosa y jazmín.
> Háganle la cama en el toronjil/ y en la cabecera pónganle un jazmín/ que con su fragancia me lo haga dormir.
> Esta leche linda que le traigo aquí/ es para este niño que se va a dormir.
> Este lindo niño se quiere dormir/ cierra los ojitos y los vuelve a abrir.

Esos cantos de sirena poco podían hacer ante el pequeño corsario, que deseaba con todas sus ganas levantarse de la cama e ir a la conquista de las tierras desconocidas. Sin embargo, José sabía que debía portarse bien, pues su abuela tenía mucho trabajo en la casa y él no quería ser una carga más para ella. Es así que, cómplices como eran —¿qué nieto no es cómplice de sus abuelos? —,José giraba su cuerpo hacia la pared contraria y fingía que se dormía de nuevo mientras Juana continuaba zurciendo algunas prendas más. Con el cuerpo girado hacia la pared, se quedaba observando algunos cuadros que colgaban en esa superficie. Dentro de aquellos marcos, José disfrutaba ver las fotos en blanco y negro de su madre y sus dos tías. En aquellas fotos las tres mujeres portaban en la cabeza un birrete como signo de haberse graduado en el Colegio Michigan. Sin embargo, para José, las fotos de las otras dos mujeres eran difusas, casi imperceptibles; para él, la imagen de su madre le parecía la figura más bella que hubiera visto jamás.

El cuarto donde dormían Jesús y Juana era el mismo donde José acostumbraba despertar. Después de que Juana despidiera a su marido y a todos sus hijos desde la cocina, ella tomaba a José entre sus brazos, lo sacaba de la cuna y lo subía a su habitación, donde se encontraba la máquina de coser. Ese dormitorio estaba en el segundo piso de la casa, justo frente a la oficina y biblioteca de Jesús. Cuando José creció un poco, y siempre después de que su abuelo regresaba de dar sus clases de Historia, lo llevaba a su oficina. Para José, entrar a esa habitación era como entrar al Paraíso. Un paraíso lleno de libros. Ahí, con el paso de los años, conoció el mundo a través de Oscar Wilde, Julio Verne y Robert Louis Stevenson; hasta que, una mañana de primavera, se abrió el mundo real frente a sus ojos cuando, después de que Juana lo peinara frente a un espejo y el niño descubriera ahí la imagen de su reflejo —que no pudo asociar más que con los querubines rubios y rosados de mejillas redondas y miradas desidiosas que había visto en *La Madonna Sixtina* de Rafael Sanzio,

en algún libro de la biblioteca—, solo sintió cómo Juana lo levantó de la cama y lo cargó entre sus brazos, para luego dirigirse hacia un lugar desconocido para él. Cuando la puerta de esa casa se abrió, un maremoto de sonidos subió por el cuerpo del niño, que entró como olas salvajes a través de sus oídos. Era jueves, día del mercado ambulante, el mismo donde Juana, años antes, había comprado sus canarios; en un santiamén José se encontró envuelto entre un sinfín de colores, olores y sonidos que nacían de los plátanos, papayas, mangos y chiles, que los mercaderes ofrecían a través de sus gritos a los transeúntes. Ese día fue hermoso para José, como la sensación de agua fresca cruzando la garganta de un sediento: por primera vez había sentido en carne propia la realidad del mundo. Al volver a la casa, José, agotado, tomó una siesta, la cual se vio interrumpida por los gritos e injurias que Jesús le decía a Juana al enterarse de que ella lo había llevado a pasear por primera vez a la ciudad y le había quitado ese placer. Ese día, José se dio cuenta de que él era como un imperio dorado digno de disputa entre dos civilizaciones. A la mañana siguiente, Jesús despertó a su nieto con la promesa de llevarlo a conocer algo impresionante de la Ciudad de México. Horas más tarde se encontraban frente a siete metros de piedra labrada hacia siglos, que daban forma al dios Tláloc. Esa figura mitológica custodiaba el Museo de Antropología e Historia y, dentro de él, en efecto, yacía la asombrosa Piedra de Sol con Tonatiuh al centro y sus cuatro eras: Jaguar, Viento, Lluvia y Agua.

IV

Para celebrar los seis años de José, su abuelo Jesús mató un puerco en el patio de la casa y lo preparó en carnitas. Ese día cargaba entre sus brazos a su nieto mientras con las manos daba indicaciones a sus hijos Esteban, Mateo y Guillermo de cómo sacar al puerco del cobertizo, donde vivió cebado durante nueve meses hasta aquel día que pondría fin a su vida.

—Mátalo rápido y no lo hagas sufrir, ya saben que los animales huelen su muerte—dijo Juana mientras el marrano bramaba como un desquiciado y Esteban entraba en la porquera para ayudar a Mateo y a Guillermo a someter al animal.

—Tengan cuidado, no le peguen, la carne se puede agriar —dijo Jesús mientras Esteban tiraba de las orejas del marrano, Guillermo lo sostenía con un hierro enganchado a su garganta, y Mateo tiraba de las patas traseras con la intención de llevarlo al tajo.

Con el cerdo bramando e inmovilizado sobre el tajo, Jesús le entregó a

Juana en sus brazos a José para coger un cuchillo que empuñó e introdujo con una frialdad descomunal en la arteria carótida del animal, provocando que agonizara durante varios minutos. En el instante en que el animal comenzó a sangrar, Guillermo ya esperaba con una cubeta entre sus manos junto a él, para que la sangre cayera en el recipiente y más tarde se utilizara para preparar moronga. Mientras la sangre brotaba como el chorro de una fuente, Esteban tomó un cuchillo y lo introdujo en el cuello del animal, donde trazó un corte limpio y recto hasta el final del abdomen, muy cerca de los testículos. Después, a través del corte, introdujo sus manos en el interior y sacó todas las vísceras para, al final, quitarle la grasa. Al tener a la bestia inerte sobre el tajo, le enterraron un fierro en la boca y la colgaron en una viga, dejándola toda la noche hasta que se desangró por completo y su rabo quedó rojo en su totalidad.

La siguiente mañana, cuando Jesús comprobó que el animal no tenía más sangre, ordenó a Esteban y Mateo que lo descolgaran y subieran a una mesa larga donde lo acostaron por uno de sus costados, después, ordenó a Guillermo poner paja sobre el animal hasta que quedara cubierto en su totalidad; cuando Mateo observó que su hermana terminaba de cubrir al animal, sacó una caja de fósforos del bolsillo de su pantalón, la abrió y tomó uno para frotarlo contra la pared. Lanzó el fósforo encendido a la paja para que se incendiara y quemara todos los pelos del cuerpo inerte. Cuando el animal estuvo negro de tizne de un lado, Mateo y Esteban le dieron la vuelta e hicieron lo mismo por el otro costado. Al estar tiznado de los dos lados, Guillermo comenzó a raspar la piel del animal con un cepillo de cerdas duras hasta que logró quitar todo el tizne. Ya limpio el animal, lo desmembraron y guardaron en salazón las partes que no comerían. Ese mismo día, pero muy temprano, Juana y Mandana habían puesto unas mesas con manteles en el patio y un cazo de cobre que pusieron al fondo del patio, junto al lavadero. Con la carne destazada, Esteban depositó las piezas sobre una tabla de madera que estaba sobre la mesa y la roció con sal para después dirigirse hacia el cazo, llenarlo de manteca y encender el fuego.

—Hasta que truene, así decía mi madre, que en paz descanse, que así no se resecaban las carnitas, pues de esa manera la carne se cuece por fuera, pero por dentro queda blanda y conserva sus jugos —dijo Juana.

Cuando la manteca comenzó a hervir, Esteban tomó la tabla donde estaba la carne, la acercó al cazo y con la ayuda de unas pinzas tomó pieza a pieza la carne, que fue introduciendo en la manteca hirviendo. Cuando toda la carne estuvo en el cazo, Esteban subió toda flama del fuego dejando la carne así por unos minutos; después bajó la presión del fuego con la intención de que la carne se cociera a fuego lento y sellara. Mientras la carne se cocía, Dionisio llegó a la reunión, llevando bajo el brazo una botella de pulque, que pocos

minutos después de entrar en la casa de su hermano, destapó y sirvió en varios vasos a los asistentes que ya estaban en la reunión. Los últimos en servirles fueron Jesús y el clérigo de Escutia, que había llegado hacía unos minutos. Cuando le sirvió el pulque a Jesús, vio que José estaba sentado junto a su abuelo jugando con unos gallos de plástico.

—José, ¿quieres probar? —preguntó Dionisio.

José, sin dejar de poner atención a sus gallos, solo levantó los hombros sin dar importancia a las palabras del hermano de su abuelo.

—Sírvele muy poco —dijo Jesús mientras Dionisio sacó un vaso y vertía un poco de pulque dentro. José recibió el vaso entre sus manos y después de olerlo bebió el líquido sin hacer gesto alguno.

—¡A este le van a gustar las Mayahuelas! —dijo Dionisio en medio de una sonora carcajada.

—¡A quién no le gustan! —gritó Esteban mientras movía en círculos la carne dentro del cazo de cobre.

—A algunos les gustan más que a otros —contestó Juana mientras depositaba la masa negra de maíz en un comal para preparar tortillas.

—Abuelo, ¿dónde nació el pulque? —preguntó José.

—Nació de dos enamorados —contestó Jesús.

Entonces, empezó a narrar que un día Tezcatlipoca, Quetzalcóatl, Tlalocantechtli y Chalchihiotlicue, los creadores del universo nahua, estaban en el firmamento observando a su creación: los seres humanos. Al escudriñarlos, se dieron cuenta de que, a pesar de que tenían alimento para vivir, no tenían nada que los hiciera cantar, reír y bailar; es decir, que les alegrara el corazón. Así que, después de una asamblea, los cuatro hermanos decidieron hacerle un obsequio a los seres humanos que los hiciera felices; sin embargo, no estaban seguros sobre qué regalarles. En medio de estas reflexiones, Quetzalcóatl comentó que él sabía de la existencia de una diosa que vivía en los confines del universo, que llevaba por nombre Mayahuel, y aunque nunca la había visto, corría la noticia de que ella poseía una planta mágica que lograba que aquel que bebiera la sangre de su corazón se llenara de felicidad. Después de que Quetzalcóatl convenció a sus hermanos de que ese era el mejor regalo que les podían dar a los humanos, Tezcatlipoca, Tlalocantechtli y Chalchihiotlicue lo encomendaron para que fuera en busca de la planta, y cuando la obtuviera, bajara a la tierra para entregársela a los seres humanos a nombre de él y los demás. Con la misión sobre sus hombros, Quetzalcóatl decidió convertirse en viento para no demorar tanto en encontrar la planta, pues según rumores, Mayahuel vivía en el punto más lejano del universo, donde cohabitan las estrellas más malignas, pero también las más hermosas. Horas después, estando

cerca de su destino, Quetzalcóatl se enteró por el murmullo de unas estrellas, que Mayahuel vivía con su abuela y sus hermanas, y que la cuidaban mucho, pues al ser tan joven e imprudente temían que se enamorara del primer dios que se le cruzara enfrente y cometiera una locura.

Quetzalcóatl, al enterase de esta situación, pensó que no sería fácil abordar a Mayahuel, así que el joven dios esperó a que llegara la noche. La señal llegó cuando las estrellas comenzaron a brillar, eso indicaba que la abuela y sus nietas estarían dormidas. Así que, en total silencio, Quetzalcóatl entró en los aposentos de las diosas y, sin demorar, se acercó al lecho de Mayahuel. Estando a centímetros de ella pudo percibir una hermosa fragancia floral y cuando vio su cara pudo descubrir que nunca había visto belleza semejante. Por un segundo, Quetzalcóatl pensó en no despertar a la joven diosa y solo admirarla hasta el fin de los tiempos, pero una voz profunda y lejana en su interior le recordó su cometido, así que con un ligero susurro la despertó. Cuando ella abrió los ojos y vio a Quetzalcóatl, también se enamoró al instante. Ambos dioses se quedaron viendo sin decir una sola palabra, hasta que Quetzalcóatl rompió el silencio explicando el motivo de su visita; sin embargo, le mintió, pues no quería solo llevarse la planta, sino también a ella, así que le dijo que la orden de sus hermanos era que ella lo tendría que acompañar a la Tierra. La realidad era que Quetzalcóatl se había enamorado tanto de la diosa, que no quería la perderla y bajo ningún motivo no volver a verla. Cuando la bella Mayahuel acabó de escuchar al joven dios, aceptó de inmediato su propuesta. Pues, además de que Quetzalcóatl le parecía muy apuesto, ella, desde hacía tiempo, estaba cansada de las reprimendas de su abuela y buscaba un motivo, el que fuera, para dejarlo todo e irse de su casa. Ese motivo había llegado en forma de serpiente emplumada.

Cuando Quetzalcóatl escuchó que la bella diosa aceptaba su propuesta, él, a manera de respuesta, le dio un beso en la comisura de la boca mientras con su cuerpo la envolvió y ambos se transformaron en viento para dirigirse hacia la morada de los seres humanos. Cuando llegaron, todavía era de noche y, por el esfuerzo del largo viaje, ambos tenían mucha sed, así que al no tener otro líquido con el cual refrescarse, Mayahuel propuso beber un poco de la sangre del corazón de su planta. Sedientos, los dioses sintieron cómo el líquido cruzaba por sus gargantas y los poderes mágicos de la planta hicieron efecto de inmediato; ambos dioses comenzaron a reír, bailar y cantar, hasta que horas después se fundieron en abrazos y besos. Cuando sus bocas se separaron se convirtieron en un bello árbol de dos ramas.

Al mismo tiempo que los jóvenes dioses se enamoraban en el hogar de los humanos, la abuela de Mayahuel despertó y se dio cuenta de que su nieta no

estaba en su lecho. Después de buscarla por todos los rincones de sus aposentos, comenzó a gritar injurias a los cielos. Desde las alturas unas estrellas le murmuraron que su nieta se había escapado con el joven dios Quetzalcóatl, sin rumbo conocido. La anciana, al escuchar eso, llena de ira, ordenó a sus nietas que la siguieran y comenzaron a buscarla siguiendo los rastros de su olor. Cuando la abuela de Mayahuel se dio cuenta de que su nieta había cruzado el límite de las estrellas y se encontraba en la vulgar tierra, su ira incrementó. Colérica, la anciana y sus nietas se dirigieron hacia el lugar de los humanos. Estando en la tierra, y siguiendo el olor de Mayahuel, divisaron a lo lejos un campo fecundo desde el cual se veía un hermoso árbol de dos ramas. Por el olor, la abuela de inmediato supo que ahí estaba su nieta, e iracunda la arrebató de los brazos del Quetzalcóatl. Aunque Mayahuel trató de explicar lo sucedido a su abuela, esta no escuchó y, llena de ira, la comenzó a destazar en pedazos, al tiempo que sus hermanas se comían los miembros descuartizados. Quetzalcóatl poco pudo hacer, ya que aún estaba bajo los poderes de la planta y sus pocas fuerzas le impidieron defenderla, así que, impotente, solo vio cómo la anciana destrozaba a su amada frente a sus ojos, para después alejarse gritando injurias contra él. Mientras la anciana y las hermanas malignas de Mayahuel se perdían en el horizonte, Quetzalcóatl, confundido, recogió del suelo el corazón de Mayahuel, pues para su fortuna, no se lo habían comido sus hermanas. Triste, el joven dios comenzó a vagar por los campos de Mesoamérica esparciendo y enterrando la sangre del corazón de su amada sobre tierra fértil. Cuando Quetzalcóatl acabó de sembrar, muy afligido, se dirigió hacia el oeste y se perdió en el firmamento. Días después, en aquellos campos fértiles, y de los restos enterrados de la diosa, nació la planta del maguey, que tiempo después descubrieron los indígenas y la consideraron un regalo de los dioses.

—Jesús, échales las naranjas a las carnitas para que no se charrasqué, para que la carne se mantenga húmeda —dijo Juana mientras interrumpía a Jesús y entregaba dos naranjas peladas a José.

—Dale las naranjas a Esteban, solo no te acerques mucho a la lumbre —dijo Jesús a José. Cuando Esteban recibió de las manos del niño los cítricos, los lanzó al cazo, mientras que con una madera movía la carne en forma circular.

—Papá, mira nomás, ¡ya están listas las cabronas! —dijo Esteban mientras sacaba un pedazo de carne dorada parecida a un mineral precioso con una pinza y la cortaba con un cuchillo.

—Déjalas unos segundos más —dijo Jesús mientras se acercaba con una cacerola de metal y con unas pinzas comenzó a sacar uno a uno los trozos de carne que puso dentro de una caja de cartón para que la carne escurriera el

exceso de grasa. Cuando la carne se había escurrido, Jesús levantó la caja y la llevó a la mesa donde inicialmente estaba la carne cruda. Ahí sacó la carne escurrida de la caja y la puso en la tabla de madera, con un cuchillo comenzó a cortarla.

—Mira, Jesús, con favor de Dios, salieron doradas por fuera y suaves por dentro

—dijo Juana al observar el corte realizado por Jesús.

—Jesús, deja de contarle esa historia a ese niño, va a crecer pensando que la vida es un juego —dijo el clérigo de Escutia.

Jesús se volvió hacia el sacerdote que estaba a unos metros sentado.

—Con todo respeto, padre, prefiero contarle estas leyendas a mi nieto a que crea que nuestro salvador murió en una cruz, que ahora, por cierto, esa cruz se utiliza como agencia electoral.

—¡Jesús! —gritó Juana reprobando sus palabras—, dispénselo, está tomado, padre.

El padre tardó en contestar, pues tenía la boca llena de comida, pero en silencio movió la cabeza en signo de desaprobación.

—Nosotros solo prevenimos al pueblo —dijo el cura después de dar un trago a vaso lleno de cocacola.

—Padre, con todo respeto, una cosa es prevenir al pueblo y, otra, es hacer política desde la cruz —dijo Jesús antes de morder un taco.

—Jesús, ¡cállate y deja ese tema! —gritó Juana por segunda ocasión desde la esquina de una mesa.

—Mi obligación como sacerdote es advertir a los hijos del Señor, sobre lo bueno y malo que hay aquí en la tierra.

—Lo entiendo, pero qué raro que siempre los buenos son los que dan más dinero a su parroquia —dijo Jesús después de dar un trago a su cocacola.

—Jesús, pero qué necesidad de hablar de esa manera —dijo Juana con la voz cansada.

—Ninguna, solo que yo le estoy contando a mi nieto las leyendas de mis ancestros y el padre viene a contradecirlas. Pero ya estuvo, perdone, padre, mi intención no era ofenderle. Dionisio, pásale una cerveza.

V

Años más adelante, cuando José entró al instituto, era muy tímido, y para apartarse del mundo se la pasaba todas las clases dibujando. Aunque le costó integrase en la escuela, con el paso de los meses trabó amistad con algunos

chicos del colegio y vecinos de su barrio que acudían a la misma escuela. El segundo año del instituto, semanas después de que José cumpliera quince años, una mañana, antes de llegar a la puerta de la escuela, fue increpado por dos chicos de su salón, ellos estaban planeando ausentarse esa mañana de la escuela para vagar por la ciudad y lo invitaron a su aventura. La idea de caminar por la ciudad sin destino definido le pareció interesante a José y aceptó escabullirse con ellos. Así que rodearon la escuela y unas calles más adelante se encontraron con un chico mayor que ellos, era el que comandaba esa pandilla, le decían el Pirata y tenía algunos años más que los otros chicos. Estando los cuatro chicos juntos, el Pirata les propuso caminar y llegar hasta La Cañada, el vecindario que estaba al otro lado del río. «Allá donde vive la gente rica». Al llegar a La Cañada les propuso lanzar piedras a las puertas de las casas. La actividad era muy sencilla, solo se debían lanzar las piedras que el Pirata tenía en su mochila y correr a esconderse detrás del alguna arbusto o automóvil estacionando. Durante algunas horas de la mañana, los chicos lanzaron las piedras y rieron después de observar, desde lejos, la cara de susto de los vecinos que salían de sus casas al escuchar el golpe seco en sus puertas; los veían rabiar al darse cuenta de que habían sido parte de una broma de chiquillos. Cuando sintieron hambre decidieron volvieron a Escutia, en el camino de regreso se sentaron en un parque y sacaron de sus mochilas la comida que sus madres les habían dado para comer en el receso escolar. Mientras comían, los chicos comenzaron a contar aventuras que habían vivido en alguna parte de su breve existencia. Cada nueva aventura que salía de la boca de alguno de los chicos era más arriesgada y valerosa que la anterior. Estas aventuras iban desde pequeños hurtos hasta mitos de mujeres que abrían las piernas por dinero. José estaba nervioso, pues tenía poco que contar, él pasaba todas sus tardes leyendo novelas en casa de sus abuelos; para él, el mundo se reducía una habitación atestada de libros. Así que imploró al cielo que no le preguntaran a él sobre alguna hazaña. En ese momento, el Pirata sacó de su mochila una vieja revista, en ella se podía ver en la portada la imagen de una mujer rubia con los senos desnudos y los pezones erectos. Cuando José vio esa imagen apartó la mirada de la revista y sintió que su cara enrojecía. El Pirata comenzó a reír y le preguntó a José si le había gustado. Contestó que sí mientras el corazón le latía muy rápido. Después de ver esa imagen, José se recostó en el pasto con las manos detrás de su cabeza y cerró los ojos, tumbado en el suelo con la cara hacia el cielo, recordó las imágenes de *Los dieciséis placeres*, de Marcantonio Raimondi, que había visto en un libro que su abuelo tenía escondido en la biblioteca; en su cara se dibujó una sonrisa y sintió una sensación distinta en su cuerpo, como si un frasco de tinta china se hubiera

roto dentro de él y un minuto hubiera bastado para manchar toda su pureza contenida. Esos pensamientos se disiparon, pues de pronto José se sintió solo en la inmensidad de aquel parque, como si nada más el viento lo acompañara. Abrió los ojos y vio una nube que poco a poco cubría el sol, buscó a los otros chicos y se dio cuenta de que no estaban, lo habían abandonado. No es que José fuera un cobarde, pero nunca había estado tan lejos de su casa y de la escuela, así que por un momento tuvo miedo. Buscó con la mirada en todo el parque, sin embargo, no los encontró, pero, para su tranquilidad, vio las mochilas de los chicos a algunos metros de él. Eso significaba que no estarían lejos. Con la mirada divisó a lo lejos una pequeña construcción en forma de casa que, en alguna administración pública, fue la Casa de Cultura de Escutia, pero con la llegada de otro partido político al poder fue abandonada. José pensó que ahí podían estar los otros chicos, así que se levantó del pasto, camino hacia la construcción y escuchó unos murmullos.

—Chicos, ¿dónde están? —gritó José desde afuera de la casa.

—¡Métete, cabrón! —dijo alguien desde la construcción abandonada.

Cuando José entró vio a los tres chicos de rodillas en el suelo con su ropa interior hasta el suelo, rodeaban la revista de la chica desnuda que se encontraba en el centro y con sus manos jugaban con sus sexos. Uno de ellos vio a José a los ojos y quiso decir algo, pero no pudo. Solo sonrió.

—¿Qué te pasa? —dijo el Pirata, que ya había dejado de jugar con su sexo.

—Ven, siéntate junto a nosotros —dijo otro chico aún con su voz agitada.

—No. Me quiero ir a casa —contestó José, sin saber qué hacer. Lo único que se le ocurrió fue quedarse inmóvil y girar su mirada hacia una de las ventanas rotas desde donde se podían ver lo columpios y resbaladillas del parque.

—¡Ven con nosotros! ¡Siéntate! ¿Qué no quieres ser un lobo? —dijo el Pirata.

—¿Ser parte de la manada? —preguntó uno de los chicos.

Confundido, José obedeció, y se puso de rodillas junto a uno de los chicos y luego descansó sus nalgas sobre sus talones. Con la cara roja, recargó las palmas de sus manos en sus muslos y las restregó sobre sus piernas, sin saber qué hacer.

—Anda, es tu turno —dijo el Pirata.

—No, yo no quiero.

—¿Eres puto, o qué? —dijo uno de los chicos mientras le daba un golpe en el hombro.

—Anda, hazlo, sé un hombre. Es la única manera de sobrevivir en la jungla —dijo el otro chico que había encendido un cigarro.

—Hazlo, ya verás que te va a gustar. Después lo harás todos los días —dijo

el Pirata.

Minutos después, José, sin saberlo, entró a una edad sin tiempo, se sumergía en la eterna incertidumbre de la adolescencia. Esa tarde, de regreso a sus casas, los chicos fueron hablándole a José de mujeres. Él solo escuchaba y caminaba con la mirada al suelo con las manos en los bolsillos. Confundido, no sabía qué había pasado unas horas antes, lo único seguro era que había sido placentero. Horas más tarde, estando en su habitación y mientras leía *El ensayo sobre la ceguera*, de Saramago, sintió en su entrepierna una voluptuosidad que no se controló hasta que se perdió en las sombras de su habitación. A partir de ese día llegaron los años en que en su interior latía un impulso animal, igual de placentero y prohibido, que ante los ojos del mundo debía ser escondido. Entendió lo que significaban las palabras «pecado y prohibido», de las que el cura de Escutia habló tantas veces en el catecismo. A partir de ese descubrimiento, algo despertó dentro de él y comenzó a vivir en secreto el pecado en carne propia mientras su infancia se derrumbaba frente a sus ojos.

Semanas después, los chicos se quedaron de ver en el parque de Escutia, ese día José se veía más alto y delgado, pero aún con un ligero y distante destello de inocencia. Después de jugar futbol, los chicos se sentaron a charlar. Pirata y los otros dos muchachos contaban historias de hurtos que habían realizado en su corta vida, José se volvió a preocupar como semanas antes, pues no tenía ningún pasado delictivo, así que, para no sentirse menos que sus amigos, cuando fue su turno de contar hazañas, mintió, inventó una historia en la cual había robado unos frascos de miel a un vendedor del mercado. Cuando terminó de contar la historia nadie le creyó, pero el Pirata se le quedó viendo de una manera distinta. José pensó que gracias a su historia había ganado el respeto de los chicos y eso lo hizo sentir bien.

Dos días después, estando en el receso escolar, José se dirigió a los sanitarios, cuando terminó de orinar se aceró al lavabo y se lavó las manos; en el reflejo del espejo observó, ahí, detrás de él, al Pirata.

—José, ¿cómo estás?

—Bien, Pirata, y ¿tú?

—Bien, oye, me quedé pensando en la historia de los frascos de miel que nos contaste hace unos días. ¿Sabes que el que vende la miel en el mercado es mi tío?

—No, no sabía.

—Sí, la semana pasada escuché que mi tío le contaba a mi madre que le habían robado algunos frascos de miel de su tienda y, pues, el día que nos contaste la historia supe que habías sido tú. No tienes de qué preocuparte, yo no le he dicho nada, no le voy a decir que fuiste tú, tu nombre no se manchará,

pero si no quieres problemas, es mejor que me des el dinero que cobraste por esa miel y yo se lo regrese a mi tío.

José, por un momento, pensó en retractarse de su historia, pero sabía que, de hacerlo, todo el honor ganado en esos días, se perdería.

—No te voy a dar nada —contestó José con total arrojo.

—Sí tú no me das el dinero hablaré con la policía, o con tus abuelos —dijo el Pirata mientras cogía a José por el cuello.

Cuando el Pirata dijo la palabra *abuelos*, el suelo de José se derrumbó y pensó en la decepción que sentirían ellos si se enteraran de aquella mentira que se había vuelto realidad en cuestión de segundos.

—Mira, el dinero no lo tengo ahora. Lo he gastado todo —dijo José tratando de soltarse de la mano del Pirata.

—Ve a pedirle dinero a tú abuelo el *gachupín*, él tiene dinero.

José, solo de pensar en que su abuelo paterno, con el cual no tenía contacto desde hacía años, se enterara de aquella situación, hizo que le comenzaran a sudar las manos y le doliera el estómago

—Debes estar bromeando. No puedo ir a pedirle ese dinero —dijo José con la frente perlada por el sudor.

—No. No estoy bromeando. Nos vemos antes del anochecer en el parque, quiero el dinero. Si no lo tienes, voy a ir a buscarte y cuando te encuentre, te voy a sacar los billetes a puñetazos.

Al salir del colegio, José iba desconcertado, pensaba que era la primera vez que se metía en un problema y que la vida se le había acabado; con la cara llena de vergüenza caminaba y reflexionaba con qué cara iba a volver a ver a su madre y si podría volver a comer en la mesa de su abuela Juana. Quizás no era digno de aquella comida. Solo era cuestión de horas para que pasara de ser el niño de luz a un sucio y mentiroso ladrón. Se lamentaba y concluía que todo eso le estaba pasando por un castigo divino causado por todas las noches que jugaba con su sexo. Después de darle muchas vueltas en su cabeza, decidió no decir nada en su casa y tratar de obtener algunas monedas de una alcancía que tenía su madre. Así que por la noche se acercó a hurtadillas a la mesa donde estaba la alcancía en forma de cerdo y, ayudado de una llave, trató de sacar algunas monedas por la rendija. Tenía que tener mucho cuidado de no romper el animal. Después de un tiempo, cansado, se dio cuenta de que solo había podido obtener algunas pequeñas monedas que no le servirían para cubrir sus errores. Decepcionado, aceptó el riesgo que corría al acudir a la cita sin dinero. Al llegar la hora acordada, se dirigió al parque, sabía que habría de enfrentar al Pirata; no tenía miedo, para eso se había convertido en un lobo, ya era parte de la manada. Al llegar el parque se sentó en una banca, observó el cielo, era gris.

Pasados unos minutos pensó que el Pirata no llegaría y que quizás todo había sido parte de una broma, sin embargo, segundos después de que ese pensamiento cruzara su mente, apareció el Pirata caminando de manera cansada hacia la banca, en una de las manos llevaba un cigarro encendido y en la otra un pequeño bate de béisbol.

—¿Traes el dinero? —dijo el Pirata mientras exhalaba e inhalaba de manera agitada.

—Solo pude conseguir esto —dijo José mientras depositaba los centavos en la mano del otro chico. El Pirata, al observar los centavos en su mano, volteó a ver a José con una mirada indolente y comenzó a reír.

—¿Qué es esto? No quieras jugar conmigo.

—Fue lo único que conseguí. No tengo más. —En ese momento el Pirata empujó a José, quien cayó al suelo.

—No sabes con quién te estas metiendo —dijo el Pirata mientras se le montaba a José; por su tamaño y complexión, de inmediato le inmovilizó los brazos, al tiempo que lo cogió del cuello.

Cuando José vio que el Pirata había levantado el bate de béisbol para propinarle el primer golpe, solo cerró los ojos. En ese momento el Pirata sintió un golpe en la cara que lo descolocó y cómo otro cuerpo lo empujaba para liberar a José. El Pirata cayó al suelo y en cuestión de segundos el otro chico le comenzó a dar una golpiza en la cara.

—¡Perdona, Grillo, perdona, no sabía que José era tu amigo! —gritó el Pirata mientras entre sollozos trataba de cubrirse la cara para no recibir más golpes.

—¿Por qué le querías pegar? —preguntó el Grillo.

—Me debía un dinero. Pero ya no me debe nada, ha sido una confusión —dijo el Pirata tratando de liberarse del Grillo.

—¡¿Dinero de qué?!

—¡No le debo nada, yo no robé la miel a su tío, solo lo dije para que me respetaran! ¡Dice que su tío es el que vende la miel en el mercado! —dijo José.

—¡Tú no tienes ningún tío que venda miel! Maldito mentiroso. A ver si te confundes con uno de tu tamaño, ¡perro abusivo! —En ese momento el Grillo se levantó y dejó de presionar el cuello del Pirata—. Escúchame bien, Pirata, no quiero que te vuelvas a meter con él, y diles a los de la escuela que él es mi amigo. Y si tú, o alguien, se vuelve a meter con él, Ratita me va avisar —dijo el Grillo señalando a un chico de la edad de José que en silencio había estado observando la golpiza que recibía el Pirata— …y se las van a tener que ver con él o conmigo. ¿Te queda claro?

—Sí, Grillo, me queda claro —dijo el Pirata mientras se levantaba del suelo

con la cara lastimada.

—¡Ahora, lárgate! —gritó el Grillo.

VI

Cuando el Pirata salió corriendo del parque, José se limpiaba la ropa y solo pensaba cómo iba a explicarles a su madre y su abuela que había roto la parte de la rodilla de uno de los pantalones.

—José, me llamo Grillo. Soy amigo de tu papá —dijo el chico que aparentaba tener unos veinte años. —Él es Ratita, es amigo mío, y también estudia en la misma escuela donde vas tú, solo que un año más delante de ti.

—Mucho gusto. Gracias por ayudarme.

—No tienes qué agradecer, tú papá me ayudó a mí cuando era pequeño y mi mamá se quedó sin trabajo. Él me dio trabajo en la mueblería. También conozco a tu mamá.

—A mi abuela, su abuela le quitó una vez la estufa —dijo Ratita.

—¿Por qué? —preguntó José

—Porque no tuvimos para pagar — contestó Ratita.

—Ratita, las cosas se tienen que pagar, pero bueno, dicen que si no fuera por Doña Concha ya no habría mueblería que, si fuera por don José, él lo regalaría todo —dijo Grillo—; José, cuéntanos, ¿por qué el Pirata te tenía en el suelo?

—Yo no lo conocía, pero hace algunas semanas lo conocí por unos chicos de mi salón, un día fuimos a jugar futbol y luego nos pusimos a platicar en el parque. Ellos se la pasaban contando todas sus anécdotas y yo no tenía qué contar. Así que inventé lo de la miel.

—¿Por qué les mentiste?

—Pues para que me dejaran de molestar, todo el tiempo me están diciendo *gachupín*; pensé que de esa manera me ganaría su respeto. Yo no sé por qué me dicen así, si solo veo a mis abuelos una vez al año, cada vez que viene mi papá. Y hace tres que no los veo, pues mi papá no ha venido y mi abuelo Jesús no me deja irlos a saludar.

—¿Por qué no vamos a buscarlo? ¿No quieres hablar con ellos? —preguntó Grillo.

—Pues no lo había pensado, pero sí, me gustaría, espera, ¿y si mi abuelo Jesús se enoja?

—Ya estás grande, ya es hora de que tomes tus decisiones. Anda, vamos, que seguro a ellos les va a dar gusto saludarte —dijo Grillo mientras le daba una palmada en el hombro a José.

Los chicos caminaron unos minutos y pronto estuvieron frente a La Compostelana, dentro se escuchaba *Un canto a Galicia,* de Julio Iglesias.

> Eu quero che tanto, e ainda non o sabes.
> eu queroche tanto, terra do meu pai.
> Quero as tuas ribeiras que me fan lembrare,
> os teus ollos tristes que me fan chorare.
> Un canto a Galicia, hey, terra do meu pai.
> Un canto a Galicia, hey, miña terra nai.
> Teño morriña, hey, teño saudade,
> porque estou lonxe de eses teus lares.
> Teño morriña, teño saudade,
> porque estou lonxe de eses teus lares.
> De eses teus lares, de esos teus lares,
> Teño morriña! Teño saudade!

—Don José, don José, alguien lo quiere saludar —dijo Grillo.

—Pasa, Grillo, pasa —dijo el anciano desde la mueblería.

Grillo y Ratita entraron al fondo de la mueblería, José se quedó en la entrada, tenía vergüenza. No sabía qué pasaría, así que, tratando de disimular sus nervios, se quedó en la recepción de la mueblería y se puso a jugar con un gallo de madera que encontró sobre un escritorio, en la base del animal había una leyenda que decía: «No se fía hasta que este gallo cante». Cuando don José vio a su nieto sintió que el corazón se le salía, corrió hacia él y le dio un fuerte abrazo. Desde hacía tres años que no lo había vuelto a ver tan cerca, en ese tiempo José había cambiado mucho, el bigote le comenzaba a salir y ahora tenía toda la cara de Manuel. Don José y doña Concepción solo veían a su nieto una vez al año y a ratos, cuando Manuel viajaba a México, y aunque algunas veces don José veía pasar a Jesús o a Juana con su nieto entre los brazos para tomar algún colectivo o taxi, ellos no le saludaban. Cada vez que esto pasaba, don José solo levantaba su brazo y saludaba desde lejos a su nieto, quien, confundido por los problemas de los adultos, regresaba el saludo a su abuelo de manera cariñosa. La única y última vez que don José lo vio así de cerca como aquella tarde, y tanto tiempo, fue cuando semanas después de que Mandana diera a luz, doña Concepción y don José fueron a reconocer a su nieto, y a pesar de las negativas de Jesús, al final aceptó que el niño se registrara con el apellido de Manuel. Para ello tuvieron que sobornar a un juez del registro civil, que era amigo de Manuel y cliente habitual de La Compostelana. A pesar de que Manuel había cumplido su palabra y había apoyado en todo a José y

Mandana, solo iba a México cada invierno, pasaba uno o dos meses en México y volvía a Galicia, donde tenía otra mueblería y, según sospechas de Mandana, también otra familia. Al principio José sentía nostalgia por su padre cada vez que lo acompañaban al aeropuerto, pero con el tiempo se acostumbró a verlo solo algunos meses al año. Según Manuel toda ausencia era justificada por el trabajo. Esa manera de ser padre que tenía Manuel no la entendía don José, pero llegado ese punto en que su nieto crecía,y comenzaba a tomar decisiones, lo mejor era que el tiempo dijera cuál sería la relación con su padre. Cuando don José soltó a su nieto, Grillo le comenzó a contar el suceso con el Pirata y que a José lo molestaban llamándole gachupín.Al terminar de escuchar la historia, don José volteó a ver a su nieto:

> «Fillo, si alguna vez una silla te impide continuar con tu camino, quítala o rómpela.»

Después le gritó a su mujer. «Ven, Concha, mira quién nos vino a visitar». Concepción salió desde detrás de una pared falsa que dividía la mueblería de su casa, cuando vio al niño solo se acercó y sin preguntar lo levantó entre sus brazos y lo abrazó. Don José, al ver a su mujer abrazada a su nieto, también se acercó y los tres comenzaron a llorar. A partir de ese día, José comenzó a frecuentar La Compostelana, habló con su madre y le pidió permiso para comer con sus abuelos paternos todos los sábados. Mandana aceptó.

El primer sábado que José comió en La Compostelana estaba muy contento. Cuando estuvieron los tres sentados en la mesa, don José dijo: «Tu padre estará contento de que comiences a aprender el negocio». A don José, todos en Escutia le llamaban “El Gallego”; era una persona muy querida en el barrio, pues daba muchas facilidades a los pobladores para comprar los muebles de sus casas, incluso en repetidas ocasiones recibió regalos de los habitantes de Escutia como símbolo de amistad. Cuando años atrás, don José llegó a Escutia y escuchó la leyenda del héroe que daba nombre al barrio, que se había lanzado al vacío en el Castillo de Chapultepec envuelto en la bandera para que no cayera en manos enemigas, no lo podía creer. Nunca perdía oportunidad, a medio vaso de un licor, café o aguardiente, reprochar a sus amigos gallegos cómo fue posible que los españoles permitieran que Franco muriera dormido en su cama. Siempre que don José se refería a los mexicanos decía: «*Son moi valentes e son capaces de facer calquera cousa se se trata de defender a súa. Pero tamén están moi tolos, quizais porque comen vermes maguey*».

Don José salió de Córcores una noche de invierno para dirigirse a México y no volver jamás. Salió huyendo de la hambruna y de las presiones políticas que

lo asolaban en España. Un pasado de joven rebelde no le permitía vivir con tranquilidad. Las constantes amenazas y el temor a las represalias por los franquistas le hicieron escapar escondido de su pueblo en un carro tirado por mulas hacia el puerto de Vigo, no sin antes prometer a Concepción mandar dinero desde México para comprar los boletos de barco de ella y sus dos hijos, Manuel y Ramón. Los primeros años que don José vivió en México, dormía en un cuarto que Antón, su mejor amigo, —otro emigrado gallego que había llegado unos años atrás—, le prestaba en su casa. Después, cuando José abrió La Compostelana, y Concepción ya estaba en México con sus dos hijos, se mudaron a vivir a la parte trasera de su mueblería. A Concepción le gustaba vivir en esa casa pues tenía un jardín trasero que decía que le recordaba a su pueblo. Sin embargo, a ella poco la querían en Escutia, pues era la que no permitía dejar pasar un solo mes de retraso en los pagos de los créditos que se ofrecían en La Compostelana; en repetidas ocasiones fue con la policía a sacar muebles de las casas de los clientes que no podían pagar sus deudas. Ella era la que llevaba las riendas de la mueblería. Ramón, el hijo menor de don José y Concepción, murió en México a los dos años de que llegaron a este país. Lo atropelló un auto y murió al instante. Ese día los rosales del jardín de Concepción no abrieron sus pétalos.

Por culpa de Concepción, José, durante muchos años de su adolescencia, tuvo miedo a las moscas, pues, según su abuela, eran brujas que se transformaban en esos bichos para poder cruzar cualquier cerradura de las casas decentes. Ese era uno de los motivos por los que Concepción entraba en cólera cada vez que veía uno de aquellos voladores insectos y de inmediato sacaba de entre sus ropas, como si fuera una varita mágica, un matamoscas con el que las ahuyentaba. Concepción decía que los gallos eran los únicos animales que le gustaban, pues eran los únicos que avisaban si alguna bruja andaba rondando las casas. A pesar de que ella tenía un pequeño gallo encerrado en un corral en la parte trasera de la mueblería, todas las noches guardaba la leche en la alacena con llave y hacía una cruz en la masa del pan, diciendo: «*por se alguna bruxa* está por ahí».

—¿Cómo nacen las brujas, abuela? —Un día José le preguntó mientras se sentaba en la mesa.

—*Non nacen, hérdano, da avoa á nai, da nai á filla, rapaciño* —contestó Concepción mientras observaba y giraba el cuello a diestra y siniestra como si alguien desde el más allá la escuchara. Concepción le contó a José que las brujas, cuando ya son muy ancianas, heredan a la hija o nieta elegida sus poderes, transmitiendo siglos de sabiduría. Según Concepción, las brujas mayores enseñaban poco a poco a las jóvenes, casi sin que ellas se dieran

cuenta, los secretos del más allá, hasta que, llegado cierto momento, casi siempre en la adolescencia, la joven elegida debía saber el secreto familiar, renunciar a Dios y entregarse al Demonio. Para lograrlo, se debía hacer un ritual en el cual la bruja mayor dibuja con una tiza un círculo en el suelo, dentro del círculo se dibuja una estrella de cinco picos, en cada uno de los picos se debe encender una veladora. Cuando las cinco veladoras están encendidas, la joven elegida debe ponerse de pie en el centro del círculo, mientras las brujas mayores invocan a los espíritus de la noche y recitan un conjuro.

> Pai sodes noso escollido
> para vo a gloria dar, pai sodes noso solmente
> para vos a gloria dar
> Pai sodes noso xardon
> para a gloria nos dar:
> amái vos este meu corpo
> para vosa alma consolar

Concepción estaba obsesionada con las brujas y cada vez que podía le recordaba a José mientras le apretaba las mejillas: «*Non te esquezas de mirar* ás mulleres aos ollos, porque se ves pernas de sapo nas súas pupilas, debes *berrar o nome de Xesús con todas as túas forzas para que se afasten*».

Una tarde, un señor se presentó en La Compostelana con la intención de comprar unas sillas para el comedor de su casa, se llamaba Simón y era vendedor de quesos. Mientras don José le mostraba los modelos de sillas que tenía en su catálogo, Simón le contaba que una de sus vacas no estaba dando leche. Don José escuchaba a su cliente, pero sin dar mayor importancia a sus palabras. En ese momento, Concepción pasaba por ahí con una escoba.

—Tenga cuidado, señor, que seguro andaba una bruja por su casa —dijo Concepción mientras barría el suelo.

—Pues la única que conozco es mi esposa, señora. —Simón contestó.

—No le haga caso, señor —dijo José mientras daba vuelta a las hojas donde se podían ver fotos de los distintos modelos de sillas.

—Si quere que la vaca vuelva a dar leche, póngale sus bragas durante una noche en las astas para que aleje a las *bruxas*. Si la vaca *non corre* es que la bruxa se ha ido, si la vaca corre observe *onde* se para el animal, pues ahí es donde vive la *bruxa* —dijo Concepción, ignorando a José, como si hablara de algo sumamente importante.

—¿Qué bragas le pongo? ¿Qué estén limpias o sucias? —preguntó Simón,

avergonzado.

—Las que usted traiga puesto el día que quiera descubrir a la *bruxa* —contestó Concepción.

—Bueno, gracias por el consejo, ya veremos qué pasa —dijo Simón,frotándose la nunca con su mano derecha.

—Haga caso a los consejos de esta vieja —dijo Concepción mientras se perdía por una puerta de la mueblería.

Días más adelante, Simón volvió por otra silla a la mueblería, y en esa visita le regaló a Concepción un queso.

—Señora, es para agradecerle su consejo del otro día, fíjese que después ponerle mis calzones a la vaca, ya está dando leche de nuevo.

—¿Y corrió? —preguntó Concepción.

—Corrió en círculos.

—Vale, tenga cuidado que las *bruxas* se transforman en cualquier cosa. Casi siempre en *bruxas*, pero si es necesario en otros animales —dijo Concepción mientras se la observaba pensativa.

—Sí, señora, ya puse el ojo sobre mi mujer, es que es de la única que sospecho—contestó Simón, mientras que la mujer tomaba el queso entre sus manos y, orgullosa, caminaba hasta el fondo de la mueblería para regresar minutos después con unas ramas de romero que entregó a Simón.

—*Esto e Loureiro bendito do* Domingo de Ramos, *acórdome que cando eu era pequeña, miña nai colgaba en la puerta da corte das vacas*, porque decía que eso *as protexía*.

—Gracias, señora, seguro lo voy a poner donde están mis vacas.

Semanas después de la visita de Simón, un sábado, Concepción estaba muy asustada, pues el gallo que tenían en el patio trasero no dejaba de cacarear, y además había muchas moscas en la casa. Ese día Concepción pasó toda la tarde diciendo: «É a muller do noso cliente Simón, vén a vingarse. Pasaranos *como a vella do meu pobo*.»

Concepción comenzó a narrarle a su nieto que en su pueblo hubo una familia donde uno de los hijos, llamado Xurxo, sospechaba que su madre era bruja, así que una Noche de San Juan decidió espiarla. Para confirmar sus sospechas, Xurxo fingió que se quedaba dormido en la sala de su casa esperando el momento de descubrir a su madre, que tenía por nombre Anuncia. Así fue que, en cierto momento de la noche, cuando ya caía la madrugada, Anuncia salió de su casa haciendo el menor ruido posible. Esto le pareció sospechoso a Xurxo, quien a hurtadillas salió detrás de ella pudiendo ver desde lejos cómo su madre se introducía en el granero de la casa. Sin dudar, Xurxo se dirigió al granero y, cuando estuvo dentro, se escondió detrás de unos sacos

llenos de harina. Estando ahí observó a su madre, quien comenzó a dibujar con una tiza un pentagrama en el suelo, cuando el pentagrama estuvo terminado ella se paró dentro de él y comenzó a hablar un idioma desconocido para el muchacho. El sonido de voces murmurando colmaban la oscuridad del granero. Lleno de miedo, con las manos frías y húmedas, comenzó a rezar en silencio para que su alma no lo abandonara en ese momento. Pensó que, si deseaba con todas sus fuerzas dejar de escuchar los murmullos y dejar de ver cómo su madre comenzaba a retorcerse mientras un olor nauseabundo se apoderaba del granero, podía, en efecto, dejar de presenciar esos horrores. Destellos de luz multicolor se comenzaron a elevar desde los pies hasta la cabeza de Anuncia. Xurxo pudo ver en los ojos de su madre la degradación del mal. Su mirada brillaba con un resplandor amarillo, mientras que de su boca el lenguaje impreciso retumbaba en el lugar. De la impresión y el susto de ver a su madre retorciéndose, al tiempo de que su cara se llenaba de llagas y úlceras que poblaban toda su piel, Xurxo dio unos pasos hacia atrás y provocó que unos leños que estaban recargados sobre la pared, cayeran. Esto ocasionó que su madre se diera cuenta de que había sido descubierta por su hijo. Sin embargo, la bruja tenía tanta prisa que solo se dio la vuelta para ver a su hijo y con los ojos encendidos, gritó: «mañá matarei á túa muller», y sin decir más palabras salió volando sobre su escoba llevando un olor a azufre detrás de ella. Xurxo cayó desmayado después de escuchar esas palabras. Cuando despertó, salió presuroso en dirección de su casa a la búsqueda de Josefa, su mujer. Estando en su casa, aun agitado, Xurxo narró a su esposa el secreto y amenaza de su madre, sin embargo, ella no creyó en sus palabras.

—*Seguro que ves borracho.* ¿Cantas *cuncas te bebiste ayer?*

—Qué va, *muller*, no he bebido ni una gota.

—*Fai o que queiras, tolo* —dijo Josefa mientras le daba un beso en la boca a su marido.

A la mañana siguiente, Xurxo se empeñó en acompañar a Josefa a la finca donde trabajaba. Cuando el matrimonio llegó y Josefa comenzaba a recoger la leña, Xurxo observó cómo su madre llegó volando y se escondía en el establo.

—Actúa normal, no quiero que *miña nai* sospeche —dijo Xurxo haciendo una señal de silencio con el dedo índice cruzando sus labios.

Como Josefa estaba ocupada recogiendo la leña, no vio cuando su suegra llegó a la finca surcando el cielo y entró al granero, así que solo le contestó a su marido

«Si, cariño, *non* te preocupes» mientras continuaba levantando los maderos secos.

En ese momento, Xurxo tomó una vara de avellano y se dirigió a hurtadillas

al establo; estando dentro, pudo ver cómo de los pies de su madre comenzaban a salir luces multicolores y comenzaba a transformarse en un enjambre de moscas rayadas. Sin pensar, Xurxo dio un salto hacía su madre, que ya tenía medio cuerpo convertido en moscas que se dirigían hacia el establo. Con la vara entre la mano alcanzó a dar un fuerte golpe a la parte de la cabeza que no se había transformado. Ese fuerte golpe, seco y contundente, provocó que el resto del cuerpo que faltaba por transmutar se convirtiera en moscas muertas que cayeron fulminadas con el peso de la gravedad a los pies de Xurxo. Las moscas que habían alcanzado a escapar ya estaban cerca de Josefa, quien se disponía a abrir el corral para que las vacas y bueyes salieran a pastar. Cuando Josefa quitó el candado de la cerradura, levantó la manivela y los animales comenzaron a salir, las moscas atacaron y picaron a los bueyes y vacas que, embravecidos, salieron en estampida, provocando que Josefa cayera al suelo, mientras los cascos de los enormes mamíferos le deformaban la cara, logrando que ella muriera de inmediato.

—*Mata as bruxas, non sea que ande algunha por ahí* —dijo Concepción al terminar de contar la historia mientras le daba un matamoscas de plástico a José.

—Abuela, qué feo lo que le pasó a Josefa.

—*Cala meu neniño, non lle podes ter lastima, que se non o mal que ela ten pasa pa ti* —dijo Concepción, mientas se alejaba hacia donde estaba su marido viendo un partido en la televisión del Torneo Teresa Herrera, que se disputaba entre el Deportivo de la Coruña y el Real Madrid.

—José, *deixa de ver a televisión e levántate, necesito que me debuxes, no xardín da tenda de mobles, con esta tiza un círculo con tres cruces, xa sabes que non me podo dobrar moito*.

—¿Para qué queres un círculo, *muller*, para qué? *Non ves que estou vendo un partido de fútbol*? —dijo don José, sin dejar de ver la pantalla de la televisión.

—*Por que as meigas* están colgadas *pola tenda de mobles* —dijo Concepción mientras se acercaba al sofá donde estaba José y le quitó el mando de la televisión de la mano y en su lugar le ponía la tiza.

—*Miña nai xa me dixo que non me case con esa muller dez anos maior ca ti*— dijo José, quien, malhumorado y en silencio, se levantó del sofá, se dirigió a la caja de la herramienta y luego al patio a realizar las indicaciones que su mujer le había dado.

—Descansa en paz, *a túa nai non sabía nada da vida. Deus a teña no ceo, pero a túa nai non sabía nada da vida* —dijo Concepción mientras observaba a José ponerse en cuclillas y deslizar la tiza en el suelo formando un círculo.

—*Ben, xa está, aí está o teu* círculo —dijo José mientras se levantaba y se

frotaba las manos quitándose la tiza de las manos.

—*Agora tira un coitelo no centro do círculo porque, a través do burato que fagas, na terra será o único xeito en que a terra chupe as meigas* —dijo Concepción mientras limpiaba con un trapo una de sus plantas.

—Pero *muller, non ves que estou vendo o partido de fútbol*? É un partido de *copa, sabes a importancia deste partido*? —dijo José levantando las dos manos al aire.

—José, *xa sabes que se as bruxas entran nunha casa non hai forma de sacalas despois* —dijo Concepción levantando un poco la voz.

—*Ai muller, muller* —dijo José mientras levantaba los hombros y se dirigía a la cocina en busca de un cuchillo; al volver al patio y, mientras que José lanzaba en varios intentos el cuchillo al círculo con la intención de acertar en el centro, Concepción, con los ojos cerrados y en voz alta, como si quisiera que la escucharan en el más allá, decía un conjuro:

> Sapos e ratos,
> bruxas e meigas,
> fora das miñas veigas.

Siempre llegadas las ocho de la noche, y pocos minutos antes de que Mandana pasara por José, Concepción, vestida con un mandil de cuadros, se acercaba a su nieto, metía las manos en uno de los bolsos del mandil y sacaba unas cuantas monedas mientras decía: «*Hay miña virxen querida do corpiño, gárdame o meu neto, da miña vida e do meu corazón. Mirade ben para min, que deste ano non paso*».

Semanas después, un día mientras el profesor de ética pasaba lista en el aula, un chico que no estaba muy informado sobre los últimos acontecimientos en la escuela, volvió a tratar de ofender a José llamándole gachupín. Desde el suceso con el Pirata nadie se había vuelto a meter con él, así que todos en el aula voltearon a verse y murmuraron; sabían las consecuencias de sus palabras si Ratita se enteraba. Sin embargo, esta vez José volteó a ver quién había lanzado la ofensa, se levantó de su asiento y se dirigió hasta donde estaba el chico que le había tratado de ofender, y sin intercambiar palabras, lo encaró y le soltó un puñetazo en la cara que hizo que cayera de inmediato al suelo, para después lanzarse sobre el cuerpo del chico y continuar golpeándolo. En ese momento el profesor los separó y los llevó de inmediato a la dirección de la escuela. El sábado siguiente, José, después de comer *filloas*, preguntó a don José.

—Abuelo, ¿por qué viniste a México?

—*Por fame e medo, meu fillo*, pero, ¿por qué me haces esa pregunta?

—Un sinvergüenza me volvió a llamar gachupín en la escuela, y esta vez me tuve que enfrentar a golpes con él. Abuelo, ¿valió la pena venir a México?

—Sí, naciste tú. —contestó don José mientras acariciaba la cabeza de su nieto.

—Cuéntame cómo llegaste aquí.

—Bueno, pero antes dime una cosa, ¿crees que esa fue la mejor manera de solucionar el problema con el chico de tu salón?

—Sé que la violencia no es la solución, pero si la causa lo amerita, sí. El otro día un profesor nos dio a leer a un escritor francés que se apellidaba Camus, y él decía que «hay causas por las que merece la pena morir».

—Sabias palabras, los escritores son profetas. Ven, acompáñame —dijo don José mientras se levantaba de su asiento y se dirigía a su habitación. De un clóset sacó una caja de zapatos y una pistola de balines, después se dirigieron hasta el jardín de la casa.

Estando en el jardín, don José le mostró cómo utilizar el arma a su nieto y, mientras le enseñaba a disparar a unas latas vacías que habían colocado en un extremo del jardín, dijo:

—Te voy a contar por qué vine a México, pero no me interrumpas hasta que termine de contarte.

—No abriré ni una vez la boca, abuelo, lo prometo —dijo José mientras apuntaba a una de las latas que tenía a unos metros.

—Cuando salí de mi pueblo a mí me estaban buscando los franquistas por no estar de acuerdo con el golpe de Estado que se dio contra la Segunda República Española. Yo luchaba, como dices que leíste, por una causa por la que quizás valía la pena morir. En ese tiempo una corazonada me hizo presentir la catástrofe que se acontecía en España. En esos días los franquistas desaparecían a la gente y no se volvía a saber más de ella, o peor, é *que as autoridades non fixeron nada ao respecto*. En ese tiempo, las cosas en *miña terra* comenzaban a estar muy mal. Todos en España estábamos preocupados, pues cada día era más habitual ver gente haciendo largas filas para conseguir pan, leche y huevos. En repetidas ocasiones vi gente que se arremolinaba y aplastaba por comida, llegando muchas veces a los golpes por algunos granos de semillas. *Naquel momento en España, estraperlo era o deporte nacional. Supoño* que ahí aprendí a negociar.

Mientras don José contaba a su nieto remembranzas de su pasado, abrió la caja de zapatos y de ahí sacó algunos papeles y postales descoloridas por el tiempo. Los separó y, alejando la mirada de ellos para poderlos apreciar mejor, apartó un papel. José vio el papel y notó que era la fotocopia de un telegrama.

Don José, sosteniendo con la mano izquierda la fotocopia, metió su mano derecha por debajo de su suéter y cogió de la bolsa izquierda de su camisa sus lentes, se los puso sobre su nariz y recordó que había mandado ese telegrama meses antes de que todo estallara en España, a su amigo Antón, quien tres años antes ya había emigrado a México. Antón y José eran amigos de la infancia, de esos amigos entrañables e inseparables que solo la tumba separa. Don José puso el dedo índice en la fotocopia y comenzó a leer en voz alta.

> Querido Antón, espero que estea ben, aquí as cousas empeoran cada día. Estou pensando a migrar como todos os demais. Comó vai todo en Méjico?

José contó a su nieto que semanas después de enviar el telegrama a su amigo, él recibió, a manera de respuesta, una carta desde México, que comenzó a buscar entre sus viejos papeles. Después de deslizar sus dedos entre cartas, postales y hojas viejas, encontró una postal donde se veía, en blanco y negro, un pedestal escalonado, sobre el que resaltaban en el primer descanso, un león conducido por un pequeño ángel y a los extremos las figuras de dos mujeres sentadas. Sobre el león, a pocos metros de Antón, es decir, en el segundo descanso, se podía ver la figura del cura Miguel Hidalgo, sosteniendo una bandera de México, escoltado por dos figuras que representaban la Historia y la Patria. A esa misma altura se podía ver, a la izquierda, la estatua de José María Morelos; a la derecha, la de Vicente Guerrero; detrás, se alcanzaban a observar las estatuas de Francisco Javier Mina y Nicolás Bravo. Desde esa zona de las estatuas se elevaba una columna que sostenía en su cúspide una estatua de bronce, que representaba a una Victoria Alada a punto de emprender el vuelo; en su mano derecha sostenía una corona de laurel y, en la izquierda, una cadena rota. Después de quedarse viendo por unos momentos la figura del Ángel de la Independencia, José dio vuelta a la postal y comenzó a leer las palabras que, pintadas en tinta negra, adornaban la parte trasera de la tarjeta.

> Non o penses demasiado, México é fermoso e promete moito. Fale coa miña nai, xa lle dei indicacións para axudarche.

Después de leer esas palabras, José se dirigió a casa de Herminia, la madre de Antón. Cuando José tocó la puerta de esa casa, Herminia ya sabía el cometido de su visita, pues ella también había recibido una carta postal firmada por su hijo. José cruzó la puerta de la casa y fue recibido con un sobre lleno de pesetas, con las cuales compraría un boleto para México.

Semanas más adelante, en el muelle de Vigo, José se vio rodeado de

hombres y mujeres cargados de maletas que esperaban una de las lanchas que los llevaría del puerto a los buques. En la atmósfera se sentía tensión, pues se sabía que el muelle era el punto de no retorno donde familias enteras se consumían en abrazos sin tiempo; quizás era el preámbulo para la última vez que verían sus caras. Mientras José se despedía de su mujer e hijos, vio a unos metros a un anciano que se abrazaba de dos jóvenes, él asumió que, por su cara de niños, quizás no llegarían a los quince años de edad. El anciano, en repetidas ocasiones, se fundió en abrazos con los chicos; cuando dieron la señal de que se debía subir a las lanchas que llevarían a los pasajeros a los buques, José le dio un profundo beso en la boca a Concepción, no sin antes prometer mandar dinero a la brevedad para que ella hiciera el mismo viaje acompañada de sus dos hijos pequeños. Después de abrazarlos, José subió a la lancha con un grupo de desconocidos, entre los cuales iban los dos chicos que se encontraban con el anciano unos segundos antes. Apenas la lancha comenzó a zarpar, los jóvenes entonaron una canción de despedida.

> Adiós mi España querida,
> dentro de mi alma
> te llevo metida,
> aunque soy un emigrante
> jamás en la vida,
> yo podré olvidarte.
> Cuando salí de mi tierra,
> volví la cara llorando,
> porque lo que más quería
> atrás me lo iba dejando,
> llevaba por compañera,
> a mi virgen de San Gil,
> un recuerdo y una pena
> y un rosario de marfil

Mientras los chicos cantaban y la lancha desaparecía en el horizonte, Concepción lloraba y lanzaba besos al aire; por su parte, sus pequeños agitaban sus diminutas manos en signo de despedida para padre. Cuando don José subió al buque pudo ver muchas personas, la mayoría tenía en la cara el peso de la impaciencia; algunos se mordían las uñas, otros caminaban por el barco ansiosos de comenzar ese viaje. Veinte días de odisea separaba a los pasajeros que, a partir de ese momento, se convertían en rehenes de su destino.

En ese momento de la narración, Manuel entró por la puerta de la mueblería

y se acercó a su padre y a su hijo, después de verle la cara maltratada a José, le preguntó sobre lo sucedido; sin dar su opinión, solo le quitó el arma de las manos y prometió al siguiente día hablar con la directora. Después de comer, José y su Manuel se retiraron de La Compostelana para entregar algunos muebles. Después de la hora de la comida eran pocas las personas que acudían a La Compostelana, así que José se quedó solo, y en silencio, guardando las postales en la caja de zapatos. En ese momento vio la foto de uno de los pasajeros que viajó con él en El Mávane y recordó, entre lágrimas, a los hombres y mujeres que en ese barco surcaron a su lado el Océano Atlántico. A excepción de algunos burgueses, todos vestían con ropas viejas, gorros desteñidos y trajes raídos. Aquel día ya había caído la tarde, algunos charlaban de pie, otros estaban sentados sobre sus equipajes, algunos más descansaban acurrucados en alguno de los rincones del barco. Él se acercó con un grupo de gallegos que se había reunido para jugar al dominó. Sentados alrededor de la mesa, uno de los jugadores, el que tenía la mirada más noble, y llevaba por nombre Isolino, dijo:

—*Escoitei que un tripulante, que chegou a este barco hai uns meses que tivo que falsificar a súa morte para viaxar*.

—*¿Non oín esa historia*? —dijo José mientras lanzaba una de las fichas a la mesa.

—*Si, din que houbo un tripulante que tivo que pagar o seu peso en ouro e papel a un dos grises para que a súa nai obtivese un certificado de defunción e co papel da morte do seu fillo nas mans, o neno escapou a noite da súa cidade*. —contestó un jugador de nombre Benigno, a otro de los jugadores mientras observaba sus fichas.

—*Si, tamén oín o rumor, dixeron que fixeron un enterro e todo, e que no cadaleito había patacas* —dijo Isolino mientras ponía boca abajo una de sus fichas.

—*Tamén oín iso, din que a nai estivo chorando unha semana enteira e, aínda que a xente pensaba que estaba a chorar pola morte do seu fillo, en realidade estaba a chorar porque no fondo do seu corazón sabía que nunca máis volvería a velo* — dijo Benigno mientras ponía sobre la mesa un seis y dos.

—*Eu oín a oídos que na miña vila, os franquistas xa están desconcertados, hai uns días os grises camiñaron por unha parella que estaba en contra do golpe* —dijo un jugador de nombre Ramón mientras ponía la mula se seis sobre la mesa para abrir la partida— *din que despois de sacar á parella da súa casa foron levados a un campo onde os grises, un a un, violaron á muller mentres obrigaban ao marido a vixiar. Como a muller tiña os peitos cheos, desde que acababa de dar a luz, un dos franquistas, o máis tolo deles, sacou un coitelo e esfolounos.*

Cando conseguiu separar os anacos de pel, ese desgraciado levounos á lúa e, mentres ría en voz alta, sacou o seu revólver, apuntou á cabeza da muller e disparoulle varias veces. Cando o marido viu o chan inerte da súa muller no chan, comezou a chorar coma un neno. Os grises, ao escoitar os saloucos do home camiñaban cara a el e, mentres as súas sombras silueteadas pola luz da lúa o cubrían, corrían cara a el coma serpes en ratas mentres o golpeaban. Despois de golpealo, os grises sacaron os seus revólveres e apuntáronos Cara a masa amorfa de carne e descargaron as pistolas á distancia. Din, os que atoparon o corpo ao día seguinte, que houbo tantos golpes no rostro do home que o home perdeu toda forma humana. Un amigo que viu ós grises de lonxe díxome que parecían hienas tragando o cadáver dunha persoa morta e que os grises, despois de deixar os corpos a media noite, comezaron a camiñar cara á cidade, cun home que pelara. A muller comezou a xogar cos peitos cos seus compañeiros. O xogo consistía en tirar entre eles os anacos de pel e carne evitando que caesen ao chan. O meu amigo dixo que o gris que pelara a muller estaba rindo en voz alta todo o camiño mentres dixo: «Estas *son tetas, non coma as que teño na casa»*.

Después de escuchar esa historia, Isolino pegó en la mesa lleno de rabia; Ramón lanzó una ficha a la mesa con una expresión de impotencia en la cara; José se persigno al tiempo que volteaba al cielo; Benigno se inmutó. Un silencio imperó por unos segundos en mitad de la partida. Ese pequeño instante fue un humilde, pero honesto, homenaje a todos los que habían caído en las fauces de las hienas.

Días después, José y una multitud de españoles cargados de sueños descendían en el puerto de Veracruz. Una vez en el muelle, por la numerosa cantidad de pasajeros, José tardó en encontrar a Antón, que iba acompañado de una joven mujer. Cuando sus miradas se cruzaron, ambos sonrieron. Estando a unos metros, Antón se abalanzó hacía su amigo para darle un fuerte abrazo, después le arrebató sus maletas para dirigirse hacia su auto. Antón le presentó a su acompañante, una mexicana muy joven, que presentó como su esposa. Lo primero que hicieron fue dirigirse al Gran Café de la Parroquia, allí pidieron café con coñac y se pusieron al día. José le dijo a su amigo que en España cada vez se vivía con más miedo; por el contrario, Antón no paraba de hablar de lo bello que era México y lo virgen que era en algunos sectores empresariales. Horas más tarde, con las tazas vacías y las cenizas derramadas, se dirigieron a un hotel. A la mañana siguiente arrancaron hacia la Ciudad de México.

Semanas después, Antón llevó a José a conocer a otros gallegos que ya se habían asentado en México. Esos hombres, con el tiempo, se convirtieron en sus amigos y socios. José siempre hablaba de Antón como si de un santo se tratara, toda la vida le estuvo agradecido, pues si él no le hubiera prestado

dinero y casa, José nunca hubiera podido ahorrar y comprar las primeras cobijas que vendió de casa en casa a su llegada a México.

VII

Cuando José cumplió dieciséis años, recibió de cumpleaños unos zapatos y la noticia de que su padre volvía para quedarse en México. Manuel llegó al aeropuerto de la Ciudad de México, fue recibido por Mandada y José; cuando Manuel vio la cara de su hijo, fue como si viera una foto de él cuando era pequeño. Eran iguales, tenían los mismos ojos y la misma nariz, incluso hacían los mismos ademanes. Al estar frente a frente Manuel y José, se fundieron en un abrazo. Pocos meses después del regreso de Manuel, Concepción cayó enferma. La mujer alta y fuerte que fue su madre durante toda su vida, en semanas se consumió. Don José, al ver a su mujer en cama y casi moribunda, un día se hincó mirando al cielo y pensó: «*hai Santa Marta, si me sanas á miña Concha, o primero que vou facer cando teña uns cartos aforados ei de ir verte dentro do cadaleito*». Los médicos dijeron que había sido un cáncer lo que la mató. Pero ni su marido ni su nieto, lo creyeron; ambos pensaron que todo era culpa de la esposa de Simón. La última vez que José vio a su abuela con vida fue desde una ventana de La Compostelana, mientras que el cura le daba las unciones. El cuerpo de Concepción se veló durante tres días en la parte trasera de la mueblería, al cuarto día se llevó el ataúd al Panteón de San Juan. Detrás de la carroza fúnebre iban, en un auto conducido por Manuel, Mandana, que iba sentada en el asiento del copiloto; en la parte trasera, don José, charlando con el cura, mientras que José dibujaba en una hoja de papel. En el siguiente auto venía la familia de Mandana. Cuando llegaron al panteón, la fosa ya estaba lista. Junto a la fosa de Concepción había una tumba con una enorme cruz de piedra de cantera, que se encontraba adornada con papel picado, que iba desde los brazos de la cruz hasta las dos vasijas que estaban en su base. Las vasijas estaban llenas de flores de cempasúchil. Sobre la cruz había un gallo sin carúncula en la cabeza, que movía su esclavina y timoneras doradas de un lado a otro. Cuando el ataúd pasó frente al animal, este cantó y su pecho rojo vibró. Con el ataúd en el fondo, el cura comenzó a rezar unos latines, mientras las mujeres se arrodillaban frente al orificio donde yacía Concepción. En medio de los rezos,un hombre, a golpe de pala, comenzó a tapar poco a poco con la tierra el hueco. Después de que taparon toda la tumba, José se sentó sobre la tierra recién movida, sentía que la sangre le golpeaba las sienes y su corazón seguía pensando que todo era parte de una farsa. Confundido, comenzó a llorar;

después de soltar toda su tristeza, lanzó la hoja de papel para despedirse de su abuela, en la hoja había dibujado una estrella con cola de cometa pintada de color azul. Para José, la muerte de Concepción fue como un golpe directo a su corazón; semanas antes de que ella cerrara los ojos para no volverlos a abrir, él no podía entender cómo alguien que pasó durante toda su vida rezándole a Dios, sufriera tanto en su lecho de muerte. El día del funeral, José se acercó al féretro de su abuela para ver su cuerpo, él quería ver con sus ojos a la muerte y saber cómo se veía. Esa tarde aciaga, no solo enterró el cuerpo de su abuela, sino toda la fe de creer en un dios misericordioso. A partir de aquel día, José se volvió un completo ateo.

Meses después de la muerte de Concepción, don José dijo que sentía *moriña* y que extrañaba la tranquilidad de su pueblo, así que un buen día decidió comprar un boleto de avión, dejar a Manuel a cargo de la mueblería y, sin dar señales de su destino final, una mañana salió de La Compostelana para no volver más. Antes de subirse al taxi que lo llevaría al aeropuerto de la Ciudad de México, le dijo a Manuel: «todo aquel que ha trabajado tanto tiempo de su vida, tiene derecho a cumplir en algún momento de su vida sus sueños de juventud, por más locos o heroicos que parezcan.» A pesar de que Manuel no estuvo de acuerdo en esa manera tan intempestiva de actuar de su padre, poco pudo hacer. A partir de ese día solo se enteraba de su padre a través de postales que le llegaban cada cierto tiempo, y que cada vez eran más esporádicas, a pesar de que Manuel le pedía a su padre que le llamara por teléfono. Don José decía

«Esas cosas son del diablo», y prefería seguir mandado cartas, hasta que esas cartas dejaron de llegar y Manuel se comenzó a preocupar demasiado, ya que hacía poco tiempo habían sido los atentados a las torres gemelas del World Trade Center y lo último que supo de su padre es que volaría a Nueva York, pues quería visitar el Puente de Brooklyn; así que, cuando llegó la última carta a nombre de don José, Manuel lo abrió y sacó la carta como desesperado.

> Hijo,
>
> Gracias por las felicitaciones de mi cumpleaños en la carta anterior. Disculpa que no te había escrito, pero he estado viajando y aunque no te mande postales continuamente, te pienso todos los días. Sobre lo que me contabas en la carta anterior acerca de la situación económica de México, aunque me preocupa, no me sorprende, espero que mejore. Solo recuerda: ahorra lo más posible, lo más que puedas, por si vuelve a caer una crisis económica como la del noventa y cuatro.
>
> Te agradezco las fotos que me mandaste de La Compostelana, se ve que tú

y tu mujer a han hecho un buen trabajo, tu madre estaría muy orgullosa de ti. En la carta pasada, aunque te leí preocupado por la situación general, te leí feliz; me da gusto que Josecito esté por entrar a la Universidad y Mandana te ayude en el negocio.

Ahora quiero hablarte de otra cosa, una cosa importante parta mí. Manuel, ha pasado tiempo desde que partí, sé que la manera como me fui pudo parecer violenta, pero la muerte de tu madre me dolió mucho y estaba enojado con la vida. Mientras enterraba el cuerpo de tu madre, me di cuenta de que hay cierto momento de la vida donde uno debe detenerse y dejar de vivir para trabajar. Vivir no puede ser solo eso. Pienso que yo me di cuenta tarde. Por eso decidí hacer lo que hice, esa es mi excusa para mi vida nueva, y no me arrepiento. Muchas veces me preguntó si hice lo correcto, pero lo hecho, hecho está, y nunca lo sabré. En fin, así es la vida de misteriosa.

Sin embargo, esta carta no es una justificación a mis acciones, sino la noticia de algo que me ha pasado desde hace algunos meses. Te quiero contar sobre una alegría. Me he enamorado de nuevo, pensé que eso no me podría pasar otra vez en mi vida. Fíjate tú, a mi edad, estar escribiéndote estas cosas. Pero la vida es así. Da y quita. Hace tiempo me quitó a tu madre, ahora me da un nuevo amor, y lo más importante, unas nuevas ganas de vivir. Para ahorrarte las conjeturas, te cuento que nos conocimos en un crucero, ella se acercó a hablarme a mí, ella es quince años más joven. Ahora entiendo a tu madre cuando me llamaba niño. Algunas veces, mientras tomó el café con Daniela, parece una niña que juega y me abraza todo el tiempo. No sabemos cómo pasó, simplemente nos enamoramos, tan natural como un ave que vuelve a su nido. Ya habrá tiempo de que la conozcas, por ahora no te preocupes por mí, solo tienes que ser feliz, porque yo soy feliz, y porque la vida, ahora que ya me encuentro viejo, me ha dado una nueva oportunidad. Quizás ahora entiendo aquello de que el amor es lo único que justifica la muerte.

Tú padre que te quiere y extraña

Meses después de esa carta, José cumplió diecisiete años y estaba por entrar a la Universidad. Con esa edad llegaron los años de descubrir que en su interior había una voz que deseaba salir. Día a día, su curiosidad aumentaba y ya no se conformaba con las historias que sus abuelos le contaban. Ahora, él quería ser el titán de sus propias batallas. Jugarse la piel. Apostar su destino. Consciente de lo bueno y malo, le gustaba la tentación de vivir entre el pecado y lo prohibido.

Como todos los adolescentes, a esa edad, él llevaba en su cuerpo un espía, una doble vida: era un niño que a cada respiración que daba se le desmoronaba

su palacio de pureza hasta que, con el pasar de las semanas, se disipó por completa toda la hermosa gracia de su niñez y, como el héroe de una gran epopeya, José dejaba su tierra infantil y se dirigía a recorrer su propio camino.

Segunda parte
Escribir es amar

I

Era la primavera del año 2002, en México, las personas se quejaban de la poca moral de los jóvenes, del incremento de la delincuencia, de la gente sin hogar; que si el presidente que salía se había robado al país, que si el presidente que había llegado era un imbécil; que si la corrupción de los políticos y la idiotez de los que lo votaban…

Ese año José se había matriculado en la Facultad de Economía de la Universidad Autónoma Mexicana. Al principio, él no quería estudiar economía, quería filosofía o filología, pero Manuel se negó de manera rotunda. En medio de una discusión, su padre le dijo: «Yo no mantengo ni artistas ni comunistas, así que eliges entre derecho o economía. Entiende que necesito que me ayudes en La Compostelana, y con poemas no vas a administrar el negocio». Cuatro semanas después de aquella discusión, diez botellas de tequila y licor-café, más horas y horas de canciones de Juan Gabriel acompañado de mariachi, José estaba sentado en una clase de negocios internacionales. Escuchaba atento al profesor que hablaba de impuestos, ingreso neto, precio Ex work y CIF. Al terminar la clase, el chico que estaba en el pupitre del lado derecho se levantó de su silla y, acomodándose la camisa de cuadros dentro del pantalón, se acercó al asiento de José.

—Vaya clase de mierda, ¿no crees?, ¿ya viste las nalgas de la que estaba sentada cerca del profesor? —dijo el chico moviendo la cara y dirigiendo su mirada hacia las caderas de la chica.

José, sin esperar ese comentario, solo volteó a ver a su vecino de pupitre tratando de reconocerle la cara, pero se dio cuenta de que nunca le había visto antes; giró la cabeza en dirección hacia la chica que estaba de espaldas al aula y recargada en el escritorio del profesor. José solo movió la cabeza afirmando y la chica recogió sus cuadernos y se dirigió a la puerta de salida del aula.

—Ven, acompáñame, vamos a conocerla —José no respondió y solo caminó

detrás del otro chico. Siguieron a la chica por el pasillo y observaron cómo movía sus grandes caderas en un ritmo casi hipnótico hasta que la alcanzaron y estuvieron junto a ella.

—Hola, ¿te gustó la clase de negocios? —preguntó el chico de la camisa de cuadros.

La chica giró la cabeza y encontró a los dos chicos caminando a su lado.

—Estamos en la misma clase que tú —dijo José.

—Sí, bastante interesante, le he pedido al profesor algo de bibliografía para estudiar en casa —dijo la chica acomodándose el cabello.

—Sí, muuuy interesante, lo mismo pensamos nosotros al finalizar la clase. Me llamo Costa.

—¿Costa? —preguntaron José y la chica al mismo tiempo.

—Bueno, me llamó Alejandro Costa Rey, pero me gusta que me llamen Costa.

—Ok, yo me llamo Marlet.

—Yo, José.

—Oye, Marlet, José y yo estábamos pensando ir a la cafetería de la facultad, tenemos dos horas libres hasta nuestra siguiente clase. ¿Nos acompañas?

José solo afirmaba con su cabeza sin saber porque Costa opinaba por él.

—Había quedado de ver a mi prima también en la cafetería —dijo Marlet viendo su reloj de muñeca.

—Mira, qué coincidencia, pues vamos los cuatro.

—Bueno, no creo que ella tenga problema. —Al escuchar eso, Costa golpeó con el codo a José, volteó a verlo y sonrió.

Los tres chicos caminaron unos minutos por un largo pasillo, en el trayecto José le dijo a Costa que no llevaba dinero para el café, Costa le dijo que no se preocupara, que él pagaría por los dos. Cuando llegaron a la cafetería se encontraron una chica sentada en una mesa. Antes de presentarse, llegó el mesero y pidieron tres cafés y una cocacola.

—Chicos, ella es Grecia, mi prima. Dijo Marlet.

—Mucho gusto —dijo Grecia, una chica de flequillo al centro, lentes redondos y una boca espectacular.

—¿También estudias en la Facultad de Economía? —preguntó Costa.

—No, yo estudio Filología —dijo Grecia mostrando con orgullo un libro de Esquilo.

—Yo quería estudiar filología o filosofía —dijo José cogiendo el libro a Grecia y comenzando a hojearlo.

—¿Y por qué no estudiaste lo que querías? —preguntó Marlet.

—Mi papá no me dejó —dijo José sin levantar la mirada del libro.

—Pero eso no importa, puedes estudiar por tu cuenta. ¿Qué estudias?— preguntó Grecia.

—Economía, como yo. —contestó Marlet— pues, ¿cómo piensas que los conocí? Están en mí clase de Negocios internacionales.

—Pues Marx fue poeta de joven y Keynes fue parte del Círculo de Bloomsbury.—dijo Grecia.

—No lo sabía —dijo José.

—Ya me imagino los títulos de los poemas de Marx: Oda a la clase oprimida, o Canto a la plusvalía —dijo Costa mostrando su linda sonrisa.

—¿Bloomberg, como el medio informativo de economía y finanzas? —preguntó Marlet.

—No, no, dije Bloomsbury, no Bloomberg, este grupo se fundó a principios de 1900. En ese grupo estuvo Keynes, Woolf, Forster y Strachey.

—De esos nombres solo me suena Keynes —dijo Marlet.

—A mí también —dijo Costa.

—Pues Keynes tenía un teatro y dicen que algunas veces estaba en la taquilla.

—dijo Grecia.

—A mí me suenan todos, menos Strachey —dijo José

—¿Alguna vez has ido a La Casa del Poeta? —preguntó Grecia a José, mientras Costa y Marlet charlaban entre ellos.

—No, nunca —dijo José regresando el libro a Grecia en sus manos.

—Está cerca del Conservatorio de música. Pero no sé si siga abierta. La cosa está caliente ahí. Los escritores de La Casa están todos idiotas, no se ponen de acuerdo sobre quién debe ser el director. Creo que algunos aún se juntan en una cafetería de un hotel que está a unas calles de ahí. Yo antes iba a esas reuniones, pero hace tiempo que no voy más; te aconsejo que vayas, igual ahí puedes hacer un curso de literatura y lo puedes alternar con la economía —dijo Grecia con el popote de la cocacola en su boca.

—Ok, te haré caso. Gracias. ¿Quién es tu poeta favorito? —dijo José mientras daba un sorbo a su café.

—No puedo decirte solo uno, pero los que más me gustan en este momento de mi vida son: Safo, Pizarnik y Bukowski.

—Qué bien, a mí también me gusta mucho Bukowski, a Safo la leí hace algunos años, recuerdo que mi abuelo tenía un libro de ella en su biblioteca. Es muy buena.

—Y, ¿a ti? —preguntó Grecia viendo directo a los ojos de José y haciendo círculos con su dedo índice en la mesa.

—A mí me gusta Heródoto, Pier Paolo Pasolini, Woody Allen, Cortázar y

Homero, son los que ahora me vienen a la mente, pero mi favorito es Borges.

¿Has leído el poema de Las causas?

—No he leído ese poema, pero me lo tendrás que mostrar algún día —dijo Grecia limpiado sus lentes en su sudadera.

—Sí, cuenta con ello. ¿Escribes?

—Algunas veces.

—Espero me dejes leer algo tuyo.

—Claro, ¿tú también escribes?

—Muy poco, yo soy más *lectóboro*.

—¡Jajaja! *Lectóboro*, nunca había escuchado esa palabra. ¿Qué significa?

—Que leo más libros de los que escribo.

—¿Fuiste el mes pasado al ciclo de películas de Pasolini, que hubo en la Cineteca Nacional?

—Ni siquiera me enteré.

—Entonces no te gusta tanto. La verdad es que estuvo bastante bueno.

—Claro que sí me gusta, solo no me enteré. Mira, escucha esto: «Para ser escritor, hay que tener mucho tiempo: horas y horas de soledad son el único modo para que se forme algo, que es fuerza, abandono, vicio, libertad, para dar estilo al caos».

—Excelente verso, ¿es de Pasolini? —preguntó Grecia mientras jugaba con su cabello.

—Sí, ¿verdad que es genial?

—Mucho.

—Pues si me das tu teléfono, el sábado podemos ir a la cineteca, van a transmitir *La noche maldita,* de John Frankenheimer. Será un ciclo de reestreno de películas de los setenta. Imagínate, fue rodada en una etapa de alcoholismo del director, he leído algunas reseñas y decían que la película es tan mala que es buena —dijo José mientras sentía un golpe en su pierna por debajo de la mesa, que Costa le había propinado. Cuando José volteó a ver la cara a su compañero, Costa hizo señas con los ojos hacía donde caminaban dos chicas que pasaban frente a la cafetería.

—Ok, aún no tengo ningún plan para el sábado —dijo Grecia mientras anotaba su número en un pedazo de papel de una de sus libretas y se lo entregaba a José en sus manos.

—Yo también me apunto. Aunque la película suena a una mierda, nunca he ido a la Cineteca. ¿Vienes, Marlet? —dijo Costa después de beber lo que le quedaba de café.

—Si Grecia va, yo voy.

—Si quieren yo compró las entradas con mi bono cultural, así una parte de

la entrada se va para una fundación de niños con cáncer —dijo Grecia.

—Perfecto, pues cómpralos y así quedamos, cerrado, ya tenemos un compromiso el sábado. José, ¿nos vamos? —dijo Costa mientras lanzaba un billete a la mesa y se levantaba de su silla.

—Yo pago. La propina déjensela al mesero. Te quiero mostrar algo antes de volver a clase.

—Grecia, un gusto conocerte. Marlet, nos vemos más tarde en clase —dijo José mientras se levantaba de su asiento.

—Vale, pues espero tu llamada. Hace tiempo que no veo cine raro. Ven, acércate. —Le dijo Grecia a José antes de que se fuera, cuando José se acercó, le susurró al oído—: el cine raro me pone caliente —y le dio un beso en la mejilla—. Prima, un gusto conocer a tus compañeros.

—Grecia, ¿por qué siempre eres tan zorra? —dijo Marlet al tiempo que José lleno de vergüenza no supo qué responder. No entendía lo que había pasado y cómo esa conversación había acelerado de 0 a 100 km en cuestión de segundos.

—Ok, nos vemos —dijo Marlet mientras llegaba un chico de cabello largo y nariz aguileña, que se sentó en la mesa de Grecia y Marlet. José y Costa solo se despidieron de él mientras salían de la cafetería.

En el pasillo de la cafetería, Costa le dijo a José: —Mira, yo conozco a la chica que va ahí delante. Ve nada más ese culo.

—Costa, tenemos que volver a la siguiente clase —dijo José deteniéndose en seco en un pasillo de la facultad.

—¿De verdad quieres entrar? —dijo Costa mientras veía cómo se alejaba y perdía a la chica por otro de los pasillos.

—Dicen que el siguiente profesor es muy estricto, y que además hace un examen el primer día de clases para evaluar.

—¡Cómo me cagan los profesores que desde el primer día ya te están tocando los huevos! —dijo Costa levantando los brazos al aire— en fin, vamos.

—No me lo digas a mí, que la estadística se me da muy mal.

—A mí no se me da tan mal, al salir me cuentas qué te dijo la prima de Marlet.

Al llegar al aula el profesor estaba debajo del marco de la puerta y antes de que los alumnos entraran, les pasaba lista mencionando sus nombres. Los alumnos poco a poco se fueron sentando y después de que el profesor se presentó, comenzó a pasar una hoja con una evaluación de opción múltiple. Con un malestar generalizado, todos los alumnos recibieron la hoja y, después de que el profesor diera las indicaciones, comenzaron a contestarlo. Pasada una hora, algunos alumnos que ya habían terminado el examen comenzaron a salir del aula, Costa fue el quinto en levantarse de su asiento, con el examen entre

las manos se dirigió al escritorio del profesor para dejar la hoja contestada. Cuando pasó junto al asiento de José, le lanzó un pequeño papel a su pupitre, que de inmediato él cogió con una de las manos y escondió en su entrepierna. En un momento que el profesor se distrajo, pues se acercó a uno de los alumnos para aclarar una pregunta, José abrió el papel y pudo leer todas las respuestas del examen. Cuando José salió del aula se dirigió a los baños; mientras orinaba, vio entrar a Costa al baño, que puso en el mingitorio de un lado, sonriendo y con una mirada picaresca.

—Yo hoy no entro a las clases, el primer día solo se presentan los alumnos en los salones y yo prefiero utilizarlo para ligar en los pasillos. O agarramos ahora a las presas, o nos pasaremos todo el semestre haciéndonos trabajitos manuales. A mí, mi abuela un día me dijo «El primero que se sienta en la mesa, come más». Según ella, con esa ley de vida uno puede sobrevivir a este mar de lamentos. Así que es hora de atacar. ¿Qué te dijo la prima de Grecia cuándo te acercaste?

—Que el cine de raro la ponía caliente —dijo José desde el lavabo donde introducía sus manos en el chorro del agua.

—Jajaja. Sí, yo vi que desde el principio que le gustaste —dijo Costa subiendo el cierre de su pantalón— Lo bueno es que ya hemos quedado con ellas. Así que a lo que sigue.

Salieron de los sanitarios y Costa vio a dos chicas que caminaban unos pasos delante de ellos, de inmediato las abordó. La desfachatez con que actuaba Costa, le sorprendía a José.

—Hola, Berenice, ¿verdad? ¿Te acuerdas de mí? Nos conocimos en las inscripciones.

—Sí, claro, ¿cómo te va?

—Bien, mira, él es José. ¿Tu amiga cómo se llama?

—Fernanda —dijo la chica levantando la mano para saludar a los chicos.

—Un gusto, Fernanda —dijeron al unísono José y Costa levantando sus manos.

—¿Qué tal el primer día de clases? —preguntó Berenice cambiando su mochila de hombro.

—Bien, he conocido a Fer, ella también está en contabilidad como yo.

—¿Eres más activa o pasiva? —preguntó Costa con su risa picaresca. Nadie entendió el chiste de Costa, así que nadie río.

—Bere, el día que te conocí me contaste que te gustaba el teatro, ¿no?

—preguntó Costa mientras se acomodaba el cabello con la mano.

—Sí, qué buena memoria tienes.

—Pues en la semana estuve leyendo un poco, ya sabes, *culturizándome* —dijo

Costa tocando su sien con el dedo índice— ¿recuerdas que hablamos de Keynes?

—Sí.

—Pues estuve leyendo y, ¿sabías que tenía su propio teatro?

—No, no sabía. No es algo que te digan los profes en la escuela.

—Pues sí, oye, ¿tienes algo que hacer el sábado? José y yo vamos a ir a ver una película a la cineteca por la tarde.

—¿Qué película van a ver? —preguntó Fernanda.

—Un documental de la Primera Guerra Mundial —dijo Costa— convencí a José de ir al cine, pues quiero utilizar mi bono cultural porque con la compra de las entradas ayudamos a niños con cáncer.

—Qué lindo eres —dijo Fernanda.

—Qué bueno que ayudas a la sociedad —dijo Berenice mientras se acomodaba el cabello.

—Sí, sí, me lo inculcó mi padre. Saliendo de la cineteca tenemos la noche libre.

¿Te parece si hacemos algo? Que venga Fernanda y así vamos los cuatro.

—¿Qué opinas, Fer? —preguntó Berenice.

—Cuenten conmigo —dijo Fernanda.

—De acuerdo, llámame y acordamos la hora de vernos. Toma mi número —dijo Berenice sacando un *post-it* de su mochila y escribiendo su teléfono— ahora nos tenemos que ir a clase.

—Ok, nos vemos —dijo Costa mientras él y José caminaban en sentido contrario.

—Costa, pero hemos quedado con Grecia y Marlet también el sábado. ¿Cómo vamos a hacer? —dijo José extendiendo sus dos manos con las palmas hacia arriba.

—Ya veremos, déjamelo a mí.

—Oye, gracias por lo del examen.

—No tienes qué agradecer —dijo Costa mientras le daba una palmada en la espalda a José— así se forjan las amistades.

La siguiente semana Costa convenció a José de no entrar a clases y se fueron a vagar por el centro de la ciudad. Mientras Costa compraba una caja de cigarros, José pudo ver su reflejo en los ventanales de una tienda de telas, ahí puedo ver a un bello joven alto, al que el cabello le cubría las orejas y que teníaun pequeño bigote. Después de encender dos cigarros, se metieron a un billar que olía a orines. Al entrar, Costa saludó al dependiente con familiaridad y le pidió dos cervezas.

—Costa, yo no traigo dinero, yo no beberé nada —dijo José metiendo sus

dos manos a los bolsillos de su pantalón.

—No te preocupes, yo pago —dijo Costa mientras sacaba un fajo de billetes de su bolsillo—¿tus padres no te dan dinero?

—No, ellos dicen que me lo debo ganar —contestó José—¿a ti tus padres te dan todo ese dinero?

—Ni si quiera vivo con mis padres, hace tiempo me fui de mi casa, justo cuando me cambié de carrera, primero entré a estudiar ingeniería eléctrica, pero no me gustó; luego entré a derecho, pero me parecía muy aburrida; hasta que entré a economía, por eso estoy recursando el primer año. Ahora vivo en una habitación que me alquila una señora cerca del río y trabajo algunos días, por horas, en un bar para hacer la pantalla y conocer chicas, pero te voy a contar un secreto, pienso que eres de confianza. Tengo unos amigos con los que algunas noches salimos a desmantelar autos por las noches, y después vendemos las piezas a unos mecánicos, que ya son nuestros clientes. Esa es mi fuente real de dinero.

—¿No te da miedo que te atrapen y te metan a la cárcel? —preguntó José mientras un camarero dejaba dos cervezas en la mesa.

—Apréndete una cosa, en este puto infierno que es la vida uno no se puede dar el lujo de tener miedo —dijo Costa dando un trago a su cerveza— métetelo bien en la cabeza y nuca lo olvides.

II

El sábado siguiente Costa y José habían acordado verse antes de la película en la Plaza de Cervantes. Costa llegó con una cerveza abierta.

—No son ni las doce del mediodía y tú ya estás bebiendo. ¿Qué hay de la regla de beber cuando parte el día? —preguntó José

—En Rusia ya es más de mediodía —dijo Costa mientras observaba su reloj de pulsera.

—Mientras llegan Marlet y Grecia, podemos esperarlas ahí —dijo Costa señalando con el dedo la fachada de un pequeño bar que se llamaba La Resistencia.

—Ok, vamos.

Entraron a un bar y se sentaron en la barra, los atendió un camarero cuyo sobrepeso le impedía moverse con facilidad dentro de la barra. Pidieron dos cervezas. Al fondo, Costa reconoció una mesa donde estaba uno de los profesores de la facultad. «Mira, el de allá es profesor de la facultad, se llama Gonzalo, da clases en los últimos cursos, ya te dará clase, vamos a saludarlo».

Costa y José se levantaron de la barra y se dirigieron hasta la mesa donde el profesor estaba leyendo *El Capital*, de Marx, y hacía unas anotaciones en una libreta.

—Hola, Gonzalo —dijo Costa.

El profesor estaba tan concentrado, que cuando escuchó la voz dio un salto en su asiento; cuando levantó la cara se le podía ver en la cara el cansancio de varios días.

—Costa, ¿qué te trae por aquí?

—He quedado de ver a unas amigas para ir al cine. Mira, él es José, también estudia en la facultad.

—Mucho gustó, José. ¿Será con la chica que te vi ayer en la cafetería de la universidad?

—Sí, la misma. Mira, José, él es Gonzalo, quizás los has visto en la universidad, puedes hablar con toda confianza con él. Es buen amigo.

—Un gusto, profe —dijo José.

—Nada de profe, aquí llámame Gonzalo.

—Yo a ti te conozco, quizás no te acuerdas de mí, pero yo conozco a tu abuelo Jesús, alguna vez fui a su casa, mi papá y tu abuelo eran amigos. Me acuerdo que fui cuando cumplías siete u ocho años, fue cuando mataron un puerco para celebrar tu cumpleaños.

—Lo siento, no me acuerdo.

—Es normal, fue hace muchos años. ¿Qué edad tienes ahora?

—Diecisiete años.

—Que no te escuche el camarero, en fin, hace ya bastante tiempo de aquel cumpleaños. Pues nada, brindemos por la juventud —dijo Gonzalo, al mismo tiempo que chocaba su cerveza con José y Costa.

—Resulta que ya se conocían —dijo Costa.

—Parece que sí —contestó José.

—Bueno, ¿y qué sucedió con la chica de la cafetería? —preguntó Gonzalo.

—Pues ayer estuve todo el día en su casa.

No me habías contado que ayer fuiste a casa de Marlet —dijo José.

—No había tenido tiempo de contarte.

—¿Y qué pasó en su casa? —preguntó José.

—Pues todo, ayer por la tarde le llamé por teléfono con el pretexto de pedirle unos apuntes de la clase de Mercado de valores, entonces, ella me dijo que fuera a su casa por los apuntes. En la llamada me dijo que sus papás habían salido de la ciudad. Llegué a su casa con un paquete de cervezas, después de que me dio los apuntes estuvimos bebiendo, cuando de pronto se me abalanzó para besarme. Obviamente le respondí y nos comenzamos a besar, para no

hacerles el cuento largo, lo hicimos dos veces, en las dos ocasiones, por primera vez en mi vida, rompí mi récord de no correrme hasta pasados los diez minutos —dijo Costa levantando el puño derecho al aire— cada vez voy mejorando. Marlet es la tercera mujer con la que tengo sexo en mi vida. A este ritmo seré un Rocco Siffredi cuando cumpla veinte años. José, tú ya lo has hecho, ¿no? —José se quedó en silencio, torció un poco la boca, se le puso roja la cara, y volteó hacia donde Gonzalo levantaba su cerveza y bebía— vamos, José, no seas tímido, por Gonzalo no te preocupes, ya te dije que es de confianza.

—Pues no, no lo he hecho.

—¿No? —dijo Costa pegando en la mesa y soltando una sonora carcajada— pero, ¡qué dices!

—Pues qué te digo, no se ha dado la ocasión —dijo José lleno de vergüenza y desviando su mirada hacia otra mesa.

—¿Me estás diciendo que te has matado a pajas todos estos años? ¡No puedo creer que tengo un amigo virgen! Eso es contra natura.

—Pues qué quieres que te diga, no me ha llegado el momento.

—Costa, no fastidies al muchacho, esas cosas no se planean, llegan cuando tienen que llegar, son como las olas del mar —interrumpió Gonzalo.

—¿Y entonces?, bien con Marlet, ¿no? —dijo José mientras sonreía, daba un trago a su cerveza y trataba de cambiar la conversación, llevándola hacia otro lado.

—Pues… creo que no, todo iba bien hasta que después de tener sexo por segunda vez, prendió la televisión y estaban transmitiendo una entrevista al presidente del PVN

—¿Y luego? —preguntó Gonzalo.

—Pues estábamos viendo la tele y me estaba contando sobre una de sus amigas de la facultad que dice que siempre huele mal, entre risas me dijo que le llamaban la Gitana.

Después de decir la palabra gitana, Costa dejó un silencio en la conversación.

—¿Y? —preguntó José.

—¿Cómo que y? ¿No te parece grave que se burlen así de ella? —dijo Costa después de dar un trago a su cerveza.

—Sí, sé que no está bien, yo mismo alguna vez sufrí bulling y es una mierda, pero acababas de tener sexo con ella, tampoco creo que sea para tanto. Además, la otra chica no estaba con ustedes —contestó José.

—¿Cómo que no es para tanto? Yo incluso me molesté y le pedí respetar a esa gente. Después me levanté de la cama y me fui a mi casa.

—Hiciste bien —dijo Gonzalo.

—Creo que exageraste un poco. Yo lo que daría por estar con una mujer y tú mandándolas al diablo. Creo que aprovechaste la situación para escapar de su casa. ¿Entonces ya no las vamos a ver para la película?

—Sí, sí, las vamos a ver, solo que quizás la situación esté un poco tensa.

—Menos mal, porque me puse camisa, espero ligar hoy. Sobre la broma yo no veo la gravedad, yo creo que fue una broma, sin más.

—En realidad el problema no es la broma, sino que de broma en broma se hace un discurso generalizado, ¿verdad, Gonzalo? —dijo Costa volteando a ver a su profesor.

—Dijo el exabogado. —José hizo cuenco con sus manos burlándose de las palabras de su amigo— Costa, estás exagerando. Te acabo de decir que yo mismo sufrí bulling y es una mierda, pero ella solo hizo una broma y sin atacar directo a la chica que, repito, no estaba en la cama con ustedes. Era una broma, lo que hubieras hecho en ese momento era apagar la televisión y volver a acostarte con ella. Yo no entiendo cómo pasamos de la broma a un discurso generalizado.

—Ya entiendo por qué sigues siendo virgen —dijo Costa.

—El problema, José, es que el racismo ya no es como antes, ahora se nota menos, pero los seres humanos seguimos viviendo debajo de esos mismos símbolos opresores —dijo Gonzalo.

—Yo no creo que se note menos, incluso creo que se nota más, pero en este caso Marlet no te mintió, solo te dijo que su amiga olía mal.

—Cuando comprendas que toda opinión nace de una persona con una visión particular, cargada como una pistola de símbolos preestablecidos aprendidos en la escuela y en el hogar, comenzarás a entender que toda opinión es una profunda confesión —dijo Gonzalo mientras daba un sorbo más a su cerveza.

—Pero, profe, perdón, Gonzalo, estás bromeando, ¿no? ¿Me estás diciendo que porque Marlet le diga a su amiga Gitana está haciendo daño a la sociedad? —dijo José con una sonrisa incrédula en la cara.

—En cierta forma, sí. Los chistes raciales alimentan y crean estereotipos que ya están establecidos en las sociedades, y las dañan mucho. Esos estereotipos llevan a creer a las sociedades que los seres humanos somos distintos unos de otros. Como si hubiera humanos de primera y humanos de segunda —contestó Gonzalo.

—Costa, creo que estas exagerando —dijo José tomándose la frente con su mano.

—Lo mismo me dijo ella. Pero yo no lo creo —interrumpió Costa.

—A ver, un poco sí —dijo José.

—Pues si voy a dejar de tener sexo por defender un ideal, lo voy a hacer.

Que se vaya a la mierda, para mí eso es racismo, y lo último que quiero es acostarme con una racista, por muy buena que esté. ¿No sé si el año pasado viste que en las noticias que hubo una manifestación en el sur de Escutia, allá por el Avante, para sacar a un grupo de gitanos de sus casas?

—Sí, pero no me acuerdo qué pasó al final —dijo José.

Pues los manifestantes se justificaban diciendo que debían mover a los gitanos, pues su presencia era peligrosa para la ciudad, pero en realidad lo que ellos querían era sacarlos de sus casas para que sus terrenos valieran más, pues una compañía quería construir un centro comercial en esa zona. Por lo que vi en las noticias, en una entrevista que le hicieron a la presidenta de la asociación de vecinos, ellos estaban dispuestos a quemar las casas de los gitanos, si era necesario, para que se fueran. Imagínate, para esa gente la solución a sus problemas es expulsar o quemar, si es posible, con tal de obtener un beneficio. Nada nuevo, la verdad, es una práctica habitual en el ser humano ambicioso que es capaz de desaparecer algo desde la raíz, si eso le aporta beneficios particulares.

¿Y lo hicieron?, ¿quemaron las casas? Es que no seguí la noticia.

—No, pero solo porque llegó la poli, pero por eso no podemos permitir esas bromas. Hay grupos sociales a los que nadie defiende y que los políticos ignoran, pues no les aportan muchos votos. Unos hacen manifestaciones con tintes de derecha extrema, otros, se burlan a sus espaldas a través de bromas inocentes, pero que en el fondo son como dardos llenos de veneno.

—Costa, eso ha pasado toda la puta vida. Me acuerdo que cuando leí *Los nueve libros de la historia*, eso que me estás contando lo puedes leer en muchos capítulos. El ser humano es arrogante por naturaleza y siempre ha tenido la necesidad de sentirse mejor y más que el otro. Es un maldito vanidoso. Y tú ahora te metiste en un lío con una chica por tus ideales mientras el mundo sigue girando a la misma velocidad.

—Pues que gire, pero yo no me voy a callar —dijo Costa mientras bebía su cerveza.

—Bueno, pues mira, hagamos lo siguiente, ahora que lleguen yo me pongo a charlar con Marlet y tú con Grecia. Yo no tengo problema en perder mi virginidad con ella —dijo José mientras reía.

Por la ventana del bar se observaba la mano de Grecia y la sonrisa de Marlet, quienes desde afuera saludaban a los chicos.

—Mira, ahí está tu descendiente de Hitler —dijo Gonzalo.

—Dejemos las cosas como están. Marlet y yo ya arreglaremos las cosas en la cama—dijo Costa mientras se levantaba de la mesa, sacaba dinero de su cartera y lo ponía en la mesa —bueno, Gonzalo, nos vamos, han llegado las chicas.

—Un gusto, Gonzalo, voy a pensar lo que me dijiste. Me parece interesante tu enfoque —dijo José estrechando la mano del profesor.

—Muy bien, ya lo veremos.

Los dos chicos salieron del bar y comenzaron a caminar junto a Grecia y Marlet, antes de dirigirse al cine se detuvieron en un supermercado. Compraron unas bolsas de frituras, mientras que Grecia las pagaba, Costa introdujo dos cervezas en la bolsa de Marlet, sin que el dependiente de la tienda se diera cuenta. Camino al teatro, Costa sacó del bolsillo un cigarro, lo encendió y de inmediato llegó un olor a marihuana, sin preguntar, lo compartió con Marlet, que no lo aceptó, así que se lo dio a Grecia. Ella lo fumó en repetidas ocasiones, para después dárselo a José. Él nunca había fumado marihuana, sin decir nada al respecto, aspiró el humo, tosió en repetidas ocasiones y comenzó a sentirse mareado. José regresó el cigarro a Costa, quien de inmediato volvió a fumar, para después apagarlo en una pared y guardar en medio de su cartera el trozo que quedó sin consumirse.

Llegaron tarde al cine. Costa había sido el culpable, pues se había encontrado en una plaza a unos chicos que eran sus excompañeros del bachiller y se había quedado charlando con ellos por varios minutos. Al llegar a la taquilla, la chica que atendía observó su reloj y con cara de malhumorada les permitió el acceso. Entraron a la sala, dentro solo había ocho personas distribuidas por todas las butacas, así que prácticamente estaba vacía. La película había comenzado. Buscaron sentarse en un palco, así que fueron hasta el tercer piso. Costa pensó que esos lugares estaban lo suficientemente altos como para que la chica de la taquilla no oliera la marihuana que pensaban fumar. Se sentaron en parejas, dejando dos butacas entre cada una. Grecia se sentó junto a José. Abrieron las cervezas y la bolsa de frituras. Comenzaron a beber mientras en la pantalla aparecía un actor que representaba a un biólogo que peleaba a muerte con un castor. El animal sacaba los dientes y el biólogo luchaba por contenerlo, después de una lucha encarnizada el hombre logró aventar al castor al fuego y comenzó a arder. Para ese momento la marihuana había comenzado a causar efectos y los cuatro chicos comenzaron a reír eufóricos. Se escuchó otra risa que provenía de las butacas de abajo a causa del castor ardiendo. Algún espectador desde otro palco del teatro emitió un sonoro ¡shhh!

En ese momento, José se comenzó a sumergirse en un profundo letargo que fue interrumpido por Grecia, quien puso la mano sobre su pene y comenzó a frotarlo encima del pantalón. José sintió cómo una enorme erección creció de su entrepierna y una avalancha de palpitaciones nació en su corazón. Cuando Grecia bajó el cierre del pantalón de José, le sacó el pene y comenzó a jugar

con él. Sin saber qué hacer, se quedó inmóvil y asustado, pues era la primera vez en toda su vida que una mujer lo tocaba. En la pantalla del cine se veía la imagen de un oso mutante que levantaba por los cielos el cuerpo de un indio yaqui y se lo comenzaba a tragar. Al mismo tiempo que el oso se comía poco a poco a su víctima, Grecia se agachó para introducir el glande en su boca, hasta que se engulló todo el pene. José solo cerró los ojos mientras sentía que la chica tocaba sus testículos. Pocos minutos pasaron antes de que él sintiera recorrer por todo su cuerpo un torrente sanguíneo que viajó por toda su espalda y que estalló en su cabeza mientras se imaginaba bailando debajo de una lluvia de gerberas de colores. Cuando José abrió los ojos, Grecia tenía recargada su cabeza sobre su hombro, él volteó a ver a Costa y lo descubrió besando a Marlet en el cuello mientras le tocaba los senos debajo de la ropa y en la pantalla aparecían los nombres de los actores que habían aparecido en la película. La luz volvía gradualmente a la sala. Con la luz encendida, los chicos estiraron sus cuerpos. Costa dijo «Vámonos de esta mierda». Todos se levantaron de su asiento y siguieron a Costa. Una risa más se escuchó en el fondo de la sala. Costa abrió la puerta de la sala, cruzaron la taquilla la puerta de salida. Afuera, un fuerte viento les dio en la cara y les caló los huesos.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Marlet.

—José y yo tenemos que ir a casa, tenemos que estudiar un poco —dijo Costa mientras José solo veía a Grecia y pensaba que quizás esa sería la noche que perdería la virginidad.

—¿A esta hora? —preguntó Grecia.

—Sí, por las noches es el mejor momento para aprender —contestó José.

—Pues nosotras iremos a un bar, verdad Marlet, aún es temprano y no quiero volver a casa —dijo Grecia.

—Pues nos hemos de ver en la semana —dijo Costa mientras empujaba con el codo a su amigo —vámonos José.

—José, ¿tú no opinas? —dijo Grecia mirándole a los ojos.

José no contestó nada y mirándole, también a los ojos, sonrió, él solo levantó los hombros y corrió detrás de su amigo, que ya había dado algunos pasos. José sabía que la noche era joven y alguna vez escuchó decir a uno de sus abuelos que en la vida hay que aprender a ser pacientes.

—A esas ya las tenemos seguras. Ya las veremos en la semana. He quedado de ver a Berenice y Fernanda en el Avante. Una de ellas seguro te gusta, estudia en el conservatorio de música —dijo Costa.

Más tarde, José y Costa se encontraron solos bebiendo en el Avante, Berenice y Fernanda no habían llegado a la cita. Los habían dejado plantados. Alcoholizados, hablaban de mujeres y política mientras chocaban las botellas

de cerveza. José comenzó a hablar con más seguridad y soltura frente a su amigo, incluso le contó a Costa sobre su sueño de ser escritor y su amor por la historia; Costa, aunque le llamó soñador, lo escuchaba atento, e incluso le confesó que a él le hubiera gustado ser fotógrafo. Esa noche, José se sentía feliz, era la primera vez que alguien le ponía atención y, aunque Costa no compartía su forma de pensar, por lo menos lo animaba a no desistir. Más tarde charlaron sobre mujeres mayores que les parecían sensuales, ellos reían mientras las botellas se vaciaban. Se entendían, incluso uno podía terminar la frase del otro. Hablaron sobre Roma y Grecia, de los viajes que les gustaría hacer y de los países que les gustaría conocer. Dijeron que, si algún día se ganaban la lotería y podían viajar por el mundo, José elegiría conocer Londres, pues ahí había vivido Oscar Wilde y nacido Dickens. Costa dijo que, de ganársela, se iría a Francia; deseaba fotografiar la ciudad y enamorarse de una mujer que se pareciera a Brigitte Bardot. Las horas pasaron hasta que el dueño del bar los corrió. Costa pagó y salieron del bar, buscaron un taxi, pero a esa hora no pasaba ninguno por esa zona, así que caminaron bastante tiempo. En las últimas calles, antes de llegar a la habitación que Costa alquilaba en Escutia, José iba muy borracho, era la primera vez que bebía de esa manera. Costa maldecía al cielo por beber con novatos y al llegar a su habitación aventó a José a una colchoneta que estaba en el suelo, le quitó los zapatos y lo dejó dormido.

A la mañana siguiente, José despertó y de inmediato pensó que sus padres estarían muy preocupados. Era la primera vez que no llegaba a casa, se levantó y vio que había vomitado dentro de uno de sus zapatos. Buscó a Costa por la casa, pero no lo encontró, limpió sus zapatos y salió de la casa. Al salir vio que Costa regaba su jardín y hablaba con una de sus vecinas, José solo se despidió desde lejos levantando las manos, pues debía llegar a la mueblería lo más pronto posible. A partir de ese día esas salidas se hicieron habituales, cada vez eran más los chicos que se reunían a beber. José pronto dejó de ser un tímido novato, aprendía día a día de Costa para ser un experimentado líder, famoso entre los chicos de grados inferiores, quienes lo consideraban valiente y atractivo por su manera de beber. En cuestión de meses se volvió un experimentado en temas de juerga y trapicheos, sin embargo, en la cama seguía siendo un pobre e inexperto, que no había pasado de besos con las chicas de su clase. Pero no todo fue malo, cada día José se sentía más seguro y se alejaba de las sombras de sus padres.

III

Semanas después, José caminaba por el centro de la ciudad, buscaba la dirección de La Casa del Poeta, llegó hasta donde recordaba las indicaciones que Grecia le había dado y se encontró con un local cerrado con candado, una de sus ventanas tenía un grafiti.

TENER SECUESTRADA LA CULTURA POR UNOS CUANTOS PSEUDOARTISTAS, TAMBIÉN ES UN DELITO CONTRA LA NACIÓN

Mientras José leía el grafiti, un voceador que se encontraba dentro de su quiosco frente al local, dijo:

—Joven, ¿viene a La Casa del Poeta?

—Sí, pero está cerrada —dijo José señalando el candado y observando los vidrios, tratando de ver hacia dentro— ¿no sabe si hay algún teléfono de contacto para llamar?

—No estoy seguro, pero yo escuché que algunos de los escritores que antes se reunían aquí, ahora lo hacen en la cafetería del Hotel Estoril.

—Sí, algo así me dijo una conocida. ¿Y sabe dónde está ese hotel? —preguntó José.

—Allá —dijo el voceador señalando el oeste— por el estadio.

—Gracias.

José comenzó a caminar hacia donde había señalado el voceador, calles más adelante encontró el hotel y preguntó en la recepción si alguien sabía de algún grupo de escritores. La recepcionista pudo dar una respuesta concreta, así que lo mandó al restaurante del hotel, «quizás ahí te puedan dar una información más precisa». Al llegar al restaurante, José preguntó a un camarero que se encontraba detrás de la barra sirviendo un café.

—No sé si sean escritores, pero los sábados aquí se sienta un grupo de personas medio raras a hablar, algunos traen libros, supongo que te refieres a ellos.

—Sí, creo que sí —contestó José

—Pues si son ellos, no tardan en llegar —dijo el camarero.

José se dirigió a una mesa y se sentó, sacó un cuaderno de su mochila y se puso a dibujar, minutos después llegó un chico de cabello largo y nariz aguileña que tenía una guitarra en la espalda.

—Me dijo el camarero que vienes al taller de literatura.

—Sí —dijo José mientras levantaba la mirada.

—Yo también. ¿Tú no eres amigo de Grecia y Marlet? Creo que te conocí hace algunas semanas en la cafetería de Ciudad Universitaria. ¿Ibas con otro chico, cierto?

—Sí, sí, ya te recuerdo, cuando nosotros nos íbamos, tú ibas llegando.

—Pues un gusto de nuevo. Me llamo César.

—¿Cómo te enteraste de que era aquí la reunión de La Casa del Poeta?

—Me dijo el señor del quiosco de periódicos que está frente a La Casa del Poeta.

—¿Grecia no te dijo nada? —preguntó César.

—Algo me dijo, pero su información fue muy imprecisa. Ella solo me dijo que las cosas no estaban bien entre los escritores y por eso habían cerrado La Casa.

—¡La puta de Grecia! ¡Se hace pendeja!, si bien que sabe que nadie iría a La Casa; ella fue la que empezó con sus tonterías hace dos meses. Imagínate, comparó a Pizarnik con Safo. Unos se pusieron de su parte. Otros se le fueron encima. Yo estaba ahí, y aunque su comparación estaba fuera de contexto, tanto el director de La Casa como Osorno, solo utilizaron ese pretexto para comenzarse a ofender. Esos ya se traían ganas. Pero esa charla fue la gota que derramó el vaso. La verdad es que casi nadie estaba de acuerdo en cómo se lleva La casa, pero Osorno es el único que lo dice abiertamente. Y ahora venos —dijo abriendo los brazos— en una cafetería, esperando a que otras almas perdidas como nosotros aparezcan por aquí. Solo porque dos señores que se creen artistas no se ponen de acuerdo. —César observó su reloj de muñeca— habíamos acordado que nos veríamos todos los sábados a las diez de la mañana. En fin, a ver si alguien hace algo, yo ya hice mi parte, no vayas adecirle a nadie, pero el grafiti que está afuera de La Casa lo hice yo.

—No te preocupes, no diré nada.

—¿Cómo conociste a Grecia?

—Me la presentó Marlet.

—¿Conociste a Laura?

—No.

—Pues qué raro, últimamente siempre anda pegada a ella, nada más está ahí para lamerle los ovarios. La tía de Laura tiene una pequeña editorial y Grecia quiere que le publiquen un libro de poemas —César volvió a observar su reloj — todos son una bola de impuntuales. Yo creo que hoy no viene nadie. La semana pasada aquí también se calentaron las cosas, una alumna llamó traidor a Osorno por darnos el taller aquí.

—Tienen líos por todo, ¿no?

—Sí, todos son una bola de idiotas, por eso me cagan los escritores. Todos se sienten más chingones que los otros.

¿Pero tú no eres escritor?

—Sí, a huevo, pero soy más músico que escritor.

—¿En qué porcentaje o cómo? —dijo José en medio de una gran sonrisa.

—Depende el día y la hora.

¿Y qué te música te gusta? —preguntó José.

—Los Doors, Rolling Stones, los Smith, por ahora.

—A mí también me gustan los Doors.

—Eran buenos. Más el Jim. Pues a ver si alguno de estos pendejos llega —dijo César mientras veía por tercera vez su reloj de muñeca.

—¿Cómo me dijiste que te llamas?

—José.

—¿Qué tanto haces en ese cuaderno?

—Dibujo o escribo poemas —contestó José al tiempo que giró el cuaderno y mostró a César unos bocetos de la princesa Iztaccíhuatl y el guerrero Popocatépetl besándose.

—Buen trazo.

—Yo también escribo y dibujo, mira —dijo César sacando una libreta de su mochila y algunos colores, entonces abrió el cuaderno y dibujó un gallo color azul, verde y amarillo, cuando César terminó de trazar las patas del gallo, se lo mostró a José y sonrió —es el gallo de Sócrates.

—¿Sócrates tenía un gallo?

—Sí. ¿No te sabes la historia?

—Lo del gallo no me suena.

—Supongo que ya sabes que Sócrates después de ser condenando por corromper a la juventud y no creer en los dioses, le dieron a beber la mierda de la cicuta y después le hicieron dar un paseo, mientras sus discípulos Apolodoro y Critón lloraban.

—Eso sí.

—Bueno, pues en algún momento del paseo a Sócrates, la mierda que bebió le comenzó a hacer efecto, lo que ocasionó que las piernas le comenzaran a temblar, entonces, al no poder caminar más se recostó en el suelo, boca arriba, viendo las estrellas y ahí, mientras observaba la bóveda celeste, se empezó a quedar frito y justo cuando estaba por dar su último suspiro, dijo: «Critón, le debemos un gallo a Asclepio. Así que págaselo y no lo descuides». Después de esas palabras el viejo Sócrates murió.

—¿De verdad las últimas palabras de uno de los hombres más sabios que han pisado esta tierra fue que se debía pagar un gallo?

—Sí, y lo curioso es que en el presente ya nadie cree en dioses y a la juventud nos encanta estar corrompida, así que hoy en día no lo hubieran hecho beber esa mierda por esos motivos, quizás, en la actualidad lo hubieran enjuiciado por no creer en la máquina.

—¿Qué significa el gallo?

—Nadie lo sabe.

—¿Nadie lo sabe?

—No, sólo él lo sabía —dijo César mientras reía a carcajadas— ¿qué libros te gustan?

—*Rayuela, La máquina de follar, La Odisea*… Ahora solo me vienen esos a la mente.

—Me gusta *El viejo indecente*, de Cortázar no he leído nada, y la *Odisea* también es uno de mis libros favoritos. Creo que en ella está la respuesta a los misterios de la vida. Todos somos un Ulises y queremos una Penélope —dijo César.

—Yo no, yo quiero más una Circe —dijo José

—Eres un masoquista, seguro te gustan los fetiches raros.

—¿Quién no tiene fetiches raros?

—Mi mamá. Pero bueno, estos pendejos no van a venir, mejor me largo, me está dando hambre y aquí en el hotel está muy caro comer. Si quieres, el próximo viernes vente a mi casa. Unos amigos y yo veremos películas y beberemos cervezas. Quizás venga Grecia —dijo César mientras anotaba un teléfono y dirección en una hoja de cuaderno, la arrancaba y se la entregaba a José.

—Cuenta conmigo —dijo José mientras doblaba la hoja y la guardaba en su mochila.

—Estas personas no creo que se reúnan por un tiempo, la verdad ya me suponía que no iban a venir. La semana pasada nada más les faltó que llegaran a los golpes, cuando El Bola le llamó *pevenista* y conservador a Osorno, solo porque dijo que uno de sus relatos era casi pornografía. Recuerdo la cara de Osorno cuando escuchó que le dijeron *pevenista* y me vuelve a dar risa. Bueno, me voy. Sí te animas, tengo buenas pelis y música que quizás te gusten.

IV

El viernes siguiente José llegó a la dirección que César le escribió en la hoja y tocó el timbre en repetidas ocasiones. Mientras esperaba que alguien abriera la puerta, observó la silueta de dos personas que se besaban dentro de un auto blanco estacionado cerca de la casa. José volvió a tocar el timbre y sin obtener respuesta, pensó que quizás no había nadie en la casa, así que dio media vuelta y comenzó a caminar de regreso a su casa. Cuando había dado unos pasos, la ventanilla del copiloto del auto descendió y desde ahí asomó la cabeza una

chica con unos lindos hoyuelos en las mejillas.

—¿Vienes a buscar a César?

—Sí —José asintió con la cabeza.

—Pasa, pasa, la puerta está abierta, César está en su habitación, sube las escaleras, la primera puerta a la derecha.

Después de escuchar a la chica, José regresó sobre sus pasos, empujó la puerta de la casa y cruzó un pequeño jardín que daba acceso a la puerta principal. Dentro, José escuchó a la distancia *Transmission,* de Joy División.

Radio, live transmission
Radio, live transmission
Listen to the silence, let it ring on
Eyes, dark grey lenses frightened of the sun
We would have a fine time living in the night
Left to blind destruction
Waiting for our sight

And we would go on as though nothing was wrong
And hide from these days
We remained all alone
Staying in the same place
Just staying out the time
Touching from a distance
Further all the time

Dance, dance, dance, dance,
dance, to the radio

Well, I could call out
When the going gets tough
The things that we´ve learnt
Are no longer enough
No language, just sound
That´s all we need to know
To synchronise love to the beat of the show
And we could dance

Siguió el sonido de la canción, subió las escaleras y en la segunda planta observó una puerta con un poster de Kurt Cobain fumando, vestía un jersey negro con vaqueros rotos de las rodillas y sostenía con una de las manos una

guitarra eléctrica blanca. Frente a Kurt Cobain, tocó en repetidas ocasiones la puerta, al no recibir respuesta, giró el picaporte y entró en la habitación. Dentro estaba César sentado en un sofá con unos grandes audífonos en las orejas, en las manos tenía una guitarra desde donde nacían los acordes de una canción de Bob Dylan. En la pantalla de la televisión se transmitía *El bebé de Rosemary*, de Polanski. Por toda la habitación había ceniceros con colillas de cigarro. En una de las paredes había un poster del Che Guevara en rojo y negro. Cuando César vio entrar a José, se quitó los audífonos.

—Hola, me dijo una chica que estaba en un coche blanco que estarías aquí.

—Hey, sí, es Karen, mi hermana, y su novio, Agustín —dijo César mientras estiraba el brazo derecho con el puño cerrado para saludar a José. Después, José se sentó en el mismo sofá donde estaba César.

¿Y tus papás? —preguntó José.

—Mi mamá vive en California y mi papá vive a unas calles de aquí, tiene un taller mecánico. Aquí solo vivimos mí hermana y yo.

—Mira, traje este libro —dijo José mientras sacaba de su chaqueta un libro que entregó a César, en la portada se podía leer: *Historia de cronopios y de famas* —

¿lo has leído?

—No —contestó César mientras abría el libro y lo hojeaba, se detuvo en un texto titulado "Viajes", y después de leer, dijo—: Grecia es una Esperanza. Ella no tarda en llegar, viene tarde, habíamos acordado ver la película de la Odisea juntos, pero es una impuntual. Grecia me gusta, pero ella no lo sabe. No le vayas a decir y menos vayas a querer ligartela, yo llevo meses detrás de ella y no he logrado ni siquiera darle un beso.

—Sí, no te preocupes, no le diré nada —José contestó mientras pensaba que quizás debía omitir la aventura del cine a su nuevo amigo.

En ese momento entraron por la puerta Laura y Grecia.

—José, ¿qué haces aquí? —preguntó Grecia sorprendida mientras ella y la otra chica se sentaban en uno de los sofás de la habitación.

—Mira, justo de quien estamos hablando —dijo César.

—Conocí a José la semana pasada en el hotel mientras esperábamos a que alguien —haciendo énfasis en la palabra alguien para referirse a Grecia— llegara. Platicamos, me cayó bien y lo invité a venir.

—Bueno —dijo Grecia titubeante— pues bienvenido, mira, ella es Laura.

—Hola —dijo Laura mientras cogía el control de la televisión y cambiaba los canales—. César, ¿tienes algo de comer?

—Sí, ahí junto a la almohada de mi cama está una bolsa de papas. Si quieres, puedes comer las que quedan —dijo César señalando la cabecera de su

cama.

Laura se levantó del sofá y se dirigió a la cama donde, después de mover algunas cobijas, encontró una bolsa de celofán amarilla.

—¿Y qué estaban haciendo antes de que nosotras llegáramos? —preguntó Grecia.

—Estábamos hojeando este libro de Cortázar que José trajo, mira —dijo César mostrando la portada del libro.

—A ver —dijo Grecia estirando el brazo para quitar el libro de las manos de César.

—César dice que eres una Esperanza —dijo José.

—¿Una Esperanza? —dijo Grecia mientras leía entre líneas el libro.

—Sí, mira —dijo José acercándose a Grecia y señalando con su índice un párrafo.

Grecia se quedó leyendo la hoja y después dijo: «Pues si yo soy una Esperanza, César y Laura son unos Cronopios».

Alguien más llamó a la puerta, cuando se abrió, se pudo ver un mechón rubio y unas pecas, era Marta que entraba sonriendo con Emilio junto a ella. Cuando Marta entró, José sintió que el mundo se le detuvo por un segundo. Detrás de ellos venían Karen y Agustín, que de inmediato se lanzaron a la cama y se quedaron recostados. Todos eran de la misma edad, excepto Agustín, que tenía cinco años más, y César dos más.

—Marta, Emilio, Agus, Karen. Él es José —dijo César.

—Sí, ya la conocimos —dijeron Karen y Agustín abrazados desde la cama. Marta y Emilio solo levantaron la mano en signo de bienvenida.

—¿Qué hacen? —preguntó Marta, al tiempo que se sentaba en un extremo de la cama.

—Hojeando un libro de Cortázar —dijo Grecia.

—¿Cuál? —preguntó Marta.

—Historia de cronopios y famas —dijo José.

—César es un Cronopio —dijo Marta mientras reía.

—Yo dije lo mismo —dijo Grecia, quien se levantó y se acercó a Marta para chocar las manos.

—¿Yo qué soy? —preguntó Emilio.

—Un burgués —dijo Agustín desde la cama, donde abrazaba a Karen, lo que impedía que se le viera la cara. Todos rieron.

—Un burgués de izquierdas como Engels, quisiste decir —contestó Emilio.

—Puede ser, pero burgués al fin. Tus papás se aprovechan de los trabajadores. Son unos capitalistas confesos —dijo Agustín esta vez sacando la cabeza detrás de Karen.

—Nadie se aprovecha de nadie, solo que, como cualquier empresario, busca ganancia y aumento de capital. Además, mis padres les pagan a sus trabajadores lo justo.

—Él también estudia economía como tú, José, solo que él estudia en la privada.

—dijo César.

—La plusvalía nunca se paga —intervino José.

—Al trabajador se le paga lo justo por su tiempo de trabajo. Es decir, el diferencial entre el costo de producción y el coste de venta, que va cambiando dependiendo del mercado —contestó Emilio.

—Pero qué dices, la plusvalía es el valor no pagado del trabajo del obrero que crea un producto propiedad del empresario, el cual, lo vende a un precio mayor que el coste inicial, y del cual el trabajador no recibe lo justo. De ahí se origina la explotación—dijo José.

—Vale, la plusvalía existe, pero no en términos marxistas, la plusvalía está sujeta al mercado y es indeterminada. ¡De ninguna manera es explotación! —contestó Emilio.

—Bueno, bueno, otro día nos dan la cátedra de economía. Emilio, tú eres un… —dijo Marta.

—…explotador —dijo Agustín interrumpiendo a Marta. Todos rieron de nuevo.

—A ver, me dejan terminar, tú eres un Fama. Karen, una Esperanza, y Agustín un Cronopio.

—¿Y tú, José?

—No lo sé.

—Por lo que acabo de leer, es entre cronopio y fama —dijo César.

—Marta, tú eres una Fama —dijo Grecia.

—Yo no quiero ser Fama. Yo más bien quiero ser Carol Dunlop.

—¿Quién es ella? —preguntó Laura.

—El último amor de Cortázar —dijo José.

—No había escuchado de ella —dijo Laura.

—Yo tengo un libro muy bonito en casa sobre ella y Cortázar —dijo Marta.

—Marta, ¿estás estudiando letras? —preguntó José con brillo en los ojos.

—No, ¡qué va!, estudio para bióloga, pero siempre me ha gustado leer. Mis papás me lo inculcaron de pequeña. Imagínate, mi mamá es filósofa y mi papá, abogado. En realidad, yo soy la rara de la familia.

—¿A qué se dedican tus padres? —preguntó José.

—Rara, pero con trabajo seguro en el futuro —dijo Karen interrumpiendo la respuesta de Marta.

—Lo dice la aburrida contadora que pasará toda su vida metida en una oficina, ¿verdad? —contestó César.

—Esta aburrida contadora te va a tener que mantener cuando te titules de licenciado en artes, pues a ver quién te contrata. ¡Arriba las contadoras!, ¿verdad, Laura? —Laura solo levantó los hombros desde el otro extremo de la habitación.

—Nadie me va a contratar porque voy a vivir de mi arte. Y en todo caso también vas a tener que mantener a Agustín, pues no tiene la cédula profesional.

—Yo no me he titulado porque cuando murió mi papá me tuve que poner a trabajar —contestó Agustín.

—Mi mamá es profe en la UAM y mi papá está en política.

—La mamá de Marta es de las mejores profes de la Facultad —dijo Grecia desde el fondo de la habitación mientras observaba la colección de vinilos de César.

—Bueno, bueno, ya voy a poner la peli —dijo Laura al levantarse del sofá, se dirigió hacia el televisor e introdujo una película en el reproductor, mientras César tocaba los acordes de *Smell Like Teen Spirit.* Segundos después, desde el televisor se escucharon los primeros acordes de Así habló Zaratustra. César dejó de tocar la guitarra y la puso en el suelo; Marta apagó la luz de la habitación. Minutos después, cuando en la televisión se veía una pluma flotando, José observaba a Marta, su cara le parecía la más bonita que había visto sobre la tierra. Al terminar la película, Emilio y Marta se despidieron, pero antes de que se fueran, José la abordó.

—Marta, ¿me prestarías tú libro? Me gustaría leerlo.

—Sí, claro, mira, pásate por mi casa y te lo doy —dijo Marta mientras apuntaba una dirección y el teléfono de su casa en un papel.

Horas más tarde, cuando todos se fueron, solo quedaron en la habitación César y José.

—César, ¿sabes si Marta y Emilio son novios?

—Te gustó Martita, eeee, picarón.

—Es muy guapa —contestó José.

—Sí que lo es.

—Bueno, ¿son novios, o no? —Volvió a preguntar José.

—No creo, aunque siempre están juntos.

—Pero quizás siempre estén juntos por que sí son algo.

—No sé, ella es muy discreta, no te puedo asegurar que lo sean, o no. Nosotros la conocemos, pues Karen y ella fueron el año pasado a un curso de verano. Ella y Emilio se conocen porque el papá de él es dirigente del PVN, y el

papá de Marta trabaja en ese partido, pero no sé de qué. Por lo que ellos cuentan, cuando vienen aquí, todos los domingos comen juntos en el club hípico de La Cañada, ellos viven ahí. Pero la verdad no creo que sean pareja, yo creo que Emilio es gay. Además, a ti que te dé igual, te dio la dirección de su casa, eso es una buena señal.

—Yo también creo que fue buena señal, además la note muy receptiva conmigo. Yo no creo que Emilio sea gay, se ve muy varonil.

—Macho que ves, reina que no sabes. Dice el dicho. Ya verás que cuando lo empieces a tratar, te vas a dar cuenta que pronto tiene algunos ademanes que lo delatan. Él no lo puede aceptar, pero hay cosas que son evidentes, y aunque quisiera salir del closet, no podría. Su papá lo mata. Imagínate, el partido que su papá representa está en contra de la homosexualidad y el aborto.

Esa noche César y José fueron a beber a un bar de la ciudad que se llamaba Avante, un bar que estaba en los barrios del sur de Escutia, justo en una calle paralela a la calle de las putas y que era muy conocido por ser el punto de reunión de los artistas, anarquistas y comunistas de Escutia. César había acordado reunirse con un grupo de amigos con los que tenían intereses políticos en común, y algunas veces se reunían en grupos de estudio para charlar sobre economía, filosofía y política. Algunos de esos chicos pertenecían a las fuerzas juveniles del Partido de la Democracia Social; otros, los más radicales, pertenecían a un grupo apartidista de ideas marxistas, que tenían en mente formar su propia organización política. Al llegar al bar, José se encontró con Costa. César y Costa tenían amigos en común en ambos lados de esas fuerzas juveniles.

V

Semanas después, José y César se presentaron en casa de Marta. La fachada de su casa era muy moderna y se parecía a las grandes mansiones que aparecían los domingos en la sección de sociales de los periódicos. José tocó el timbre de la mansión, minutos después apareció una anciana, era parte de la servidumbre de la casa. César preguntó por Marta. La señora volvió a entrar a la casa y regresó minutos después a la puerta: «Dice la niña que pasen y la esperen en la sala». Cuando los chicos entraron, la sirvienta les vio los zapatos sucios y les dijo que se los limpiaran en el tapete de la entrada. Cuando ella confirmó que los chicos tenían los zapatos limpios, señaló con el dedo un sofá donde deberían sentarse y esperar. Al entrar a la casa pudieron ver una inmensa sala color marfil, al centro de esa primera planta, sobre una consola de

caoba donde había un gallo dorado, había una enorme pintura de los padres de Marta. En el óleo el padre de Marta vestía un traje azul y su madre estaba sentada junto a él luciendo un elegante vestido color esmeralda. Por toda la sala había fotos del padre de Marta estrechando la mano de diputados, senadores y expresidentes del país. Al fondo se escuchaba una televisión encendida donde un periodista daba una noticia.

> Por segundo día el caso del joven de 16 años, Roberto N, hijo de un empresario, dueño de inmobiliarias, y que fue encontrado muerto dentro de un auto a las orillas de la estación del tren, consterna a la ciudad. Según la policía local, la forma en que encontraron el cuerpo del joven y la marca en la frente hace recordar el caso archivado del cura que hace diecisiete años conmocionó a Azcapotzalco. Hasta el momento la policía no ha dado más información. Los mantendremos informados.

Mientras César y José observaban las fotos de la casa, por una de las puertas, acompañada de un pequeño perro que movía la cola de manera impetuosa, apareció Marta.

—Hola, Marta, tu casa es como de película —dijo José.

—¡Qué va!, no, no exageres. ¿Cómo están, chicos?

—Bien, ¿y tú? —dijo César.

—Bueno, algo de gripe, pero nada grave, vengan, acompáñenme —dijo Marta mientras caminaba por un largo pasillo donde había algunos cuadros de paisajes pintados al óleo, que los llevó hasta otra puerta que daba a una parcela.

Cuando Marta abrió la puerta, el perro salió de la casa y se perdió en el jardín con grandes plantas y frondosos arbustos, donde un hombre de la tercera edad podaba el pasto. Los chicos salieron por la puerta y cruzaron por el jardín, el anciano levantó la mirada, se secó el sudor de la frente y dijo: «Buenas tardes, señorita». «Buenas tardes, Don Juan». José y César le devolvieron el saludo al jardinero. Pocos pasos dieron hasta que se encontraron de frente a una pequeña casa, que era una extensión de la casa principal. Los tres chicos entraron y al cruzar la puerta, César y José observaron una sala en la cual había colgadas en las paredes cabezas de siervos, alces y linces, así como armas de cacería; al fondo había una cantina con gran cantidad de botellas y a unos metros había una mesa de billar muy cerca de un caballete con un lienzo donde se podía observar el boceto de un volcán.

—Pasen, pasen —dijo Marta mientras cerraba la puerta.

—Está increíble tu casa —dijo César.

—Eres un exagerado —contestó Marta.

—No exagero, el tamaño de esta habitación es la mitad de mi casa —dijo César mientras brincaba intentando tocar el techo.

—¿Y a estos quién los mató? —preguntó José mientras observaba las cabezas de animales en la pared.

—Mi papá y sus amigos —dijo Marta tapándose la cara de vergüenza.

—Esta habitación es como su cuarto de juego, ¿no? —dijo César mientras se dirigía a la mesa de billar.

—Sí, aquí es donde nos entretenemos —contestó Marta.

—¿Jugamos? —preguntó César.

—Empiecen ustedes —dijo Marta mientras se acercaba a la mesa de billar.

—Marta, ¿a qué se dedica tu papá? —preguntó José como si César no le hubiera dicho nada antes.

—Es asesor político —dijo Marta.

—¿De qué partido? —preguntó José al tiempo que cogió el triángulo que se encontraba sobre un sofá y se lo lanzó a César, el cual no pudo atrapar y tuvo que recogerlo del suelo, para después ponerlo sobre la mesa e introducir las bolas de billar dentro de él. Mientras César acomodaba las bolas de billar, Marta se acercó a la pared y cogió los tacos que entregó a sus amigos, quedándose con uno de ellos en la mano.

—Del PVN —dijo Marta levantando el triángulo y atizando su taco, diciéndole a César que abriera el juego.

—La derecha mexicana —dijo César mientras le pegaba a la bola blanca e introducía dos bolas en las troneras y sonreía.

—¿Tú nunca tuviste interés en participar en la política? —preguntó José al rodear la mesa en busca del mejor ángulo, cuando lo encontró, se inclinó, apuntóy tiró con fuerza el taco que impactó en la bola blanca.

—Sí, un tiempo estuve en las fuerzas juveniles, ahí fue donde me hice amiga de Emilio. En ese tiempo mi papá quería que yo y mi hermano nos metiéramos a la política, pero no es lo mío, demasiada hipocresía para mi gusto —dijo Marta observando cómo entraba una bola rayada en una de las troneras.

—¿Qué quieres decir con eso de la hipocresía? —dijo César mientras rodeaba la mesa de billar y se inclinaba buscando un ángulo.

—Sí, pues que la gran mayoría de los militantes de ese partido, durante toda la semana se la pasan hablando del amor entre la familia, los buenos valores y la iglesia, y los fines de semana se van de prostitutas o con sus queridas; o por lo menos, eso es lo que mi mamá le dice a mi papá cada vez que se pelean. Mi papá dejo de insistirme cuando mi hermano creció un poco y se metió al partido, ahora él es director de comunicación de una alcaldía.

—¿Y por qué estudias en la UAM? Tus papás podrían pagarte la universidad privada como a Emilio —preguntó José.

—Así no te tendrías que juntar con jodidos como nosotros —dijo César mientras emitía una carcajada y se sentaba en un banco cerca de la barra del bar.

—Mi papá dice que debemos conocer a gente de todas las clases sociales, de esta manera podremos entender su realidad. Siempre que viene alguien a pedirle algún favor, presume que mi hermano y yo estudiamos en una escuela pública. A todos les dice: «Lo mejor es que se eduquen con el pueblo, tienen que conocer a quién van a gobernar». —Después de escuchar esta frase todos echaron a reír— a mí y a mi hermano nos parece una estupidez, pero pues no podemos desobedecer a mi papá —dijo Marta mientras golpeaba la bola blanca en medio de las risas.

—¿Y tu hermano sí quiere ser rata, digo, político? Es broma, es broma —dijo César mientras se alejaba de la mesa de billar y se quedaba observando una lechuza disecada sobre un pedestal de madera que estaba junto a una vitrina con algunas escopetas.

Marta hizo una mueca con la cara.

—Claro que no, él quería ser arquitecto, pero mi papá lo convenció de estudiar ciencias políticas —dijo mientras se escuchaba el golpe del taco de billar de José, que impactaba en la bola blanca.

—César, vas —dijo José.

—A mí también me gusta la arquitectura. Incluso antes de entrar a la facultad, contemplé estudiar eso, pero los libros son bastante caros, el último que leí fue uno de Le Corbusier que se llama *La Ciudad Radiante* y que saqué de la biblioteca —dijo César.

—Chicos —dijo Marta mientras impactaba la bola blanca con su taco e introducía la bola negra en una de las troneras— les he ganado, chicos, recuerden, este será el siglo de las mujeres. —Después se tiró al suelo sobre sus rodillas mientras imitaba tocar una guitarra con las manos y agitaba la cabeza de arriba abajo; después se levantó, colocó su taco sobre la barra del bar y levantó los brazos al aire en señal de victoria—. Hablando de libros, José, ¿vamos por el de Carol?

—Tuviste suerte —dijo César.

—Vamos —dijo José dando un brinco de su asiento y dirigiéndose hacia donde Marta caminaba.

—César, ¿no vienes? —preguntó José.

—No, ¡qué va!, yo los espero aquí —dijo César mientras reunía las bolas de billar sobre la tela de la mesa y las introducía en el triángulo— quiero jugar

una partida yo solo.

—Bueno, como quieras —dijo Marta mientras caminaba en dirección de una puerta.

Cuando José caminó detrás de Marta volteó a ver a César, que de inmediato le cerró un ojo. José solo sonrió. Cuando cruzaron la puerta quedaron frente a una habitación, que en tres de sus cuatro paredes estaba atestada de libros. Al ver tantos libros juntos, José recordó las tardes en la biblioteca de su abuelo Jesús. Olvidándose por un momento de Marta, comenzó a caminar junto a los libreros deslizando sus dedos por los lomos de los libros, girando su cabeza un poco, pudo leer algunos de los títulos, en su mayoría eran de derecho y grandes obras literarias, hasta que cogió uno de ellos.

—Mira, este es uno de mis favoritos —dijo José mostrando una edición de *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne con ilustraciones.

—Verne también es de mis favoritos.

—¿De verdad?

—Sí, sí. De pequeña mi madre me leía esas historias antes de dormir.

—Mi madre hacía lo mismo.

—El día que te conocí me dio gusto escuchar que te gustaba leer, creo que vamos a ser buenos amigos.

—Sí, a mí también me agradó saber que tú también leías.

—Te lo regalo, cuando lo acabes de leer, puedes venir a cambiarlo y te puedes llevar otro.

—¿Pero tu papá no se va a enojar si me lo llevo?

—Para nada, ni si quiera se va a dar cuenta. Algunas veces ya no sabe dónde meter más libros, tú llévatelo, hazme caso. En ese momento, José se acercó a Marta, ella pensó que le iba a dar un beso y no se quitó, pero él estaba asegurándose de que en sus ojos no tenía patas de sapo. Fueron interrumpidos por el mayordomo, que venía conversando con César.

—Señorita, la comida está lista.

—Gracias, ahora vamos —contestó Marta.

Horas más tarde, ya casi cuando anochecía, José y César se despidieron de Marta, al salir se cruzaron con el papá de Marta, quien los vio de arriba a abajo y los saludó de manera muy fría. Cuando los chicos salieron de la mansión, el papá de Marta se acercó a su hija, que estaba en la cocina, y le preguntó por sus nuevas amistades. Cuando Marta le terminó de contar cómo los había conocido, su padre dijo:

—Hija, fíjate con quién te juntas, no quiero problemas más adelante.

—No te preocupes, son buenos chicos.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Si uno de ellos traía una camiseta del Che

Guevara.

Marta solo sonrió, le dio un beso en la mejilla a su padre y dijo: «Buenas noches, papi», para luego salir de la cocina y dirigirse a su habitación.

VI

Meses después, José se encontraba en su habitación buscando unas hojas donde había escrito unos poemas, acababa de cumplir dieciocho años. Su delgada figura se reflejaba en la pared con la luz del foco del techo, vestía unos pantalones de mezclilla rotos en las rodillas y una camiseta blanca. Los libros en esa habitación abundaban sin ningún orden, algunos sobre la mesa del comedor, otros sobre el sillón de la sala, otros más, sobre la cerámica del inodoro. Era viernes y, como cada fin de semana, acudiría al Avante; era noche de jazz. Mientras buscaba los poemas, recordó cómo hacía pocos meses lo habían vetado de ese bar y cómo tuvo Costa que hablar en repetidas ocasiones con el dueño del bar para que lo volvieran a dejaran entrar. Fue un fin de semana, después de una reunión del grupo de estudio. Ese día había leído poemas de José Emilio Pacheco, después del grupo de estudio, José se dirigió a la habitación que alquilaba Costa y comenzaron a beber desde muy temprano, después, se fueron a casa de Laura y Grecia, ahí los cuatro fumaron marihuana y bebieron ron. Llegada la media noche, los cuatro salieron muy borrachos de esa la casa y se dirigieron al Avante. Cuando entraron al bar, había mucha gente y el aire faltaba. Cuando Los Resaca acabaron su show, la gente se comenzó a dispersar, José, tambaleándose, se quedó de pie junto a la barra, cerca de la caja registradora. Con la mirada buscó a sus amigos, pero no los encontró. El dueño del bar, un hombre calvo, cercano a los sesenta años, y que se podía ver en todas las fotos que colgaban en las paredes del bar, abrió la caja registradora y comenzó a sacar billetes para contarlos. Todos sabían que él era el dueño, pues se podía ver su cara en todas las fotos. La mayoría eran viejas y el vivo recuerdo de una juventud comunista donde aquel hombre tenía el cabello largo, una figura atlética y vestía camisetas del Che y Fidel. Para todos los que acudían al bar era curioso observar esas fotos, e incluso era habitual hacer bromas alrededor del dueño del bar, ya que, con los años, ese hombre fue cambiando las camisetas con símbolos comunistas por camisas Valentino. Aunque el dueño era amigo de Costa y sus amigos, esa noche José lo increpó, quizás por las horas que llevaba bebiendo, quizás por las lecturas de Pacheco, o simplemente por la imagen de aquel hombre falso, que con su camisa Valentino contaba el dinero de la caja mientras detrás de él se encontraba una bandera

comunista. Esa contradicción e hipocresía, que representaba a gran parte de la sociedad, le produjo nauseas a José; de su boca, como medusas salvajes que nadan desde el más profundo océano, escupió unas palabras al tiempo que encaraba al hombre.

—Me da miedo convertirme en alguien como tú.

El dueño del bar sólo levantó la mirada.

—¿Qué dices? —Y continuó contando el dinero cuando se percató que José era un amigo de Costa.

—Que tú eres el del poema de José Emilio —dijo José mientras derramaba su cerveza en la barra, por culpa de un cuerpo sin nombre que cruzaba y bailaba por ahí.

—¿Que soy quién? Deja de estar chingando, ya estás borracho —dijo el dueño del bar mientras continuaba contando el dinero.

En ese momento el hombre de seguridad se acercó a José y le dijo que se calmara. José, ignorando por completo aquella advertencia, gritó de nuevo increpando al dueño del bar.

—Eres el del poema de Pacheco.

—¿Cuál poema, cabrón? —dijo el dueño del bar, volteando a ver a su hombre de seguridad—. Sácalo de aquí, ya está muy borracho.

En ese momento, el guardia, al observar que José le volvía a gritar a su jefe por tercera vez, lo cogió por la espalda, y haciendo una llave china, comenzó a empujarlo por el pasillo que daba a la salida. Mientras el guardia empujaba el cuerpo sometido de José, este, gritó: «¡Me da miedo convertirme en ti!» Cuando el guardia estuvo frente a la puerta, solo dio un empujón y José cayó como un escupitajo que se lanza al suelo. En el asfalto, José comenzó a reír mientras se levantaba y dijo: «Cuánta razón tiene el poema», al tiempo que, tambaleante, se encaminaba en busca de otro bar.

Al siguiente día, cuando José le contó a Costa todo lo que había pasado la noche anterior, se sentía avergonzado. Después de esa noche pasaron varias semanas sin que a José lo dejaran pasar en el Avante. En repetidas ocasiones, al llegar con sus amigos, el portero dejaba entrar a todos, menos a él. Así que, para no dejar solo a José, todos tenían que ir en busca de otro bar para continuar la fiesta, hasta que semanas después el portero lo volvió a dejar entrar. Dentro del Avante, pocos minutos pasaron antes de que José y sus amigos se encontraran de frente con el dueño del bar, quien en cuanto vio a José, se acercó a él.

—Poeta, ¿cómo estás?

—Bien. Oye, discúlpame por la otra noche.

—No fue para tanto, algún día entenderás todo, toma, esta va por mi cuenta.

—dijo el dueño del bar mientras abría una cerveza y se la entregaba a José en la mano.

Después de buscar por toda su habitación y no encontrar las hojas con los poemas, José se recargó sobre una pared y trató de recordar dónde las había guardado, finalmente recordó que estaban en medio de *Rayuela*. Fue en busca del libro, lo abrió, y ahí dentro encontró las hojas. Las guardó en su bolsillo del pantalón, se dirigió a la puerta de su casa, se despidió de sus padres y salió de su casa. Después de viajar algunos minutos en autobús, José bajó en una avenida de baja velocidad, desde donde se podía ver un puente que descendía de la carretera que venía de la capital, y que era una de las vías de entrada a Escutia; caminó unas calles hasta que llegó al Avante. Al llegar, vio de espaldas a Costa que charlaba con unos desconocidos para él. Cuando Costa vio que llegaba José, se despidió de las personas con quienes charlaba y entraron juntos al bar. El sonido de una batería y trompeta los recibió. Al acercarse a la barra pidieron dos cervezas al camarero, José, a lo lejos, vio a César, Karen y Marta que bailaban al ritmo de la música. Los tres bailaban bajando mucho sus cabezas, casi mirando al suelo y sus cuerpos estaban muy juntos. Los músicos acabaron esa melodía y la gente aplaudió. En el escenario, uno de los músicos levantó la trompeta y el otro su clarinete en agradecimiento, el de la batería le dio un gran sorbo a su vaso de cocacola. El chico de la trompeta la templó un poco y volteó a ver a uno de los músicos que dejó su violín para coger un clarinete. Un camarero se acercó a los músicos con algunas cervezas que dejó sobre una mesa en un extremo del escenario. El del clarinete cogió las cervezas y le entregó dos a la chica del trombón, ella, a su vez, entregó una al de la batería y la otra al de la trompeta, que de inmediato dio un trago; después de dejar la cerveza en el suelo, el trompetista empuñó su instrumento musical a manera de señal para sus compañeros. Todos los músicos al mismo tiempo comenzaron a tocar Walkin', de Miles Davis. Una pareja comenzó a bailar, después otras personas comienzan a mover sus cuerpos al ritmo de la música. Una hora después, cuando el concierto terminó, José salió a fumar un cigarro. Sintió frío, pues había un ligero viento. Se subió el cierre de la chaqueta, sacó un cigarro de su cajetilla y, mientras buscaba su encendedor en el bolsillo, observó los autos de la carretera que pasaban a gran velocidad entre nubes de azufre y humo; de pronto, escuchó un largo pitido de un claxon que provenía del Audi que salía por la bifurcación. El Audi pasó justo frente a él, le llamó la atención, no era muy común ver esos autos en Escutia, pensó: «algún riquillo ha salido esta noche en busca de algo de emoción.» El auto comenzó a disminuir su velocidad hasta estacionarse a unos metros del bar. José vio bajar del auto a Emilio, que comenzó a caminar en dirección al bar. Llevaba las

manos en la chaqueta y cuando vio a José, lo saludó levantando las cejas.

—Emilio, ¿tú qué haces por aquí? —preguntó José sorprendido.

—He quedado con Karen —dijo Emilio estirando su mano para saludar.

—Ellos están dentro, pero el concierto ya terminó —dijo José mientras le estrechaba la mano.

—No puede llegar antes, estaba en una fiesta del club.

—¿Tienes un encendedor? —preguntó José.

—No, lo siento. —En ese momento salió Costa del bar y se quedó charlando con Emilio.

—Voy a conseguir uno —dijo José mientras dirigía su mirada hacia la multitud que estaba en la calle.

Para su sorpresa, vio que entre un grupo de tres personas que fumaban, estaba una chica que él había visto en repetidas ocasiones en la biblioteca. Era muy guapa y aunque la saludaba en la biblioteca, pues se ubicaban de vista, nunca había encontrado la forma de abordarla. Lo único que él sabía de ella era que se llamaba Áurea y tenía unos enormes ojos color celeste. Mientras José pensaba que esa era una oportunidad única para abordarla, y no quería desaprovecharla, caminó unos pasos para acercarse al grupo donde estaba la chica.

—Hola, oye, ¿tienes encendedor?

—Sí, claro —dijo la chica mientras buscaba en su bolsa, al tiempo que José podía ver que era muy pequeña de estatura. Siempre que la saludaba de lejos pensaba que era más alta.

Ese día llevaba el pelo negro recogido con una coleta, unos jeans blancos, y una chamarra Adidas azul, que combinaba con sus zapatillas deportivas.

—Nunca te había visto fuera de la biblioteca —dijo José.

—Sí, tienes razón —dijo la chica mientras sonreía.

—¿Vienes mucho al Avante?

—No mucho, mis amigos son más de ir a un bar cerca de la plaza Primero de Mayo, donde ponen otro tipo de música.

—Nunca me había presentado, me llamo José.

Cuando Costa y Emilio vieron que José estaba hablando con la chica, se acercaron al grupo.

—Yo, Áurea, él es el Rata y, ella, Nerea.

Cuando José volteó a ver a los acompañantes de Áurea, de inmediato reconoció la cara de aquel chico que iba con Grillo cuando Pirata lo acosaba, hacía mucho tiempo que no lo había vuelto a ver.

—Rata, soy José, el nieto de don José. ¿Te acuerdas de mí?

Rata, por un momento, se quedó viendo a José tratando de recordar y

después sonrió.

—Sí, claro. Hacía bastante tiempo que no te veía. ¿Cómo te va?

—Bien, gracias, y tú, ¿qué tal?

—Rata, qué sorpresa encontrarte —dijo Costa.

—¿Se conocen? —preguntó José.

—Sí, antes venía a los grupos de estudio —contestó Costa— además, también estudia en la facultad.

—Dejé de ir a los grupos porque de la práctica ustedes no pasan, en repetidas ocasiones te dije que los grupos no sirven si no funcionan como arma de agitación y actúan en la sociedad como si fuera su campo de batalla. Además, el acuerdo con el PSD no se va a lograr nunca, ese partido ya está más domado que un león cebado, esos llegaron al poder y se amansaron a billetes.

—Rata, nunca te he visto por la facultad —dijo José.

—Es que solo debo dos materias, así que solo voy una vez a la semana y solo dos horas, en cuanto la clase termina, me voy de la facultad, pues tengo que entrar a trabajar.

—¿Sigues viendo a Grillo? —preguntó José.

—No, ya casi no, desde que se casó, no sale mucho.

—A la mueblería hace mucho tiempo que no va, si lo ves, me lo saludas.

—Sí, cuenta con ello, pero hace tiempo que no lo veo.

—¿A qué te dedicas, Rata?

—Tengo dos trabajos, trabajo por horas en atención a clientes en el *call center* del Corredor Industrial y en el Casino por las noches; además, en mis tiempos libres soy tatuador —dijo Rata mientras les enseñaba a Costa y a José su brazo derecho lleno de tatuajes.

Mientras ellos charlaban, Emilio hablaba con Áurea.

—¿De qué año es tu Audi? —preguntó Áurea.

—Es del año pasado, pero el siguiente ya lo cambio por uno nuevo.

—¿Y tú qué estudias? —preguntó Áurea mientras se recargaba en el auto.

—Derecho. Mi papá es abogado, tiene un despacho, no sé si te suena el despacho Garrigues. Mi papá es Miguel Garrigues.

—Sí claro, es el presidente del PVN. ¿Cierto?

—Sí. El mismo. ¿Por qué no me das tu teléfono? Y hacemos algo la siguiente semana —dijo Emilio.

—Claro. Apúntalo —dijo Áurea al mismo tiempo que tiraba la colilla de su cigarro al suelo y se acomodaba el cabello.

Mientras Emiliano anotaba el número en un pequeño papel, Nerea se acercó a Áurea.

—Nena, ahí está Rafael dijo Nerea con cara de pícara.

—¿En serio? Vamos a saludarlo —contestó Áurea mientras se acomodaba el escote de su camiseta—. Espero tu llamada. Rata, me tengo que ir, otro día seguimos la charla.

—Miren, ahí vienen César, Karen y Marta —dijo Costa mientras Áurea se alejaba y él señalaba a sus amigos.

—Yo ya me tengo que ir, que mañana abro la mueblería —dijo José— Costa, ¿te quedas?

—Sí, me quedo con Rata y los demás, mañana nos vemos en la facultad.

—Rata, siento que Emilio te arruinará el ligue —dijo José.

—No te preocupes, José, yo no estaba ligando con ella, solo es mi amiga —dijo Rata, aunque en su mirada se podía ver molestia.

Mientras José caminaba por la calle, dirigió la mirada a la fachada del Avante, en un extremo del edificio un hombre con un vaso en la mano se tambaleaba y orinaba en la pared, lo reconoció, era el hombre que vendía artesanías los fines de semana en el centro de Escutia. José observó su reloj, aceleró el paso para coger el último bus. Al estar en la parada se sentó en una banca metálica donde escuchó a dos mujeres conversar sobre el clima y el futuro nacimiento de un niño. Una de ellas sostenía una correa de un perro, que por el frío se escondía entre las piernas de su dueña. Mientras esperaba el bus, sentado en una marquesina, José recordó que faltaban pocas semanas para los exámenes finales.

Semanas después, César y Karen organizaron una fiesta para celebrar los dieciocho años de Marta, como era una fiesta sorpresa, invitaron a José, Emilio, Laura y Grecia; José invitó a Costa y a Rata. Después de cortar un pastel y mientras bebían cervezas y vino, veían *Toma el dinero y corre*, de Woody Allen, justo la escena del asalto frustrado por la mala ortografía.

—Deberíamos quitar esta película, es una mierda —dijo Agustín.

—Pero qué dices, es muy buena —dijo Grecia.

—A mí me gusta más Annie Hall —dijo Laura.

—Respeta al filósofo más importante del siglo XX —dijo César.

—Bueno, bueno, tanto como el filósofo más importante… no lo sé —dijo Grecia.

—Bueno, sino te gusta esa idea, es el Flaubert de nuestro tiempo —dijo César.

—Eso te lo puedo aceptar —contestó Grecia—. Agustín, si no te gusta, puedes irte a ver un partido de futbol, eres al único que no le gusta la película.

Agustín no le respondió a Grecia y sacó de su chaqueta una pequeña bolsa con cocaína, que ofreció a todos los demás. Nadie la había probado en esa habitación, solo él. Los demás no habían pasado del cigarro y, algunos, de la

marihuana. Por común acuerdo decidieron probarla, pero con la única condición de que todos la consumieran. Marta fue la que más dudo, pues en su casa el tema de las drogas era todo un tabú, pero cuando comenzaron a hablar de que ese suceso sería una especie de pacto entre todos ellos, aceptó de inmediato. En ese momento, Agustín cogió el libro de *El almuerzo desnudo,* de Burroughs, que Marta había llevado a la casa para mostrárselo a José. Después de verter el polvo en la portada, con una tarjeta de banco separó el polvo en delgadas líneas, enrolló un billete y se agachó sobre el libro como un hombre sediento cuando bebe agua directo de un río, e inhaló el polvo. Después, pasó el libro a los demás, uno a uno, se fueron entregando al incierto de las drogas. A partir de ese día, hubo tardes enteras en que todos esos chicos se reunían a consumir sus horas bajo las lecturas de Henry Miller, Charles Bukowski y Allen Ginsberg mientras alguien de fondo ponía los discos de Nirvana, *The Doors* y David Bowie; más de uno de aquellos hermosos y modernos efebos y ninfas perdieron su virginidad al ritmo de los Rolling Stones.

VII

Marta y José llevaban un año de novios, y aunque su relación no se había hecho formal en casa de ella, José, semana a semana, pasaba más tiempo en casa de los Villatoro. Para que los padres de Marta no se dieran cuenta de las constantes visitas de José, él llegaba después de que su padre salía de su casa, tanto su madre como la servidumbre eran partícipes de la relación. La mayor parte del tiempo que ellos estaban juntos, les gustaba beberlo debajo de las cobijas leyéndose al oído, casi susurrándose. Pasaban horas desnudos debajo de las sábanas, jugando e imaginando cómo había sido el amor entre Ulises y Penélope, Antonieta Rivas Mercado y José Vasconcelos, o Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre. Una mañana después de ver una película en la cama de Marta, se dieron un beso y ella le cogió la mano a José para ponerla torpemente sobre su pecho. José la vio directo a los ojos y entendió, así que metió su mano debajo del vestido de flores que llevaba Marta y le quitó el botón del sujetador para después tratar de bajarle le vestido por las caderas, pero ella le dijo que era más fácil por su cabeza mientras levantaba los brazos. Cuando José tuvo el vestido entre sus manos no sabía qué hacer con él, así que lo dobló con mucho cuidado y lo colocó debajo de la almohada. Ella no decía nada, ni una palabra, solo había silencio en la habitación, después José se dirigió hacia sus bragas y ella levantó sus piernas, quedando sus pies a la altura de la cara de José, él, como un súbdito que tiene a su diosa enfrente, le besó los

pies para después quitarle las bragas que también dobló y guardó junto al vestido. La habitación comenzó a oler a mar. Cuando José se quitó la camiseta, escuchó un trueno y el golpear de las gotas contra las ventas de la casa, en ese momento se recostó junto a Marta y desnudos se quedaron viendo el techo de la habitación; después José giró su cuerpo y le dio un beso en la frente a Marta, que viajó por toda su cara hasta llegar a su boca, mientras su mano se deslizó despacio desde sus senos hasta su abdomen, a partir de ahí comenzó a dibujar infinitos con su dedo índice que iban y venían como las olas en su cadera. Sus dedos fueron colonizando cada poro de su piel y cada segundo que pasaba se acercaba a su infinito océano. Sus yemas rozaron con suavidad sus labios, donde su clítoris resplendente se humedeció enamorado en un instante. De ese pequeño paraíso húmedo nacieron deltas fluviales en los que Marta se sumergió y se perdió en sus profundidades. Cuando José sintió que su mano se ahogaba por los ríos sagrados que emanaban de la divinidad hecha carne, subió su cuerpo sobre el de ella, quedando sus miradas frente a frente y sus bocas, aliento contra aliento. Se unieron como la naturaleza humana y el Verbo de Dios en medio de un destello de luz primigenia.

Apoteosis de la Carne

El Silencio

Después de entregarse a ese instante divino, Marta hundió su cabeza y abrazaba el cuello de José como una niña mientras sus respiraciones entrecortadas volvían a la normalidad. Cuando bramaba la tormenta fuera de la casa, José escuchó unos ligeros sollozos, en ese momento levantó la cara a Marta y vio que lloraba, lloraba y lloraba. Sin pronunciar palabras, le llenó de besos los ojos cerrados desde donde nacía aquel manantial. En silencio se quedaron viendo y sonrieron.

Marta, como niña pequeña, se secó las lágrimas y se puso a alisarle el borde de la oreja a José. La doblaba, enrollaba y desdoblaba. Cuando era roja como un tomate, ella dirigía su mano a la mejilla de él y, como escultora, comenzaba a moldearla. Después subió su cuerpo sobre José y quedando labio sobre labio, le tomó la frente con los dedos. Ella comenzó a jugar como una pequeña criatura con la cara de José y moldeó las diferentes caras del amor. Con sus dedos llenos de cariño, aprobaba y desaprobada los gestos que daba forma a su gozo. Marta apretaba y desapretaba las cejas, nariz y boca, las mismas que había besado infinidad de veces.

Esa tarde, después de que Marta cayera dormida, José le contó los lunares

de la espalda, eran cuarenta y nueve, pero en su espalda parecían miles de millones. Como estrellas de una galaxia. Mientras afuera la lluvia se colmaba y el sol desaparecía para dar pie la noche, José le escribió un poema a su espalda. Semanas más adelante, en repetidas ocasiones, después de hacer el amor y aún con la respiración exaltada, José le decía en voz baja y casi susurrándole al oído: «Nunca había querido a una mujer como te quiero a ti». En realidad, él nunca había estado con otra mujer, pero deseaba que ella fuera la primera y la última de su vida. En repetidas ocasiones se preguntó si la leyenda de los andróginos de Aristófanes era real. Por su inexperiencia, a José le faltaban las palabras después de entregarse a los misterios del amor para expresar todo lo que él sentía por ella, y las sustituía por abrazos tiernos e infinitos. Por su juventud, no sabía aún que las miradas y el silencio muchas veces son la forma más honesta de decir te amo. Lo que él sentía por ella era algo nuevo que su cuerpo no sabía cómo beber, pero aun así lo bebía como si fuera necesario para existir. Con ella se sentía pleno y feliz. Completo. Algo que nunca había sentido.

Parecía que ella, como la vieja Circe, le había arrebatado su cuerpo —los latidos, apetitos, quimeras y sueños—, y como si desde el día que Marta le regalara el libro de Julio Verne comenzase una nueva etapa en su vida, en la cual, él vivía en un interminable maremoto de emociones donde, confundido por ese amor, nunca sabía qué hacer o cómo reaccionar. ¿Pero quién sabe algo sobre el amor en la tierra de la juventud?

José quería pasar todo su tiempo con Marta, eso ocasionó que comenzara a fallar en la mueblería. O llevaba tarde los encargos de su padre, o los olvidaba por completo. Un día Costa le prestó su habitación a José y se quedó a dormir con Marta, ella había inventado en su casa que dormiría en casa de Karen. Esa noche bebieron mucho y al otro día José se quedó dormido y no se levantó para abrir la mueblería. Cuando horas más tarde llegó Manuel a La Compostelana y encontró cerrado, se molestó demasiado. En más de cuarenta años que la mueblería llevaba abierta, jamás había cerrado. Así que, horas después, cuando José apareció en la mueblería, tuvo una fuerte discusión con él, que terminó cuando Manuel le pidió las llaves de la mueblería y le dijo que estaba despedido. Orgulloso, José le entregó las llaves de La Compostelana para demostrarle que podía salir adelante sin su apoyo. Antes de que saliera de la mueblería y azotara la puerta, alcanzó a escuchar que Manuel también lo corría de la casa.

Cuando José estuvo en la calle, lo único que se le ocurrió fue ir a casa de Marta con unas cuantas rosas en la mano que había hurtado del rosal de los vecinos. Estando con Marta, él le contó lo sucedido, ella le dijo que no se

preocupara, que lo resolverían. Horas después se encontraban en el sofá de la sala de juegos, ella estaba recostada sobre el regazo de él y lo abrazaba por su abdomen, ambos estaban cubiertos por una frazada. En la pantalla de la televisión se veía a Woody Allen besando a Diane Keaton, a la puerta llamó el mayordomo de la casa, quien le avisó a Marta que su padre había llegado temprano y la buscaba en la sala de la casa principal. Al escuchar esas palabras, Marta se quitó la frazada y se levantó del sofá; antes de salir de la habitación le dio un beso en la boca a José. Cuando Marta salió, él la observó por la espalda. La habitación se quedó en silencio por un momento, solo se escuchaba un manzano que se agitaba con el viento suave y frotaba sus ramas en una de las ventanas de la casa. José pensó en la diferencia de clase que había entre ellos. En repetidas ocasiones él había pensado y se había preocupado sobre lo que pasaría si ella le proponía irse a vivir juntos. Ahora todo se complicaba, pues él se había quedado sin el dinero que su padre le daba por ayudarle en la mueblería. Las palabras de Manuel que le había dicho por la mañana, aún le retumbaban en la cabeza: «No tienes ni en qué caerte muerto». Este tema ya lo había hablado con Costa en repetidas ocasiones, sin embargo, su amigo siempre lo animaba a no pensar en esas ideas porque él había visto por experiencia con otros amigos, que cuando dos personas se aman, esos detalles no importan. Cuando Marta entró a su casa, su padre se encontraba en la sala con el teléfono en la mano.

—Mira, ya está aquí Marta, es que estaba en la sala de juegos pintando uno de sus óleos. Te la comunico —dijo el padre de Marta tapando la bocina del teléfono—. Es Emilio, te quiere invitar a una reunión, no le dije que estabas con el carpintero. —Al escuchar esas palabras, Marta giró sus ojos hacía el cielo y tomó el teléfono: «Ya te dije que no me gusta que le digas así a José».

—Emilio, ¿qué tal?

—Bien, Marta, ¿y tú?

—Yo muy bien, gracias.

—¿Qué haces?

—Estaba viendo una película con José.

—¿Sigues saliendo con él?

—Sí, ya te lo había dicho.

—Bueno, como sea, ¿y qué película estaban viendo?

—Primero Metrópolis, es una película rarísima, trata de unos obreros que viven en una ciudad subterránea y no pueden salir al mundo exterior. Todo esto sucede en el siglo XXI, y ahora vemos una de Woody Allen, es buenísima.

—Qué raras cosas ves últimamente, es como el libro que el otro día llevaste a clase. ¿Cómo se llamaba?

—*Rebelión en la granja* —dijo Marta enredando su dedo en el cable del teléfono.

—Ese, bueno, tú sabes lo que te lees. Te llamo porque el viernes es mi cumpleaños, cumplo diecinueve y te quiero invitar al festejo.

—Sí, sí, cuenta conmigo.

—Ven sola, no vayas a traer a tu noviecito.

—Qué pesado eres, ya lo pensaré.

—Bueno, nos vemos el viernes.

Cuando Marta colgó el teléfono, su padre estaba en un sofá muy cerca del teléfono y leía el periódico.

—¿Hasta cuándo vas a seguir con esta situación? —dijo Villatoro cerrando el periódico que leía.

—¿Cuál situación? —dijo Marta dirigiéndose al pasillo que daba a la casa de juegos.

—¡Marta, te estoy hablando! Esta broma tuya de andar de novia del carpintero comunista ya debe terminar.

—Ya te dije que no es carpintero, su papá tiene una mueblería, y en todo caso, qué tiene que fuera carpintero, el padre de Jesús era carpintero, ¿no? Es más, Jesús, el mismo al que nos llevas a rezarle domingo a domingo, fue el primer comunista.

—Hija, ¿qué son esas respuestas? Sabes a lo que me refiero y respétame que soy tu padre —dijo Villatoro acalorado, pegando en el sofá y aventando el periódico de manera violenta.

—No te estoy faltando al respeto. Además, es la verdad, el primer comunista de la historia es Jesús. ¿Ya me puedo ir? —dijo Marta dando la espalda a su padre.

—¡No, aun no te puedes ir! Voltea, que te estoy hablando. Marta, déjate de bromas y no desvíes la conversación, tú siempre enredando todo para salirte con la tuya, y sí, sí me faltas al respeto con tus acciones. ¿Qué no te das cuenta que no te conviene ese chico? Ahora resulta que lees libros de comunistas y ves películas de payasos. Hija, ¿qué te está pasando?

—No me está pasando nada, solo me gusta estar con José. Él y sus amigos me enseñan cosas que me parecen interesantes y me siento cómoda con ellos.

—También te quería hablar de eso, ¿qué haces juntándote con esa bola de hippies, marihuanos? Tu mamá y yo estamos muy preocupados. Te hemos tratado de dar la mejor educación y tú nos sales con esto. ¿Dime a qué vas a pasar tantas horas a la casa de esa niña que conociste en el curso de verano? Yo se lo dije a tu madre, que no te inscribiera en ese curso. Pero tú y ella son igual de rebeldes. ¿Qué hice para merecerme esto? —dijo Villatoro tomándose la

frente con las dos manos.

—No hiciste nada, solo déjanos vivir, nos quieres controlar en todo lo que hacemos. A mi mamá la celas todo el tiempo y a mí me quieres controlar hasta mis amigos.

—No es eso, solo quiero lo mejor para las dos. Hija, solo piénsalo, Emilio te conviene más, tienen amigos en común, su papá es presidente del Partido, ¿qué más quieres?

—Quiero alguien con quien me la pase bien y no esté todo el tiempo preocupado por la marca de zapatos que trae puestos. Emilio me cae bien, pero es muy presumido y superficial. Eso no me gusta, y en todo caso, parece que al que le conviene que yo salga con él, es a ti, y no a mí.

—Hija, pero qué barbaridades dices —dijo Villatoro levantándose del sofá y dirigiéndose a la cocina.

—Pues eso pareces, y ya me voy, que José me está esperando en la sala.

—Cualquier día le digo a la servidumbre que les niegue la entrada al carpintero y a sus amigos comunistas —dijo Villatoro mientras se servía un vaso de agua.

—Ese día me largo de esta casa, como tú, cada mes, que te vas a la casa de tu amante. ¿Sabes que eres un hipócrita, verdad, papá?

—¡Hija, respétame! No sé de qué estás hablando.

—No. Tu respetanos a nosotras ¿Tú crees que mi mamá y yo somos tontas y no sabemos lo que haces?—dijo Marta, cruzándose de brazos, y moviendo uno de sus pies de arriba a abajo—. ¿Ya me puedo ir?

—A mí no me hables así. Ya estás igual de loca que tu madre. Me tengo que ir a la Cámara —dijo Villatoro mientras cogía las llaves de su auto y se dirigía hacia el garaje de la casa— y olvídate de tus tarjetas de crédito.

Marta se quedó un momento en silencio en la sala, dio un profundo respiro y regresó a la habitación donde estaba José. Él había detenido la película y leía un libro de Jorge Luis Borges que le habían prestado en el taller literario. Cuando vio entrar a Marta, le vio los ojos rojos. Ella acaba de llorar. José se levantó del sofá y se acercó a la puerta.

—¿Todo bien? —dijo José mientras le acariciaba la cara.

—Sí, solo que mi padre está de insoportable —dijo Marta bajando la mirada.

—¿Para qué te llamó?

—Me quería comentar algo de su oficina, por cierto, el viernes no voy a poder ir a la fiesta de Grecia, tengo que ir con mi padre al trabajo.

—No te preocupes, te vamos a echar de menos, pero es más importante que apoyes a tu papá. Él te quiere mucho y es bueno que lo apoyes. Mira, te escribí esto en lo que regresabas —dijo José mientras la abrazaba y le daba una hoja

de papel con un poema.

—José, ¿me quieres? —dijo Marta buscando los brazos de José.

—Sí, por supuesto —dijo José mientras la envolvía en sus brazos.

—¿Hasta dónde? —preguntó Marta con la cara pegada al pecho de José.

—De aquí —dijo tocándose el corazón— hasta el infinito, sin dejar un puntito, de ida y vuelta, cinco veces. —Después de escuchar esas palabras, Marta tomó la mano de José, lo llevó hacia el sofá, le dio un beso y continuaron viendo la película.

—¿Solo cinco veces? —preguntó Marta con una pequeña sonrisa en la cara.

—Un millón de veces —contestó José mientras le daba un fuerte abrazo. Esa noche, José durmió a escondidas en casa de Marta.

Al siguiente día, cuando Villatoro se había ido de la casa, José llamó a Costa y le contó de la discusión que había tenido con su padre; antes de que se lo propusiera, Costa le dijo que podía irse a quedar en su habitación y dormir en una colchoneta el tiempo que fuere necesario. Así que, horas más tarde, José se dirigió a la habitación de su amigo. A partir de ese día se iban juntos a la facultad, como tenían diferentes clases, no se veían durante todo el día hasta la noche en la habitación de Costa, ahí charlaban de literatura, política y las chicas guapas de la facultad. Llegado el momento de irse a la cama, seguían conversando, cada uno desde su trinchera continuaba debatiendo el tema de aquella noche, hasta que alguno de los dos caía dormido. Durante muchas semanas Costa llevó los gastos de José. Cuando Costa no estaba, le dejaba comida en el refrigerador y nunca faltaba el agua caliente. Los fines de semana, Costa y José se paseaban desnudos por la habitación y llegada la tarde salían a dar un paseo.

Algunas veces se reunían con sus amigos en la zona del tren y deambulaban entre los vagones mientras dibujaban grafitis sobre ellos. Otras veces se sentaban en algún café, leían el periódico y se quejaban de la mala administración pública. Ambos soñaban, en algún momento de su vida, tener un cargo de elección popular para mejorar el entorno de futuras generaciones.

Una noche, Costa le propuso a José que lo acompañara a saquear autos. José no se lo pensó y horas más tarde estaban en una oscura calle, esperando el momento de desvalijar un auto. José aprendió rápido el oficio de ladrón. En pocas semanas, Costa le enseñó de electrónica y que, con solo un encendedor, cinta adhesiva, tijeras y una lata pequeña de crema para la cara, podía hacer llaves de aluminio para abrir los autos. En cuestión de días José se volvió un experto en el hurto de piezas automovilísticas. Las primeras veces que participó en los hurtos, sentía la adrenalina hasta la cabeza, y aunque sabía que robar no era correcto, también sabía que los valores se terminan cuando el frío y el

hambre llegan. Además, todos los actos que ellos hacían, a ojos del tiempo, se disculpaban por su hermosa juventud. A partir de la tercera ocasión que estuvo en la línea de la ilegalidad, esos actos se volvieron un goce prohibido de aquellos a los que es difícil negarse. Cuando José le contó sus aventuras nocturnas a Marta, ella casi le imploró que la invitaran, quería vivir aventuras como las de Camila de los Volscos y ser tan valiente como Tomiris. José y Marta se prometieron, en medio de un abrazo, que algún día tendrían una de aquellas aventuras nocturnas.

VIII

Marx, que estas en el cielo,
santificada sea tu obra
hágase tu voluntad en Alemania como en Uganda.
Camarada nuestro, que estás en el cielo
santificados sean tus libros.
venga a nosotros tu filosofía.
Hágase tu voluntad en Occidente como en Oriente.
Danos hoy nuestra teoría económica de cada día,
perdona a todos aquellos libremercadistas, así como nosotros
perdonamos las personas de derecha que nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación del mercado
y líbranos de prostituirnos por algunas monedas.

—¿Está rezando? —preguntó José, casi murmurando, a Costa y Rata.

Era su último semestre de la universidad, José, Costa y Rata coincidían en la clase Gonzalo.

—Sí, dicen que siempre lo hace a principio de semestre, también dicen que está loco —dijo Costa con un lapicero en la boca y sin dejar de ver a Gonzalo, que tenía el cabello sucio y largo que enmarcaba unas ojeras que delataban semanas de poco descanso.

—Buenos días, jóvenas y jóvenes, atención. A ver, el que trae el café de Starbucks, aquí no se puede beber café y menos de esas marcas opresoras —dijo Gonzalo señalando a uno de los alumnos—; de nueve a once de la mañana yo soy el profesor de esta aula y las normas las pongo yo. Llámenme dictador si quieren, pero en algunos momentos de la historia las dictaduras han sido favorables. Así que aquí solo se puede beber agua y mejor si es de una marca local, aquí no son bien recibidas las marcas trasnacionales; otra cosa, en esta clase no pasaremos lista, vendrá quien quiera venir y quien no quiera, ya nos

veremos en el examen final. Entonces, manos a la obra —dijo Gonzalo mientras escribía en el pizarrón.

Gonzalo Urrieta Amorós

Filosofía económica

—Como diría un obrero al iniciar una construcción, y como parte de la clase trabajadora que soy, ustedes son mis materiales, de mí depende que al final de curso construya una obra de arte de ustedes, o que las horas que pasemos juntos sean una pérdida de tiempo. Lo único que pido a los que decidan acudir a esta clase, es que tengan apertura al conocimiento, pueden estar o no de acuerdo con lo que se enseñe en esta clase, pero el peor error que pueden cometer en la vida es cerrarse a nuevas ideas. En fin, esta primera clase haremos un análisis del *Segundo sexo*, de Beauvoir; según ella, se ha demostrado que la humanidad ya no es una especie del reino animal, y aunque en un principio compartía semejanzas con las otras especies, ahora lo único que comparten es el proceso de nacer, crecer y morir. Por lo tanto, la naturaleza ha pasado a ser propiedad de los seres humanos. Como recordarán por algunas otras clases donde se han tocado estos temas, han sido dos las olas del feminismo, y lo que hemos observado en ellas es que hay una correlación entre la evolución técnica alcanzada por la humanidad y la importancia y campo de acción en el que se puede desempeñar la mujer. Citando a Beauvoir, «la consciencia que la mujer adquiere de sí misma no está definida por su sexualidad, sino por una estructura económica social, que se traduce en el grado de evolución técnica alcanzado por la humanidad». —En ese momento, Gonzalo cogió el libro del *Segundo sexo* que tenía en la mesa y, mientras lo leía, escribió de nuevo en el pizarrón.

Rasgos característicos biológicos esenciales de la mujer

- Su aprensión al mundo es menos amplia que la del hombre
- Está más estrechamente esclavizada a la especie

—Pero estos hechos, según Simone, adquieren un valor completamente diferente en el contexto social y económico, ya que —Después de escribir en el pizarrón, Gonzalo comenzó a leer el texto—: «en la historia humana, la aprensión al mundo no se define jamás por el cuerpo desnudo, ya que la mano,

con su pulgar aprehensor, ya se supera hacia el instrumento que multiplica su poder, desde los más antiguos documentos de la Historia, el hombre siempre se nos presenta armado. En los tiempos en que se trataba de blandir pesadas clavas, la debilidad física de la mujer constituía una flagrante de inferioridad: basta que el instrumento exija una fuerza ligeramente superior a la que ella dispone para que aparezca radicalmente impotente. Más puede suceder, por el contrario, que la técnica anule la diferencia muscular que separa al hombre de la mujer: la abundancia no crea superioridad más que ante la perspectiva de una necesidad, no es preferible tener demasiado a tener suficiente. Así, el manejo de un gran número de máquinas modernas no exige más que una parte de los recursos viriles: si el mínimo necesario no es superior a la capacidad de la mujer, ésta se iguala en el trabajo con el hombre. En realidad, hoy pueden desencadenarse inmensos despliegues de energía, simplemente oprimiendo un botón.»

En los últimos minutos de clase se generó un debate libre alrededor del matrimonio como institución.

—El matrimonio es la gran farsa del sistema. No entiendo cómo alguien puede jurarse amor eterno para toda la vida. ¿Se dan cuenta? ¡Para toda la vida! Toda la vida es mucho tiempo —dijo Rata robando la palabra a otro alumno.

—Sí, pero eso le da una estabilidad al sistema. De lo contrario, seríamos seres salvajes, que solo irían por la vida buscando aparearse —dijo un chico desde un extremo del aula.

—Pero si de esos hay muchos, se llaman infieles —contestó una chica que estaba en las últimas filas de butacas.

—Yo no creo en la fidelidad. Es decir, yo no veo el problema en el matrimonio. Lo veo en la necesidad de pertenencia que tienen las personas por su pareja —dijo Rata.

—De ahí los celos. —Continuó José.

—Pero los celos son algo natural —dijo otra alumna desde el fondo del aula.

—El problema es que las personas creen que las parejas son eternas y no aceptan que las parejas son cíclicas —dijo Rata.

—Ahí está el problema, el matrimonio no debería partir desde la concepción de “para siempre”, sino de la concepción de “hasta que sea feliz contigo”. Cuando esa felicidad se termine, ambos pueden estar con nuevas personas, y eso no quiere decir que no se amaron en su momento; solo que su momento se ha terminado —dijo Costa.

—Pero eso díselo a las mujeres que han sido educadas para casarse y ser madres, eso no lo van a entender —dijo Rata.

—Las mujeres modernas ya no queremos eso. Sin embargo, creo que el problema del que estamos hablando en esta clase, como muchos otros, se resumen a una cosa: la propiedad. En este tema en específico, el problema es creer que alguien es propiedad del otro. Eso son los celos. Pero en muchos otros c a s o s es lo mismo, a la propiedad le puedes llamar fronteras geográficas o acumulación de capital —dijo una de las alumnas que estaba en las primeras filas de butacas.

La clase terminó cuando un grupo de alumnos había comenzado el debate sobre si los problemas del mundo habían comenzado con la propiedad privada o con la creación del concepto de dinero. Costa, José y Rata ya no se quisieron quedar, pues la clase había terminado y decidieron salir juntos del aula. Un chico, a lo lejos, le dijo a Rata que se veían en la manifestación. En el call center donde trabajaba Rata se estaba planeando una manifestación para exigir un aumento salarial.

—Me gusta el enfoque que Gonzalo le da a las clases, no lo había visto en su faceta de profesor, solo había coincidido con él en los grupos de estudio —dijo Costa.

—Sí, a mí también. Se sale del enfoque tradicional donde el profesor habla y habla toda la clase —dijo José cambiando su mochila de hombro.

—¿Por qué diste de baja esta clase? —preguntó Costa— si se ve que Gonzalo es muy bueno.

—Sí es muy bueno y es de los que, si vienes a clase y participas, te puede ayudar en los exámenes, pero tampoco es tonto y no regala nada. Mi problema fue que el semestre pasado yo andaba bien triste, pues mi exnovia me había dejado por un cabrón, así que, entre mis trabajos y la depresión, no tenía ganas de estudiar. Por eso la di de baja.

—¿Saben que dicen que Gonzalo es parte de una sociedad secreta? —dijo Costa.

—Sí, yo escuché decir lo mismo a uno de los alumnos que estaba junto a mí en el aula —dijo José.

—Pero qué tonterías dices —dijo Rata.

—Dicen que él tuvo que ver con la muerte del clérigo hace algunos años —dijo José.

—¿Quién dice? —preguntó Rata.

—Los rumores —contestó José viendo a los ojos a Rata.

—No hagas caso a los rumores —dijo Rata mientras levantaba sus manos al cielo y su voz monótona fue adquiriendo progresivamente entusiasmo— a ese lo mataron por meterse con niños.

—También dicen que, entre ese asesinato y el del hijo del dueño de

inmobiliarias que apareció muerto hace tiempo, hay muchas similitudes —dijo José.

—Dicen que una vez unos policías lo detuvieron por sospechoso de ser parte de una banda que planeó un atentado político, pero no hubo pruebas suficientes para encausarlo —dijo Costa sacando humo de la boca— aunque yo no lo creo, no creo que sea capaz de matar una mosca. En los grupos de estudio he convivido con él y es muy agradable.

—No hagan caso de esas tonterías, seguro es un loco que anda suelto, la policía ya dará con él —contestó Rata mientras encendía un cigarro y les ofrecía a José y Costa— Gonzalo es muy buen profesor y es más bueno que una monja, efectivamente, él no mata ni una mosca. El único rumor cierto de él es que sí fue parte de las fuerzas juveniles radicales del PSD y que rompió con el partido hace muchos años por no compartir su misma forma de pensar. Llevaba muchos años alejado de la política, pero ahora le volvió la nostalgia y está buscando apoyos para formar un nuevo grupo y editar una revista. De hecho, si quieren, el fin de semana podemos ir con él a tomar una cerveza, y así lo conocen mejor.

—Por mí, sí —dijo Costa.

—Por mí, también —dijo José.

—Muy bien, yo creo que él estará encantado de tomar algo con nosotros. Me acuerdo que cuando yo entré a la Facultad, se lanzó para decano y perdió contra un profe de contabilidad. Dicen que perdió por su fama de comunista. Eso no les gusta a muchos aquí. El otro profe no ganó por mucho, pero ya saben que, en democracia, un voto es un voto.

—Por eso yo no creo en la democracia —contestó José.

—Tú no crees en ella, pero miles han entregado su vida por ella —dijo Costa mientras encendía el cigarro que le había dado Rata.

—Por algo se tiene que dar la vida, de lo contrario se termina entregándola por nada. Pero darla por la democracia es tirarla a la basura —dijo José.

—La mayoría la da por nada —dijo Rata.

—El problema es que esa mayoría no sabe que la da por nada, de ahí el éxito de la religión. Todos esos justifican su vida con la promesa de un Paraíso —dijo José.

—La religión es otro de los pilares que pude explicar los problemas del mundo moderno. La propiedad privada, el dinero y la religión, son lo que nos ha llevado hasta este puto precipicio —dijo Costa mientras le entregaba su encendedor a Rata.

—No hay manera de justificar que el uno por ciento de la población acumule el capital, mientras que el otro noventa y nueve por ciento se tenga

que pelear a muerte por su libertad, y por tener un empleo de mierda —dijo Rata tirando la colilla de su cigarro.

—Cuando muere alguien de ese uno por ciento, se hacen grades homenajes y se les da medallas de honor; cuando muere el otro noventa y nueve por ciento, se les lanza a las fosas comunes —dijo Costa.

—Pero como no van a lograr tanto éxito en su vida, ese noventa y nueve por ciento, si se les ha dado todo, la estructura económica y social que los sostiene es tan fuerte que difícilmente podrían fracasar. De la libertad… eso siempre ha sido un espejismo, la libertad ha estado durante toda la historia del mundo condicionada por la clase, las influencias sociales y la acumulación de capital.

—Por eso debemos votar a los partidos de izquierda —dijo Rata levantando el puño.

—Lo apoyo totalmente, son los únicos que defienden a los obreros —dijo Costa.

—Todos son iguales, solo ven por sus propios intereses. ¿Cuántas veces no hemos visto a las dos facciones políticas hablando de honradez y justicia? Y apenas pasan las elecciones, nos enteramos de que esos mismos que utilizaban esas bellas palabras en su boca, son señalados por corruptos, ventajosos y oportunistas. Da igual el color, las siglas y banderas. El problema no es la máquina, sino quien la maneja.

—Donde se debe trabajar es en la tasa impositiva. Los ricos pagan muy poco y tienen toda una ingeniería financiera para pagar cada vez menos, y los obreros no tienen forma de salvarse, sus impuestos se pagan mes a mes y sin descuento alguno —dijo Rata.

—Mientras los bancos tengan de empelados a los diputados y senadores, lo veo imposible —dijo Costa.

—Se debería destruir todo el sistema actual, está comprobado que es inservible —dijo Rata—, deberíamos formar esa sociedad secreta, como de la qua hablan, y una noche ir a poner bombas a la casa de todos los putos burgueses.

IX

El siguiente fin de semana acordaron verse en La Resistencia para tomar algunas cervezas, cuando llegaron al bar vieron a Rata acompañado de Gonzalo. Cuando Rata vio entrar a José, Costa y Marta, levantó la mano y les hizo señas. Ellos se sentaron en la misma mesa.

—Chicos, les presento formalmente a Gonzalo, aunque tú ya lo conocías,

Costa, nunca te habías sentado con él a charlar. Marta, él es el profesor que una vez te conté que había pertenecido a las fuerzas juveniles del PSD antes de que se rompiera el partido —dijo Rata mientras un camarero tomaba la orden.

—¿Por qué te separaste de las fuerzas juveniles del PSD? —preguntó Costa.

—Porque los dirigentes del PSD se prostituyeron muy rápido y yo no estaba dispuesto a apoyar tal hipocresía, muchos de los problemas del México moderno son culpa de ellos, y aunque el México de hoy es muy distinto al de hace cuarenta años, pues ha habido muchos cambios políticos, yo veo el mismo problema de fondo, que es la pérdida de nuestra cultura. Starbucks por todos lados, Nike y Adidas por cada esquina. Gringadas por todos lados. Solo son residuos del porfiriato. El sector político no quiere aceptarlo y lo justifica con la palabra progreso —dijo Gonzalo mientras pedía otra cerveza al camarero y, en un momento de nostalgia, comenzó a recordar episodios de su pasado—. En ese tiempo, mis amigos y yo solo buscábamos conseguir un modelo de sociedad más justo para México.

—¿Tus amigos también rompieron con el partido?

—Sí, ahora ya todos están jubilados, ya la política les da lo mismo; ahora están más ocupados con sus nietos.

—Tú y tus amigos, ¿cómo se conocieron? —preguntó Marta.

—Nos reuníamos para hablar de economía, historia, política y filosofía en un bar, yo en ese tiempo tenía veinte años. Uno de nuestros amigos era militante de las fuerzas juveniles del PSD y nos invitó a militar en el partido, los que entramos pensamos que dentro encontraríamos una izquierda real, no una izquierda pintada de derecha; sin embargo, pronto nos dimos cuenta que al interior del partido no íbamos a encontrar lo que buscábamos, así que, sin renunciar al partido, nos dimos a la tarea de crear un espacio político clandestino que se alejara del PSD y que, aunque no nos definía, podíamos vernos beneficiados de su maquinaria interna, ya que era el partido que estaba en ese tiempo en el poder. Luego, cuando representantes de México se reunieron con sus pares de los Estados Unidos y se consolidó la alianza que derivó en políticas proempresariales y de una gran industrialización, que parecía que querían erradicar todo signo de indigenismo, y desde el gobierno incitar un genocidio cultural, eliminando las lenguas indígenas y el folklore, fue que decidimos actuar. Me acuerdo que algunos militantes del PSD no estuvieron de acuerdo con esas políticas y hasta a la cárcel los metieron; los otros, los más borregos y lamebotas, hasta llegaron a ser secretarios de estado, en fin, ya decía Efraín Huerta en su Desconcierto:

A mis

viejos maestros
de marxismo
no los puedo entender;
unos están
en la cárcel
otros están
en el poder.

Pero a pesar del miedo y el riesgo que corríamos reuniéndonos en silencio y sin que el PSD se enterara, decimos formar un dique político de contención, poco a poco fuimos tejiendo contactos con otros grupos que tampoco estaban de acuerdo con el sistema de ese tiempo. Semana a semana nos reuníamos en una cafetería, formamos un grupo de estudio y formación política. Todos estudiábamos en el la UAM, fuimos la primera generación de la universidad; en los grupos, también algunos de los profesores habían participado en los movimientos de 1968 y querían formar parte de lo que hacíamos entonces.

—¿Ahora qué edad tienes? —preguntó Costa.

—Casi cincuenta.

—Además de la mala gestión de las políticas públicas, otro motivo de la creación de este grupo era la insatisfacción que teníamos a lo que el PSD nos ofrecía en el terreno teórico y práctico, el PSD se había vuelto viejo y obsoleto ante las necesidades de ese tiempo. Estábamos totalmente en contra de la política pasiva de esos viejos políticos. Nosotros queríamos ir más allá de un grupo juvenil de tintes culturales, queríamos actuar, llegar a la praxis, entendiendo que, si no actuábamos de alguna manera, los orígenes mexicanos, es decir, nuestras raíces, estaban en peligro; por lo tanto, necesitábamos crear un bloque de resistencia hacia los yanquis.

En ese momento llegó un camarero con una nueva ronda de cervezas que había pedido Costa para todos.

—Pues después de formar los grupos de estudio —dijo Gonzalo mientras bebía de su cerveza— publicamos una revista clandestina, más que una revista eran diez páginas engrapadas que comenzamos a mover entre nuestros amigos. La revista tenía una doble función: abordar temas históricos, políticos y filosóficos fundamentales para el país, y atraer nuevos simpatizantes que no estuvieran de acuerdo con las políticas del partido en el poder. Como el grupo de estudio se habían formado de manera clandestina para asegurar su continuidad, debíamos ser muy rigurosos para aceptar a algún nuevo miembro, así que se les investigaba hasta durante casi un año, al mismo tiempo que se le daba una serie de textos que debía leer y presentar una ponencia frente a los

miembros veteranos, antes de ser aceptado de manera formal. El presidente del PSD nunca sospechó que dentro de sus fuerzas juveniles se estaba formando otra agrupación más radical. Antes de separarnos del partido, un grupo de militantes le mandamos una carta al presidente del PSD increpando su pasividad ante la entrada de empresas estadounidenses al país. Como respuesta recibimos una amonestación y un discurso paternalista donde decía, palabras más, palabras menos, que las fuerzas juveniles solo representábamos un sector del partido, pero según los dirigentes, no teníamos ni la capacidad ni el intelecto suficientes para hacer crítica al interior del partido; se justificaba diciendo que éramos muy jóvenes, ya que el mayor de nosotros tenía veintiséis años. Ahí fue cuando decidimos mostrar nuestra fuerza, los viejos tenían las instituciones, pero nosotros teníamos nuestra juventud y el ímpetu requeridos para derrumbar una muralla a golpes si era necesario. Aquella vez fue… —Gonzalo guardó un momento silencio y volteó a ver a Marta.

—Puedes continuar, ella es de confianza —dijo Rata.

—La vez que el grupo secuestró al hijo del presidente del PSD, nosotros entendimos que cuando las palabras se acaban, solo queda la fuerza. Pudimos retener al hijo del presidente por varios días hasta que uno de los compañeros nos delató; otro compañero y yo no fuimos encarcelados, pues habíamos salido por víveres y cuando regresábamos a la guarida comenzamos a ver muchas patrullas. De inmediato pensamos lo peor y así fue: cuatro de los seis que habíamos planeado el secuestro, fueron encarcelados, pero el tema del secuestro se llevó con total clandestinidad por el partido y los medios de televisión, ya que el partido era como una monstruo de diez cabezas que tenía garras en todas las instituciones, evitando que se hiciera de dominio público y se mostrara un partido débil en sus entrañas. La dirección del PSD generó una polarización nunca antes vista, expulsó a los compañeros y mandó a elecciones internas de la dirigencia juvenil, de un día para otro; con un claro fraude tomaba el poder un sobrino del presidente. Esto generó un descontento y levantó el malestar, incluso de las fuerzas juveniles que estaban alineadas al partido. De pronto aparecieron pancartas y pintas a monumentos por toda la ciudad que ponían en evidencia al partido. A partir de esos sucesos, la nueva dirigencia juvenil pedía como condición para ser militante del PSD, cerrar filas para expulsar a los cómplices de los que el partido llamaba traidores, así como escribir una carta donde se negara cualquier participación en esos actos, con promesa de que, si se mentía, se podían hacer juicios políticos. A principios de 1976, ya liberados, pero siguiendo en la clandestinidad, entendimos que debíamos dar un golpe certero y pensamos que los primeros símbolos que debíamos hacer caer eran el clerical y el capital. Fue cuando se nos ocurrió

secuestrar al cura.

—Ven, se los dije —dijo José.

—Mucha gente lo asume, es un secreto a voces —dijo Gonzalo—, fue entonces que, si el gobierno no había entendido con el hijo del presidente y habían logrado callar a los medios, esa vez no fallaríamos. Así que, justificados en la celebración del primer decenio del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, hicimos el secuestro; semanas después, para nuestra sorpresa, en ese momento el PVN ganó las elecciones en la ciudad y después de ubicar quiénes habían sido los autores materiales, los capturaron. Pensábamos que los iban a matar, pero para sorpresa nuestra, uno de los dos fue liberado para que nos diera un mensaje, mientras que el otro fue secuestrado casi hasta llevarlo a la muerte. El mensaje era claro: o accedíamos a diluir públicamente el grupo político y detener las manifestaciones y pintas en la ciudad, o prometían lanzar toda la fuerza del Estado sobre nosotros y nuestras familias mientras el PVN estuviera en el poder. Ellos temían que nuestras confrontaciones directas pudieran exacerbar a la sociedad, entonces debíamos acceder a deslegitimar al grupo públicamente frente a una cámara de televisión y a cambio ellos nos darían puestos académicos; incluso se habló de un escaño en la Cámara de Diputados. Ahí entendimos aquello de que todos tienen su precio. Al principio no nos poníamos de acuerdo. De los seis que habíamos participado, el que tenían secuestrado, el liberado y dos de los actores intelectuales, aceptaron de inmediato, nos estaban ofreciendo las perlas de la virgen; otro de los compañeros y yo tardamos más en aceptar, hasta que horas después nos llegó el ultimátum: dos horas y la promesa de que no tendríamos ningún registro delictivo. O aceptábamos, o iban a comenzar a buscar a nuestras familias, ahí fue donde ya no pudimos hacer nada, nuestros tres compañeros nos confrontaron y nos dijeron que, si no aceptábamos, ellos mismos nos iban a entregar y nos dejarían a nuestra suerte. Una hora después entregábamos una carta a la televisión pública y deslegitimábamos el movimiento.

—¿Te arrepientes? —preguntó Rata.

—Desde el primer segundo, pero no podíamos hacer nada cuando hasta nuestros compañeros nos traicionaron —dijo Gonzalo dando un gran sorbo a su cerveza.

—¿Por qué ya no hay grupos como esos en la actualidad? —preguntó Marta.

—Porque los tiempos y sus generaciones han cambiado, cada día los jóvenes son más delicados, se involucran menos en política, no quieren luchar por nada, son frágiles, se han vuelto casi de cristal. Pero creo que siempre queda una esperanzana de que alguien retome esos pensamientos, un valiente que se

quiera convertir en leyenda.

X

Costa y José cruzaron una angosta calle, pasaron entre bares, fruterías y tiendas de abarrotes que brotaban por todos lados; al final de esa calle se abría una plaza que daba la bienvenida a un bloque de edificios de interés social que fueron construidos en la década de los setenta y que albergaba más de trescientas familias distribuidas en siete edificios. Después de entrar a uno de ellos, subieron las escaleras que los llevó hasta un tercer piso. Costa tocó la puerta, dentro se escuchó que apagaron una aspiradora y el lejano, pero creciente, sonido de unas sandalias de plástico; de la puerta salió una anciana.

—Buenas tardes, señora Margarita.

—Buenos tardes, hijos ¿A cuál de mis dos nietos vienen a buscar? —preguntó la anciana mientras metía la mano del lado izquierdo en el cuello de su bata, y buscó el tirante de su brasier, que se le había deslizado del hombro

—A Marco —dijo Costa.

—¡Marcoooo! Pasen, pasen, tú te me haces conocido —dijo Margarita observando a José— ¿no eres hijo del gallego?

—No, él es mi abuelo.

—Ah, pues mira, tu abuelo me vendió esta sala —dijo Margarita señalando unos viejos sillones—. Siempre vendía productos de calidad, fíjate que hace tiempo que no lo veo por La Compostelana.

—Es que ya no está en México.

—Bueno, si lo ves, me lo saludas, le dices que le manda un saludo Margarita, la profesora de Español, seguro se acuerda de mí. Me acuerdo que era tan guapo, que de no ser porque estaba casado con tu abuela, yo le hubiera propuesto matrimonio.

—Sí, cuando lo vea, yo le digo —dijo José sonriendo—. Gracias por preguntar.

—Mejor pasen, pasen, Mateo está en su habitación, es la primera a la izquierda

—dijo Margarita mientras franqueaba la entrada de su casa.

Los chicos comenzaron a caminar por el estrecho pasillo que conectaba las puertas de las habitaciones de ese minúsculo piso que compartían Rata, su hermana y su abuela; mientras cruzaban el angosto pasillo, pudieron escuchar los últimos acordes de She´s lost the Control, de Joy División, que venía de la puerta derecha. Cuando se encontraron frente a la puerta de Rata, Costa tocó

en repetidas ocasiones, pero no recibió respuesta. A lo lejos, la madre de Rata dijo: «abre, seguro no te escucha». Costa tomó la perilla de la puerta y la giró. Dentro pudo ver, en medio de una gran masa de humo de cigarro, a Rata que se encontraba sentado en un pequeño sofá, tenía el torso desnudo y observaba la televisión. Costa y José observaron que por toda la habitación había libros y cuadernos tirados, así como platos sucios cerca de la cama.

—Hola, Rata, ¿cómo estás? —dijo Costa mientras chocaba la palma de su mano con él. —He traído a José.

—Pasen, pasen, estoy bien, solo con una cruda horrible, ayer salí con los chicos y llegué muy tarde. Estoy viendo *El cielo sobre Berlín,* de Wenders, ¿la quieren ver? —dijo Rata mientras se rascaba uno de los hombros.

—No. Preferimos salir a dar una vuelta —dijo Costa.

—Hace como una hora me llamó Laura.

—Laura, ¿la amiga de Grecia? —dijo José, que observaba los libros que Rata tenía en un anaquel junto a su cama.

—O novia, aún no me queda muy claro. Me preguntó si veíamos una película en su casa, creo que le gusto. Si quieren vamos, cuando me llamó, le dije que no, pues la cruda me estaba matando; pero si vienen ustedes, puedo hacer un esfuerzo.

—Sí, llámale, pero antes te quiero preguntar, si sabes, si en el casino están contratando personal —dijo José mientras se sentaba en la cama de Rata y se quedaba observando un cuadro de Fidel Castro que colgaba de la pared.

—¿Quién está buscando trabajo?

—Yo.

—¿¡Tú!? ¿Y eso? ¿Tu papá te corrió?

—Sí, larga historia, pero sí.

—Costa, ¿tú ya preguntaste en el bar donde trabajas?

—Sí, pero ahora no están contratando, por eso le dije a José que te preguntara, en el casino siempre están buscando gente.

—Pues de mesero seguro te contratan. Siempre se necesitan manos. En el Parque Industrial ahora no contratan a nadie, las cosas ahí siguen calientes, nos estamos pensando poner en huelga contra el pendejo de Almeida.

—¿Quién es Almeida? —preguntó Costa.

—El hijo del dueño del corredor industrial y el gerente actual, también está metido en la política, está en el PVN —dijo Rata.

—¿La paga de camarero es buena? —preguntó José.

—Regular, pero las propinas son muy buenas —dijo Costa.

—¿Podrías preguntar a tu jefe? —preguntó José.

—Sí, cuenta con ello, ahora que voy a llamarle a Laura, aprovecho y le

llamó a mi jefe, a ver si necesita gente —dijo Rata mientras se levantaba de su sofá y salía de la habitación para llamar por teléfono.

—¿Laura sigue viviendo con su hermana? —preguntó José mientras hojeaba un tomo del *Capital*.

—No, ahora vive sola, su hermana se regresó a vivir al pueblo con sus padres. La madre se enfermó hace unas semanas y ahora Laura está estudiando la oposición para profesora.

Minutos después regresó Rata a la habitación.

—Listo, ya está, también están Grecia y Marta en casa de Laura —dijo Rata mientras se dirigía descalzo hacia una silla de donde cogió una camiseta de los Rolling Stones, se la acercó a la cara, la olió, y se la puso—. Hablé con mi jefe, dice que ahora mismo no está contratando, pero que puedes cubrirme cuando yo no acuda a trabajar; yo lo veo bien, así te van conociendo.

—No te lo pienses, José —dijo Costa.

—Sí, cuando lo veas dile que cuente conmigo.

Rata se puso unos tenis y abrió la puerta de su habitación, los tres chicos salieron; de camino a la puerta que daba a la calle, Rata entró a la cocina, se escuchó que abrió y cerró la nevera, después volvió a la sala donde José y Costa lo esperaban junto a la puerta. Ahí, Rata cogió una lata de galletas, que era donde su abuela guardaba el dinero de su pensión, la abrió, metió una de sus manos, sacó algunos billetes y los guardó en la bolsa de sus jeans. En ese momento la hermana de Rata salió de su habitación, ella se llamaba Mar, tenía veintisiete años y era diseñadora gráfica; iba vestida en ropa interior con una camiseta blanca que le transparentaba los pezones, tenía el cabello desalineado como si no lo hubiera peinado en semanas; llevaba un plato con restos de comida entre las manos.

—Mateo, no sabía que tenías amigos tan guapos —dijo Mariana.

—Deja en paz a mis amigos, zorra —dijo Rata mientras descolgaba una chaqueta del perchero. José y Costa solo levantaron la mano y la agitaron en señal de saludo.

—¿Cómo se llama el de la camiseta de Jackson Pollock?

—Me llamo José —dijo este mientras observaba hipnótico los pezones de la hermana de Rata.

—Yo me llamo Mar.

Desde la cocina, Margarita gritaba: «Mateo, no le hables así a tu hermana».

En ese momento Rata abrió la puerta de su casa y encendió un cigarro debajo del marco de la puerta. Costa salió detrás de Rata y José se quedó viendo a Mar.

—Ven, quédate conmigo, ¿no te gustaría nadar en mi mar?, seguro con

Mateo vas a pasar frío. Aquí vas a estar mejor, mi agua está calientita —dijo Mar mientras señalaba su habitación y jugaba con su lengua en la boca, deformando una de sus mejillas para que pareciera una felación.

—José, vámonos —dijo Rata mientras, avergonzado, volteaba la mirada al techo.

—Me tengo que ir, adiós, hasta luego —dijo José riendo nervioso.

—Ven, despídete —dijo Mar mientras se volteaba a ver los pezones para después mandarle un beso.

En ese momento los chicos salieron de la casa, lo último que alcanzaron a escuchar fue gritar a la anciana: «No olviden el paraguas, va a llover». En la calle se dirigieron hacia una avenida principal, ahí detuvieron un taxi, subieron y le dieron indicaciones para llegar a casa de Laura. Rata sacó una cerveza de su chaquetay le dio un gran trago, después les pasó la lata a José y Costa, ellos también le dieron un gran trago. En el trayecto había un choque de un tráiler y un auto. La policía daba indicaciones de disminuir la velocidad a los autos, al disminuir la velocidad, el taxi permitió que los muchachos alcanzaran a observar la parte delantera de un sedán que había quedado debajo del tráiler. Lo único que había quedado intacto era la cajuela del auto. En el suelo se podía observar la siluetade dos cuerpos cubiertos con una manta.

—Seguro era una familia, mira la manta pequeña, tiene el tamaño de un niño —dijo Rata.

—Vaya mierda, ¿quién habrá tenido la culpa? —dijo Costa mientras bajaba el vidrio de su ventana.

—Seguro el tráiler —interrumpió el chofer—. Manejan muy a lo loco. —Acomodó el retrovisor para ver a Costa y Rata que venían en la parte trasera.

—Yo creo que el del Sedán se le pegó mucho al tráiler y el chofer del tráiler no lo vio —dijo Rata.

En ese momento, la calle se acababa, unos cordones amarillos y conos anaranjados impedían el paso de los autos, el chofer dobló a la derecha con la intención de buscar una calle paralela a la avenida principal donde había sido el accidente y se internó entre pequeñas calles que desembocaban en una calle alterna, muy cerca de donde se encontraba el cementerio municipal. Cuando José se dio cuenta de que estaba frente al cementerio, recordó a Concepción y agachó la cabeza, desde el entierro de su abuela no habían vuelto a pasar por ese camino. Lo evitaban a toda costa. Calles antes de volver a entrar a la avenida principal, Rata le dio indicaciones al chofer de detenerse frente a una tienda de abarrotes, donde bajó del auto.

—Voy por más cerveza, ¿quieren algo?

—Sí, compra un paquete de cigarros.

Sin bajarse, Costa estiró el brazo y le entregó un billete a Rata, quien minutos después volvió a entrar con tres paquetes de cervezas y le entregó los cigarros a Costa. El chofer preguntó si podía arrancar. Rata asintió con la cabeza. Cuadras más adelante el chofer se detuvo frente a un edificio que tenía una gran jacaranda, Costa sacó dinero del bolsillo y, observando el taxímetro, pagó al chofer. Estando frente al edificio, José observó los timbres, ninguno tenía nombres.

1 D / 2D

1 C / 2C

1 B / 2B

1 A / 2A

Rata presionó el botón del 2 D, de las entrañas de la pequeña máquina se escuchó la aguda voz de Laura, quien abrió de inmediato. Los chicos entraron y subieron por la escalera de caracol, al llegar al cuarto piso la puerta ya estaba entreabierta. Cuando entraron, escucharon la voz de Laura: «cierren la puerta, estamos en la habitación». Al entrar ahí José pudo ver en una de las paredes un póster de Simone de Beauvoir, en otra, uno de Janis Joplin y, en un mueble, fotografías de los padres de Laura; en otras fotos ella estaba más joven, junto a su hermana y sus padres. Por toda la habitación había ceniceros con cigarros a medio consumir y colillas apagadas. En la alfombra se veían infinidad de marcas negras provocadas por quemadas de cigarro. Laura y Grecia se encontraban sentadas en un sofá frente a la televisión en el canal de MTV, en la pantalla se veía el video de *Basket Case,* de Green Day. En medio de las chicas, un joven labrador color miel jugaba trepándose sobre sus cuerpos. Al ver a sus amigos, Laura se levantó del suelo y corrió con los brazos extendidos a abrazar a Rata. Grecia sólo sonreía desde el sofá y acariciaba al perro. José se dirigió hacia el sofá, dio un ligero beso en la boca a Marta y se sentó muy cerca de ella, en el suelo. El cachorro corrió en dirección de los visitantes, comenzó a olfatearlos y rodearlos, recargándose sobre sus patas traseras se levantó y quedó a la altura del pecho de Costa, quien lo acarició en la cabeza. Minutos después, el perro descendió y se escabulló hacia Rata, se metió entre sus piernas, al tiempo que Rata se puso en cuclillas y comenzó a acariciar al perro.

—¡Luna, cálmate! ¡Quieta! Deja pasar a estos adorables caballeros —murmuró entre risas Laura mientras gritaba de nuevo el nombre de su mascota y comenzó a aplaudir— vamos, vamos para afuera —dijo señalando con su dedo índice un diminuto patio trasero del piso, finalmente, la perra se

escabulló hacia el otro extremo de la casa.

—Rata, ¿qué tal? —dijo Laura.

—Nada, al final me animé a venir, pues Costa y José se pasaron por casa —dijo Rata mientras se dirigía al sofá, se sentaba y depositaba la bolsa con cervezas en una mesa frente al televisor. Todos se sentaron alrededor de las cervezas.

—Hace tiempo que no nos vemos, ¿qué te has hecho, José? —preguntó Grecia.

—Pues lo más relevante es que ya no trabajo con mi papá, eso me ha ocasionado tener la cabeza en otro lado, antes siempre tenía que estar en la mueblería y nunca tenía tiempo de escribir, ahora que tengo tiempo, estoy distraído y no me apetece escribir. Estoy en blanco —dijo José mientras sacaba la cajetilla de cigarros de su bolsillo—. Llevo semanas sin leer, mucho menos escribir, ¿así qué sentido tiene la vida?

—Cuando vendamos la revista vamos a hacer dinero y vamos a poder vivir de eso, ya lo verán. —Costa dijo desde el sofá.

—Yo seré su manager —dijo Marta desde el sofá.

—¿Y tú, Grecia? —preguntó José.

—Pues estoy estudiando para los exámenes de profesor, igual que Laura —dijo mientras sacaba de una pequeña bolsa tabaco negro y lo depositaba en un papel—. También me he dado tiempo para escribir unos poemas. Quedarán perfectos en la revista, ya le pregunté a Rata si los quería ilustrar y me dijo que sí. ¿Verdad que sí, Ratita? —dijo mientras le apretaba una mejilla con su mano y él alejaba se apartaba de su amiga.

—Van a quedar increíbles, estoy seguro de que los diseños de Rata están geniales —dijo Costa.

—Pero necesitamos dinero para publicar la revista. Mientras no tengamos dinero, no vamos a poder publicarla, recuerden lo que pasó con la otra revista, al final nos terminamos enojando con los otros chicos —dijo Rata.

—Bueno, ya veremos cómo le hacemos, por ahora, bebamos —dijo Grecia.

—¿Quieren escuchar uno de mis poemas? —preguntó Laura mientras encendía su cigarro.

—Sí. —Marta contestó efusiva mientras aplaudía.

Laura se dirigió a la cocina y regresó con unas hojas, abrió una cerveza, dio un fuerte trago, y comenzó a recitar un poema.

Me doy cuenta que en este punto de mi existencia prefiero vivir oscilando en un presente de lunasol como el del animal

Donde el recuerdo y la esperanza se expanden y contraen alrededor de mí

como el vientre de la yegua sagrada.

Cara al Aquelarre, iridiscentes mis pupilas se dilatan.

Mil caballos salvajes galopan en mi corazón.

Me convierto en un jaguar liberándome de todo.

Desbocada corro por el mundo más allá de sus fronteras
Nado contra la corriente
Busco la tensión del suceso
Giro en redondo adivinando mi siguiente movimiento
Mis mandíbulas buscan a su presa

Cazo de imprevisto.

Saciada en la piel de la bestia aprendo su lenguaje.

El Lenguaje.

Me agazapo y salto

Caigo al vacío.

Desplomada creo belleza de la nada.

Pinto murales en los océanos como el cachalote.

Elevo catedrales en las montañas como la araña.

Compongo partituras en las bahías como la cigarra.

Esculpo laberintos en las selvas como la termita.

Escribo versos en los cielos como el quetzal.

Cuando Laura dejó de leer en voz alta, todos le dijeron que les había encantado el poema, después Rata comenzó a cambiar los canales de la televisión, se detuvo cuando vio en la pantalla las imágenes de un mitin político.

—Estos cabrones ya van a empezar con sus chingaderas de campaña —dijo Marta, mientas encendía un cigarro.

—Pero si tu papá es amigo de todos esos putos conservadores. José y yo vimos en tu casa fotos de tu papá junto a ese gordo que está en la televisión —dijo Costa mientras subía el volumen de la televisión y señalaba a un hombre

que estaba junto a un grupo de personas, detrás del candidato, como escoltándolo.

—Mi papá, pero yo no.

En ese momento la imagen de la televisión cambió y se vio a un periodista sentado en un escritorio mirando de frente a la cámara.

> Buenas noches, desde foro Capital. Querido televidente, arrancamos con las precampañas para gobernador de la ciudad. —El panelista, señalando la cámara, preguntó—¿usted ya sabe por quién va a votar?

—En la mañana yo vi que hoy habría un mitin político del PVN en la plaza que está a unas calles de aquí, deberíamos ir a boicotearlo —dijo Rata, al tiempo que bajaba el volumen de la televisión y levantaba el puño izquierdo. Todos rieron con aquellas palabras.

—¿Qué propones? —Aún riéndose, Costa preguntó.

—Vamos al evento y enfrentamos al candidato cuando las cámaras estén enfocándolo, la forma más moderna de confrontación a los poderes es de manera directa; si ese partido gana, solo traerá a la ciudad más empresas, que originarán desastres ambientales, contaminación y especulación de los precios de los alquileres.

—¿Y después de que lo enfrentemos, quieres que Grecia toque en su banjo las notas de la Internacional? —dijo Laura mientras se reía sentada en el sofá. Todos continuaron riendo.

—¿Y por qué no? —dijo Rata mientras daba un gran sorbo de cerveza.

—Rata, ¿estás hablando en serio? —preguntó Laura.

—Sí, caray, que sí. Me caga ese partido.

Todos se voltearon a ver, por unos segundos hubo un silencio.

—Yo me apunto. Necesito algo de diversión. —José rompió el silencio.

—Yo también —dijo Costa.

—A la mierda, ¿qué podría pasar? —dijo Grecia mientras se levantaba del sofá y se asomaba a la ventana—, podemos lanzarle algunos huevos al cuerpo y luego corremos. —Después de escuchar a Grecia, Laura levantó su puño izquierdo en signo de aceptación. Marta se quedó pensativa por unos segundos.

—Marta, si no quieres, no vengas, te puedes meter en problemas con tu papá.—dijo José— tu papá puede estar ahí.

—Qué va, si voy, mi papá no va a estar en el evento, lo vi en su agenda esta mañana, él tiene que cubrir otro evento en la ciudad. El que seguro sí va a estar es el papá de Emilio, pero me puedo poner unos lentes de sol y una de las pelucas de Laura —dijo Marta—; de esa manera nadie me va a reconocer.

—Marta, ¿de verdad te animas a venir? —dijo Laura mientras tiraba una colilla en un cenicero.

—Sí, vamos, dejen de preguntarme, que me voy a desanimar. Bueno, a ver, Rata, ¿qué propones?

Rata se quedó mudo por un momento y se rascó la cabeza. Pensó que algunas revoluciones se deben improvisar.

—Pues sin más, vamos y le gritamos que son unos putos delincuentes y que no representan la voz del pueblo, hoy es su evento de apertura, todos los medios van a estar presentes. Con que le gritemos algunas cosas será suficiente para que salga en los periódicos.

—Creo que nos estamos precipitando, deberíamos planearlo mejor —dijo Laura, mientras encendía un cigarro.

—Yo creo que es más sencillo de lo que estamos pensando —dijo Marta mientras daba un trago a su cerveza—. Normalmente en este tipo de eventos no hay tanta seguridad, así que simplemente vamos y cuando el papá de Emilio esté dando su discurso, nos colamos entre la gente, después de él siempre van los discursos de los precandidatos, así que cuando estemos lo más cerca posible de ellos, les gritamos sus verdades y les lanzamos los huevos que dijo Grecia.

—Marta, solo tú conoces al papá de Emilio —dijo Costa.

—Yo les avisaré cuando sea el momento —dijo Marta.

—Yo insisto que nos estamos precipitando. —Volvió a decir Laura.

—Hace un minuto levantabas el brazo, ¿y ahora nos dices que nos estamos precipitando? —dijo Grecia.

—En fin, ¿vamos o no? —dijo Marta mientras abría otra lata de cerveza.

—Sí, vamos, ¿y si lo de los huevos no nos sale bien? ¿Qué hacemos?

—preguntó Laura.

—Correr y correr, si algo sale mal, nos separamos en la plaza como si no nos conociéramos y nos vemos más tarde de nuevo aquí —dijo Rata.

—¿Y no creen que si llegamos con estas pintas pueden sospechar algo? —dijo Laura mientras observaba la camiseta de los Ramones que vestía Grecia.

—Sí, tienes razón, pero, ¿qué hacemos? —dijo Grecia mientras se levantaba del sofá.

—Aquí tengo ropa de mi papá de cuando él vivía aquí, todos nos podemos vestir de camisas y corbatas; nosotras, para cubrir el cabello, nos podemos poner alguna de mis gorras de sol.

—Buena idea, así pasaremos desapercibidos —dijo Costa. En ese momento Laura se levantó del sofá y se dirigió hacia su habitación.

—Necesitamos música para este momento —dijo Grecia. Todos rieron, ella puso a David Bowie. José abrió otra cerveza y comenzó a pegar con su pie en la

mesa al ritmo de la música.

—¡Vengan, chicos! —gritó Laura desde su habitación. Todos acudieron al llamado. Cuando entraron pudieron ver sobre la cama algunas camisas, corbatas y pantalones. De inmediato todos se acercaron y escogieron lo que creían que estaba a su medida. Después, uno a uno se fue viendo en el espejo.

—¿Y si nos arrestan? —preguntó Laura.

—¿Qué nos pueden hacer? Yo no tengo que perder nada. Mis trabajos no son estables, no tengo casa y seguramente no tendré jubilación. Así que a mí me da igual —dijo Rata.

—No te preocupes, nosotras tampoco tenemos nada. Estamos apostando todo en el examen de profesor —dijo Grecia.

—Dicen que le temas a quien no tiene nada que perder —dijo Rata. Todos rieron al unísono.

—José y yo estamos igual que Rata, en la misma situación. Marta es la que más pierde —dijo Costa.

—Marta, si no quieres venir, no vengas. No te arriesgues si no quieres —dijo José.

—¡Qué va!, sí voy —dijo Marta mientras se probaba frente al espejo una peluca y unas gafas de sol.

Cuando todos estuvieron listos, se observaron en el espejo. Todos rieron.

—Parecemos la portada de Reservoir Dogs —dijo Costa.

—Reservoir Dogs a la Drag Queen —dijo Grecia. Todos rieron.

Cuando iban saliendo de la casa de Grecia, ella tomó de su refrigerador un paquete de huevos y los guardó en una mochila que llevaba al hombro. En ese momento, todos salieron de la casa y comenzaron a caminar por una calle que los llevaría a la plaza donde estaba el mitin.

—Marta, ya dinos la verdad, ¿estás afiliada a las fuerzas juveniles del PVN? —dijo Rata mientras reía y volteaba a ver a sus amigos.

—Que no, ¿tú crees que si estuviera afiliada estaría aquí con ustedes? —dijo Marta mientras volteaba la mitad de su cuerpo y miraba directamente la cara a Rata.

—Pero no te enojes, Marta, sería lo más normal —dijo Laura—; casi todos los hijos de políticos o funcionarios públicos terminan en los partidos donde sus papás militan.

—Ya lo sé, Lau, pero yo no creo en la política. Yo no creo en nada de eso.

—Todo es político —dijo Rata.

—¿Todo? —preguntó Laura.

—Sí, ¡todo! —dijo Rata.

—Todo, ¿incluso el sexo? —preguntó Laura.

—Sí, el sexo es política en su máxima expresión —dijo Rata levantando la voz.

—O dime tú, ¿conoces una expresión tan grande que represente la negociación entre seres humanos?

Después de pensar por un momento, Laura no contestó.

—En ese caso, Costa es todo un político.

—Siempre estoy en campaña —dijo Costa mientras reía.

—Pero Marta, debes tener alguna postura política, debemos luchar por un ideal político, tomar postura es algo natural para el ser humano —dijo Costa.

—¿Y si no? —dijo Marta mientras se veía en el espejo de un escaparate.

—Si no, habrás vivido tu vida para nada, la habrás tirado por un precipicio.

—El ser humano, debe dar su vida por algo. —Interrumpió José.

—Pues yo no —dijo Marta tajantemente.

—Entra al partido y así nos conectas —dijo Laura.

—Laura, ¿vale la pena perder la dignidad por un puesto en el ayuntamiento?

¿Tan poco vale tu dignidad? —preguntó Grecia.

—Bueno, un salario, es un salario. Además, a partir de la primera democracia ateniense, todo ha sido corrupción. Nunca ha existido la isonomía, así que, desde esa forma de ver, yo creo que la dignidad no se pierde por entrar a un partido si no crees en sus ideales y solo te aprovechas de su maquinaria. Seguro no soy ni la primera ni la última que lo piensa —dijo Laura.

Minutos más tarde llegaron a la explanada, una estatua de un héroe nacional les dio la bienvenida. Rata dio un último trago a su cerveza, eructó y tiró la lata. Grecia se agachó a amarrarse los cordones de los zapatos. Al centro de la plaza había un proscenio y alrededor un gran movimiento de personas, multitud de banderas de colores azul y blanco —el color oficial del PVN—, eran entregadas por miembros del partido a los militantes. José y sus amigos se dirigieron a la explanada, se quedaron todos juntos a cierta distancia desde donde podían observar más cerca el escenario, había unas filas de sillas y un podio al centro donde el presidente del partido daría su discurso; detrás había una mampara donde había una lona con los logotipos del PVN. Frente al podio había una gran multitud de personas que conversaban entre ellas mientras esperaban a que comenzara el evento; del otro extremo del podio había algunas cámaras de televisión y, alrededor de ellas, periodistas. En ese momento comenzó a subir por un extremo del podio una gran comitiva de personas, entre ellas estaba Bustamante, el padre de Emilio. Un maestro de ceremonias les dio la bienvenida, e iba nombrando uno a uno de los políticos en orden de importancia. A cada nombre, los aplausos y gritos de los militantes eran más fuertes y candentes. Uno a uno, los representantes del partido fueron

acercándose al estrado y dieron un discurso donde invitaban a los militantes a unir fuerzas al interior del partido para poder ganar las elecciones contra los partidos de izquierda.

—Ahora solo esperamos a que el papá de Emilio este hablando y en ese momento nos metemos entre la gente, llegamos hasta el podio y ahí le tiramos los huevos —dijo Rata.

—Y después a correr —dijo Laura.

—De aquí al podio no debemos separarnos mucho —dijo Rata.

—¿Y qué pasa si alguno al final se arrepiente? —preguntó Laura.

—Pues se separa del grupo y nos vemos, como habíamos dicho, en la casa de Laura —dijo Costa observando a Laura como si supera que iba a ser la primera en retirarse.

Después de que el secretario de organización del PVN diera por terminado su discurso, se dirigió a su silla; en ese momento Bustamante se levantó de su asiento y dio unos pasos adelante, quedando al centro del estrado.

—Es él —dijo Marta.

—Vamos —dijo Rata.

Frente a Bustamante brillaban los flashes y las luces de las cámaras de los periodistas que lo cegaban, impidiendo que alcanzara a ver a la cara de la gente que se encontraba más allá de las primeras filas. A lo lejos sólo veía una enorme cantidad de siluetas de personas mientras dirigía su mirada a las cámaras.

—Queridos compañeros de partido, sin miedo a nadie, sin pedir perdón, y con todo el orgullo, decimos aquí: el Partido de los Valores Unidos está más vivo que nunca. —Los aplausos de los simpatizantes del PVN no se hicieron esperar—. Tengo nostalgia al recordar que hace poco éramos una minoría y ahora estamos muy alto en las encuestas. Hoy estamos aquí para… —dijo Bustamante imprimiendo fuerza en su voz— …darles las gracias por su apoyo cuando éramos una pequeña fuerza. Hoy las encuestas nos ponen como la segunda fuerza en el escenario político. Sin ustedes nos somos, ni seríamos nada.

Un aplauso generalizado detuvo el discurso mientras la gran masa de gente se ponía de pie y levantaba el puño derecho al aire, al tiempo que se escuchaba un grito resonante: ¡Arriba PVN! ¡Arriba PVN! ¡Arriba PVN! Alguien, en las primeras filas, casi al frente, gritó exaltado al candidato: ¡futuro presidente!, al tiempo que Bustamante volteó a ver a los tres precandidatos. Todos sus compañeros de partido celebraron aquel grito y aplaudieron. El candidato agradeció levantando las manos al cielo. Los aplausos disminuyeron.

—Hoy estamos aquí celebrando la dignidad de Escutia, estamos aquí para

representar a una mayoría patriótica, que se siente identificada y llamada por nuestras ideas, valores y manera de querer a nuestra patria, que entiende que nosotros caminamos orgullosos llevando tatuados en la piel los colores de nuestra tierra. —Un aplauso atronador retumbó en la plaza—. Estamos a días de comenzar la campaña y ustedes, compañeros de partido, tienen la encomienda de convencer a más gente de nuestro amor por Escutia y sus ciudadanos. —Los aplausos y gritos de todos los manifestantes eran ensordecedores.

En ese momento, Rata había comenzado a caminar hacia el estrado, José y los demás caminaban detrás, muy cerca unos de los otros, y se volteaban a mirar en repetidas ocasiones. El sudor de la gente se sentía en la atmósfera. A pesar de la cantidad de personas que había en la plaza, ellos trataban de estar muy cerca unos de otros. Rata quedó pocos pasos adelante de sus amigos, sería el primero en cruzar la última línea antes de estar cerca del podio. Rata, al verse tan cerca de la primera línea de militantes, se sintió excitado, no pensaba en nada, excepto en dejar en ridículo a esos políticos. Al observar tan de cerca a Bustamante, sentía la sangre caliente y el corazón le iba a mil por hora, sudaba. A unos metros del podio, metió la mano en la bolsa de su chamarra, sintió la figura ovalada del huevo, lo tomó en su mano y jugó un momento con él. Intempestiva, una mano lo tomó del hombro y lo detuvo. Rata se paró en seco y el tiempo se le contuvo por unos segundos. Pensó: «mierda, nos han descubierto, pero, ¿cómo?». Rata giró su cuerpo y al voltear observó a un hombre enfundado en un traje azul que lo cogió en por el brazo. José y todos sus amigos se persiguieron con la mirada. Rata volteó a ver a sus amigos, ellos entendieron, y confundidos, de inmediato se dispersaron entre la gente.

—¿Mateo? —dijo el desconocido. Rata, desconcertado, trató de ubicar esa cara, su mente confundida viajaba a kilómetros por hora tratando de asociar esa cara a algún recuerdo, pero no encontró nada.

—Sí —contestó Rata, dubitativo.

—Soy Santiago, ¿no te acuerdas de mí?

Entonces asoció el nombre a un recuerdo, enfocó su mirada en la cara y esos rasgos le recordaron su niñez.

—Soy Santi, el hermano de Emilio, del colegio Villaflor. ¿No te acuerdas de mí? Qué coincidencia, justo hace unos días él me dijo que te había visto. ¿Ya te acordaste?

¿Emilio? ¿Emilio, el amigo de Marta? ¿El colegio Villaflor donde estuvo internado parte de su infancia? El cerebro de Rata iba a mil por hora, confundido, su cabeza no ponía las cosas en orden, hasta que, por fin, encontró un recuerdo. Hacía casi diez años que no se habían visto. Después de algunas

palabras, Rata comenzó a asociar recuerdos y pensó en las tardes en el orfanato cuando los padres de Emilio y Santiago llevaban comida cada fin de año.

—Sí, claro que te recuerdo, perdona, en un principio no te reconocí —dijo Rata.

—¡Qué gusto verte!, tantos años. ¿Eres militante del partido?, ¿nunca te he visto por aquí? —dijo Santiago.

—No, qué va. —Rata sintió sudor en la espalda—. Vine a escuchar las propuestas del partido, me gusta estar informado. Años sin vernos, hace unos días conocí a un Emilio, pero no pensé que fuera tu hermano, él no me dijo nada y tampoco lo reconocí.

—No sé por qué no te dijo nada, en la casa nos lo contó en cuanto llegó.

—¿Y Emilio está aquí?

—No, él está supervisando otro mitin político en otra zona de la ciudad. No sabía que seguías viviendo en Escutia.

—Sí y como veo que van las cosas, aquí me moriré. Tus papás, ¿cómo están?

—Pues mi papá bien, ahí lo ves —dijo señalando el podio—. Mi madre murió hace diez años.

—Lo lamento mucho.

—Ahora estamos bien, mi papá se volvió a casar después de que mi madre falleciera, ahora tengo una madrastra cinco años mayor que yo. —En ese momento un hombre se le acercó al oído a Emiliano y lo interrumpió.

—Lamento lo de tu madre.

—Gracias, pero ahora ya estamos bien, me dio gusto verte, cuando hable con Emilio le diré que te vi. Bueno, me tengo que ir. Mateo, espero tu apoyo para el Partido, mi papá te lo agradecerá.

—Lo pensaré. Nos hemos de ver pronto.

—Si necesitas algo, no dudes en venir al Partido, aquí te ayudaremos en lo que necesites —dijo Santiago mientras le estrechaba la mano a Mateo. En ese momento se escuchó un fuerte aplauso. Los demás políticos se levantaron de sus asientos y le aplaudían a su líder.

Rata de inmediato salió de la plaza y se dirigió a casa de Laura, de camino observó dos autos con logotipos del PVN, de su bolsillo sacó una navaja y rasgó las llantas de esos autos.

XI

Rata siguió tumbado en su cama, boca arriba, aún con las imágenes frescas de su sueño. Cerró los ojos y se tapó la cara con su brazo. Recordó una mañana

cuando él y su hermana vivían en el orfanato. Era su primer año de la escuela secundaria, eran las vísperas de la Navidad. A mitad del receso, cuatro chicos se acercaron a él y comenzaron a decirle: «tu madre murió de SIDA por andar de puta». Rata en un principio no respondió, pero el primer empujón que sintió lo devolvió con un golpe en la cara a uno de los chicos, que lo hizo caer al suelo. Los otros tres se lanzaron como animales hambrientos sobre Rata, comenzaron a golpearlo con los puños y a dar de patadas en el cuerpo. Un grupo rodeó la pelea; a pesar de las desigualdades en esa lucha, ninguno de los espectadores de aquella golpiza hizo nada por ayudar a Rata, en cambio, gritaban y aplaudían como locos, extasiados. Mientras Rata estaba en el suelo, se envolvía en su propio cuerpo como oniscídeo. Santiago fue el único que se metió a la trifulca para salvarlo. Los chicos, al ver a Santiago, se detuvieron más por miedo a sus padres, que por lo que él representaba como contrincante; minutos después llegó el director de la escuela a dispersar a los jóvenes espectadores mientras gritaba: «todos ustedes a mi oficina», señalando a los chicos que habían participado en la pelea.

—Tienes buen gancho —dijo Santiago mientras le daba una palmada en la espalda a Rata—. Me llamo Santiago, ¿y tú?

—Mateo.

—Como mi abuelo —dijo Santiago mientras se sacudía la ropa llena de polvo—. ¿Te gustan los cómics?

—Sí, a quién, ¿no? —dijo Mateo mientras se limpiaba la ropa.

—Tienes razón, a quien no le van a gustar. ¿Conocías al que se estaban madreando? —preguntó Santiago.

—No —dijo Mateo mientras se ponía saliva en una raspadura.

—Yo sí, desde la primaria, siempre hace lo mismo, le gusta fastidiar a los de nuevo ingreso. ¿Y sí es cierto que tu mamá se murió de SIDA?

—Sé que se murió, pero no sé por qué.

Rata era un niño que nadie sabía realmente de dónde venía, los rumores decían que era hijo del velador; otros, que sus padres lo habían abandonado y dejado fuera de una institución pública; otros más, que su madre era una prostituta y el Estado se había hecho cargo de él y su hermana desde que era muy pequeños. Lo único que se sabía con seguridad era que no conocía a su padre biológico y de su madre solo tenía ligeros recuerdos. Después de la reunión con el director de la escuela, Rata y Santiago se hicieron buenos amigos, les gustaba hablar de superhéroes y tarjetas coleccionables; pocas semanas pasaron después de la trifulca cuando Santiago invitó a Rata a comer a su casa, para Rata, esa invitación fue todo un suceso, pues prácticamente nunca salía del orfanato. Aquel día salieron de la escuela y se encaminaron hacia la

avenida principal, mientras caminaban hacia la parada del autobús, iban hablando de dibujos animados, superhéroes y bandas de rock. Cuando estaban por llegar a la parada, Rata dijo:

—La madre superiora me dio dinero para comprar los refrescos en tu casa, pero si quieres, bebemos agua y después te invito una bolsa de papas.

—No te preocupes, no creo que haga falta, mira ahí está —dijo Santiago, mientras señalaba una lujosa camioneta de la que bajo un chofer que le abrió la puerta trasera a Santiago.

—Pero, ¿no vamos a ir en camión? —dijo Rata mientras observaba la camioneta y miraba a Santiago.

—No, mano, tú no te preocupes, es el chofer de mi papá, súbete. —Al subir a la camioneta había un chico que aparentaba unos años menos que ellos, iba leyendo un libro.

—Emilio, mira, él es Mateo, es el que te conté que es bueno para los golpes y le gustan los cómics.

—Claro que lo conozco, es al que todo mundo se trae de bajada en la escuela —dijo Emilio emitiendo un tono burlón en su voz.

—Emi, no seas pesado —dijo Mateo.

—Ya sabía que era él, llevas toda la semana hablando con mis papás de que vendrían a casa —dijo Emilio mientras bajaba un poco la ventana de la camioneta y respiraba aire fresco; después sonrió un poco y continuó leyendo.

—Emi, ¿qué quieres ser de grande? —preguntó Rata para romper el hielo con el hermano de Santiago.

—Diputado como mi papá —contestó Emilio mientras continuaba leyendo y sin levantar la cabeza siquiera.

Emilio y Santiago estudiaban en el Villaflor, pues los padres sus padres eran accionistas de la escuela. Durante todo el trayecto, Emilio habló poco con ellos. Kilómetros adelante, Rata volteó por la ventanilla y pudo darse cuenta, por un espectacular, que se dirigían a la Cañada, él nunca había estado ahí, pero la madre superiora algunas veces contaba sus visitas a las casas de algunos feligreses y narraba los lujos con los que se vivía en esa zona de la ciudad. Cuando Rata se percató de que la camioneta bajaba la velocidad, pudo ver que entraban a un vecindario con enormes casas. Pensó que se parecían a las grandes mansiones de las películas que veía los domingos con las madres en el orfanato. Llegado cierto momento, la camioneta se detuvo frente a un gran portal, que se abrió después de que el chofer presionara un botón; cuando las puertas estaban abiertas de par en par, la camioneta cruzó y se detuvo. Sin perder tiempo Emilio bajó de la camioneta y corrió hacia la casa. Cuando Rata y Santiago entraron, fueron recibidos por una mesa larga con bandejas que

emitían olores nuevos y hermosos para Rata. Esa tarde para él fue casi mágica, pues nunca en su vida había visto tanta comida junta. El padre de Santiago llegó algunos minutos más tarde, e inmediatamente después de que se sentara en la mesa, se abrieron las bandejas, de ahí salieron langostinos y cigalas, manjares que Rata nunca había visto en su vida. Cuando preguntó cómo comerlos, Emilio soltó una sonora carcajada que sus padres reprimieron de inmediato. Después de comer, Santiago y Rata se dirigieron a una habitación donde pasaron toda la tarde divirtiéndose entre videojuegos, cómics y cartas coleccionables. Fueron amigos todo ese año, pero Rata nunca más fue invitado a comer a casa de su amigo.

La última vez que vio a esa familia fue en la siguiente víspera de Navidad. Como cada año, los padres de Santiago ofrecían una comida para profesores y administrativos del colegio, llevaban regalos para los niños del orfanato y después de la comida los entregaban. De esa actividad se encargaban Santiago y Emilio, ayudados por un asistente de la escuela mientras sus padres hacían una reunión con los padres de familia y autoridades escolares. La entrega de los regalos se daba en un aula donde todas las sillas formaban un semicírculo, frente a los niños estaban todas las cajas de regalos, cada uno era nombrado por el asistente y pasaba al centro, donde Santiago y Emiliano hacían entrega del presente. Cuando el nombraron a Rata, Emilio corrió a tomar la caja donde venía el regalo, lo tomó entre las dos manos y se acercó al centro del semicírculo donde Rata, con una sonrisa de oreja a oreja, ya esperaba de pie su presente. Emilio se acercó a Rata y le dio su regalo, este, lleno de ilusión y felicidad, abrió la caja y de ahí sacó unos calcetines. Para agradecer, se acercó a Emilio con la intención de darle un abrazo, pero Emilio levantó la mano y lo detuvo al mismo tiempo que de su bolsillo del pantalón sacó una caja más pequeña y dijo: «este es un regalo de mi parte». Rata, emocionado, abrió la pequeña caja, dentro de ella había una barra de jabón. Antes de que Emilio diera media vuelta y se dirigiera a su asiento, dijo: «para que te bañes, porque siempre apestas». Todos los chicos que se encontraban en el aula, al escuchar las palabras de Emilio, comenzaron a reír. Santiago se cubrió la cara de vergüenza, mientras que Rata no sabía dónde meterse.

A partir del siguiente curso volvió el acoso por parte de sus compañeros, a Rata, Santiago y Emilio ya no estaba en la escuela, pues ellos y su familia se habían cambiado de ciudad, su padre había recibido la comisión de posicionar al PVN en otra zona del país, así que, sin la ayuda de Santiago, Rata no tuvo escapatoria más que defenderse día a día de sus compañeros, quienes además de llamarle hijo de puta, después del regalo de Emilio, le comenzaron a llamar Rata Apestosa. Durante un año, Rata sufrió el ataque sistemático de sus

compañeros, hasta que el tercer año —cuando su abuela, ya jubilada, pudo hacerse cargo de sus dos nietos y ganó su custodia—, que era el último de la secundaria, se cambió de escuela y entró a donde estudiaban José y el Pirata. Con el tiempo, el apodo de Rata Apestosa, se terminó, pues con los años ganó estatura y comenzó a callar uno a uno a sus atacantes; sin embargo, algunos de sus amigos más cercanos siempre le llamaron Ratita, de cariño.

—¿Quién es? —preguntó Rata al escuchar que alguien tocaba la puerta de su habitación.

—Te llama por teléfono Costa —dijo Mar.

Minutos después salió Rata de su habitación con el pecho descubierto y cogió el teléfono.

—¿No te piensas levantar? Tenemos que ir a la reunión que nos invitó Gonzalo —dijo Costa.

—Ya casi salgo de casa, nos vemos en la fuente del centro y de ahí nos vamos juntos a la facultad. —Rata colgó de manera violenta el teléfono en el oído de Costa.

Minutos más tarde llegaron los tres chicos a la facultad y se dirigieron hasta la cafetería.

—Gonzalo, perdona por llegar tarde, fue mi culpa, Costa y José esperaron por mí, mira, ella es Grecia, la invitamos también a la reunión —dijo Rata mientras los tres se sentaban en una mesa donde había dos chicos y dos chicas más, que, aunque no se conocían formalmente, se habían visto en las instalaciones de la universidad.

—No se preocupen, en resumen, les estaba diciendo que les pedí venir a esta reunión, pues tengo la intención de publicar una revista y la vez que platicamos en La Resistencia me comentaron que tenían la intención de publicar una —dijo Gonzalo.

—Pero nuestra revista es literaria y filosófica. ¿Supongo que la tuya es solo de temas económicos? —dijo Costa.

—No, también se publicarán textos de otras áreas, por eso les he llamado a ustedes, ya que es difícil que en esta facultad se puedan encontrar perfiles como los suyos.

—¿Poemas? —preguntó Grecia.

—Sí —dijo Gonzalo.

—Nadie lee poemas —dijo uno de los chicos.

—Bueno, pues esa es la idea, que se vuelvan a leer, por eso vamos a tener una sección de poesía —contestó Gonzalo.

—¿Cuál será la función de cada uno de nosotros? —preguntó Rata.

—Por ahora solo me deben enviar los textos y con el tiempo podremos

dividir las áreas de la revista.

—¿Dónde se va a entregar? —preguntó Costa.

—En la facultad, por ahora, y de mano en mano.

—¿Tú vas a pagar la impresión de la revista? —pregunto José.

—Por ahora sí, después vamos a intentar obtener beneficios y les pagaré por sus textos.

—Como tú vas a ser el director, espero que no se convierta en un panfleto marxista, esas teorías de mierda no sirven y no veden —dijo el alumno con camisa a rayas negra y blanca, que aparentaba mayor edad.

—Las teorías marxistas no son una mierda, está comprobado que la mayoría de los burgueses oprimen a la clase trabajadora —contestó otro chico.

—No sabía que habías invitado a tu séquito de seguidores —dijo el chico de la camisa a rayas, viendo directo a los ojos de Gonzalo.

—Yo me lo voy a pensar. Esto me huele a panfleto comunista. Seguro esta revista tiene que ver con las reuniones secretas que dicen que sostienes con alumnos.

—No hay ningunas reuniones secretas, eso es una mentira, no sé a quién se le ocurrió inventar tal tontería, mis reuniones con alumnos son públicas, como esta, y sobre el tema de la revista habrá total libertad de exponer sus ideas, incluso aunque sean contrarias a mi ideología. Es importante que quede claro que mi postura política queda fuera de esta publicación —dijo Gonzalo dando un trago a su café y viendo directo al chico de la camisa a rayas—. Si te convoqué fue por algo, sé que lo tuyo es el libre mercado y es precisamente eso lo que me interesa de tu pluma. Quiero y necesito que la revista tenga distintos puntos de vista.

—Yo te aviso en la semana —dijo una de las chicas.

—Yo también —dijo el chico de la camisa de rayas.

—¿Alguien más se lo quiere pensar? —preguntó Gonzalo.

—Pues de los que están de acuerdo, entonces, espero sus textos en un tiempo máximo de dos semanas, les vamos a callar la boca a todos lo que no creen en este proyecto. Los que toman clase conmigo, nos vemos más tarde en el aula.

A la salida de la facultad, Costa, José y Rata caminaron juntos para tomar el autobús.

—¿Le van a mandar algo a Gonzalo? —preguntó Rata.

—Sí, yo tengo un relato erótico que seguro le va a gustar —dijo Grecia.

—Yo tengo uno sobre el lenguaje —dijo José.

—Rata, tú que llevas más en la facultad, las reuniones secretas que dijo el chico, ¿son ciertas?

—Antes se hacían algunas reuniones, pero hace mucho que se dejaron de hacer, yo acudí a algunas, eran en casa de Gonzalo, pero no era una secta, como hace meses me preguntaron, ni eran secretas, solo eran reuniones de alumnos que nos reuníamos para charlar y que Gonzalo lideraba.

—Seguro quería formar un grupo como el que nos contó en La Resistencia— dijo Costa.

—Reminiscencias de su juventud —dijo José.

—Quizás, pero el rumor de las reuniones llegó al decano y de un día para otro Gonzalo dijo que ya no nos podíamos reunir en su casa, a mí la primera vez me llevó un compañero que ya se graduó, pues solo se podía acudir por invitación de otro alumno.

—¿Y de qué hablan o qué hacían? —preguntó José

—¿Orgías entre economistas? —preguntó Costa.

—Si les interesa, le puedo comentar a Gonzalo que tenemos interés en formar un nuevo grupo, a ver que dice.

—Sería interesante —dijo Costa.

XII

Meses después, Costa cumplió veinte años, por ese motivo su padre le regaló un Volkswagen Escarabajo 1975, de aquellos que fueron construidos para la guerra, el automóvil se lo compró al padre de César, quien lo arregló en su taller mecánico y lo dejó como nuevo. Para celebrar su cumpleaños, Costa quiso ir al puerto de Veracruz e invitó a Rata, José, Grecia, Karen, Marta y Laura. Ese viaje también representaría su último viaje juntos, pues todos estaban a pocos meses de terminar la universidad. Acordaron que viajarían en el VW de Costa y en la camioneta Van de Marta, ya que solo ellos dos tenían auto, pues el de la abuela de Rata estaba en el taller.

Llegado el día acordado para hacer el viaje, se quedaron de ver en casa de Karen y César, este último no fue al viaje, pues en ese tiempo salía con una chica que prácticamente se lo había robado a sus amigos, incluso había semanas enteras que nadie lo veía. Antes de que acabara la mañana llegaron Marta y Emilio al punto acordado; aunque Emilio no había sido invitado al viaje, una de las tantas condiciones que Villatoro había exigido a Marta, para poder viajar «con esa bola de hippies» y prestarle la Van familiar, fue que lo invitara. Cuando Emilio escuchó la invitación de Marta aceptó de inmediato, y aunque siempre había estado enamorado de Marta, ahora estaba pretendiendo a Karen, que hacia algunos meses había terminado con Agustín, así que pensó

que el viaje sería buen pretexto para tratar de conquistarla. Por común acuerdo decidieron acomodarse en los autos de manera que en el Escarabajo viajarían Costa, Grecia, Laura y Luna. En la Van, Marta, José, Emilio, Karen y Rata. Condujeron por la carretera libre para no pagar peajes, esto le pareció de mal gusto a Emilio,pues dijo que tardarían más tiempo a en llegar a Veracruz, e incluso propuso hacerles un préstamo a todos y pagarlas. Nadie aceptó. José iba tan contento en el viaje, pues era la primera vez que iría a la playa con Marta, que no reprochóen absoluto cuando escuchó las condiciones de Villatoro, e incluso dibujó durante casi todo el viaje en un cuaderno.

Durante el trayecto en la Van, los chicos sintonizaron una estación de música de rock, ya que el estéreo estaba estropeado. En la estación se escuchaba música de Queen, El Tri, La Maldita Vecindad, Caifanes y Depeche Mode, pasadas algunas horas, la radio perdió la señal y se comenzó a viciar. José, al ser el copiloto, presionó el botón de búsqueda automática de la radio y se sintonizó en una estación de noticias locales; tratando de encontrar otra cosa que escuchar, volvió a presionar el botón de búsqueda automática, pero la radio volvía al noticiero local. Después de un tercer intento, los tripulantes aceptaron que esa era la única estación a la redonda que podía captarse. Se escuchó un grupo de expertos que hablaba sobre la conmemoración de la firma del Tratado de Libre Comercio entre México, Estados Unidos y Canadá, en el año de 1994.

—Lo mejor que le pudo pasar al país —dijo Emilio

—Pero qué dices, el ciclo neoliberal implicó un proceso de privatización de empresas que históricamente estaban asociadas al Estado —dijo Rata.

—Privatizar no es malo, permite una dinámica mucho más amplia por parte de las empresas, así como también promueve la competencia y la eficiencia de los mercados —dijo Emilio.

—Es malo, pues los servicios sociales, como la educación, salud, vivienda y pensiones, son proveídos por empresas particulares que tratan de reemplazar al Estado en el otorgamiento de esos servicios —dijo Marta mientras bajaba un poco el volumen de la radio.

—Marta, cualquier día deberías hablar con tu padre para que te afilie a un partido de izquierdas, cada día te alejas de los ideales de derecha, cualquier día sales con que apoyas el aborto —dijo Emilio viendo directamente a Marta.

—El problema es que esas empresas tienen intereses económicos de por medio, y eso ocasiona que especulen dentro del libre mercado con los servicios primarios del pueblo, generando que lleguen a donde a los burgueses capitalistas les convenga más y no a donde el pueblo realmente lo necesita —dijo Rata tocando el hombro de Marta.

—El pueblo, el pueblo, el pueblo. Esa gran palabra que utiliza la izquierda para defender todos sus errores —dijo Emilio.

—Pues fue precisamente el pueblo el que tomó por sorpresa a Salinas en su sexenio y lo tuvo en jaque durante mucho tiempo —dijo José.

—Nadie tuvo en jaque a Salinas —contestó Emilio desde la parte trasera de la Van.

—Gonzalo dice otra cosa —dijo Karen.

—Gonzalo no sabe nada, además, yo estuve en Chiapas en ese tiempo —dijo Rata girando su cabeza a la carretera—. Él solo es un pendejo que quedó frustrado en su juventud cuando se dio cuenta de que los grupos marxistas a los que pertenecía eran una farsa.

—¿Te enojaste con tu gran maestro? —dijo Emilio haciendo la figura de comillas con sus dos manos cuando dijo gran maestro.

—No me enojé con él, solo que no estamos de acuerdo en ciertos planteamientos —dijo Rata.

—Por fin estamos de acuerdo en algo, Gonzalo es un pendejo —dijo Emilio dirigiéndose a Rata.

—¿Qué hacías en Chiapas en ese momento?, eras un niño —preguntó Karen, que iba sentada en medio de Rata y Emilio.

—Fui a pasar fin de año con una la hermana de mi abuela, fue el tiempo donde cambiaba mucho de casa y tuve que vivir con muchos de mis parientes, ella es de Ocosingo, el municipio que tomaron los camaradas.

—¿Tú de que conoces a Gonzalo como para decir que es un pendejo? —dijo José girando su cuerpo, ya que Emilio estaba sentado justo detrás de él.

—Algún tiempo dio clases en La Salle y lo corrieron por querer formar un grupo de jóvenes marxistas —dijo Emilio.

—Dicen en la facultad que el Subcomandante Marcos fue profesor en la UAM, ¿alguien sabe si eso es cierto?

—Sí, Marcos, sí fue profesor de la universidad, dio clases de diseño gráfico —dijo Rata.

—¿Qué edad tenías cuando lo de Ocosingo? —preguntó Marta.

—Diez años.

—¿Tú dónde estabas a los diez años? —preguntó Marta a Emilio. —Estudiando en los Estados Unidos.

—A ver, Rata, cuéntanos cuando estuviste ahí —Preguntó Karen, intrigada.

—¿De verdad le van a creer que estuvo ahí? —preguntó Emilio.

—¿Por qué habría de mentir? —dijo Marta.

Al escuchar las palabras de Marta, Emilio giró su cabeza hacia el camino y se quedó en silencio.

—Pues como les dije, yo había ido a pasar las vacaciones de Navidad a la casa de mi abuela, me acuerdo que fue el 1 de enero, el mismo día que el pendejo de Salinas firmó el Tratado de Libre Comercio y el mismo día que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional se levantó en armas. La hermana de mi abuela y unas de sus parientes estaban en la cocina tomando un café, yo estaba leyendo un libro que me habían dado a leer de leyendas prehispánicas, de pronto escuché mucho ruido y bullicio en la calle, dejé el libro y subí a la azotea de la casa, desde ahí pude ver pasar mucha gente con pasamontañas en la cabeza, en las manos llevaban palos, machetes y piedras; otros llevaban armas largas, todos caminaban y gritaban ¡Viva México! Ese día, el EZLN ocupó varias ciudades, entre ellas San Cristóbal de las Casa, Las Margaritas, Altamirano y Ocosingo. Fue justo ahí donde se dio uno de los enfrentamientos más violentosentre los dos ejércitos, el mexicano y el zapatista. Me acuerdo que esa madrugada hubo un montón de apagones, todos en el pueblo estábamos asustados, pues ya se corría el rumor de lo que pasaría horas más adelante. Ese día todos nos encerramos en las casas. Yo pude ver algunas cosas, pues a ratos me subía a la azotea, desde ahí vi cómo el EZLN tomó el Palacio Municipal y cuando llegaron lo putos policías y militares que mandaban desde la capital. Dicen que soltaron casi mil de esos perros que venían de la capital por todas lascalles de Ocosingo, y que esos perros fueron los que masacraron a los hermanos del EZLN que intentaron escapar del pueblo cuando la cosas se pusieron negras. Fueron los mismos que dejaron los cuerpos inertes en el mercado municipal a manera de señal, para aquellos que querían continuar con los enfrentamientos. Me acuerdo que ese día hubo tanta confusión en el pueblo, que en el hospital del Seguro Social los militares asesinaron a unos civiles, pues los confundieron con camaradas. Todo terminó al siguiente día, cuando muchos de los cuerpos de los camaradas que pelearon en aquella batalla fueron levantados por el ejército y aventados en una misma fosa común.

—Putos comunistas, está comprobadísimo que esas ideas solo llevan al fracaso de las naciones, lo bueno es que esas ideas ya están más muertas que Stalin —dijo Emilio desde el extremo trasero del auto.

—Hablar de comunismo y fascismo en el siglo XXI es ser retrógrada. Ve a China, ahora que los Estados Unidos están cayendo, es el futuro nuevo imperio, pero de comunista no tiene nada, solo la bandera —dijo José.

—Estados Unidos no está cayendo, eso es una tontería —dijo Emilo.

—Si Roma cayó, Estados Unidos caerá. Ningún imperio es, ni será eterno —dijo José.

—Comunistas o no, defendían sus derechos fundamentales, derechos que son olvidados cuando en medio hay millones de billetes. Al contrario, el que nos

llevó a la ruina fue Salinas y sus políticas, mientras que él y todos sus lacayos se seguían enriqueciendo, en México se vivía con uno de los salarios más bajos de la región —dijo Karen.

—Emilio, pues las cosas no han cambiado mucho desde el gobierno de Salinas, el pueblo sigue jodido a la fecha y esas ideas comunistas, como las llamas tú, aquí en México no se han llevado a la práctica, ni siquiera ahora que gobierna el partido donde militan sus papás —dijo Rata viendo a Marta y a Emilio—. Con las políticas más neoliberales y salvajes que se hayan aplicado en este país, no existe una mejora en las condiciones de vida del grueso de los ciudadanos mexicanos, que para que lo sepas, por si no lo sabes, son los más pobres. La realidad es que cada día la gente trabaja más y se le paga menos. Hoy se vive una neoesclavitud.

—Pero qué dices, hoy se vive más libre que nunca —contestó Emilio.

—Precisamente ese es el gran éxito del neoliberalismo, ha logrado que se normalicen las actuales condiciones en las que se vivimos y trabajamos actualmente, ahora estamos encarcelados, pero no nos damos cuenta, pues nuestra prisión está sobre nuestras cabezas a pleno cielo abierto —dijo Rata.

En ese momento la radio sintonizó otra estación donde se escuchó La Hueyapaneca, Marta subió el volumen, volteó a ver a José, le cerró un ojo y comenzó a mover los hombros al ritmo de la guitarra, jarana y violín.

Hueyapan es mi pueblito
donde vive mi noviecita
la muchacha más bonita
que vive en mi corazón.

En la parte trasera, Karen cogió las manos de Emilio y las de Rata y se las levantó como si bailara con los tres juntos. Todos rieron.

Horas después, antes de llegar a Veracruz, una fuerte lluvia y viento hicieron que los chicos se detuvieran en una gasolinera y evaluaran la situación. Debido al clima, decidieron cambiar sus planes iniciales de dormir en la playa y prefirieron buscar algún lugar para atajarse esa noche. En el estacionamiento de la gasolinera, Grecia comentó que tenía una tía en Orizaba, que quizás podría pedirle el favor de aceptarlos a todos y dormir aquella noche en su casa.

—Desde donde estamos, para llegar a Orizaba necesitamos una hora más como mínimo, creo que lo mejor es buscar donde dormir por aquí —dijo Karen mientras jugaba con la cabeza de Luna, que se asomaba por la ventana del escarabajo.

—Estoy de acuerdo, además Marta y yo estamos cansados de conducir, ya

que somos los únicos con licencia para conducir y cuando se nos termina la gasolina a nosotros, a ustedes también —dijo Costa.

—Bueno, yo muy cansada no estoy, pero con esta lluvia es imposible conducir —dijo Marta.

Así que decidieron buscar hospedaje en el siguiente pueblo, ya que el dependiente de la tienda de la gasolinera les dijo que ahí podían encontrar una casa de huéspedes. Compraron bebidas y comida en lata, después arrancaron en busca del pueblo, kilómetros más adelante, casi después de treinta minutos, llegaron a un pequeño poblado y, recordando las indicaciones del dependiente de la gasolinera, llegaron hasta una casa que tenía un letrero en su ventana que decía «Se renta con baño». José pidió a Marta detener el auto para bajar a pedir informes, frente a la puerta de la casa, tocó en repetidas ocasiones, al no recibir respuesta tocó en la casa de al lado; dentro se escuchó *Lágrimas negras*, de Miguel Matamoros. Cuando la puerta se abrió, salió una señora muy morena, de gran figura y unos pechos enormes. José le preguntó por el alquiler de la casa, después de escuchar el precio, pensó que era razonable, además la hora y el cansancio del viaje no permitían ponerse exigente, así que de inmediato aceptó e hizo señas a Marta y Costa para que estacionaran los autos, mientras que la lluvia tomaba fuerza y los truenos comenzaban a retumbar en la noche anunciando el inicio de una tormenta. Cuando la señora abrió la casa contigua, todos entraron y observaron que estaba casi en obra negra, pero tenía lo necesario: una ducha, un baño, tres camas y una pequeña estufa. El único que puso mala cara fue Emilio.

—No necesitamos más —dijo Karen mientras dejaba sus maletas en el suelo. José reunió el dinero de todos, le pagó a la señora y ella de inmediato salió de la casa dejándolos solos. Después de que dejaran sus maletas en un extremo de la habitación, comenzaron a sacar las botellas de alcohol y las latas de comida.

—Por lo menos aquí nos cubriremos de la lluvia —dijo Emilio mientras observaba una gotera.

—Sí, pero tendrás que pelear con las ratas por tu comida —dijo Marta mientras observaba en el suelo excremento de roedor.

—Se quejan de todo, putos burguesitos —dijo Grecia, que jugaba en el suelo con Luna.

—Si te refieres a mí, no me estoy quejando, solo hago evidente algo que todos vemos —dijo Emilio.

—¿No se llama burgueses a los que toda su vida han estudiado en escuelas privadas? —preguntó Rata.

—Engels estudió en escuelas privadas —contestó Emilio.

—Tu comodín de Engels algún día se te va a terminar —dijo Rata.

Emilio y Costa comenzaron a abrir las latas de atún y prepararon unos sándwiches, Laura sacó una botella de vino y preguntó si alguien tenía destapador. Grecia le arrebató la botella e introdujo parte del cuello de la botella en su boca y poco a poco fue quitando la corcholata. La espuma le deslizó por la barbilla, mientras que Laura le arrebataba la botella. «Gracias, bebé.» Al mismo tiempo, otros comenzaron a abrir algunas latas de cervezas. Marta sacó una pequeña grabadora de su maleta que funcionaba con pilas y mientras cenaban escuchaban de fondo a Miles Davis. Horas más tarde, después de cenar, mientras algunos estaban sentados alrededor de una mesa improvisada con botes de pintura y otros se encontraban en las camas, Laura sacó de su maleta unas fotocopias de un libro que su hermana le había recomendado.

—Mira, Kar, son unas fotocopias del libro que te dije que estaba leyendo —dijo Laura mientras le entregaba un mazo de hojas.

—A ver, déjame ver —dijo Karen mientras las tomaba y pudo leer en la primera hoja: *Política sexual de Kate Millet.* Dio vuelta a la primera hoja y comenzó a leer en silencio.

—¿Quién te lo recomendó? —preguntó Emilio.

—Mi hermana, ella también lo está leyendo, se lo recomendó una de sus profes de filosofía —contestó Laura—. Ahora estoy en la parte donde Millet hace una crítica a la literatura de Henry Miller, y a la conclusión que he llegado hasta ahora, es que la literatura de Miller les ha hecho mucho daño a las mujeres contemporáneas —dijo Laura.

—¿Por qué? —Costa de inmediato preguntó tocándose el corazón. No hables de esa manera de Miller.

—Me explicó mi hermana que, porque la literatura es un mecanismo de creación de la verdad, crea una construcción cultural; en el caso de los libros de Miller, se crea una idea o concepto sobre cómo se debe tener sexo, es decir, de los roles que se deben tomar y ejercer en la cama —dijo Laura.

—¡Qué va!, el sexo es sexo y ya —dijo Costa.

—Seguro tu hermana tiene poco sexo —dijo Emilio.

—Tú has de tener mucho —dijo Costa.

—¡Cállate, Emilio! —gritó Karen desde el fondo de la habitación.

En ese momento, Karen se quitó los lentes y los introdujo en su boca haciendo que se llenaran de vaho en los cristales y los frotó en su jersey, después los vio a contra luz, volvió a ponérselos y comenzó a leer un fragmento de Miller desde las fotocopias.

> Solía pedirle que me preparase el baño. Ella fingía darme largas, pero

acababa haciéndolo. Cierta vez, mientras me jabonaba sentado en la bañera, advertí que había olvidado las toallas. “¡Ida!”, la llamé, “¡tráeme unas toallas!”. Entró en el cuarto de baño y me las tendió. Llevaba un salto de cama y medias de seda. Al inclinarse sobre la bañera para dejar las toallas a mi alcance, su bata se abrió. Me puse de rodillas y hundí la cabeza en su chocho. Todo sucedió tan de prisa que no le dio tiempo a rebelarse, ni siquiera a simular resistencia. La metí en la bañera con medias y todo, Le quité el salto de cama y lo arrojé al suelo. Le dejé las medias: con ellas resultaba más lasciva y me recordaba los desnudos de Cranach. Me tendí y la atraje sobre mí. Ella estaba cual perra en celo: me mordía por todas partes, palpitando, jadeando y retorciéndose como un gusano en anzuelo. Mientras nos secábamos, se inclinó y empezó a mordisquearme la polla. Me senté en el borde de la bañera, y ella se arrodilló a mis pies para sorberla mejor. Al cabo de un rato, la levanté, la incliné hacia adelante y se la metí por detrás. Tenía un coño pequeño y jugoso que me calzaba como un guante. Le mordí la nuca, las orejas, los puntos sensibles de su espalda y, dejé la marca de mis dientes sobre su precioso culo blanco. No intercambiamos ni una sola palabra.

—¿Se dan cuenta que este cabrón la está violando? —Interrumpió Laura la lectura de Karen, mientras que afuera retumbaba la tormenta—. Ella no habla, no se expresa. ¡Es un puto mueble!

—¿Puedes volver a leer la parte de la perra en celo?, por favor —dijo Costa mientras reía y le acariciaba el lomo a Luna.

—La verdad yo no veo que la esté violando —dijo Karen sin dejar de fumar y poniéndose de pie.

—¿Estás hablando de verdad? —preguntó Grecia.

—De verdad, a mí me gusta el sexo duro, ese siempre era uno de mis problemas con Agustín, él era muy romántico en la cama, era lindo al principio, pero siempre se necesita algo animal en la cama; de hecho, la lectura me prendió.

—Karen, ¿te han dicho que la luz de la luna hace que tus ojos brillen de una manera espectacular? —dijo Emilio.

—No eres el primero en decírmelo esta noche —dijo Karen sonriendo de manera coqueta mientras fumaba de su cigarro.

—Miller desnudó a la sociedad conservadora y puritana de su época, quizás les hizo mucho daño a las mujeres, pero le hizo un gran favor a la literatura —dijo Costa.

—El problema es ver normal esa forma de tener sexo, donde la mujer funciona como simple objeto inanimado —dijo Grecia, quien leía una de las

fotocopias que le había quitado de las manos a Karen—, pues la literatura es un mecanismo cultural para crear relatos en las sociedades. Y si no, solo recuerda todas las princesas de Disney, esas princesas han hecho el mismo daño a las sociedades que el holocausto judío.

—No puedes comparar el daño del holocausto con los relatos de Disney.

—Sí puede, pues una de las tareas del nuevo feminismo es desmontar esos relatos que han hecho tanto daño a la sociedad —dijo Laura.

—Con Miller o sin Miller, las sociedades son iguales de hipócritas, puritanas y conservadoras, que en la mesa dicen una cosa y en la cama hacen otra —dijo José dando un trago a su cerveza.

—En sexos se rompen gustos —dijo Emilio.

—Es en lo único que te doy la razón, blanquito —dijo Grecia—, pero no estamos hablando del acto sexual *per se*, sino de todos los constructos culturales que hay alrededor de él.

—En todo caso, creo que la mayoría de las veces el feminismo solo es de puertas para adentro, en la práctica el machismo sigue imperando —dijo Karen.

—Sí, esos son los putos techos de cristal de los que nos ha hablado Gonzalo en la última reunión —dijo Marta mientras observaba a la cara a Laura.

—Yo no sé, pero el sexo es una de las únicas cosas que le da sentido a la vida —dijo Costa. Casi todos rieron.

—Todos los hombres son unos putos misóginos —dijo Laura mientras lanzaba desde lejos una lata de cerveza con la intención de que cayera en un bote de basura. Cuando la lata estaba volando y haciendo una parábola, Emilio tuvo que esquivarla para que no le diera en el pecho, la lata se estrelló en el marco de la puerta del baño.

—Tranquiliza a tu hembra —dijo Emilio dirigiéndose a Grecia mientras sonreía.

—¡Emiii! —dijo Marta.

—Vamos, amigos, cálmense —dijo Emilio cuando vio que nadie se había reído de su broma. Marta y Karen se alejaron de la charla.

—Yo no soy tu amiga, y en todo caso, soy amiga, no amigo —dijo Laura.

—Amigos incluye a los dos —dijo Emilio mientras encendía un cigarro.

—¿Neanderthal incluye idiota? —preguntó Laura viendo fijamente a los ojos a Emilio, mientras que Karen se reía al fondo de la habitación.

—Primero, creo que me debes una disculpa por lanzarme la lata, que casi me golpea en la cara, y en segundo, no me parece que me llames idiota —dijo Emilio a Laura mientras ella le lanzaba una bocanada de humo en la cara.

—Lo de la lata fue sin querer —dijo Laura.

—A mí no me gusta que le llames amigo, y mucho menos que digas que tengo que calmar a mi hembra —dijo Grecia

—Amigos y amigas, ¿pueden calmarse? Yo también creo que en amigos se incluye a los dos —dijo Costa mientras servía un vaso con ron.

—No me voy a calmar y mucho menos voy a callarme, eso mismo les decían a los negros en el pasado para que no se sublevaran y exigieran sus derechos —dijo Grecia levantando la voz mientras sacaba un cigarro de su bolso.

—¿Me estás diciendo que las mujeres son los nuevos negros? —dijo Emilio levantando las cejas asombrado y riendo.

—Totalmente. —Laura contestó con frialdad y seguridad.

—¿Qué es lo que te sorprende, cabrón? —preguntó Grecia increpando con la mirada a Emilio.

—Creo que son cosas totalmente distintas, no puedes comparar una cosa con otra —contestó Emilio.

—¿Tan distintas como cuando el hombre blanco esclavizó a los primeros hombres negros? —dijo Rata tumbado en una de las camas.

—Pero los hombres no tenían esclavizadas a las mujeres —dijo Emilio volteando a ver a Marta, que solo levantó sus hombros en signo de confusión.

—Claro que las tenían, las veían como si fueran de su propiedad, primero dominaron la tierra, luego dominaron a los negros —comentó José mientras se daba una vuelta en la cama y observaba el techo de la habitación.

—Pero… —dijo Emilio interrumpiendo a José.

—¿Pero adivina a quiénes les quedaba por dominar, blanquito? —preguntó Grecia levantando la voz en tono de burla mientras interrumpía a Emilio y levantaba ambas palmas de la mano al cielo—. A ver, te voy a ayudar, pues quizás tu cerebro de Neanderthal no te permita entender.

—LA-MU-JER —dijo Laura haciendo bocina con las manos y deletreando en voz alta, después de dar una fuerte calada a su cigarro.

—Exacto —contestó Grecia mientras daba un sorbo a su botella de vino y la levantaba al aire como si brindara con Laura.

—Esa fue la puta gran derrota —dijo Laura mientras pegaba con el canto de su mano en la mesa y daba un sorbo a su cerveza.

—La derrota fue por la fuerza física —exclamó Marta dese lejos mientras repartía un mazo de cartas con Karen.

—Ellos cazaban, mientras nuestras hermanas en casa alimentaban a los hijos —dijo Laura.

—Pero a partir de que la máquina logró que los hombres y mujeres pudieran emitir la misma fuerza con tan solo tocar un botón, fue que los hombres se dieron cuenta de que somos iguales —dijo Marta bebiendo de su cerveza.

—Aún muchos machos se resisten a aceptar que ya no nos pueden dominar —dijo Grecia.

—Lo que nos emancipa es el dinero, no la máquina —dijo Laura después de dar una calada a su cigarro.

En ese momento Emilio dijo en medio de una pequeña risa:

—¿Alguien va a querer? —Mientras le entregaba a Costa la pequeña bolsa de cocaína, que comenzó a circular en la casa. Todos levantaron la mano respondiendo afirmativamente a la pregunta y rieron. Rata se levantó de una de las camas y se dirigió hacia las fotocopias del libro de Kate Millet que estaban sobre la mesa, las levantó, abrió al azar y comenzó a leer.

> Aspectos sociológicos
>
> El patriarcado gravita sobre la institución de la familia. Esta es, a la vez, un espejo de la sociedad y un lazo de unión con ella; en otras palabras, constituye una unidad patriarcal dentro del conjunto del patriarcado. Al hacer de mediadora entre el individuo y la estructura social. La familia suple a las autoridades políticas o de otro tipo en aquellos campos en que resulta insuficiente el control ejercido por estas.

—Interesante. Un amigo francés, que estaba de intercambio estudiantil el año pasado en la UAM, me dijo que había leído un libro de una escritora que se llama Beatriz Preciado, el libro se llama *Manifiesto contrasexual*, y me dijo que era un punto de inflexión en los estudios de género modernos —dijo Rata mientras sacaba un billete de su cartera, lo enrollaba y se agachaba para inhalar el polvo, mientras emitía un sonido de placer. Después de limpiarse la nariz entregó las fotocopias a Grecia y se sentó junto a Laura—. Le llamaré para intentar que me mande una copia del libro, aunque por ahora solo está en francés.

—Ratita, si lo consigues, me lo prestas, a mí me interesa leerlo; además, disfruto mucho leer en francés —dijo Grecia mientras le pasaba un dedo sobre uno de los tatuajes que Rata tenía en el brazo derecho, un instante después de aspirar las líneas de cocaína.

—Cuenta con ello —contestó Rata mientras Luna se le metía entre las piernas.

—Debería existir una ley de coito obligatorio con embarazo, y ya nos olvidaríamos de muchos problemas —dijo Costa, después de fumar su cigarro y lanzar una bocanada de humo en forma de círculo.

—¿Qué mierda dices? —preguntó José.

—Sí, que cada quien aporte su cuota de niños y que el Estado se haga cargo

de su cuidado.

—¿Qué le pusieron a su cerveza? Quiero de lo mismo que está bebiendo él. —Interrumpió Grecia mientras se reía

—Además, de esa manera se suprime un problema más complejo, que es el de las parejas y la familia, pues la cultura nos impone que tenemos que casarnos o, por lo menos, tener pareja; pero, ¿para qué?, si de cualquier manera, pasado cierto tiempo, la cotidianidad termina acabando con todas las parejas; entonces, de esa manera existiría una oficina, digamos, que se llamara "La oficina de coitos".

—Ya quisiera que dijeras lo mismo con Marlet aquí presente, pero sigue, sigue —dijo Marta con los ojos cristalinos por la risa.

—¿Y luego? —preguntó Emilio.

—Pues luego de que te apuntaras en la Oficina de coitos, el Estado te llamaría cuando te necesite, te daría una fecha, número de cita y oficina a la que acudir, donde se asignaría una pareja para procrear. Así sería padre o madre quien lo deseara de verdad, y de esa manera nos evitaríamos las complicaciones de las parejas. Incluso temas como el aborto se solucionarían.

—¡Costa para presidente! —gritó Rata, cuando su amigo acabó de explicar su idea. Todos rieron.

—Apoyo la medida del presidente Costa, la verdad es que mientras unos están en la depresión total por no encontrar pareja, otros lo están por tener dos parejas y no saber cómo salir de sus líos amorosos. Quizás tengas algo de razón —dijo Laura riéndose a carcajadas.

—No se puede legislar sobre el instinto sexual —dijo Marta mientras se levantaba de una de las sillas y se acercaba a la ventana a ver la lluvia.

—Ahí viene la conservadora. «Mi papá es militante del partido de los valores» —dijo Laura haciendo una voz chillona como imitando la voz de Marta.

—A mí de conservadora me queda poco, pero soy bióloga, los seres humanos somos animales por naturaleza, puede haber muchos tipos de sexos, eso sí, pero no puedes legislar sobre el instinto natural.

—Tener un horario laboral es legislar sobre el instinto natural —dijo Karen, que le acariciaba el estómago a Luna.

—Sabes bien a lo que me refiero —dijo Marta volteando a ver a Karen.

—Además, tener sexo obligado es una mierda, recuerdo que una vez perdí una apuesta, por lo cual tuve que acostarme con una mujer que no me gustaba y no tuve una erección —dijo Emilio.

—No, yo estoy hablando de todo un sistema nuevo, tal vez ustedes no lo entienden y mis ideas están adelantas a mi tiempo — dijo Costa mientras

alcanzaba un encendedor que estaba cerca de la cama.

—En fin, no puedo seguir en una conversación con dos personas que no entienden la importancia del lenguaje en el movimiento feminista —dijo Grecia.

Costa solo rio mientras sacaba un mazo de cartas de su bolsillo y dijo mirando a Grecia y Laura:

—Hey, hey, amigos… y amigas… ¿quieren ver un truco de magia? —dijo con aire malicioso.

—Yo paso, Costa —dijo Laura levantándose de la cama y dirigiéndose hacia donde estaban Marta y Karen.

Fue difícil reanudar la conversación. Grecia se cambió de cama quedando en dirección a la ventana para ver cómo caía la lluvia. Emilio, José y Rata se quedaron con Costa viendo sus trucos de magia. Karen dio vuelta al casete y puso *Star Man,* de Bowie. Horas más tarde todos cantaban canciones de Juan Gabriel hasta que la combinación de alcohol y drogas llevó a que, uno a uno, fueran cayendo como jóvenes colibríes heridos en algún lugar de la casa.

Te pareces tanto a mí
que no puedes engañarme
nada ganas con mentir
mejor dime la verdad
sé que me vas a abandonar
y sé muy bien por quién lo haces
crees que yo no me doy cuenta
lo que pasa es que ya no quiero
más problemas con tu amor

Al siguiente día, todos se despertaron con una resaca fatal, José fue el primero en levantarse y dirigirse a la ventana, por ella pudo ver que el cielo se había despejado. Para animar a todos a que se levantaran, puso música de The Smiths; cerca de dos horas después, arrancaron hacia Orizaba. Cuando llegaron a la casa de la tía de Grecia, ella se portó muy amable, se llamaba Remedios.

Cuando vio la cara de resaca de todos los amigos de su sobrina. preparó de desayunar, así que cocinó chilaquiles, huevos con jamón y frijoles; mientras preparaba una salsa roja en molcajete, les contó cómo había llegado a Veracruz.

—Yo me vine del D.F. para acá después del temblor del 85, es que a mí sí me tocó redura la cosa, yo en ese tiempo trabaja en un edificio del gobierno y vivía en la colonia Juárez con el papá de mi hija, esa colonia fue una de las

más afectadas, fue una de las que tuvo más muertitos —dijo Remedios mientras se persignaba—. Me acuerdo que yo ese día nada más sentí cómo se empezó a zangolotear todo en la casa y apenitas y alcancé a salir de la regadera a mi cuarto donde estaba la Erika. Me acuerdo que nada más la agarré entre mis brazos, y pies no nos faltaron para llegar al marco de la puerta del cuarto, ahí nos quedamos paraditas, sin movernos. Las dos vimos cómo en el mismo lugar donde estaba Erika antes de que yo la quitara de la cama, ahí se cayó un pedazote de techo; cuando vi eso yo nada más cerré mis ojos y me puse a rezar una avemaría.

A Erika todos la conocieron mientras desayunaban, ella les contó que estudiaba el penúltimo año de derecho en la Universidad Veracruzana y les aconsejó no ir a las playas de Veracruz y mejor aprovechar el viaje para conocer un pueblo al norte del estado en la frontera con Tamaulipas, que se llamaba Punta Roca Partida.

—Es unas de las playas más bonitas de pescadores que yo he visto en la región, de verdad no se van a arrepentir si siguen mi consejo —dijo Erika mientras daba un sorbo a su café de olla.

La idea de ir a una playa de pescadores les pareció fascinante a todos y por común acuerdo decidieron cambiar los planes. Erika les hizo un mapa en una hoja del cuaderno de José y le dijo a Grecia que al llegar al poblado preguntara por Jacinto. Él era guía turístico de la zona. Casi dos horas después de haber llegado a la casa de Remedios, y más recuperados, todos subieron a los autos.

En esa segunda parte del trayecto, José viajó con Costa de copiloto; durante el viaje, Laura fue discutiendo con Grecia, pues Costa puso un casete de INXS y mientras sonaba *Mystify*, Grecia dijo que Michael Hutchence era muy guapo.

—Es que de verdad no entiendo tu necesidad de ser bisexual, con ser lesbiana te debería ser suficiente —dijo Laura.

—Pues así soy, hay personas a las que les gusta más el helado de vainilla que el de fresa, y a mí me gustan los dos y además en el mismo cono. Es así de sencillo —dijo Grecia.

—¿Dijiste cono o coño? —preguntó José desde la parte delantera del auto, mientras Costa reía frente al volate.

—Coño —dijo Laura.

—Cono —dijo Grecia.

—Cualquier día te dejo, me da asco que te estés besando con cabrones en las fiestas, el día que te vea con mis propios ojos te dejo, ¡ya te advertí! —dijo Laura volteando su mirada hacia el verde paisaje de la carretera.

—Cariño, debes entender que los dos sexos son hermosos, acuérdate cuando leímos el discurso de Aristófanes en *El banquete* de Platón, decía que todos los

sexos son bellos. Además, yo creo que debemos experimentar todos los días nuestra sexualidad. —dijo Grecia.

—El problema es que tú en cada fiesta que vas quieres experimentar y yo me pongo celosa, no me siento segura contigo. A pesar de que me esfuerzo en darte lo mejor de mí, pienso que nunca te es suficiente —dijo Laura bajando la ventana del auto.

—Cariño, para mí me eres suficiente, pero me aburre la monotonía de una sola pareja, no es que no te ame, simplemente el paraíso es muy grande y mi cuerpo me pide recorrerlo todo, además, te lo he dicho en repetidas ocasiones: yo tengo sexo con mi cuerpo, no con mi mente —dijo Grecia mientras trataba de abrazar a Laura.

—Pues a ver si cuando me meta con una cabrona en una fiesta me besa la mente y no la vagina —contestó Laura mientras se cruzaba de brazos.

—Que te bese las dos cosas, es más, que te bese desde la cabeza hasta la vagina —dijo Grecia.

—Laura, es que nada más ve las tetas que tiene Grecia, ¡cómo no va a ligar en cualquier fiesta! —dijo José.

—Hasta yo he querido darle sus besitos, pero no se ha dejado —dijo Costa.

—¡Ustedes cállense, cabrones! —gritó Laura.

En ese momento José le pidió a Grecia buscar un disco de *The Temptations* que se había quedado en la parte trasera del auto; después de entregárselo, José lo puso en el automóvil y se escuchó por las bocinas *My Girl*. Canciones después, José volvió a girar su cabeza, pues notó que sus amigas no hacían ruido, cuando giró su cabeza, ellas estaban dormidas, hombro contra hombro: parecían dos amazonas caídas después de una batalla.

La noche llegó en el trayecto al pueblo de los pescadores, a pesar de que siguieron las instrucciones de la hoja del cuaderno, tuvieron problemas para encontrar el lugar. Las indicaciones eran imprecisas y poco confiables, así que fueron deteniéndose en algunos puntos de la carretera para preguntar a los pobladores que se les cruzaban por el camino. Cuando llegaron a un poblado que se llamaba San Juan, se detuvieron, pues Erika fue muy específica cuando dijo: «es el último poblado donde podrán abastecerse de comida, bebida y gasolina. A partir de ahí lo demás es casi puro monte». En esa gasolinera, José preguntó al señor que estaba detrás del mostrador si aún faltaba mucho para Punta Roca Partida, el dependiente se quedó pensando por unos segundos y después, señalando un punto imaginario con su dedo índice, le dijo: «como una hora, todavía deben cruzar los poblados de Playa Escondida, Monte Pío y Arroyo de Liza». Después de comprar cervezas, algunas botellas de vino y cargar gasolina, arrancaron de nuevo, para ese momento el cielo volvía a

tornarse grisáceo; unas pequeñas gotas comenzaban a caer en el parabrisas. En cierto momento del viaje, Costa tuvo que encender las luces y los limpiadores de su escarabajo, al tiempo que una tromba comenzaba a caer, mientras la Van y el VW se internaban en una estrecha carretera de dos sentidos; eran tales la lluvia y neblina, que no se podía ver a tres metros de distancia entre el cofre del auto y la carretera. En las depresiones de la carretera, la neblina ocasionaba que la luz de los faros fuera insuficiente, aumentando las posibilidades de caer en un bache. Cada vez que los pasajeros de los autos observaban un par de diminutas luces que brillaban con el resplandor de los faros, se podía sentir miedo, pues eran conscientes de que, si impactaban con un animal, sería terrible. Los minutos de tensión fueron largos y la preocupación acrecentaba, ya que por ningún extremo de la carretera aparecía alguna señal o indicación del pueblo. De pronto, José vio y señaló con su dedo un pequeño y viejo letrero con una flecha reflejante.

PUNTA ROCA PARTIDA, 2KM

Costa, al ver la señal de su amigo, puso las intermitentes y giró el volante hacia la izquierda, al tiempo que José volteó hacia atrás para asegurarse de que la Van de Marta venía detrás de ellos. En ese momento, ambos autos entraron en una angosta calle llena de cieno que las llantas de los autos fueron expandiendo conforme iban avanzando, metros más adelante, tal como lo había indicado Erika, encontraron una casa que tenía unos corrales y se estacionaron frente a ella. Después de estacionarse, Grecia bajó del auto y corrió hacia la puerta de la casa con la intención de atajarse y mojarse lo menos posible. Tocó en repetidas ocasiones la puerta hasta que salió un hombre cercano a los cincuenta años, con bigote, que vestía una camisa remangada a cuadros.

—Hola, buenas noches —dijo Grecia.

—Buenas, dígame.

—Sí, mire, quería saber si aquí vive Jacinto.

—Depende, ¿quién lo busca?

—Me mando Erika, ella nos recomendó venir a Punta Roca Partida, ella dijo que Jacinto nos iba a enseñar la playa y a dar buen precio.

—¿Ustedes, quiénes?

—Yo y mis amigos—dijo Grecia señalando los dos autos.

—Pues el Jacinto que está buscando soy yo, ahora no recuerdo ninguna Erika, pero ya me acordaré; discúlpeme, señorita, aquí vienen muchos jóvenes. ¿Usted cómo se llama, jovencita?

—Grecia.

—A ver, Grecia, hábleles a sus amigos, dígales que se pasen a la casa, que seguro traen hambre.

Después de escuchar a Jacinto, Grecia hizo señales a los automóviles para que bajaran, minutos después todos corrieron hacia la casa. Cuando entraron, pudieron ver una mesa de madera con un mantel a cuadros de plástico, junto a ella había un refrigerador que había comenzado a perder el color por el paso del tiempo; al fondo se veía una sala muy antigua. En uno de los sillones de la sala había una anciana que acariciaba un gallo negro con la cresta roja. La anciana se llamaba Jova y era la madre de Jacinto. En el extremo de la sala estaba un chico viendo un programa de televisión, se llamaba Pedro y era el hijo menor de Jova, él también tenía veinte años. Cuando Pedro vio entrar a los chicos, se distrajo de la televisión, de inmediato se levantó de su asiento y caminó hasta donde estaban ellos, quedándose de pie junto a Grecia, al mismo tiempo que levantó la mano y sonrió saludando a todos. Cuando Pedro sonrió, todos observaron que le faltaban varios dientes frontales, también se pudieron percatar de que no podía caminar bien, al parecer una de sus piernas era más corta que la otra. Después acordar el pago por esos días de hospedaje, Jacinto y Pedro llevaron a los chicos a sus habitaciones, al salir de la casa de Jova, encendieron unas linternas, pues había una oscuridad absoluta. Las habitaciones estaban junto a unos corrales, eran una especie de chozas en obra negra con techo de lámina. Dentro de cada habitación había dos literas de tres camas cada una y con un solo foco al centro del techo. Todos se quedaron en una misma habitación. Después de acordar las actividades del día siguiente, Jacinto se despidió y se metió de nuevo a la casa de su madre, sin embargo, Pedro se quedó sentado en una silla en silencio, muy cerca de las habitaciones. Antes de dormir, Emilio propuso beber una cerveza; todos, menos Laura, aceptaron, se metió en una de las habitaciones y no se supo más de ella durante la noche. Como la luz era poca afuera de las habitaciones, Pedro encendió el foco de la habitación contigua que estaba vacía, gracias a la luz los chicos vieron un merendero que estaba justo entre las habitaciones y la casa de Jova, lugar donde se fueron sentando uno a uno.

Para ese momento, el clima había mejorado, los chicos comenzaron a abrir botellas de cervezas, mientras José y Marta prepararon unos sándwiches que todos comieron. José le ofreció uno a Pedro y lo aceptó, pocos minutos después, y sin que nadie le preguntara, comenzó a contar que de pequeño le había dado poliomielitis. Pedro dijo esas palabras como si fuera una necesidad para él dar una explicación a los visitantes sobre su desgracia, también, sin que nadie se lo preguntara, contó que Jacinto era un líder pesquero muy querido

por el pueblo y que quería ser alcalde. En ese momento, Karen encendió un cigarro de marihuana, Costa abrió una cerveza y se la dio a Jacinto, con una cerveza en una mano, él comenzó a narrar que ellos eran huérfanos de padre, pues se había muerto en altamar «un día que la mar estaba con fiebre». Mientras Pedro contaba su historia, todos se percataron de que él no dejaba de mirar a Grecia, pero nadie dijo nada en ese momento.

Pedro contó a los chicos que una mañana de agosto, antes de que el sol saliera, su padre y otros pescadores del pueblo prepararon las redes y se lanzaron al mar. A pesar de que el clima era malo, ese día era el mejor de la semana. Montados sobre la *María Gardenia,* Jacinto, como se llamaba su padre, y dos pescadores más, se lanzaron a la cacería. Ese fue el último día que Jacinto estuvo en la tierra y sus hijos pudieron ver el brillo de sus ojos, por la tarde, los otros dos pescadores regresaron de altamar y fueron directo a la casa de Jova, donde tocaron la puerta. Cuando ella escuchó el sonido, de inmediato sintió un mal presentimiento. Abrió la puerta y ahí encontró a los amigos de su marido de pie, inmóviles. Ellos, sin perder tiempo, y como apresurados por la muerte, le narraron a Jova que, sobre las tres de la tarde, cuando la brisa ya había cesado, su marido había enloquecido. Según los pescadores, Jacinto se encontraba fumando un cigarro, cuando lo terminó, tiró la colilla al mar y se puso de pie, observó el horizonte, regresó su mirada al mar y rio estrepitoso. Los otros dos pescadores nada más se voltearon a ver sin entender el motivo de aquella carcajada. Jacinto volvió a sentarse en uno de los extremos de la pequeña barca, observó su pantalón y giró su cabeza para ver a sus amigos; sin ganas de comenzar una charla, estiró los brazos, se puso de pie de nuevo, avanzó hacia la borda y se aventó al agua. Los otros pescadores pensaron que Jacinto se había lanzado para refrescarse, pero cuando los minutos se alargaban y él no salía a la superficie, se comenzaron a preocupar. Ambos pescadores se lanzaron al mar en la búsqueda de su amigo, pero las horas pasaron y no encontraron rastros del cuerpo.

Acabada la cena, y después de escuchar el relato de Pedro, todos se fueron a sus habitaciones, esa noche estaban tan cansados, que lo único que deseaban era dormir.

—Grecia, ¿viste cómo te veía Pedro? —dijo José, cuando apenas habían entrado a la habitación.

—Está guapo el cabrón —dijo Grecia sonrojada de la cara.

—Tienes problemas, Grecia, graves problemas —dijo Karen mientras se recostaba en una de las camas.

—Es que su belleza es tan pura, casi animal —contestó Grecia mientras subía las escaleras de una de las literas.

—Cualquier día te acuestas con un perro —contestó Emilio quitándose uno de los zapatos.

—Nunca me he acostado con un tullido. Eso me excita —dijo Grecia recostada sobre uno de sus brazos y acomodándose detrás del cuerpo de Laura, que yacía dormida con cara de virgen de iglesia.

—Estás fatal —dijo Marta mientras alguien apagó la luz y todos comenzaron a caer rendidos ante el canto de las cigarras que adoraban la noche.

A la mañana siguiente, el sonido del mar despertó a José, cuando abrió los párpados tenía la sensación de que solo habían pasado cinco minutos desde que se acostó, percibió una sensación de descanso como hacía mucho tiempo no sentía; de inmediato, la curiosidad por ver el mar le incitó a salir de la habitación, así que sacó su brazo de debajo de la cabeza de Marta y, casi de un brinco, se levantó de la cama, se puso un bañador, le dio un pequeño beso en la boca a Marta, que aún seguía dormida, y salió de la habitación.

Al estar en el patio sintió una ligera brisa y vio unos perros alrededor del lavadero que movían la cola, rodeó las habitaciones, cruzó entre grandes hojas verdes, desde donde pudo observar el mar con sus olas rompiendo el silencio. Era imponente. Cuando cruzó las hojas observó en el horizonte un faro sobre una montaña, a la distancia vio algunas lanchas de pescadoras. Regresó a la habitación, entró y vio que Grecia se estiraba en su cama y abrazaba a Laura. Volvió a su cama y observó que Marta aún estaba dormida, le dio un beso en la frente y otro en la boca para despertarla mientras se acercaba a su oído. —Tienes que venir a ver el paraíso.

Marta abrió solo un ojo y sonrió. Se estiró, cogió la cara de José y la acercó a la de ella para darle un beso.

—Contigo voy, hasta el mismo infierno si es necesario.

José cogió de la mano a Marta y salió con ella de la habitación casi tirando la puerta, no veía el momento de regresar al mar. Emilio estaba recargado sobre el lavadero, se restregaba la cara y se amarraba el cabello. Cruzaron las grandes hojas y se dirigieron a la playa. José sintió la arena suave y caliente debajo de sus pies, gritó: «¡vamos a nadar!». Sin soltar a Marta de la mano, y con la mano libre que le quedaba, se quitó el bañador. «Vamos, muñeca, vamos a nadar». Riendo, la cogió de la cintura y comenzó a bailar dando vueltas con ella hasta que cayeron en la arena, cuando se levantaron del suelo, José corrió al mar dando fuertes zancadas contra marea. Marta también se quitó el bañador y se metió al mar. Mientras el agua le iba cubriendo las piernas, los muslos y la cadera, ella metía sus manos en el agua, jugaba con las corrientes del mar y gritaba. José ya la esperaba con los brazos abiertos y cuando estuvieron muy cerca, él la atrajo hacia su cuerpo y la besó para después tratar

de hundirla en el agua mientras ella, riéndose, se defendía. Minutos después llegaron todos los demás y se metieran al agua. Algunos nadaban, otros solo flotaban en el mar y jugaban a aventarse agua a la cara. José se acercó a Marta y le dio un beso en la boca. Esta vez fue un beso de verdad, de esos que hacen perder la razón. José y Marta se quedaron unos minutos abrazados. Sin hablar. Fulminándose con sus miradas. A pesar de estar rodeados de sus amigos, ellos estaban distantes, a miles de kilómetros dentro de una burbuja estelar. De pronto, Emilio les lanzó agua a la cara, su atmósfera se derrumbó y volvieron a la tierra. Todos estuvieron cerca de una hora jugando en el agua hasta que les dio hambre. Al regresar a las habitaciones encontraron a Pedro cerca del lavandero balanceándose en una hamaca mientras fumaba un cigarro. Cuando vio llegar a todos los chicos preguntó si querían desayunar. En ese momento, Emilio se tiró una flatulencia y entre risas todos dijeron que sí. Pedro tiró la colilla de cigarro, se levantó de la hamaca y se metió a la casa. Poco después llegó Jova con queso, frijoles, arroz y tortillas. Cuando estaban por terminar la comida, y como ya lo habían acordado antes, Grecia se levantó de su silla y entró a la habitación, abrió su mochila y sacó un paquete de brownies que había comprado en la gasolinera de San Juan y una caja con el regalo de cumpleaños que le habían comprado entre todos a Costa. Abrió el paquete de brownies, sacó uno de ellos y puso una cerilla sobre él y se dirigió hasta el marco de la puerta, desde ahí hizo señas a Marta. Marta se levantó de su silla y le tapó los ojos a Costa con sus manos, él comenzó a reír, mientras por su espalda llegaba Grecia con el brownie y el regalo que le depositó frente a él. Cuando Marta le que quitó las palmas de sus manos de su cara, Costa encontró el brownie con la cerilla encendida y el regalo. Mientras sus amigos le cantaban feliz cumpleaños, Costa sopló a la cerilla, la apagó y quitó la envoltura del regalo, cuando quitó todo el papel del regalo, descubrió la caja de una cámara polaroid instantánea. Lleno de alegría, les agradeció a sus amigos, sabía lo difícil que era conseguir una cámara instantánea en ese tiempo; mientras observaba la cámara pensó que quizás le podría servir como un negocio, ya que, sería buena idea capturar con la cámara los momentos de alegría de los clientes del bar donde trabajaba y venderles las fotos. Al terminar de desayunar y después del festejo, Pedro dijo que Jacinto había ido a Playa Escondida por unos encargos y que, por lo tanto, él sería el guía. Preguntó si estaban listos para conocer la Playa de la Nécora Azul. Todos dijeron que sí. Después de beber unas cuantas cervezas, se subieron a una lancha. Pedro arrancó el motor y minutos después se encontraron en medio de la inmensidad del mar abierto, rodearon un cerro y cruzaron justo debajo de la roca partida que daba nombre a toda al pueblo.

—Primero iremos a visitar la cueva del pirata Lorencillo, él jue un pirata muy famoso aquí y antes de morir dejó un tesoro en la cueva que vamo' a visitar —dijo Pedro con la lancha a toda velocidad.

—¿Alguna vez han encontrado algo en la cueva?, no sé, ¿oro, monedas, vajillas? —preguntó Costa mientras observaba a Luna, que se encontraba en la popa de la lancha.

—Sí, mi Costa, hace algunos años, cuando yo todavía era un chamaco, mi hermano encontró unos platos y cubiertos de plata, si quieres cuando regresemos al pueblo le decimos que te los enseñe.

—A mí me encantan las historias de bucaneros —dijo Emilio mientras se ponía de pie a mitad de la lancha poniendo el canto de su mano derecha en la frente como si estuviera avistando algo en el horizonte, al tiempo que hacía el ademán con la otra mano de sacar una espada. Pocos segundos pasaron antes de que el oleaje hiciera que casi se cayera de la lancha. Todos rieron, mientras Emilio caía de espaldas sobre el cuerpo de Rata.

Durante el trayecto, Grecia contó que había leído algo del pirata Lorencillo en un curso que había tomado en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y que en realidad Lorencillo se llamaba Laurens de Graaf. Era un holandés que había nacido en el siglo XVII y que dentro de sus grandes proezas se contaban haber capturado un barco de la Real Armada Española, así como haber derrotado tres buques de la Corona Española. «Precisamente esa proeza fue la que lo convirtió en leyenda y amenaza para los pueblos costeros, en la que él y su tripulación desplegaron una ferocidad arrolladora». Lorencillo tenía una personalidad solitaria y siempre cargaba con dos pistolas, una con mango de plata y otra con mango de oro, ese hombre solitario no era un pirata cualquiera, de joven fue miembro de la Real Armada Española y ahí se desempeñó como artillero naval; durante casi cuatro años el joven Laurens navegó como guardacostas hasta que un día, lleno de avaricia, se separó de la armada española motivado por la idea de hacer mayor riqueza fuera de la ley. El día que Lorencillo se separó de su cargo no se fue solo, sino que convenció y se llevó con él una gran cantidad de soldados igual de adiestrados y mezquinos que él. Pocos años pasaron para que Laurens y sus secuaces, ciegos por la codicia que las riquezas que el nuevo mundo prometía, se convirtieran en unos de los más temidos enemigos de la armada española. Mientras las olas rompían, Grecia contó que la hazaña de Laurens por la cual era famoso en Veracruz ocurrió a finales de 1600, una tarde en la cual el pirata y sus secuaces aprovecharon que en el puerto esperaban una flota con mercancías que venía de la Iberia peninsular. Esa flota era importante, pues las mercancías que transportaba eran de gran valor, lo que significaba una relevante fuente de

ingresos, así como una importante derrama económica para los habitantes. Caía la noche cuando, a la distancia, los pobladores del puerto observaron algunos barcos. Los comerciantes asumieron que era la flota que esperaban, sin embargo, pasaron las horas y los barcos no se acercaron. En tierra firme, entre los comerciantes, se corrió el rumor de que los barcos habían tenido problemas para anclar, así que los comerciantes asumieron que la flota anclaría la siguiente madrugada. Horas más tarde, cuando todos dormían y antes de que amaneciera, los barcos se acercaron al puerto acompañados por siete embarcaciones menores. Eran Lorencillo y sus casi mil piratas, quienes aprovechando la oscuridad de la madrugada habían desembarcado en tierra firme. La emboscada fue fácil, pues el corsario había negociado con los oficiales reales y el gobernador meses antes del ataque, con la promesa de entregarles una parte del botín a cambio de la entrega de información privilegiada y los mapas de la ciudad. Parte de la información indicaba que, aquella madrugada, la Armada de Barlovento, que era la que defendía el puerto de Veracruz, se hallaba en una misión al sur de México. Esta ausencia hizo más fácil la entrada de Lorencillo al puerto y permitió con extrema facilidad un mayor despliegue de toda la violencia que ardía entre las venas del pirata y sus cómplices, fue así que las pocas tropas que ese día defendían el puerto de Veracruz fueron vencidas y secuestradas en poco tiempo, permitiendo que los piratas entraran a tierra firme y comenzaran el robo y vejación de los habitantes del puerto. En pocos minutos los piratas secuestraron a la población que pertenecía a la nobleza y los encerró en los templos sagrados, a los mulatos y negros los tuvieron durante horas amarrados y de rodillas en la calle sin beber gota de agua, lo que originó que muchos murieran de sed. Cuando Laurens y sus hombres fueron conscientes de que tenían el control del puerto, se dirigieron hacia las iglesias y separaron a los hombres y mujeres; a los hombres los encerraron bajo candado en una pequeña capilla que era divida con barrotes de acero; a las mujeres, las sacaron en grupos de cinco en cinco, y ante la mirada de sus maridos fueron violadas por los piratas, quienes gritaban injurias al cielo y bebían ron dentro de los cálices robados. Aquella emboscada fue tan bien pensada que los pobladores de la ciudad poco pudieron hacer ante las adiestradas mentes de los exmarinos. Después de Laurens, jamás se volvió a ver tal violencia en Veracruz hasta la entrada del crimen organizado.

—Se mira que sabes mucho —comentó Pedro a Grecia mientras se acercaban a la playa.

—Seguro que tú sabes de muchas cosas —contestó Grecia mientras sonreía. Después de escuchar esa respuesta, Laura volteó a ver a Pedro con pesadez.

—Si quieres, te puedo enseñar un tesoro de verdad —dijo Pedro tratando de

impresionar a Grecia.

—Eso no puede ser, todos los tesoros del mundo ya han sido descubiertos —comentó Emilio.

—La mar siempre sorprende —dijo Pedro mientras apagaba el motor de la lancha para llegar a la orilla de la playa.

—Me encantaría verlo, Pedro —respondió Grecia un poco confundida.

En ese momento, Pedro sacó del bolsillo de su pantalón corto una pequeña bolsa con cocaína y se la mostró a Grecia. Cuando todos se dieron cuenta de qué se trataba, comenzaron a reír.

—Guarda tu tesoro, Pedro, pues yo conozco a alguien que en unos segundos lo pude desparecer enfrente de tus narices —dijo Costa mientras observaba a Emilio y reía.

Pedro ignoró el comentario de Costa y comenzó a contar que hacía unos meses él estaba caminando por la zona del faro cuando escuchó un sonido que venía del cielo. Él se asustó y se metió detrás de unas grandes rocas con la intención de esconderse, desde ahí levantó la mirada y pudo ver una avioneta blanca que volaba demasiado bajo. La avioneta tenía la puerta abierta y comenzó a lanzar unas maletas negras, detrás de esa avioneta blanca venía otra de la Policía Federal; después, solo vio cómo ambas avionetas desaparecieron en el firmamento. «No me moví de atrás de la piedrota por un buen rato y esperé a ver si pasaba algo más». Durante casi veinte minutos él solo observó cómo las maletas flotaban en el agua hasta que una camioneta negra llegó a la playa, de ella descendieron tres hombres que entraron al mar y las recogieron. Cuando Pedro observó que la camioneta arrancó, él salió corriendo de detrás de las piedras en dirección de su casa para contarle a su hermano lo sucedido. Al llegar a su casa encontró a su hermano y cuando trató de contarle lo sucedido, Jacinto le dijo que ya sabía lo de las avionetas, pues uno de sus compadres también estaba por la zona del faro cuando volaron muy bajo. El compadre de Jacinto le dijo que era el cártel del Golfo y que la Policía Federal casi los capturaba. Horas más tarde, Jacinto reunió al pueblo frente a la capilla y les dio indicaciones de que no se acercaran a la playa hasta que las cosas se calmaran. No hubo necesidad de dar muchas explicaciones, pues los lugareños llevaban algunos años asustados desde que el crimen organizado controlaba algunas zonas de Veracruz. Año tras año era más habitual escuchar sobre secuestros y muertes de todas las personas que al narco le incomodaban, después aparecían en fosas clandestinas. A pesar de que todos sabían quiénes eran los jefes del narco en la zona, nadie se atrevía a señalaros por miedo a las represalias. Era bien sabido por todos que el narco estaba infiltrado en todos los niveles sociales, incluso los rumores aumentaban día a día sobre la toma del

control de los poderes del Estado a manos del crimen organizado.

Días después, Pedro, aburrido de que no pasara nada en el pueblo y desobedeciendo las órdenes de su hermano, se le ocurrió ir al faro y mientras caminaba sobre la arena, muy cerca del mar, vio un billete en el suelo, lo recogió y continuó su camino por la arena, pensó que quizás a alguien se le había caído, metros después encontró otro billete, y luego otro más; llenó de curiosidad fijó su mirada en el mar y observó que había algunos billetes en el agua flotando. Sin pensarlo se metió al agua y recogió todos los que encontró, de inmediato regresó a su casa a buscar a Jacinto. Cuando llegó, encontró a su hermano bebiendo un café y sentado en la mesa leyendo un periódico. Sin decir palabra, Pedro se acercó y aventó el dinero aún mojado sobre la mesa, ese movimiento brusco con su mano ocasionó que golpeara la taza de café que bebía su hermano y la taza cayera al suelo derramando el líquido que contenía. Jacinto exaltado, dijo: «¿qué te pasa, cabrón?» mientras se levantaba de la mesa para que el café ardiendo no le cayera encima. Pedro, como si la taza no estuviera en el suelo hecha pedazos, comenzó a narrar lo que había sucedido. Jacinto, después de escucharla historia de su hermano, le dio una bofetada.

—¿Por qué me desobedeciste?, ¿no te quedó claro que nadie podía ir a la zona del faro? —gritó Jacinto.

—Es que estaba aburrido —contestó Pedro aún con la ropa húmeda.

—¡Aburrido, cabrón, aburrido! ¿Te das cuenta de qué te hubiera pasado si te ve uno de los hombres del jefe? ¡Pudo haberte lastimado!

Pedro, sin saber qué responder, solo movió nerviosamente la cabeza de arriba a abajo, afirmando.

—Ve por un trapo y limpia este desmadre, ahora veo qué hago con este dinero.

En ese momento, Jacinto se perdió en la casa. Cuando Pedro terminó de limpiar el suelo, le dijo que guardara el dinero en una bolsa de plástico y que lo acompañara a buscar a uno de sus compadres que se llamaba Guillermo. Jacinto dijo: «seguro él sabrá qué hacer». Después de caminar unos minutos debajo del sol abrasador, llegaron a la casa de Guillermo, que en ese momento estaba subiendo a su camioneta. Cuando vio a Jacinto y a Pedro apagó el motor.

—¿Qué pasó, compadre? ¿Cómo estás? Pedrito, hace tiempo que no te veo.

—Bien, aquí compadre, que vengo a pedirte un consejo.

—Voy de salida, compadre, tengo que estar en la oficina del alcalde, pero a ver, dime, para qué soy bueno.

—Pues aquí, que este cabrón me desobedeció y se fue a meter a la zona del faro y mira que se encontró —dijo Jacinto mientras abría una pequeña bolsa de

plástico con el dinero dentro y se lo mostró a su compadre.

—¡A cabrón! —exclamó Guillermo.

—Órale, Pedro, cuéntale a mi compadre qué pasó.

Después de que Pedro terminó de contar el suceso en la playa, Jacinto le dijo a Guillermo:

—Compadre, estoy preocupado, no quiero que uno de los jefes se enoje conmigo o con Pedro, es que este chamaco no sabe lo que hace.

—No, compadre, no te preocupes, los jefes te conocen y saben que eres de ley, así que no te agüites, ahora lo solucionamos. A ver, vamos pa' la casa —dijo Guillermo apagando el motor de su camioneta y bajando de ella.

En ese momento los tres hombres entraron a la casa. Guillermo les dijo a Jacinto y a Pedro que se sentaran en uno de los sillones de la sala, mientras él entró a una habitación desde donde hizo una llamada telefónica. Minutos después, Guillermo volvió y se sentó frente a Pedro y Jacinto.

—Compadre, no se preocupe, ya hablé con el patrón y dice que seguramente ese dinero se salió de una maleta con droga y dinero que sus empleados no encontraron cuando fueron a limpiar la zona, me dijo que seguramente esa maleta está atorada en algún coral, incluso él pensaba que la corriente ya se la había llevado y ya se había resignado a perderla. Cuando le dije que el Pedrito fue el que encontró esos billetes se puso contento y dijo que mejor el chamaco y no otro canijo la encontró, también me dijo que en cuanto colgara conmigo evaluaría si valía pena arriesgarse a mandar a alguno de sus hombres a buscar esa maleta, ya que, de estar en la zona, aun se podría rescatar pues, aunque esas maletas pueden soportar la humedad por varios días, ya que por dentro tienen una tecnología que resiste el agua, es la que menos dinero y droga tenía.

—Compadre, me tranquiliza mucho escuchar eso —dijo Jacinto.

—Sí, ya cálmese, '*ire*, el jefe también me dijo que no comenten nada y que el dinero te puede venir bien para la futura campaña, que él ya te buscará cuando lo crea conveniente.

—Este nos está viendo la cara —dijo Emilio interrumpiendo el relato de Pedro.

—No, no, no y si quieres les digo dónde cayó la maleta —dijo Pedro dirigiéndose a Grecia.

—Qué va, Pedro nos está engañado —dijo Costa.

—No, no, ira si le rascas por allá, seguro encuentras algo de dinero enterrado —le contestó Pedro a Costa—, ustedes son los primeros turistas que traigo desde ese día y yo que sepa el patrón no ha mandado a sus empleados a buscar la maleta. El Jacinto no sabe que los traje, así que no le vayan a decir na', pero quería que vieras esta playa, estaba seguro de que a ti te gustaría —

dijo mientras se dirigía a Grecia.

En ese momento todos se voltearon a ver y rieron, mientras que Laura levantaba de nuevo la mirada al cielo y ponía cara de molesta, después, Pedro terminó de narrar su historia; sin embargo, todos se mostraban incrédulos. Minutos después, Karen comenzó a hablar del paisaje hasta que llegaron a la playa, cuando la lancha se detuvo todos bajaron. Laura, de inmediato, se alejó de la lancha, puso su toalla en la arena y se recostó para tomar el sol. Costa y Karenla siguieron y después de poner sus toallas en la arena, también se acostaron en ellas. Luna echó a correr a lo largo de la playa. Los demás se quedaron charlando a unos metros de la playa donde el agua les cubría las pantorrillas.

—¿Y entonces dónde está el dinero? —preguntó Grecia

—Creo que por allá, el coral más grande de esta zona está por esa parte —dijo Pedro señalando con su dedo un punto en el agua, con tal seguridad que todos se voltearon a ver confundidos.

—Vamos, Pedrito, ya dinos que es una broma —dijo Marta.

—Que no lo es. Vayan a averiguar.

—Vamos a meternos al mar, yo sí le creo —dijo Grecia, que ya estaba nadando para entonces. Emilio se zambulló detrás de ella nadando en línea recta hasta que la dejó atrás; Rata, Marta y José fueron detrás de ellos nadando con gran energía.

—Este cabrón aparte de cojo, está loco —dijo Emilio cuando estuvieron lejos de la playa, lo suficiente para que Pedro no escuchara.

—Solo nos ha contado eso para impresionar a Grecia —dijo José mientras movía los brazos para mantenerse a flote.

—Si nos metemos a buscar el dinero y no está, seremos la burla de ese tullido

—dijo Emilio dando algunas brazadas en el agua.

—Ya estamos aquí, ¿qué más da? —dijo José antes de hundirse en el agua dejando ver sus tobillos.

—Pedro, ¿dónde está el dinero? —grito Grecia haciendo bocina con las manos.

Pedro, desde la playa, movió los brazos en señal de que se adentraran más en el mar, en ese momento Emilio nadó un poco más hacia el mar abierto, se sumergió algunos segundos y cuando volvió a salir, dijo: «sí hay un coral».

—Ya estoy viendo a Pedro burlarse de nosotros todo el camino de regreso —dijo José.

Esta vez Emilio y Grecia se sumergieron en el agua, tardaron en salir a la superficie. Cuando Emilio emergió del agua levantó el puño haciendo una señal

de victoria y comenzó a reír, cuando abrió el puño mostró algunas monedas.

—El tullido no nos estaba mintiendo, sí hay dinero, pero son monedas de pequeña denominación, ese cabrón ha de pensar que somos igual de pobres que él, nosotros para qué queremos monedas —dijo Emilio, al tiempo que Grecia salía a la superficie con otras monedas en la mano y reía. Asombrados, los chicos no creían lo que veían, y más por diversión que por el dinero, todos se sumergieron en el agua. Frente al coral, José observó entre las grietas que había muchas monedas de baja denominación, alcanzó a coger algunas antes de que se le terminara el aire; cuando salieron a la superficie todos habían sacado algunas monedas. Emilio, que era el que mejor nadaba, pues de niño fue campeón regional de natación, dijo:

—Podríamos pasar una semana entera sacando monedas y no me alcanzaría ni para pagar las llantas de mi auto, esto es una pérdida de tiempo.

—Bueno, por lo menos juguemos a ver quién saca la moneda de mayor denominación —dijo Marta, que estaba de cara al sol haciendo el muerto con los brazos extendidos en el agua.

Los chicos se sumergieron, pero poco pudieron sacar del mar, pues era tal la profundidad donde estaban las monedas, que no podían soportar la respiración tanto tiempo; solo Emilio volvió a sacar algunas monedas más, hasta que en una de sus zambullidas salió con un pequeño maletín.

—Supongo que este es el maletín que les faltaba —dijo Emilio mientras observaba a todos—. No le digamos nada al tullido. Si realmente tiene dentro lo que nos contó el tullido la podemos vender en la ciudad. —En ese momento todos se quedaron viendo hasta que Emilio le dijo a Grecia—: ve a distraerlo en lo que sacamos el maletín, aprovecha que está enamorado de ti, y dile a Laura que cuando salgamos nos acerque unas toallas.

—¡En qué puto lío nos vamos a meter el burgués! —dijo Rata mientras nadaba hacia la playa.

—Deja esa mierda, Emilio. Eso solo tiene pinta de problemas —dijo José.

—Ok, no la venderemos, será para nuestro uso —contestó Emilio.

—Emi, deja eso antes de que Pedro se dé cuenta —dijo Marta.

—Ok, burgués, yo te ayudo —dijo Rata.

—Vamos, yo también —dijo José—, pero si Pedro se da cuenta, de inmediato le entregamos este problema.

—Sí, sí, no te preocupes, el tullido no se va a dar cuenta, ya lo veras —dijo Emilio.

Minutos después, Emilio, José y Rata salían del mar, mientras Grecia y Marta se llevaban a Pedro lejos de la playa con el pretexto de que les enseñara la isla. Laura, Costa y Karen solo observaron cómo sus amigas se perdían con

Pedro a la distancia entre las dunas, en ese momento Laura le dio un beso a Costa en la boca. Rata llamó a Costa, quien de inmediato abandonó a Laura y se unió con sus amigos; después de explicarle la situación, los cuatro se alejaron a donde había unas rocas, ahí Emilio comenzó a golpear en repetidas ocasiones el maletín contra la más grande de ellas. Rata le dijo que se calmara, que él le ayudaría y buscó en la arena algún resto de basura plástica que le sirviera de ganzúa, después de unos minutos el maletín se abrió y los chicos pudieron ver varios paquetes de cocaína. Emilio, de inmediato, guardó los paquetes en una pequeña mochila en la que habían llevado víveres para el paseo, después lanzó el maletín hacia el mar y regresó a donde estaban Laura y Karen; a partir de ese momento Emilio no soltó la mochila en todo el día.

Horas después regresaron al pueblo y se dirigieron a comer, Jova ya tenía preparados frijoles negros con arroz acompañados de pescado frito, ese día todos comenzaron a beber desde tempano, ya que eran conscientes de que era la última noche en Punta Roca Partida y querían aprovecharla. Antes de que cayera la noche decidieron caminar hasta el faro, así que le dijeron a Pedro que los llevara; en algún momento de la caminata Pedro se acercó a Grecia y le regaló un collar de caracoles, ella sólo volteó a verlo y agradeció apretándole una de sus mejillas. Durante todo el trayecto, Costa fue haciendo bromas que involucraban a Pedro y a Grecia, eso ocasionó que Laura estuviera celosa y furiosa, pero como ese era su estado habitual, nadie hizo caso. En el faro decidieron encender una fogata y continuar bebiendo, para la media noche todos estaban alrededor del fuego muy borrachos. Costa tocaba una guitarra, mientras Laura y Karen cantaban, los demás bebían, reían y bailaban. De pronto, Grecia se puso de pie, cogió por la mano a Pedro y comenzó a caminar hacia la oscuridad, Luna fue detrás de ellos. Ambos, tambaleantes, se perdieron mucho tiempo entre las penumbras de la noche, hasta que tiempo después regresaron a la fogata riendo a carcajadas y se sentaron junto a José, quien pudo ver por la cercanía hacia ellos, cómo Grecia tenía el cuello rojo y marcas de mordidas en sus pechos. Pedro llevaba el cierre abierto de la bragueta. De nuevo con el grupo, Grecia estiró la mano para alcanzar una cerveza de una de las hieleras, cuando la tuvo entre sus manos la abrió y bebió de fondo para después levantarse de la arena y dirigirse hacia donde estaba Emilio, se le acercó y lo comenzó a besar, para ese momento Emilio estaba tan borracho que le contestó el beso, lo que ocasionó que los dos cayeran al suelo, muy cerca de donde estaban Rata y Marta charlando. El cuerpo de Grecia quedó sobre el de Emilio, quien le comenzó a rozar las nalgas con sus manos, ambos se pusieron de pie y continuaron besándose. Al ver que Grecia se besaba con Emilio, Laura, por despecho, se empezó besar con Costa. Los demás continuaron bebiendo,

fumando marihuana y riendo, hasta que cayeron dormidos a la luz de la luna.

Al otro día, la primera en despertar fue Laura a causa de los lengüetazos de Luna, junto a ella estaba Costa, que la abrazaba, ella levantó medio cuerpo de la arena y observó cómo amanecía; cerca de ellos estaban Rata, Karen, José y Marta; del otro lado de la fogata, sin el brasier de su bañador, Grecia junto a Pedro. Laura despertó a Costa y le dijo que le apetecía nadar un poco antes de volver al pueblo. Costa, aún medio dormido, aceptó, se levantó y caminó unos pasos hasta donde estaban Rata y los demás. Rata y José se despertaron y los acompañaron, mientras Costa levantaba su toalla y se la ponía sobre el hombro, dijo: «Laura, ¿vienes con tus nuevos novios a bañarte?», mientras Luna, en un extremo del campamento improvisado, se estremecía haciendo fuerza con la mirada fija con sus cuatro patas arqueadas y cagaba. Sin abrir los ojos, Laura solo levantó su brazo con el puño cerrado, para después levantar su dedo corazón. Laura, Grecia, José y Rata comenzaron a caminar, al llegar a un acantilado Costa se acercó y orinó, en ese momento observó hacia abajo y vio en las piedras algo que le distrajo su mirada. Era el cuerpo de Emilio que estaba boca abajo sobre una de las piedras. Confundido, solo se le ocurrió gritar el nombre de Emilio en repetidas ocasiones para confirmar que estaba despierto y no era parte de una pesadilla. Costa les gritó a Laura, José y Rata, quienes se acercaron al acantilado, mientras Luna comenzó a ladrar. Sin perder tiempo, José y Rata corrieron hasta una zona desde donde comenzaron a bajar escalando el acantilado, Costa y Laura regresaron a la fogata y avisaron a los demás: «¡algo le pasó a Emilio, cayó por el acantilado!». Pedro, al escuchar ese grito, se levantó de la arena y corrió por una colina que lo obligó a dar un poco de más vuelta, detrás de él iban los demás. Minutos después todos rodearon el cuerpo sin vida de Emilio.

Horas más tarde Marta llamó a los padres de Emilio para avisarles de lo sucedido, todos observaron a Marta discar el teléfono para dar la noticia, del otro lado del teléfono contestó la madre de Emilio. Marta le contó todo tal cual había sucedido. La madre de Emilio no creyó ninguna de las palabras de la amiga de su hijo, después de colgar el teléfono, Marta estalló en llanto mientras Grecia y Laura la fueron a abrazar. Para ese momento la policía local hacía el levantamiento del cuerpo y los padres de Emilio ya se dirigían hacia Veracruz. Ese mismo día, pero por la noche, cuando los padres de Emilio llegaron, solo quisieron hablar con Marta, pues querían mantener lo más posible la discreción sobre la muerte de su hijo, pensaron que entre menos personas se involucraran, era mejor; así que, a los demás chicos, ni si quiera la mirada les dirigieron, después de que todos declararan frente al juez, arrancaron sus autos endirección a la ciudad de México. Durante todo el trayecto de regreso hubo un

silencio sepulcral, que solo Luna llegaba a romper cuando ladraba, gruñía o aullaba. Costa manejaba tomando el volante con mucha fuerza y en su cara senotaba impotencia, José estaba mudo, estático, con la boca seca y se cogía la frente con su mano en repetidas ocasiones. Grecia estaba blanca como una estatua de cal, parecía que, si alguien la tocaba, se desmoronaría. En repetidasocasiones, durante el trayecto, José y Grecia tuvieron que calmar a Marta, quien tuvo ataques de histeria. En los dos autos iban fumando como desquiciados. Rata conducía el auto de Marta, su copiloto era Laura, a cada kilómetro que avanzaban la luz de día se iba consumiendo. En las siguientes semanas solo algunos periódicos pequeños contratrios al PVN hicieron eco de la muerte del hijo del presidente del PVN, sus influencias callaron a los medios de gran tirada, tampoco se pudo culpar a ninguno de los chicos de nada,pues los forenses determinaron que en el cuerpo Emilio se encontraron rastros de alcaloides y que, según los resultados de la investigación de la agencia policiaca, se había resbalado por el acantilado y había muerto de manera natural.En la investigación nunca se hizo mención de ninguna mochila. La única que acudió al funeral fue Marta.

XIII

Rata tocó la puerta de la casa de Gonzalo, Gonzalo se asomó desde su ventana, corrió un poco la cortina y con mucha cautela abrió la puerta de su casa sin quitar el pestillo.

—Marcos, no esperaba visitas —dijo Gonzalo asomando media cara donde se le podían ver unas ojeras, que parecía que no había dormido en varios días, y con la cadena del pestillo a la altura de su cuello.

—Quería hablar contigo —dijo Rata mientras se frotaba el cuello con la mano y con la otra tiraba una colilla de cigarro al suelo.

—Pasa, pasa —contestó Gonzalo quitando el pestillo de la puerta y después de asegurarse de que Rata estaba solo. Mientras franqueaba la puerta, le señalaba un sofá para que Rata se sentara.

—Me has asustado, nadie viene a visitarme sin avisar.

Al entrar a la casa, Rata observó a Gonzalo, que vestía una bata de dormir a pesar de ser casi las dos de la tarde, por todos lados había una gran cantidad de libros y platos sucios por toda la sala que, por la apariencia, parecía que llevaban semanas sin ser lavados. Mientras Rata movía algunos libros para poder sentarse, Gonzalo se dirigió a la cocina por una taza de café que estaba preparando antes de que llegara Rata, en el suelo se escuchó el *clac clac,* de sus

sandalias de plástico.

—¿Te importa si prendo un cigarro? —preguntó Rata mientras sacaba una paquete de cigarros de su chaqueta.

—No, para nada —dijo Gonzalo mientras regresaba a su sala, se sentaba en un sofá y subía los pies a una pequeña mesa.

—Gonzalo, creo que es importante que sepas lo que hice —dijo Rata mientras jugaba con una botella de cerveza y guardó silencio por unos minutos en lo que Gonzalo bebía unos sorbos de su café—. Sé que tú vas a entenderlo.

—Si no estás seguro de contármelo, es mejor que no lo hagas, pero si te hace bien hablar cuenta conmigo, lo que me cuentes de aquí no saldrá —comentó Gonzalo soplando a su café.

—Mira, Gonzalo, primero te quiero pedir una disculpa por la discusión que tuvimos hace un tiempo, sé que no debí ofenderte, pero es obvio que no estamos de acuerdo en un montón de cosas y aunque no me lo dices, sé que cuando nos reuníamos aquí en tu casa, tú pensabas que no le daba la seriedad que debía al grupo de estudio, pero debes entender que para mí el grupo no tenía sentido si no se llevaban a la práctica las ideas, pero a pesar de todas nuestras diferencias, aún eres de las pocas personas en quien confío.

—Agradezco tu confianza y sabes que no la voy a defraudar.

—Pero tienes que saber que confesarme ante ti te puede convertir en cómplice.

—Puedo asumir el riesgo.

—Yo maté al amigo de Marta.

—Pero, ¿qué dices? —preguntó Gonzalo viéndolo fijamente a los ojos—, ¿por qué no me dijiste antes de hacerlo?

—Nadie más sabe esto y si la policía sabe algo, será porque yo me he entregado o tú has hablado.

—Pero, ¿por qué lo hiciste?

—Porque era un maldito burgués que iba a terminar en la política —contestó Rata frunciendo el ceño—. Además, no hubo tiempo de planear nada, vino al viaje que hicimos a Veracruz sin invitación. Me puso todo muy fácil, estaba hasta arriba de dorgas y yo solo tuve que darle un pequeño empujon por el acantilado. Fue como el inocente cordero que camina delante del francotirador y yo solo tuve que apretar el gatillo.

—Un ataque individual de nada sirve, ¡lo hemos hablando miles de veces!, y menos cuando solo tú sabes que lo hiciste. No debiste hacerlo. Te has arriesgado mucho y sin ningún sentido.

—¿Qué hay de aquellas historias que nos contabas en el grupo de estudio sobre hombres valientes, dispuestos a arriesgarlo todo por un ideal? ¿Ya se te

olvido?

—No, no se me ha olvidado, pero los tiempos han cambiado, eso fue a mediados de 1800, además, ¿recuerdas cómo terminaron? Te lo voy a recordar yo: los desmembraron y los quemaron vivos.

—Pensé que celebrarías mi obra, en la charla en la que te presenté a la hija de Villatoro hablaste de que se necesitaba a alguien con la valentía necesaria para retomar los ideales del pasado —dijo Rata dando una fuerte calada a su cigarro.

—En esa charla yo había bebido de más, después me arrepentí de haberles contado todo lo que les conté y no puedo celebrar algo que hiciste sin meditar, lo tuyo fue un impulso, actuaste casi como animal, ¿por qué no entiendes de una vez que el sistema no va a temblar y no se va a detener por un burgués que mates?, dime, ¿ha cambiado el sistema desde la muerte de este chico?

—¡Tampoco va a cambiar recordando glorias del pasado! La libertad nunca ha llegado sola, debe existir una resistencia como la que ha existido en otras naciones, debemos luchar de frente, lo peor y más vergonzoso que le puede pasar a una nación es que sus monstros mueran dormidos. Estoy cansado de que seamos una sociedad acostumbrada a bramar en silencio como toros amansados. Mi acto solo fue una manera de equilibrar la balanza.

—¿Pero de qué balanza hablas? —dijo Gonzalo dejando su taza de café en la mesa.

—Emilio era el único hijo de esa familia, sus padres ya están ancianos, esos ya no dejan descendientes. He acabado con toda una futura generación de burgueses —dijo Rata apagando con fuerza su cigarro en un cenicero que encontró frente a él—. Gonzalo, lo que tú no has entendido es que esto es una lucha frontal. ¡Somos nosotros contra ellos! Cada día hay más pruebas de que la política no es la solución, esos bufones se burlan día a día en el congreso en nuestras caras, nos escupen con sus palabras llenas de mentiras. ¿Y quiénes son los jefes de los políticos?, pues aquellos que han acumulado el suficiente capital como para comprarse un legislador como si de una prostituta se tratara. La política está agotada, se ha vuelto un circo de payasos. Desde mi forma de entender las cosas, un ataque individual y frontal puede provocar, como una pieza de dominó, un efecto que logre tirar a todas las demás fichas. Cuando los que tienen el poder se han vuelto tan arrogantes que no escuchan las palabras del pueblo, lo que queda es la violencia.

—Rata tienes que prometer no volver a hacer esto, te estás arriesgando mucho, no puedes dejar solas a tu abuela y a tu hermana, te necesitan.

—Me necesita más mi gente.

—¿De qué gente hablas?

—Del pueblo, alguien debe ensuciarse las manos si queremos que la balanza se equilibre.

—¡Tú no eres ningún héroe ni redentor! ¡Tú solo no vas a lograr nada, lo único que vas a logar es que te maten!

—Pues mi vida habrá servido para algo, tendrá una utilidad. No como la de esos inútiles, que solo les va bien porque sus padres les heredan todo. ¿Cómo no van a ser exitosos?, si no tienen otra cosa que hacer más que dedicarse a sus deberes escolares, van por la vida dando discursos de éxito cuando en su vida no han tenido que trabajar ni un solo día.

—No puedes decir que todos son iguales.

—Te estás haciendo viejo, ahora hasta los defiendes.

—No los defiendo, solo quiero que no te arriesgues, yo sé lo que sientes, mi sangre alguna vez ardió como la tuya, pero he aprendido con los años a ser más consciente, además tu generación es distinta, también lo hablamos en la charla del bar.

—Me largo —dijo Rata poniéndose de pie—, no te puedes excusar cada vez con ese argumento, si tanto desconfías de esta generación, para qué me pediste que reuniera a mis amigos para crear un nuevo grupo de estudio, creo que lo mejor es que hasta aquí lleguemos tú yo, no nos entendemos y no tenemos más que hablar. Lo que tú no has entendido es que las generaciones cambian, por lo tanto, nuestros héroes y dioses son otros, pero no te confundas, en nuestra sangre también corre fuego y quizás arde más que en la tuya.

XIV

Era la última reunión antes de que se graduaran de la universidad, como cada sábado, habían acordado reunirse en casa de Grecia y Laura, eran casi las nueve de la noche cuando José llegó y tocó el interfono mientras esperaba que alguien le abriera, se acercó a una fuente que estaba frente al edificio, tiró una moneda y la observó girar lentamente por la presión ejercida por el agua.

—¡Ahora te abro! —Gritó Costa desde la ventana.

José volteó al cielo buscando de dónde provenía la voz, cuando descubrió la mitad del cuerpo de Costa que se asomaba por la ventana, levantó el dedo corazón al tiempo que gritó: «¡abre la puerta, hace un frío que te cagas!» En ese momento también asomó la cabeza Marta y le mandó un beso. Costa se metió al piso, se dirigió al interfono y presionó el botón, José caminó hacia la puerta.

—¿La contraseña? —preguntó Costa con su voz metálica deformada por la máquina.

—Ayer dormí con tu madre —dijo José con su cara muy cerca del interfono.

—Buena, pero mi madre no duerme con tontos —dijo Costa desde la máquina.

—Abre, cabrón, que me estoy cagando de frío.

Después de decir esas palabras, José sintió por la espalda la presencia de alguien, al voltear vio a Rata muy cerca de él.

—No te asustes —dijo Rata, quien le cogió uno de los hombros y sonrió.

—No me asusto, pero no te vi llegar —dijo José mientras levantaba los puños como boxeador.

En ese momento se escuchó cómo se abría la puerta, José la empujo y frente a él encontró una escalera en espiral que los chicos comenzaron a subir apoyados de un viejo barandal de madera. Ese edificio era una construcción vieja y maltratada. Al subir, sus cuerpos iban girando por la dinámica de la escalera, cuando de pronto, José observó que algo caía y flotaba en el hueco de la escalera. Curioso, José estiró el brazo con la intención de atrapar lo que caía. No lo logró. Pero pudo ver, mientras seguía con la mirada el objeto, que era una carta de un mazo de naipes. La siguiente carta que flotó frente a él sí la pudo atrapar, era un rey de corazones. Cuando tenía la carta en la mano comenzaron a flotar más cartas frente a él que caían como copos de nieve por el rellano de la escalera. Al voltear hacia abajo, entre el rellano vio a Rata atrapando otra carta y al ver cómo caían las demás en el suelo, sintió vértigo. Algunas no llegaban y quedaban en alguno de los escalones; mientras subían, se escuchaba la voz de Costa que algo decía, era difícil entender sus palabras por la acústica del lugar. Cuando los chicos estuvieron a unos escalones de la puerta de la casa, se escuchó decir a Costa: «¡Hey!, chicos y chicas, también ha llegado Rata». Mientras lanzaba las últimas cartas del mazo a la cara y cuerpo de sus amigos, ambos chicos tuvieron que cubrirse el rostro mientras reían a carcajadas y se agachaban a recoger algunas de las cartas que ya estaban en el suelo con la intención de lanzárselas a Costa en la cara. De pronto, los tres chicos se encontraron envueltos en una pelea de naipes que terminó cuando no hubo más cartas que lanzar, mientas todos los invitados que estaban dentro del piso reían al ver a sus amigos en medio de esa batalla.

—Pasen, pasen —dijo Costa mientras les tomaba una foto con la cámara que le habían regalado en su cumpleaños y les franqueaba la entrada a sus amigos.

Dentro estaban Marta y Marlet platicando. Marlet y Costa habían comenzado una relación el semestre anterior. En la reunión había algunos chicos que José no conocía. Mientras todos se saludaban, Costa se dirigió a la cocina, al volver regresó con dos latas de cerveza que entregó a José y Rata, los cuales ya habían hecho un semicírculo con Marlet y Laura, mientras Marta les

enseñaba, orgullosa, el primer tatuaje que se había hecho en el antebrazo.

—José, Rata, saben que Laura se va de Escutia —dijo Costa mientras abría su cerveza y le daba un sorbo—. Eso nos estaba contando antes de que ustedes llegaran.

—¿Y eso? —preguntó Rata.

—Sí, encontré trabajo en Guanajuato.

—Qué bien, ¿de qué? —preguntó José.

—Contable.

—Por fin, alguien va a trabajar para lo que estudió. ¿Te van a pagar bien?

—preguntó Costa mientras sacaba un mazo de cartas y comenzaba a barajarlas.

—No es como tal un trabajo, es una de las putas becas del gobierno —dijo Laura mientras volteaba su mirada a la ventana, desde donde se podía ver el techo del edificio de enfrente.

—Mano de obra barata para esos cabrones burgueses —dijo Rata.

—Me voy con un contrato de seis meses y después a ver qué pasa —dijo Laura regresando la mirada a sus amigos.

—¿Y Grecia?

—Grecia se queda, hemos hablado y quizás los mejor es terminar lo nuestro por ahora, creemos que es mejor y más sano para las dos, ya después, solo el tiempo dirá.

—Bueno, si las dos están seguras, quizás es lo mejor —comentó Marta.

—Dicen que cuando el amor es real, siempre triunfa —dijo Laura

—Por lo menos dicen que en la ciudad en la que vas a trabajar se vive bien —dijo Costa.

—Yo no viviré en el centro de la ciudad, es en las afueras. Es una empresa rural —comentó Laura.

—¡Vaya mierda entonces! —exclamó Costa dando un sorbo a su cerveza.

—Ya, pero aquí no encuentro nada, llevo meses mandando *currículums* y nada, así que no me queda de otra —dijo Laura.

—El gobierno actual está haciendo mal las cosas, no sabe gobernar, utiliza mal los recursos. Marta, perdona, sé que tu papá está ahí, pero son una bola de rateros —dijo Rata.

—Sí, son unos imbéciles. Yo me tengo que chingar la vida, mis amigos y mi relación, por un salario también de mierda porque aquí no hay trabajo —dijo Laura.

—Mi papá no es un ratero —dijo Marta.

—Quizás tú papá no, pero es parte de ese sistema de corruptos que no saben legislar en beneficio del pueblo —dijo Rata mientras acariciaba la cabeza de

Luna.

—Bueno, bueno, ¿vas a venir algunas veces a Escutia o ya te quedas definitivo allá? —preguntó Marlet.

—Aún no lo sé, sé que el dinero lo necesito, mi mamá, por su edad, ya no puede trabajar, y los gastos de su casa y mi hermana, no los puede llevar solo ella.

—Bueno, anímate, como dicen, no hay mal que por bien no venga —dijo Costa abriendo otra cerveza—. ¿Podemos irte a ver? Yo nunca he besado a una chica de esa ciudad. Tienen buena fama.

—Claro que pueden venir, seguro la vamos a pasar bien, pero bueno, hoy a celebrar, que las despedidas son para estar alegres —dijo mientras le quitaba el cigarro a Marta que tenía en la boca, le daba una fuerte calada y lanzaba el humo.

Horas más tarde casi todos se habían ido de la casa, solo quedaban Rata, José, Costa, Marta y Laura.

—¿Y por qué no vino Grecia? —preguntó Rata a Laura.

—Porque hemos acordado distanciarnos y para lograrlo hemos decido dividirnos las reuniones sociales, como tenemos los mismos amigos, es complejo separarnos, así que cuando una acuda a una reunión, la otra no irá.

—¿Y sus cosas? —preguntó Marta.

—Algunas ya se las ha llevado.

—¿Dónde se está quedando a dormir? —preguntó Costa.

—En casa de su mamá.

—¿Por qué no intentan una relación a distancia? —preguntó Marta.

—Lo habíamos pensado, pero sabemos lo complejo que es eso y es mejor así, terminar por lo sano, antes de que alguna salga lastimada —dijo Laura mientras acariciaba a Luna.

—Es una pena que estén pensando en terminar porque te tengas que ir a trabajar a otro lado —dijo Costa mientras introducía el cuello de la cerveza en su boca y bebía de ella.

—Lo que es una pena es que el sistema está hecho una mierda y por eso nos tengamos que largar de nuestras ciudades para trabajar en otros lados —dijo Laura pegando con el canto de su mano en el sofá donde estaba sentada—. No puede ser que tengamos que entregar todo lo que tenemos por un maldito salario.

—Todo es todo, incluso nuestra vida por unas cuantas monedas —dijo Rata mientras encendía un cigarro—. Lau, ¿te gustaría fastidiarlos un poco, como ellos a ti?

—Bueno, nunca está de más ganarle un poco al sistema, pero, ¿cómo?

—¿Qué idea tienes? —preguntó Marta.

—De camino a casa de Marta están las instalaciones del Directivo Estatal del PVN, vamos a fastidiarlos, yo tengo algunas latas de aerosol en mi casa, pasamos por ellas y les vamos a hacer un cagadero a su auditorio principal, simplemente vamos y les grafiteamos su auditorio. En estos días tienen procesos internos y en ese auditorio es donde celebran esos actos.

—¿Pero ahora?, ¿en este momento? —preguntó Costa confundido.

—Sí, las cosas se hacen mejor en caliente —contestó Rata mientras se levantaba de su asiento y se dirigía hacia el refrigerador—. Además, si sale bien, puede ser el inicio de algo.

—Deberíamos consultarlo con Gonzalo, de esto nunca habíamos hablado en las reuniones —dijo Laura.

—Gonzalo no es nuestro jefe, simplemente era la persona de mayor edad en el grupo de estudio y la que nos recomendaba lecturas, pero tampoco eso significa que le debamos avisar de todo lo que hagamos —dijo Rata.

—¿Te has vuelto a enojar con él? —preguntó José.

—Pues no me he enojado, solo no estamos de acuerdo en muchos puntos.

—Pero si era el ídolo que adorabas todas las noches —dijo Costa.

—Sí, pero ya estoy cansado de que las reuniones solo sean teóricas, quiero pasar a la práctica, su pensamiento ya está obsoleto, él sigue soñando con su mayo del 68. Como le dije el otro día, nuestra generación ya tiene otros dioses y otros héroes. Mientras él envejece, los trabajadores siguen sufriendo la violencia del sistema, y violencia con violencia se responde.

—Tienes razón, cuenta conmigo —dijo Costa mientras reía eufórico en un extremo de la habitación.

—Yo voy —dijo José.

—Anímate, Marta, siempre estás diciendo que tu papá se la pasa fastidiándote, pues es la hora de regresarle un poco —dijo Rata.

—Bueno, pues voy, ¡qué más da! —dijo Marta

—Eso Marta, sabía que dentro de ti vivía una revolucionaria —dijo Rata—. Entonces pasamos a mi casa por los aerosoles y vamos a hacerles un desmadre.

—Esperen, esperen, ¿cómo sabemos que no hay muchos policías alrededor? Necesitaríamos algunos planos para disminuir el riesgo. Creo que nos estamos arriesgando de más —dijo Laura.

—Yo he ido muchas veces a ese auditorio, podría caminar a ciegas por esa explanada — dijo Marta sonriendo a Rata—, así que eso no es un problema, yo les puedo guiar.

—No nos estamos arriesgando de más, nosotros hemos caminado mucho por esa zona, ¿verdad, José? —dijo Costa—, y por las noches nunca he visto mucha

seguridad, más allá de las púas que hay en lo alto del muro y los dos guardias que están en la caseta principal; lo demás es fácil, casi una línea recta. Lo sé, pues muy cerca de la entrada principal, que es donde está la caseta de vigilancia, el muro se convierte en vallas con postes metálicos desde donde se puede ver el interior del lugar.

Tiempo después, Laura, Costa, José y Marta esperaban afuera de la casa de Rata, quien entró y salió con una mochila negra, en ella traía aerosoles y medias de mujer que les había robado a su abuela y a su hermana.

—Iremos en el coche de mi abuela —dijo Rata, que llevaba en la mano unas palcas de alguno de los hurtos a los automóviles. Costa, ¿aun te quedan cartuchos de tu cámara?

—Sí.

—Perfecto, pues vamos.

Todos caminaron en dirección hacía un Renault 5, 1990. Mientras Rata cambiaba las placas, Marta se acercó al parabrisas trasero del auto y, aprovechando que estaba lleno de polvo, con su dedo dibujó un mapa de las instalaciones del partido, en el mapa se podían ver tres edificios rodeados de un muro, puso dos equis, una que era el lugar donde estaba la caseta de vigilancia, y otra donde estaba el auditorio del partido. Rata intervino en el dibujo y sin querer rozó el dedo de Marta, ella solo volteó a ver por un segundo a Rata y emitió una ligera sonrisa casi imperceptible para los demás y él marco otra equis desde donde creía que era el lugar con menos luz y menos arriesgado para entrar; después deslizó su dedo en línea recta desde esa equis a la que Marta había marcado como el auditorio.

Dentro del automóvil, José fumaba un cigarro y Marta mordisqueaba la uña de su pulgar, minutos después estacionaron el Renault a unas calles de las instalaciones del PVN y descendieron del auto. «No hay vuelta atrás», dijo José mientras veía a Marta a los ojos. Marta bajó la mirada y recibió de manos de Rata, igual que todos los demás, una de las medias. Llegaron por uno de los extremos de las instalaciones del partido. Marta, Laura y Costa, esperaron en la esquina de la calle, Rata y José fueron a caminar cerca de la puerta principal con la intención de observar si los guardias estaban en la caseta; por la hora que era, estaban sentados con los brazos cruzados y su gorra les tapaba la cara, era evidente que habían caído dormidos. Los chicos continuaron su camino para dar un rondín y observar la zona. Después regresaron con sus amigos, Rata llevaba uno de sus pulgares arriba. Todos caminaron unos metros hasta una zona donde había muy poca luz y se pusieron las medias en la cabeza, en ese momento, Rata les dijo a Costa y a José que lo ayudaran a impulsarse para ser el primero en cruzar el muro. Costa y José se pusieron en cuclillas y

entrelazaron los dedos de sus manos para formar un escalón. Rata abrió su mochila y sacó tres linternas, una se la entregó Marta, una se la dio a José y otra se la quedó él. Después sacó unas pinzas y puso su pie derecho sobre las manos de sus amigos, los cuales ejercieron fuerza en sus brazos y lograron elevar a Rata a la altura de las púas, para que él las cortara. Segundos después Rata se impulsó con las palmas de sus manos y logró quedar sentado sobre el muro, desde ahí observó hacia dentro, sin decir palabra, volvió a levantar el pulgar derecho y giró el cuerpo, para después dar un salto hacia dentro del lugar. En ese momento, Costa y José hicieron señas con su mirada a Marta y Laura, quienes de inmediato se impulsaron con las manos de sus amigos y cruzaron el muro. Después, José se puso de pie, puso sus dos palmas sobre la pared e impulsado por las manos de Costa, pudo quedar a la altura necesaria para subir el muro y quedar sentado sobre él. Sobre el muro volteó a ver a Costa y estiró uno de sus brazos hacía él mientras su amigo estrechaba la palma de su mano y se impulsaba colocando la punta del pie en la pared, José sintió una calma en su cuerpo acompañada de temor, esta calma vino acompañado de prolongado escalofrío que le recorrió desde los tobillos hasta la nuca y murió en sus ojos. Sintió miedo como el de un alcohólico frente a botellas llenas de licor, y estuvo a punto de no continuar con ese acto vandálico, sus músculos se tensaron y su corazón latía con fuerza. El miedo desapareció cuando Costa logró brincar y sentarse junto a él en el muro, ambos dieron un salto a donde ya los esperaban sus amigos. El miedo que había sentido hacia algunos segundos, se convirtió en energía que necesitaba ser liberada. Ahora su cuerpo no pesaba, era ligero, y se sentía ansioso por vivir. Cuando los cinco estuvieron del otro lado del muro, observaron cautelosos que no hubiera guardias a la distancia, y aunque no vieron a nadie, escucharon unos pasos, ellos se agazaparon detrás de unos arbustos, cuando escucharon alejarse los pasos, continuaron escabulléndose por la amplia explanada que daba entrada al auditorio, donde, semanas más adelante, se llevaría a cabo la toma de protesta del nuevo dirigente nacional y posible candidato de derecha a la gubernatura de la ciudad. Marta fue la primera en correr, detrás de ella salió Rata, la luz de la luna llena y el cielo despejado hicieron más fácil sus movimientos, pero esas ventajas también podían ir en su contra, pues era más sencillo ser descubiertos. Cuando Rata y Marta estuvieron en el otro extremo de la explanada, se escondieron detrás de unos arbustos y desde ahí, al tener una visión panorámica, hicieron señas a los otros tres chicos para que cruzaran hacia donde estaban ellos. Cuando de nuevo estuvieron los cinco juntos, Marta señaló un edificio y se dirigieron hacia él. Frente a las puertas del auditorio, Rata utilizó sus pinzas para romper un candado que cuidaba la entrada al recinto,

después José sacó unas pequeñas ganzúas y como hacía cuando iba a robar a los autos, las introdujo y en pocos segundos abrió la cerradura. Rata abrió con mucho cuidado la puerta, tratando de hacer el menor ruido posible, encendió su linterna, al tiempo que les dijo a sus amigos que tuvieran cuidado con los escalones. Después, los cinco cruzaron el auditorio a través de unas escaleras, que estaban entre las butacas y que los llevaba directo al proscenio donde había una mesa y sillas junto a un atril con las iniciales del PVN en el centro. De las paredes colgaban cuatro cuadros de los fundadores del partido que habían luchado en la revolución de 1910. Estando ahí, José, Laura, Costa y Marta, comenzaron a pintar las paredes, tal como Rata les había indicado en el auto, con frases leídas y aprendidas de memoria en los libros que leían en las reuniones del grupo de estudio. De pronto, por esas paredes se podía observar el símbolo del martillo y la hoz sobre los cuadros. Mientras ellos pintaban, Rata se dirigió a uno de los extremos del proscenio y cagó junto a una de las paredes, después se puso de pie, subió su pantalón y se dirigió al centro del proscenio, ahí quedó de frente a las iniciales del PVN, donde debajo se podía leer en letras azules: «Partido de los Valores Nacionales». En ese momento, Rata sacó una lata de aerosol de color rojo de uno de sus bolsillos, la agitó en repetidas ocasiones mientras leía ayudado de su linterna algunas de las frases que sus amigos habían escrito.

CUANDO LOS BURGUESES CAIGAN,
SERÁ PARA NO LEVANTARSE

SOMOS LOS HIJOS DE LOS QUE LEVANTARON A ESTE PAÍS, Y POR ESE DELITO, AHORA NO TENDREMOS DERECHO A UNA JUBILACIÓN DIGNA

Cuando terminó de agitar el aerosol y leer las frases, escribió y dibujó sobre el logotipo del PVN.

M A R X

De pronto, unos ladridos de perro se escucharon desde las afueras del auditorio. Los chicos se detuvieron por un momento y dejaron de moverse, incluso, casi de respirar. Rata desenfundó una navaja que guardaba en uno de sus bolsillos por si era necesario utilizarla. Los ladridos del perro cada vez se escucharon más lejos y fueron perdiendo fuerza. Los chicos continuaron pintando las paredes por algunos minutos más. Cuando Rata terminó de pintar

otras palabras y símbolos, volteó a ver a Costa, quien terminaba de pintar bigotes a un cuadro del fundador del PVN. En ese momento Rata le indicó a Costa que tomara fotos de las pintas. Cuando Costa terminó, le entregó el mazo de fotos a Rata, que de inmediato dividió entre los cinco por si algo salía mal y alguno era capturado, en ese momento los cinco se dirigieron hacia la salida del auditorio, estando fuera, cruzaron la explanada por segunda vez de uno en uno. Cuando Rata, Laura y Costa habían cruzado la explanada, el sonido de los ladridos regresó. Marta y José tuvieron que detenerse y tirarse al suelo para esconderse detrás de unos arbustos. Rata, Costa y Laura se escondieron al cobijo de una sombra y unos arbustos. El sonido de los ladridos aumentó hasta que estuvo a metros de Marta y José. Desde el suelo pudieron ver las piernas y botas de un guardia que sostenía con una correa un dóberman. El perro estaba inquieto y comenzó a oler el suelo, sin embargo, nunca se acercó lo suficiente como para descubrir a los chicos. El guardia y el perro continuaron su camino y se perdieron a la distancia. En ese momento Marta y José salieron de detrás de los arbustos y corrieron lo más rápido que pudieron hasta donde ya los esperaban Costa y Rata, arrodillados y con los dedos entrelazados para formar el escalón. Laura ya estaba del otro lado del muro. Marta y José brincaron sobre las manos de sus amigos y saltaron la barda. Sobre la barda José ayudó a Costa y a Rata a saltar. Cuando los cinco estuvieron del otro lado del muro se quitaron las capuchas y corrieron a toda velocidad en dirección de donde habían dejado estacionado el automóvil. Ya en el Renault, Rata encendió el motor, arrancó y gritó eufórico. Marta, que iba de copiloto, encendió un cigarro, mientras en la parte trasera Costa, José y Laura reían delirantes de alegría. Rata condujo algunos kilómetros hasta que se estacionó en una calle. Marta se puso una gorra que Rata tenía en el auto, bajó y caminó una calle hasta que llegó a la puerta de un edificio donde examinó los timbres que había en la pared y leyó las tres tarjetas de bronce que había sobre cada uno:

Despacho jurídico Domínguez	3 A
Dr. Hake	2 A
El imparcial	1 A

Pulsó el 1 A y esperó.

—¿Sí?

—Revisen su buzón, seguro sabrán darles buen uso a estas fotos.

Marta no dijo más y regresó corriendo hasta el automóvil. Rata arrancó y se dirigieron a casa de Laura, estando ahí, Marta le pidió a Rata que la tatuara por segunda vez, esta ocasión cerca del hombro. Rata le dibujó un pequeño

corazón, todos estuvieron bebiendo unas horas más hasta que llevaron a Marta a su casa. Costa, José y Rata volvieron casa de Laura y bebieron hasta que el sol salió de nuevo y alumbró con todo su esplendor la ciudad.

*

> En otras noticias, ayer por la madrugada el auditorio principal del Partido de los Valores Nacionales, PVN, fue vandalizado por un grupo de personas que hasta el momento no se han identificado. Lo único que se sabe, gracias a información compartida por el periódico El Imparcial, que fue el único medio que recibió las fotografías del suceso en sus oficinas, es que es un grupo de extrema izquierda. A esta conclusión se puede llegar, ya que en las fotografías entregadas a ese medio y que aquí les compartimos en sus televisores, observamos en múltiples paredes el símbolo del martillo y la hoz, así como el nombre de Karl Marx, símbolo de ideologías de izquierda.

En la televisión se podían ver las imágenes de las paredes pintadas y hacían un acercamiento al cuadro del fundador del partido, que tenía pintado unos bigotes.

> Hasta el momento ningún grupo extremista se ha adjudicado el ataque a la sede de esa institución y tampoco el Partido ha emitido algún comunicado. Las hipótesis giran en torno a que es un grupo pagado por los partidos de izquierda que buscan revitalizar y rejuvenecer la lucha de clase obrera y juvenil con la intención de ganar más simpatizantes de cara a las siguientes elecciones. Como recordarán los espectadores, las elecciones para gobernador se llevarán a cabo en las próximas semanas. Ahora pasamos a los deportes.

—Martínez, si serás pendejo, te dije que les pagaras a eso cabrones de la televisión para que no dieran la noticia —dijo Villatoro gritando y sosteniendo la bocina con una de las manos mientras con la otra sostenía un vaso con agua mineral y limón.

—Jefe, lo intenté, pero ayer por la noche *El Imparcial* ya tenía las fotos y las entregaron a todos los medios.

—Esos del *Imparcial* siempre nos están chingando, pero van a ser los primeros que vamos a vetar en cuando tengamos la gubernatura, ya casi salgo para la oficina, te veo en una hora, tengo en la otra línea al presidente del Comité Nacional —dijo Villatoro mientras colgaba el teléfono de su casa, daba un gran trago a su bebida y contestaba su teléfono celular—. Dígame, señor.

—Eres un pendejo, Villatoro. ¿Por qué no paraste la entrega de las fotos? ¿Por qué no hiciste algo?

—Lo intentamos, jefe, pero ayer por la noche ya tenían las fotos en *El Imparcial*. Según nuestro informante, los del periódico creen que los mismos que entraron a la sede fueron los mismos que dejaron las fotos en su buzón, seguro es cosa de la oposición, nos quieren chingar, pero no se preocupe, jefe, no nos vamos a dejar —dijo Villatoro limpiándose el sudor de la frente.

—Prepare un comunicado, haga bien las cosas, que nos estamos jugando las elecciones.

—Sí, jefe, no se preocupe, ya estoy trabajando en ello.

—Y agéndate para mañana en la noche, vamos a ir al casino otra vez, tenemos una cena de negocios con unos empresarios que nos van a apoyar con mucho dinero para la campaña y aprovechando la cena vamos a darle la noticia a Anselmo, pero por favor, esta vez no te excedas, me dijeron que ayer después de que me fui te pusiste muy borracho. Estamos en un momento de cuidar las apariencias.

—Agendado jefe y disculpe lo de anoche, pero se me calentó la boca, no va a volver a pasar. Hasta más tarde y disculpe que se despertó esta mañana con esta situación —dijo Villatoro mientras colgaba el teléfono y veía a Marta girar y despertar, pues se había quedado a dormir en el sofá de la casa.

Cuando Villatoro vio que su hija giraba su cuerpo, le vio parte de su brazo con el tatuaje que Rata le había hecho la noche anterior, en ese momento ella se levantó y se dirigió a la cocina en busca de un vaso de agua, Villatoro pudo ver que llevaba puesta una camiseta de tirantes con la cara del Che Guevara.

—¡Marta!, ¡¿qué son esas chingaderas, que traes puestas?! —gritó Villatoro. En ese momento la madre de Marta entró a la sala asustada por lo gritos de su marido.

—No empieces, papá… —dijo Marta con una resaca fatal y llevándose las manos a la cara.

—Pero, ¿qué pasa? —preguntó la madre de Marta.

—Tu hija que se tatuó y mira las pintas que trae, parece drogadicta de las que piden dinero en la calle —dijo Villatoro mientras Marta volvía al sofá donde había despertado, tomaba el mando de la televisión, la prendía y comenzaba a cambiar los canales.

—Jorge, tampoco es para que le grites y la ofendas, mi hija es incapaz de meterse cosas raras al cuerpo, por eso la hemos educado en los mejores colegios de la ciudad, solo que ahora es joven, tú a su edad también hacías tus cosas —dijo la madre de Marta mientras le llevaba una naranja pelada a su hija.

—Yo a su edad estaba en las juventudes religiosas y ya trabajaba, ella a mi edad se junta con marihuanos y se pone camisetas de revolucionarios —dijo Villatoro mientras cogía una cruz de oro que tenía en el cuello y le daba un beso.

—Papá, todo te molesta —dijo Marta después de comer uno de los gajos de naranja.

—¿No te das cuenta de que los medios de comunicación te pueden sacar una foto con esa camiseta y pones mi carrera en peligro?

—Solo me la pongo para estar en la casa, además, fue un regalo de José.

—Ese es el problema, ese cabrón te está llevando por mal camino, él y sus mugrosos amigos te van a llevar a la perdición. Lo que debí hacer fue que en el momento que regresaste del viaje y pasó lo de Emilio, que en paz descanse, debí mandarte para Houston con tu abuela —dijo Villatoro mientras se persignaba y volteaba su mirada al techo de la casa.

—Jorge, déjala en paz, tú en tu juventud también fuiste rebelde, me acuerdo que cuando tenías cabello, también lo tenías largo, por eso me gustabas.

—Es distinto, yo me lo dejaba largo como Jesucristo, esos se lo dejan largo porque no tienen dinero para cortárselo. Marta, me vas a meter en un problema, y ahora no lo necesito, estamos a nada de entrar a campaña y tú y tus amigos hippies no me van a arruinar. Estoy cansado de esta situación. Casi pierdo mi trabajo cuando pasó lo de Emilio, si no es por lo que encontraron los forenses en su cuerpo, y porque mandaron a su padre al norte del país, seguro Bustamante hubiera buscado la manera de eliminarme del área política. Marta, entiende, en este momento no necesito más problemas.

—¿Y tú entiendes que soy feliz con esos amigos? —dijo Marta sin dejar de ver la pantalla de la televisión.

—Tu felicidad no va a arruinar mi carrera política y esos amigos solo te van a traer problemas —dijo Villatoro.

—El único que tiene problemas aquí eres tú y si tantos problemas te doy, pues ve a casa de tu amante, a lo mejor allá tienes menos —dijo Marta poniéndose de pie del sofá— ¿Tú no opinas, mamá? —La madre de Marta no dijo ninguna palabra y se dirigió hacia la cocina, donde comenzó a levantar los restos del desayuno de la mesa.

—Te largas la siguiente semana a Houston con tus abuelos, estoy cansado de que me faltes al respeto. Esto no es una amenaza. Te estoy avisando. Ve preparando las maletas. Tu hermana nunca hubiera hecho esto. Lárgate a tu habitación, no te quiero ver más por aquí —dijo Villatoro con la cara descompuesta, levantando el brazo y señalando las escaleras que llevaban al segundo piso de la casa.

—Déjame en paz, ya me tienes harta con mi hermana, siempre comparándome con ella, entiende, ella está muerta, es hora de que lo superes —dijo Marta mientras se dirigía a su habitación.

—Jorge, estás siendo muy duro con la niña, ¡cómo la vamos a mandar fuera del país!

—Charo, en este momento no necesito este tipo de problemas, estamos a nada de chingarnos a los de la izquierda, si ganamos las elecciones seré el presidente estatal del partido. La cosa está entre Pereira y yo.

—¡Ve preparando tu maleta, te vas esta semana del país! ¡Y no es una pregunta, es una orden! —gritó Villatoro desde la sala mientras escuchaba cómo Marta azotaba la puerta de su habitación.

Minutos después, cuando Villatoro y su esposa salieron de su casa, Marta, llorando, marcó el teléfono de Laura, pues estaba segura de que todos sus amigos seguirían ahí; después de algunos timbrazos contestó Rata y le dijo que los demás habían salido a comprar de desayunar, Marta desahogó con él.

Al siguiente día, José llegó al casino, había acordado cubrir a Rata, pues aún se sentía mal a causa de la resaca de la fiesta anterior.

—Qué cara tienes —dijo José cuando se encontró con Costa en el casino.

—Alguien tiene que trabajar; mientras tú y Rata estaban descansando, yo tuve que venir a trabajar ayer —dijo Costa.

José y Costa estaban en la barra preparando bebidas cuando José vio entrar al casino a cinco hombres, entre ellos a Villatoro.

—Mira, ese es el papá de Marta —dijo José al mismo tiempo que pegó con el codo a su amigo para que girara la cabeza y viera al grupo de hombres.

Cuando Costa levantó la mirada, observó a los hombres y sonrió.

—Al que va hasta delante ya lo conocía, era cliente habitual del otro bar donde yo trabajaba antes, se llama Anselmo, y a tu suegro lo conocí hace dos días. Debiste ver la borrachera que esos dos se pusieron, ayer también vinieron, pero los acompañaban otros hombres, me dieron muy buenas propinas por cuidarles la borrachera, mira —dijo Costa mientras abría su cartera y le mostraba unos billetes a José—. Voy a saludarlos. Ahora que regrese, te voy a mostrar algo.

Costa se salió de la barra y se dirigió a la mesa donde se habían sentado los cinco hombres, que casi hipnotizados, observaban a todas las mujeres con poca ropa que caminaban con todo descaro por el lugar. Cuando Costa regresó a la barra abrió un refrigerador, sacó una botella de champagne y le dijo a José que había escuchado que estaban celebrando la precandidatura de Anselmo para alcalde de la ciudad.

—Para ser de derechas escogieron al más pervertido de los que podían

elegir, a ese le encantan las putas, mira, hace dos días se pusieron tan borrachos que les tomé unas fotos y no se dieron ni cuenta.

En ese momento Costa sacó dos fotografías de su chaqueta y se las mostró a José, en una de ellas se observaba en primer plano a Costa sonriendo a la cámara y en segundo plano a Villatoro y a Anselmo dormidos en una cama de lo que parecía uno de los privados del casino; en la cama, entre ellos, había una mujer rubia que también dormía desnuda. En la otra fotografía se podía ver a la rubia amarrada al estilo bondage, en la posición sexual llamada en cuatro, las manos las tenía atadas en la espalda y, para que la parte delantera del cuerpo no cayera por su peso y quedara a la altura de la pelvis de Villatoro, tenía almohadas debajo de su pecho; en su boca tenía un pequeño cinturón que le impedía cerrar la boca. Del otro lado Anselmo la penetraba, en esa foto la cara de la chica parecía más de dolor, que de placer.

—Aquí parece que ella no se la está pasando tan bien —dijo José a Costa.

—Es un efecto de la fotografía, ella se la estaba pasando espectacular —dijo Costa mientras se tocaba los testículos con su mano.

—¿Cómo es que no se dieron cuenta de las fotos?

—En la primera estaban dormidos, la segunda, si te fijas bien, no tiene flash, así que estaban tan drogados y entretenidos en lo suyo, que no se enteraron.

—Con esto los podemos acabar, su carrera política está en nuestras manos —dijo José mientras observaba la imagen.

—Lo sé, pensaba mostrárselas a Rata, para saber qué hacemos con ellas, yo había pensado en que debemos mandarlas a algún periódico o cadena de televisión para que las difundan.

Anselmo era un hombre que no pasaba de los treinta y cinco años, fue elegido por el PVN como candidato a la alcaldía de Escutia pues, aunque su carrera era breve, había sido meteórica, siempre ayudado por los millones de dólares de su familia, los contactos estratégicos de su padre y la magia que tenía para hablar, podrían representar una victoria contundente para el PVN. Esa noche, mientras conducía hacia el casino donde sospechaba que lo habían citado para darle la noticia de su candidatura, se había prometido que, de lograr la candidatura, dejaría de beber por un tiempo, por lo menos mientras duraran las elecciones. Horas más tarde, ya en el bar, en el mismo momento en que Anselmo aún saboreaba las palabras del presidente del PVN, que le confirmaban sus sospechas sobre su candidatura y abría una botella de champagne. El área de comunicación del partido estaba mandando el comunicado de prensa a las televisoras para que a la mañana siguiente, a primera hora, todos los habitantes de la Ciudad de México se comenzaran a aprender su nombre de memoria.

Anselmo pensaba que esa sería su última noche antes de meses de sobriedad y moderación, en los que debería ser cuidadoso y mostrarse en público pulcro y recto con su mujer y pequeña hija; pero hasta la mañana siguiente que se haría formal su elección, era relativamente libre, así que esa noche celebraría a lo grande. Mientras disfrutaba pensar en su futuro poder, Anselmo puso su mirada en la amplia sala llena de hombres en traje y mujeres semidesnudas que intercambian miradas y se perdían en las penumbras del lugar. Sin perder el tiempo, hizo señas a Costa y le pidió un paquete de cigarros. Anselmo ubicaba a Costa, pues desde que era un modesto funcionario público acudía al Maxis, otro bar de prostitutas de la ciudad, que era donde Costa trabajaba antes, cuando Anselmo acudía a ese sitio, le pedía que lo atendiera exclusivamente a él, que fuera casi su sombra, pues de esa manera era bien surtido de bebidas y drogas; además, le pedía que le recomendara «las novedades del lugar», su única condición era que las «novedades» tuvieran rasurado el vello púbico, a cambio, Costa recibía buenas propinas al finalizar la noche. Ahora en el casino el ritual seguía siendo el mismo.

Cuando los hombres terminaron de cenar y estrecharon sus manos para cerrar los tratos de sus futuros negocios, que dependían de que Anselmo y el PVN ganaran la alcaldía en la ciudad, Anselmo levantó de nuevo la mano e hizo señas para que Costa se acerca y le pidió una ronda de chupitos para todos en la mesa.

—¿Está la ucraniana de ayer? —preguntó Anselmo con el pulso inseguro levantando su copa mientras Costa llegaba con una charola llena de chupitos a la mesa.

—Sí —dijo Costa mientras depositaba los cinco chupitos en la mesa.

—Tráela, hoy me despido de esta vida por unos meses, así que me quiero despedir a lo grande y asegúrate de que se depile otra vez el coño antes de que la traigas —dijo Anselmo guardándole un billete a Costa en la bolsa de su camisa.

Mientras Costa se alejaba en busca de la chica, Anselmo pensaba que, si en el futuro algo le podían reprochar sus contrincantes políticos, era su adicción a las mujeres de paga.

—Aquí está —dijo Costa minutos después mientras llevaba de la mano a una rubia de ojos azules y cuerpo de gacela, que era la misma de las fotos que le había enseñado a José.

—*Hi, guys, how are yours*? —dijo la rubia cuando vio a los hombres de la noche anterior y sonrió.

—Ya sabes que habla muy poco español —dijo Costa.

—Mejor así, dile que otra vez tiene que ser cariñosa conmigo, pero que hoy

solo vamos a estar los dos, sin terceros, ni interrupciones.

Costa tradujo y la chica solo sonrió por segunda vez.

—¿Me dijiste que se llama Sonia?

—No, se llama Olya.

—Pues hoy la bautizo como mi puta de despedida —dijo Anselmo mientras levantaba su copa y hacía un brindis con el presidente del PVN en la ciudad de México, al que llamó doctor Ramírez y con los demás hombres de la mesa que reían a carcajadas después de escuchar las palabras de Anselmo—. Por la más puta de todas, la democracia de este país.

Después de chocar sus copas, Anselmo tomó por la cintura a Olya y bebió de un solo trago su copa de champagne, se levantó de su asiento y se perdió de la mano de la rubia en las penumbras del bar, para dirigirse a una de las habitaciones privadas. Casi una hora después, Costa y José esperaban afuera de la habitación del fondo de los privados, la más alejada de la entrada principal. Como siempre, Costa debía estar cerca de Anselmo, pues la propina también incluía cuidarle las espaldas a su cliente; en ese momento, Costa le explicaba a José el truco de la bebida caliente, que consistía en dejar las botellas de licor fuera del refrigerador para cuando se sirvieran al cliente y se le depositaran los hielos, estos se derretirían más rápido, ocasionando que el cliente pagara por más hielo u otra bebida, ya que la del momento habría perdido su consistencia.

En ese momento, Anselmo salió gritando de la habitación: ¡un Médico! ¡Un Médico! ¡Pronto!

Costa y José de inmediato giraron sus cabezas, entraron a la habitación y vieron a Olya en el suelo.

—¡Se está muriendo! ¡Se está muriendo! —Anselmo no paraba de gritar.

—Quédate aquí y sostén a la chica —dijo Costa mientras salía corriendo de la habitación a avisar a los acompañantes de Anselmo.

José se quedó en la habitación presionando el pecho de la chica para tratar de reanimarla y observó lo hermosa, pequeña y frágil que era. Cuando Costa regresó, José giró la cabeza y vio entrar por la puerta con pasos recios a Villatoro y al doctor Ramírez, los otros hombres que estaban en la mesa ya se habían retirado del bar.

—¡Le dije que no se inyectara mucho, se lo dije! —gritaba histérico Anselmo en una de las esquinas de la habitación.

—Pero, muchacho, tú, ¿qué haces aquí? —dijo Villatoro al ver a José.

José no le contestó y solo le entregó el sostén de la cabeza de Olya al doctor Ramírez.

—Aléjense todos —dijo el médico, para después agacharse con sus casi setenta años de edad, recargarse sobre una de sus rodillas, mientras que con

una de sus manos tocaba el pulso de Olya, que yacía desnuda en el suelo, y se acercó a su pecho—. No escucho ningún latido. Tú y tu amigo se van a llevar este cuerpo de aquí —dijo el médico señalando a Costa—. No sé a dónde se la lleven, incluso no quiero saber, solo quiero que la desaparezcan, yo hablaré con el gerente del casino. Ustedes no se preocupen, si hacen bien las cosas, mañana este señor

—dijo señalando al padre de Marta—, les va a venir a buscar y les dará una buena paga por esto, además les va ayudar en todo lo que necesiten. Pero si por alguna razón alguien se entera de esto, o algo sale mal, ustedes dos se van a arrepentir.

Después de esas palabras, el doctor Ramírez dio indicaciones a Anselmo de envolver el cuerpo en una sábana. José y Costa eran conscientes y sabían lo que significaba que un hombre poderoso pidiera un favor. Mientras Villatoro envolvía el cuerpo de Olya, Anselmo continuaba llorando y lamentándose en la esquina de la habitación y se llamaba a sí mismo asesino. El doctor Ramírez se aceró a él y le dijo que se calmara, que nadie se iba a enterar de lo sucedido.

—Tuviste mala suerte, pero que de estas cuatro paredes no va a salir este secreto. —Afuera de la habitación todo el mundo seguía divirtiéndose, el alto sonido de la música evitó que alguien fuera de esas cinco personas se diera cuenta de la tragedia que había sucedido en esa habitación.

Cuando el doctor Ramírez habló con el gerente, este le dijo que Olya había llegado hacia una semana al país y se estaba quedando en un departamento que él alquilaba para las chicas extranjeras que trabajaban en el bar, era su segunda noche, así que, si mañana no volvía, quizás nadie preguntaría. Entonces ahora lo que importaba era actuar rápido y desaparecer el cuerpo lo antes posible, si se actuaba rápido, las probabilidades eran menores de que alguien asociara la desaparición de la chica con el candidato. Esto pensaba el médico, mientras el gerente le mostraba una puerta de emergencia.

—La vamos a sacar por atrás del casino —dijo el médico mientras daba indicaciones a Villatoro de ir por su camioneta y estacionarla en la parte trasera. En ese momento, Villatoro se dirigió a buscar su camioneta, mientras José y Costa se trasladaron a la puerta que estaba en la oficina del gerente y que daba a la parte trasera del bar.

—¿De verdad vamos a ayudar a estos cerdos? —preguntó Costa a José en murmullos cuando se quedaron por un momento a solas.

—Podemos sacar mucho de esto, los tenemos en nuestras manos, les vamos a pedir mucho dinero a cambio de nuestro silencio. Yo con eso me voy a vivir con Marta lejos de esta ciudad. Tú ve pensando qué vas a hacer con lo que te toque de esto. ¿Te acuerdas de qué pasaría si ganáramos la lotería? Pues le

hemos pegado al número ganador.

Cuando la camioneta estuvo estacionada en la parte trasera del auto, Villatoro y Costa, sigilosos, subieron el cuerpo de la chica que iba envuelto como una momia egipcia en la última de las tres hileras de asientos de la camioneta, mientras José se subía a la parte delantera de la camioneta y la encendía. Con el motor encendido, el doctor Ramírez dijo:

—En cuanto desparezcan el cuerpo, regresan aquí y estacionan la camioneta. Mañana antes de las ocho de la noche él estará aquí. —Señalando a Villatoro. — Si todo sale bien podremos hablar sobre su futuro.

José encendió las luces de la camioneta, aceleró y se perdió en mitad de la noche.

—Creo que debemos llamar a Rata, para avisarle de esto, seguro algo se le ocurre —dijo Costa.

El doctor Ramírez regresó a la habitación con Anselmo, le dio una botella de ron y le dijo que bebiera un poco, Anselmo, asustado y nervioso, trató de sacar un cigarro de su paquete, pero se le rompió. En ese momento, con sus manos temblando, cogió la botella y dio un trago, pocos minutos después el doctor Ramírez y Villatoro dejaban a Anselmo en un hotel del Paseo de la Reforma. A kilómetros de ese lujoso hotel, Costa y José veían la sirena de una patrulla. José pensó que los habían descubierto y le comenzaron a sudar las manos, en cierto momento la patrulla giró a la izquierda y ellos continuaron de frente. Minutos después se detuvieron frente a una caseta telefónica y, a pesar de la hora, llamaron a casa de Rata, él contestó.

—Rata, no te puedo explicar mucho por teléfono, pero necesito que nos veamos en el cruce entre el río y las vías del tren, es muy importante que vengas, no tardes.

Costa y José volvieron a subir a la camioneta y arrancaron. Kilómetros más adelante llegaron a un páramo sin ninguna casa y alejado de la ciudad, donde el río hacía desembocadura y se conectaba con otra veta fluvial. Minutos después llegó Rata, estacionó el Renault y apagó las luces del auto. Los chicos, al ver el auto de Rata, bajaron de la Van, se subieron al Renault y le contaron todo lo que había pasado, le mostraron las fotos también. Rata no lo podía creer, eso podía arruinar la imagen del PVN y poner en jaque a Anselmo Almeida.

—Esta es una oportunidad de oro, vamos a arruinar a ese desgraciado y a todos sus amigos políticos —dijo Rata.

—¿Qué hacemos con el cuerpo? —preguntó Costa.

—Desaparecerlo, no podemos ir a la policía, ustedes ahora son cómplices —dijo Rata.— Déjame ver las fotos de nuevo. —Después de observarlas unos

segundos, se quedó en silencio.— Tenemos que utilizar estas fotos de manera inteligente, lo mejor es que se las demos a José y él se las debe mostrar a Marta, de esa manera quizás ella nos consiga la agenda de su padre, si conseguimos la agenda, podemos planear cualquier cosa para darles otro susto a esos putos conservadores.

—Pero cómo le voy a enseñar a su padre teniendo sexo, no puedo hacerle eso.

—Si la quieres, lo vas a hacer, es mejor que ella sepa la verdad sobre su padre —dijo Rata.

—Ella ya lo intuye —dijo Costa.

—Entonces que confirme que su padre es un cerdo —dijo Rata.

—Ok. Ok, no les puedo asegurar que le mostraré las dos fotos, es suficiente con que vea a su padre desnudo junto a Anselmo y la rubia.

—Haz lo que quieras, pero consigue la agenda.

Entre los tres sacaron el cuerpo de Olya. Rata se subió a la camioneta y desde la última fila de asientos empujó el cuerpo por los hombros, del otro lado, José recibió el cuerpo por los pies y comenzó a sacarlo; Costa, detrás de él, fue recibiendo poco a poco el cuerpo hasta que los hombros de Olya quedaron a disposición de las manos de José, que ejerció fuerza para levantarlo y sacarlo de la camioneta. De esa manera, José de un lado y Costa del otro, cargaron el cuerpo hasta que a unos metros antes del río lo depositaron en el suelo para tomar fuerzas y lanzarlo al agua. Mientras el cuerpo se encontraba en el suelo, Rata se acercó al cuerpo, le quitó la manta de la parte de la cara, la vio por un momento y comenzó a golpearle la cara con una roca que había encontrado en el suelo. Después, José y Costa lo levantaron para lanzarlo al agua. Horas más tarde dejaron la camioneta afuera del casino y entregaron las llaves al gerente, Costa y José pidieron un taxi que los llevó a la habitación de Costa. Cuando llegaron, el Renault estaba afuera y entraron los tres juntos a la habitación, durmieron, o trataron de dormir lo que quedaba de la madrugada, ya que cualquier ruido los asustaba y despertaba.

La tarde siguiente, tal cual lo habían acordado, los chicos llegaron pocos minutos antes de las ocho de la noche al casino. Villatoro llegó unos minutos después y se encerró con Costa y José en la oficina del gerente. Ellos sabían que tenían el control de la situación, así que pidieron mucho dinero, tickets de avión para el extranjero y pasaportes falsos. Villatoro aceptó todas las condiciones, las indicaciones del doctor Ramírez era convencerlos para que se largaran lo más lejos posible del país y para su fortuna, ellos mismos pedían largarse. José se iría a Londres y Costa a Francia; aunque Villatoro solo seguía las órdenes de su jefe, en el fondo estaba feliz, de esa manera mataba dos

pájaros de un tiro y por fin alejaría al carpintero de su hija. Sin embargo, no se iba a arriesgar, el viaje de Marta a Houston no se movería de fecha; al mismo tiempo José hacía planes con el dinero ganado y pensaba comprar un boleto de avión para Marta y él, para irse juntos a vivir al extranjero y comenzar una nueva vida. Ni Villatoro ni José, tocaron el tema de Marta, incluso durante toda esa reunión parecía que nunca antes se habían visto. Los boletos de avión de José y Costa tenían fecha de una semana después de aquel día.

La siguiente mañana, según lo acordado con Rata y Costa, José citó a Marta en una cafetería del centro de la ciudad, ahí, José le propuso la idea de irse del país, compartir su vida, aciertos y peligros, juntos. Él le dijo que había conseguido un préstamo y podría comprar los boletos de los dos para irse lejos, donde ellos quisieran. Cuando Marta escuchó la propuesta se echó a llorar en el hombro de José y manchó su chaqueta de lágrimas. Ella, la noche anterior, y mientras se veía en el espejo, había tomado la decisión de terminar la relación con él. El recuerdo de la muerte de su amigo y las constantes discusiones de sus padres la llevaron a evaluar la vida que llevaba y se preguntó mientras sentada frente al espejo veía su reflejo, si ella, a su edad, podría ver a los ojos y sin vergüenza a la Marta de diez años. La respuesta llegó en silencio a su mente mientras se cubrió la cara con sus manos, se puso de pie y se dirigió hasta el mueble donde tenía escondida un poco de cocaína y marihuana que tiró por el escusado. Marta le mintió a José y le dijo que se iría al extranjero para continuar sus estudios, haría un máster, le dijo que era algo que ya tenían planeado hacía tiempo. Cuando José escuchó que Marta se iba del país en tres días, sintió como si una ola lo golpeara en el pecho y le rompiera el corazón, por más que José trató de que ella cambiara de opinión, no lo logró. Cuando Marta mencionó a su padre, José explotó, sabía que él era el culpable de ese cambio tan repentino.

—Sé que tu padre tiene que ver con esto, ojalá no te arrepientas en el futuro de tu decisión. —En ese momento, José sacó las dos fotos del bolsillo interior de su chaqueta y se las mostró a Marta. Cuando Marta las vio, volvió a echar a llorar.

—¿Para qué me muestras esas fotos?

—Para que sepas quién es tu padre. Yo te estoy ofreciendo mi vida y tú te vas, pues tu padre te paga un máster en el extranjero, espero no te arrepientas en el futuro, pero, en fin, me tengo que ir —dijo José guardando las fotos en su chaqueta de nuevo—. Me queda claro que tu amor no es suficiente para irte conmigo, así que dejemos ese tema, ya olvidémoslo, te deseo lo mejor y deséame lo mejor, pero antes de irme te queremos pedir un favor.

—¿Queremos? ¿Quiénes?

—Rata, Costa y yo.

—¿De qué se trata?

—Necesitamos la agenda de tu padre.

—¿Para qué?

—Rata quiere dar un susto al candidato a la alcaldía, piensa que, si no se hace algo con él, la derecha va a continuar en el gobierno y las cosas no van a cambiar en Escutia.

Marta se quedó dubitativa por un momento.

—Dile a Rata que lo veo frente a la fuente de la casa de Laura hoy por la noche. Esto queda entre nosotros cuatro, es la única condición de que los ayude. No quiero que nadie más se entere. Ni Laura, ni Grecia, ni nadie. Si alguien más se entera, negaré todo —dijo Marta mientras se levantaba de la mesa en medio de un mar de llanto.

—¿Por qué sigues llorando? Si tú has tomado la decisión de terminar.

Marta no contestó, solo pensó en todo lo que amaba a José, sin voltear la cabeza apresuró sus pasos hacia la salida de la cafetería, pues sabía que, si no lo hacía, sería capaz de escapar con José a cualquier lugar donde su padre no la encontrara jamás. José, como viejo pescador que mira el horizonte, observó cómo Marta salía en silencio de la cafetería, al mismo tiempo que él derramó algunas lágrimas mientras su café y corazón se enfriaban al ritmo de sus latidos.

José salió de la cafetería y se dirigió a La Compostelana, hacía tiempo que no pasaba por ahí, cuando entró encontró a Manuel sentado en su escritorio haciendo anotaciones en una libreta.

—Y, ¿tú?, ¿qué te trae por aquí? Espero vengas a disculparte y a tomar tu puesto de trabajo aquí, el otro día me dijeron que te vieron de mesero en el bar de las putas.

—Vengo a hablar contigo, sí vengo a pedirte disculpas por mi irresponsabilidad, no debí faltar al trabajo, solo que a veces uno está como en otro mundo, como tonto, es que el amor a uno lo vuelve idiota, pero mi intención nunca fue fallarte a ti o afectar la imagen de la mueblería.

—Disculpas aceptadas.

—Pero también vengo a despedirme, me voy del país, pero no quería irme sin despedirme de ustedes.

—¡Mandana! —gritó Manuel— ¿Cómo que te vas del país?

—Sí, me iré a estudiar una máster al extranjero —dijo José mintiendo a Manuel y a Mandana, que ya se encontraba frente a su hijo y su marido, cuando ella vio a su hijo le dio un fuerte abrazo.

—¿Una máster? ¿Para qué quieres estudiar un máster? ¿No te ha sido

suficiente con tu licenciatura? Yo ya no estuve de acuerdo en que estudiaras y ahora me sales con que quieres hacer un máster, tú aquí ya tienes trabajo, ¿para qué quieres estudiar más?

—Para saber más.

—Eso no te asegura tu futuro, ni dinero, ni un puesto de trabajo. ¿Cómo se llamaba el hijo del primo de tu madre? El otro loco que como tú quiso estudiar un doctorado.

—Samuel —dijo Mandana.

—Ese, tú bien sabes cuánto tiempo tardó para encontrar trabajo.

—Papá, estoy por cumplir veinte años, desde los diecisiete te ayudaba en el negocio hasta que me despediste, necesito irme de aquí, crecer, hacer mi propia vida. Además, necesito un respiro.

—¿Respirar de qué?

—De todo, quiero vivir solo, necesito mi espacio, quiero sentirme libre.

—La libertad la da el dinero.

—Lo sé, pero el trabajo que tengo te lo debo a ti. Mi techo te lo debo a ti. Mi vida entera te la debo a ti. El abuelo a mi misma edad te permitió tomar un año para ti.

—Sí, pero yo comencé a trabajar con tu abuelo desde los once años, en todo caso no puedes comparar la situación de mi padre con la tuya. El punto es que yo te necesito aquí.

—Papá, no te quiero abandonar y dejarte con el negocio solo, lo único que deseo es estar un tiempo solo. Dame un año.

—Conmigo no cuentes, pensé que venías con la intención de regresar a la mueblería, aquí te necesito, ¡y ahora me sales con esto! Yo no pienso apoyar esta locura.

—Me iré con tu apoyo o sin él, además he conseguido una beca del gobierno —dijo José mintiendo de nuevo.

—¿Y a dónde te vas? —dijo Manuel frunciendo el ceño de su cara.

—Londres.

—Tú no tienes ni idea de lo que cuesta vivir en Londres, esa beca te va a alcanzar para limpiarte las nalgas y nada más, cuando se te acabe vas a venir llorando por dinero, ya lo verás. ¡Hijo, entiende, el dinero está en los negocios! No pierdas más tu tiempo. Tu abuelo se partió el lomo para dejarnos la muebleríay tú quieres tirar todo por la borda. No es que no tenga confianza en ti, pero allá afuera la situación está cada día más difícil y con el presidente que tenemos esto cada día va peor. Si te vas de aquí, de mi bolsillo no sacas ni una moneda —dijo Manuel con la cara llena de impotencia.

—Pues la decisión está tomada, no necesito tu dinero.

—Si sigues con esa vida tu jamás sabrás lo que es volver a casa y que te espere una mujer cariñosa, sábanas limpias y la cena preparada.

—Los tiempos han cambiado.

—No me contestes, fíjate como me hablas, José, pues los tiempos habrán cambiado, pero el dinero es el dinero, así que cuando me mandes una carta pidiéndome de rodillas que te mande dinero no olvides mandar una postal con la cara de la reina Isabel II.

—Manuel, no seas tan duro con José —dijo Mandana con un brillo en los ojos.

Al escuchar estas palabras, Manuel dejó caer el bolígrafo que tenía en la mano y abrió la palma de su mano que convirtió en revés e impactó contra la cara de Mandana. La madre de José solo se llevó su mano a la mandíbula al tiempo que el brillo en su mirada se perdía y comenzaba a llorar. Antes de que Manuel regresara la mano y tratara de coger el bolígrafo, José se abalanzó sobre él cogiéndole del cuello, levantándolo y lanzándolo al suelo.

—A mi madre no la vuelves a tocar y si me entero de que vuelves a levantarle la mano, te mato. —Manuel, en el suelo, como diminuto roedor, no creía lo que había pasado, siempre había sido el hombre más poderoso y alto de esa casa. Los años de respeto que había logrado de su hijo se habían esfumado en un instante y ahora estaba en el suelo, viendo a un hombre más alto que él, difícil de gobernar y que le había quitado todo su poder—. No te preocupes, lo tomaré en cuenta. ¿Quieres la postal solo con la cara de la Reina Isabel II, o de cuerpo completo? —dijo José mientras sentía una infinidad de contradicciones, nunca había visto a su padre levantar la mano a su madre y eso le dolía, también sentía vergüenza de ver a su padre humillado frente él, pero era una vergüenza llena de felicidad, había descubierto que su padre no era invencible y que la figura de Atlante que él había construido en su cabeza se desmoronaba en cuestión de segundos. Sabía que en ese momento todas las piezas del ajedrez se movían y que eso llevaba responsabilidades. Confundido ante las infinitas posibilidades que el mundo le ofrecía en ese momento, solo se acercó a Mandana, y preguntó:

—¿Estás bien?

Mandana solo levantó la mirada y sin reconocer a aquel hombre que tenía enfrente, sino hasta el segundo parpadeo, afirmó con la cabeza. José salió de la oficina y se dirigió a su habitación, tomó un poco de ropa interior, algunos libros, unas hojas sueltas que eran el inicio de una novela —pensó que en Europa podría terminarla de escribir—, que guardó en una pequeña mochila junto con parte del dinero que Villatoro le había dado. La otra parte del dinero y las fotos de Villatoro las guardó en su caja fuerte, después salió de su

habitación y se dirigió a la cocina donde abrazó a Mandana, quería en ese abrazo concentrar todo el amor del mundo. Ella solo le deseó suerte, le persignó y dijo: «los hijos son prestados, es tu momento de volar». José salió de la cocina y se dirigió al despacho de Manuel, cuando lo vio, observó un hombre pequeño y envejecido, se acercó a su escritorio y estiró la mano para estrechársela a su padre. Manuel ni si quiera levantó su mirada y no le estrechó la mano a su hijo. José dio media vuelta, se dirigió a la salida de La Compostelana para dirigirse a la habitación de Costa. Al llegar ahí se encontró a Rata y a Costa bebiendo un café, en la mesa tenían una serie de cables, pinzas y un poco de dinamita.

—¿Por qué has demorado tanto? —preguntó Rata cuando lo vio entrar.

—Da igual, ya estoy aquí, me dijo que sí nos va ayudar, te quiere ver frente a la fuente de la casa de Laura, pero pidió discreción, dijo que solo los cuatro podemos saber de su ayuda, si decimos algo, ella lo negará todo.

Por la noche Rata regresó a la habitación de Costa, él y José seguían armando y probando enchufes en una mesa.

—Marta me ha dado fotocopias de la agenda de Villatoro.

—Perfecto, estarás contento —dijo José.

—Sí, pero he pensado las cosas y creo que lo mejor es que ustedes se separen de esto.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó José.

—Estoy diciendo que lo haré solo.

—Si lo haces solo lo mas probable es que te capturen y te metan a la cárcel, tu encarcelamiento no va a cambiar miles de años de opresión —dijo Costa.

—Ahora suenas como Gonzalo, un decrépito anciano panfletario, por eso me separé de él, él solo hablaba y hablaba. De sus libros no salía, no actuaba, eso significaba que no creía en realidad en la lucha. El pueblo necesita actos reales para inspirarse y levantarse contra los poderosos.

—No es que no creamos en la lucha, pero debemos ser más inteligentes que ellos, planear mejor las cosas, hacerlo con cautela para salir ilesos y sin ser descubiertos —dijo Costa.

—Tiene razón Costa —dijo José.

—Los entiendo y soy consciente del peligro que corro, pero para mí es la única manera de lograr un cambio, para mí los hechos son más importantes que las palabras.

—¿Pero te das cuenta que lo que propones es casi un suicidio?

—Yo no lo veo así, pero yo entiendo que ustedes piensen así, pues en realidad ustedes nunca fueron parte real del movimiento, me escuchaban y me apoyaban, pero nunca lo creyeron como yo, no les estoy pidiendo más ayuda,

ustedes ya me ayudaron demasiado —dijo Rata señalando las fotocopias, el cableado y la pólvora que estaban en la mesa—. Se arriesgaron y salieron victoriosos, aprovechen esa suerte y váyanse, el azar pocas veces es tan luminoso. Para mí este acto representa más cosas que solo un acto suicida, en la comisión de diálogo con la familia Almeida las posibilidades de llegar a un acuerdo a través de las vías legales casi se han agotado. ¿Qué va a pasar después? Lo de siempre, van a dimitir los enlaces, se convocará a otra comisión y se empezará a negociar, ¿y si no se llega a un acuerdo? La huelga. Es un círculo vicioso, pero antes de llegar a ese punto, creo que es momento de que el gobierno, que es tan arrogante, se dé un baño de humildad, que se dé cuenta de que es tan frágil como cualquier ciudadano. Lo que yo propongo es dar un paso más firme y más adelante en la lucha, una forma más efectiva de confrontar al enemigo que, de ganar las elecciones, pronto será representado por un empresario, ¿se imaginan? Ese es el culmen del capital. Si Almeida gana las elecciones, uno de los dueños de los medios de producción, ahora también controlará las instituciones del Estado. El movimiento obrero necesita nuevas formas de lucha y mi suicidio en nada contradice las luchas obreras de masa, paradójicamente, las refuerza. Si una acción revolucionaria, ya sea en solitario o en masa, debilita a la burguesía, es un paso ganado a los opresores.

Horas más tarde, cansados de disuadir a Rata de su decisión, José y Costa le entregaron parte del dinero que habían recibido de Villatoro. Cuando Rata estaba por salir de la casa, José y Costa se acercarona él y le dieron un fuerte abrazo. Rata salió y se dirigió a la casa de su abuela. Cuando Costa y José se quedaron solos, lamentaron por horas la decisión de su amigo. Esa misma noche Costa habló con su arrendadora, pagó por adelantado y canceló el contrato de su habitación. Dos días después, José y Costa salieron de la habitación y se dirigieron al aeropuerto de la Ciudad de México. Estando en la sala de espera y antes de que cada uno tomara su vuelo, leyeron algunos pequeños periódicos, en ninguno se mencionaba alguna nota sobre un cuerpo sin vida en el río de los Remedios.

—Toma, hermano, allá vas a pasar frío, yo tengo otra en mi maleta —dijo Costa después de cerrar un periódico y mientras observaba su reloj de muñeca donde se pudo percatar que diez minutos después se separarían.

Después de ponerse la chaqueta que su amigo le regaló, se fundieron en un abrazo y se desearon suerte, minutos antes de subirse al avión, José llamó desde una cabina telefónica a Mandana y le volvió a decir que la quería mucho, después de colgar, sin nada que perder, José abordó el avión con el corazón hecho pedazos y como héroe griego se lanzó al acantilado de su destino incierto para sortear los caprichos de los dioses.

Un día después de que José y Costa salieron de México, Rata salió de su habitación con una mochila, cogió la lata de galletas de su abuela y le dejó un gran fajo de dinero dentro de ella, que era el dinero que José y Costa le habían dado, acompañado de una carta. Rata observó su reloj de muñeca, eran las siete treinta de la mañana, sacó la servilleta en la que Marta le había escrito la dirección de la casa de Anselmo, así como dibujado un croquis del jardín y la entrada principal de la casa. Observó detenidamente el dibujo y lo aprendió de memoria, estando en la calle caminó unas calles y después de comer una manzana encendió un cigarro, con la flama del encendedor prendió la servilleta, que se convirtió en cenizas en cuestión de segundos. Levantó la mano y detuvo un taxi que lo llevó a La Cañada, descendió algunas calles antes de donde Marta le había indicado la dirección, justo frente a parque donde había canchas de tenis. Era un vecindario tranquilo, por la hora y el día no había gente en la calle. Comenzó a caminar hacia la dirección indicada, según la fotocopia de la agenda de Villatoro que había quemado la noche anterior, ese día Anselmo daría un desayuno para sus vecinos con la intención de obtener su apoyo para las elecciones. En las fotocopias había una nota muy clara que decía que ese día y a esa hora, Villatoro estaría en una reunión con un grupo de comerciantes en otra zona de la ciudad, por lo tanto, no asistiría a ese evento. Cuando Rata estuvo a unos metros de la residencia de los Almeida, vio una cabina telefónica y se acercó a ella, dese ahí pudo ver de frente una enorme casa, afuera se podían ver banderas que ondeaban al ritmo del aire del PVN y las puertas de aquella residencia que estaban abiertas en su totalidad. Como Marta le había indicado, entre el garaje y la puerta de entrada había un jardín, que en ese momento tenía una carpa y debajo de ella había mesas y sillas donde los invitados ya estaban desayunando. Al fondo había una banda de música que amenizaba el evento. En uno de los extremos había algunas mesas donde un grupo de camareros se concentraba, pues era la zona de las bebidas que los camareros llevaban hasta las mesas. En la mesa principal estaba Anselmo acompañado y sentado junto a otro hombre. Rata, al ubicar a su objetivo con la mirada, buscó a algún hombre de seguridad o escolta que cuidara a Almeida, pero no encontró a nadie que pareciera que estuviera resguardando el lugar. En ese momento, Rata se quitó la chaqueta que cubría el uniforme de camarero y la dejó en la cabina telefónica y comenzó a caminar, cruzó la calle y entró a la residencia. Se dirigió de inmediato hacia la mesa donde estaban las bebidas y cogió una de las charolas y puso tres vasos sobre ella. Desde esa mesa pudo ver que, contrario a lo que decía la agenda, Villatoro llegaba al desayuno, saludaba a Anselmo y se sentaba también en la mesa principal en una silla libre del otro lado del candidato. Cuando Villatoro vio

que Rata lo observaba, le hizo señas ordenando su desayuno, al mismo tiempo que Villatoro se sentaba en la mesa, también llegó la mujer de Anselmo, que llevaba en brazos a su pequeña niña. Cuando Anselmo vio a su hija se la quitó a su mujer por un segundo y le dio un beso en la frente —sus asesores le habían dicho que esas muestras de cariño en público generaban lazos sentimentales con los votantes—. Después la regresó a su mujer, que se sentó en la última silla en el extremo de la mesa principal con la niña sobre sus piernas. En ese momento, Rata dejó la charola sobre la mesa de las bebidas y comenzó a caminar en dirección a la mesa principal, cuando llegó a donde estaban los tres hombres, la mujer y la niña, abrió el saco de su uniforme de camarero y de la cintura cogió la granada de fragmentación casera que lanzó directo hacía el cuerpo del Anselmo mientras él levantaba en total silencio el puño izquierdo viendo directo a los ojos del candidato. Anselmo no tuvo tiempo de reaccionar, pues el paquete detonó antes de que siquiera cayera sobre la mesa.

En ese momento, Margarita despertó y se levantó de la cama, como cada mañana se dirigió a la cocina, después de preparar un café encendió la televisión y pudo ver en la pantalla el noticiario, cuando terminó su café se alistó para salir al mercado a comprar comida, se puso su suéter y se dirigió a la lata de galletas, cogió la lata y caminó hacia la mesa donde la abrió, cuando vio el contenido de la lata pudo ver un gran fajo de billetes envuelto en una hoja de papel amarrado con una liga. Con un mal presentimiento por delante, se sentó en una de las sillas, quitó la liga al dinero, desenvolvió el papel y estiró la hoja para poder leer. Era una nota de Rata escrita con tinta negra.

Viejita mía,

te escribo esta carta para que te quedes tranquila, quizás no entiendas la decisión que he tomado, y mucho menos mis actos, pero debes estar segura de que hago lo que me dicta el corazón. La decisión y mis actos son personales, tú no debes culparte por ninguno de ellos. Lo que haré en unas horas, no tenía que ver contigo o la educación que me diste, eso grábatelo en la cabeza. Quiero que sepas, y que no se te olvide, que siempre fuiste buena conmigo y con mi hermana, siempre recibí mucho amor en tu casa. Te pido que, de lograr mi objetivo, no hagas nada al respecto, niégame si es necesario.

Los hombres de poder cuando la ira se apodera de ellos son capaces de todo y buscan cómo desquitarse, si logro mi cometido, ellos necesitarán a alguien para saciar su impotencia y coraje, por eso te pido que no hagas nada. Si preguntan por mí, di que me fui a trabajar a los Estados Unidos, que hace tiempo no sabes de mí y no des más explicaciones. Te pido por favor que el dinero que dejo en la lata de galletas lo escondas por un tiempo, hasta que todo

esto se calme, y ya que sea el momento, lo administres de mejor manera. Dale una parte a mi hermana para que deje de trabajar en la fábrica y abra su tan soñado estudio de tatuajes, la otra parte tú sabrás qué hacer con ella. En caso de que no logre mi cometido, tira el dinero o guárdalo fuera de la casa, en un lugar donde nadie sospeche y utilízalo años después, pues la policía va a estar haciendo muchas preguntas y seguro entrará a la casa. Te pido una disculpa si fallo en mi cometido, pues eso te dará más problemas, en los dos casos, te pido total silencio y, por favor, quema esta nota después de leerla, no comentes con nadie lo que acabas de leer, ni siquiera con mi hermana.

9:45 a.m.

—P32, P32. ¿Me escucha?

—Central, aquí, P32.

—Diríjase a la calle Leonardo da Vinci, número 35, esquina Miguel Ángel, en la sección conocida como La Cañada. Vecinos de la zona han llamado al Centro de Control reportado una explosión.

—Enterado, central.

El sonido de las patrullas y ambulancias retumbaba en la zona norte de la ciudad.

9:55 a.m.

—Adelante, central, hemos llegado a la zona, espere mi reporte en breve.

—Recibido. P32

—La detonación se dio en la casa del hijo mayor de Ángel Almeida, hay heridos, central, necesitamos más ambulancias, repito, necesitamos más ambulancias.

—Enterado. P32

—Hasta ahora sabemos, por uno de los invitados al evento y testigo, que se celebraba un evento proselitista. Cambio, central.

—P32, ¿alguno de los heridos es funcionario?

—Esa información ahora la desconozco, pero investigaré a la brevedad —dijo el policía mientras se escuchaban muchas voces de fondo.

—Espero su reporte, P32.

—Enterado.

10:10

—Central, central, aquí P32.

—Le escucho, P32.

—Podemos confirmar que era un evento de campaña de Anselmo Ávalos, el evento era muy informal, por lo tanto, no se saben los nombres de todos los invitados. De uno de ellos, que es funcionario público, hemos corroborado sus datos y cargo; con su documento de identidad asegura que al evento acudieron vecinos y funcionarios de los tres niveles públicos que apoyaban la candidatura de Anselmo Ávalos. También sabemos que no fue una detonación de gas, sino que, presuntamente, un camarero detonó una bomba que portaba en el cuerpo. Los bomberos ya están rastreando la zona y las ambulancias ya están trasladando a los heridos.

—P32, ¿al hijo del señor Ávalos le sucedió algo?

—No le puedo confirmar ese dato, pero los bomberos han dicho que hay heridos de gravedad.

—Investigue y espero su reporte lo antes posible.

—A la orden, central.

10:20 a.m.

—A34, A34, repita. A34.

—Aquí, A34, equipo quirúrgico…. Trasladamos en calidad de grave a siete individuos, entre ellos, una menor de edad.

10:35

—Central, aquí, A36.

—Adelante, A36, lo escuchamos desde la central.

—Puedo confirmar la muerte del señor… Anselmo Ávalos, así como la de un funcionario estatal que se desempeñaba en el… Ministerio de Industrias y que, según documento de identidad, respondía al nombre de Diego Carava, así como el deceso de la menor de edad en el hospital, Central… repito… confirmo el deceso de tres personas, entre ellas una menor de edad.

» Heridos graves tenemos cuatro que han sido trasladados al hospital Adolfo Fernández. El número de heridos de menor grado, no lo tengo en este momento.

—A36, recibida su información, siga recopilando datos. Estaremos en contacto.

—Central, aquí P32.

—Adelante, P32.

—Central, están llegando cámaras y periodistas a la zona del siniestro, confirmo que ya está acordonada, pero están llegando demasiados periodistas.

—Recibido, P32, mantengan a los periodistas lo más alejados que puedan de la zona, nadie puede dar ninguna información hasta que los superiores lo autoricen.

—Enterado, central.

Marta despertó por los gritos de su madre, que se encontraba en medio de una crisis nerviosa al observar el noticiario de la mañana, que daba la noticia de que su marido acababa de tener un accidente. Marta solo pensó en Rata y se llevó las palmas de sus manos a su cara. Horas más tarde se confirmó en los medios de comunicación la muerte de Anselmo, su hija y Diego Carava, un funcionario público. En el transcurso de las horas se fueron dando más datos de la explosión, aunque los medios de comunicación al principio habían dado la nota de la explosión de una fuga de gas, esa versión perdió fuerza con el pasar de la mañana. Por más que las autoridades trataron de mantener en secreto la versión de un lobo solitario, por lo que repercutía para el gobierno, pocas horas se pudo esconder, pues uno de los periodistas encontró antes que la policía una chaqueta en la cabina telefónica y, en ella, una nota de puño y letra de Rata.

Mi nombre es Marco Pereira Martínez, nací en la Ciudad de México y tengo veintitrés años, estudié Economía en la Universidad Autónoma Mexicana.

Esta nota tiene la finalidad de explicar el motivo de este acto, que no se debe entender como un suceso terrorista, sino como un acto revolucionario. Primero, me deslindo totalmente de todo movimiento o grupo político, este acto ha sido consciente y en solitario, repito, consciente y solitario, y no se puede juzgar a nadie de mis actos. De consumarse este suceso, debe entenderse como una respuesta de la clase

trabajadora y el pueblo a los constantes abusos y opresiones que sufrimos a manos de los hombres que ostentan el poder y el capital.

De ganar las elecciones, Anselmo Almeida representaría la continuidad de un gobierno que no ha hecho más que buscar mecanismos para oprimir a la clase trabajadora, y ahora, en la figura de Anselmo, se condensa un grupo de empresarios, que con el paso de los años han buscado posiciones de poder en la administración pública, pues esas personas entendieron que desde la política podrían modificar las leyes a su conveniencia e incrementar sus fortunas ayudados del poder que la política ofrece.

Es necesario que se entienda que, contra los dirigentes del sistema económico-político actual, las palabras ya no sirven y tampoco les asusta. Los políticos, que calientan nuestras sillas en el Congreso, se han vuelto tan

arrogantes que, incluso, se ríen de las manifestaciones y es tal su ceguera que han llegado al punto de que creen que su pensamiento es el mismo que el nuestro. ***¿Quién*** de ellos realmente ha sufrido hambre? ***¿Quién de ellos realmente ha pasado frío? ¿Quién de ellos ha tenido*** necesidad de robar para comer? Ellos, mes a mes, ven cómo sus carteras se hinchan viviendo del erario público mientras las dietas de los más necesitados se vuelven raquíticas. Ellos deben entender de una vez que sus intereses y los nuestros son contrarios. Ni pensamos igual, ni vivimos en el mismo mundo. Estado y empresarios están coludidos, como si de una misma mafia se tratara, para muestra, las leyes de nuestros salarios y los modelos que se han inventado para nuestras futuras pensiones. Las leyes que someten y sujetan, también son un tipo de violencia, solo que la violencia que ellos ejercen, que nos ataca y somete sistemáticamente, se ha institucionalizado, y ya que nosotros no tenemos sus herramientas y recursos, es que debemos encontrar otras tecnologías para que ellos sientan la misma ansiedad, impotencia y dolor, como los que siente el ciudadano cuando no puede llevar el pan a la mesa.

Se debe entender que hay un aparato de Estado, pero su sistema político está agotado, históricamente se sabe que los grandes cambios en los sistemas y las reivindicaciones de derechos se han logrado a través de luchas y, aunque todo método de lucha puede ser efectivo a través de la historia, hemos visto que la resistencia pasiva ya no es suficiente. Cuando las instancias se han agotado y estos arrogantes no escuchan, se deben encontrar nuevos mecanismos de lucha directos y contundentes. No olvidemos que todo vale cuando se pone en juego la libertad y, si no se ha encontrado otro camino, es porque se llega a un punto en que se entiende que la única forma de que ellos escuchen es obligándolos a voltear y dejar sus cubiertos de plata en sus mesas de caoba a través de la violencia. Irrisorio es pensar que a estos cínicos casi se les ha tenido que extirpar a la fuerza los derechos de los trabajadores, pues los muy arrogantes los entendían como suyos y, casi ofendidos, como si nos estuvieran haciendo un favor, los entregaban como si algo suyo se les hubiera arrebatado.

No soy un asesino, sino un rebelde que lucha contra el sistema, con la intención de calibrar la balanza en busca de que sea más pareja. Generaciones anteriores han gastado sus años lamentándose de la inacción de sus antepasados, pero tampoco han hecho mucho por cambiar su realidad, a la fecha siguen bajo la suela de unos cuantos arrogantes. Un atentando individual como este servirá para agitar a las masas y despertar a los domados.

El mundo ha cambiado, pero la clase trabajadora sigue oprimida y la única solución para su liberación es una revolución que destruya al actual y obsoleto Estado, el cual, ahora, los dueños de los medios de producción se quieren

apropiar y tomar el control. No les es suficiente con tener el control de los medios de producción, ahora quieren el control del Estado. Si no lo evitamos, el culmen del capital está apunto de devorarnos. La clase trabajadora no debe descansar hasta que esos arrogantes nos vean de tú a tú, directo a los ojos.

De lograr mi cometido, la muerte de Anselmo Almeida es un ataque directo al sistema, ya que los hijos de los dueños del capital y el poder, solo representan su continuidad. Mi muerte no es un suicidio, sino una bala directa al corazón del sistema ineficaz, obsoleto y podrido, que es momento de que comience a derrumbarse.

Semanas después, Villatoro era dado de alta del hospital, a partir de ese día quedó postrado a una cama con el cuerpo inservible y solo pudo mover la cabeza. Marta y toda su familia se mudaron a los Estados Unidos para no volver más a México. La mujer de Anselmo, aunque no perdió movilidad en su cuerpo, le quedó deformada la mitad de la cara, las veinte cirugías que se hizo en los mejores hospitales del extranjero de nada le sirvieron y quedó marcada toda su vida.

Tercera parte
Escribir es sangrar

I

Lo primero que José hizo al llegar a Londres fue hospedarse en un pequeño hostal que ofrecía por un módico precio la habitación y el desayuno, después se matriculó con el pasaporte falso en un curso de *Commodities,* que se impartía en el *London Economics*; ya matriculado, se dirigió al hotel y se detuvo en un café, cogió la carta, observó los precios, hizo cuentas y, aunque tenía suficiente dinero, pronto se dio cuenta de que su padre tenía la razón sobre lo caro que era esa ciudad. Hizo cuentas mentales y se percató de que el dinero que tenía le alcanzaría para seis meses, como máximo. Cuando terminó su café, salió de la cafetería y, mientras caminaba hacía el hotel, volvió a hacer cuentas en su cabeza mientras sumaba y restaba, escuchaba la risa de su padre en el momento en que recibiera la postal de la reina Isabel II. Sin embargo, él no le iba a dar la razón a su padre tan pronto, así que decidió enfrentar su realidad y buscar una solución. Antes de que cumpliera una semana en el hotel ya había comenzado a buscar una habitación más barata y un trabajo.

Una de esas mañanas, José salió a visitar algunas habitaciones que se alquilaban en la ciudad y que había encontrado anunciadas en el periódico y en el tablón de la universidad, sin embargo, ninguna le convenció; en alguna debía compartir habitación con cinco hombres más y un loro; en otra, la habitación ni siquiera tenía puerta, además, los precios eran muy altos para su presupuesto, así que, decepcionado por su infructuosa mañana, se detuvo a beber su café en un bar muy cerca de donde se hospedaba, de nombre *Elephant*, que tenía en la azotea un gran elefante rojo con un *howdah* blanco en su lomo. Cuando entró al bar, se sentó en la barra, tomó el periódico y se dirigió a la sección de alquiler de habitaciones, sacó un bolígrafo y una libreta de su mochila que dejó abierta y comenzó a escribir algunas anotaciones de las siguientes habitaciones que visitaría.

—Buen día, ¿qué vas a beber? —preguntó un chico delgado, de piel morena

y cabello largo trenzado, que casi hasta le llegaba a la cintura.

—Un café con leche —dijo José mientras leía la sección de alquileres en el periódico.

—¿Algo más?

—No, nada más, gracias —respondió José girando su cabeza y regalando una amable sonrisa al camarero.

—¿Te gusta Welsh? —preguntó el camarero mientras colocaba el mango con los granos en la máquina y observaba la portada del libro que se asomaba desde la mochila de José.

—Sí, es el segundo libro que leo de él, también leí *Trainspotting* —dijo José dejando a un lado el periódico y sacando de su mochila el libro de *Filth*.

—Yo solo he leído *Trainspotting,* la verdad es muy bueno —dijo el camarero mientras colocaba una taza en la máquina—. No me vayas a contar el final de ese.

—Para nada, no te preocupes —dijo José abriendo el libro y hojeándolo.

—Welsh viene mucho por aquí, casi siempre los viernes —comentó el camarero mientras ponía un pequeño plato frente a José y sobre él una taza de café.

—Estás bromeando, ¿no? —dijo José mientras giraba la taza para poder cogerla por la oreja.

—Para nada, él es amigo del dueño de este bar —respondió el camarero mientras pasaba un trapo por la barra, cogía el libro y lo abría.

José solo sonrió y no supo que contestar, pensó que el camarero le estaba tomando el pelo y solo lo decía para ser amable.

—Camilo —dijo el camarero estirando la mano para presentarse.

José le contestó el saludo y Camilo le contó que era colombiano, hacía diez años que vivía en Londres y desde hacía tres, trabajaba en ese bar. Aprovechando la charla, José le contó a grandes rasgos su situación y le preguntó si sabía de alguna habitación disponible a buen precio.

—Ven mañana, parcero, preguntaré a algunos amigos —dijo Camilo mientras observaba los ojos de José.

Después de terminar su café, José se dirigió a la Universidad, al regresar al hotel se pasó toda la tarde hasta muy noche viendo la BBC en una diminuta televisión que había en la habitación. La mañana siguiente, José se dirigió a la cafetería, preguntó por Camilo y el camarero de turno le dijo que aún no había entrado. José pidió un café y continuó buscando habitaciones en el periódico, cerca de una hora más tarde llegó Camilo, desde que cruzó la puerta saludó a todo el que se le iba cruzando por el camino, se metió detrás de la barra, se puso un mandil, que era el uniforme del bar, y se dirigió hacia la mesa donde

estaba José.

—Buen día, parcero, he hablado con la administradora de la casa donde yo vivo y me ha dicho que la semana siguiente queda una habitación libre.

—Gracias por preguntar —dijo José dejando el periódico en la mesa.

—Si te interesa, debes ir a verla ahora mismo, Bupi, la chica que administraba la casa, hoy no trabaja por la mañana y ahora está ahí —dijo Camilo.

Después de escuchar el precio, José no dudó en mostrar su interés, así que pidió a Camilo las indicaciones para llegar a la casa, este le explicó que podría llegar caminando desde ahí y le hizo un croquis en una servilleta. José, después de terminar su café, se dirigió hacia la dirección que le dio el camarero, al llegar al lugar indicado, observó que era un área de muchos edificios de ladrillo rojo, todos se parecían, así que comenzó a buscar en la parte alta de los edificios el número que indicaba la servilleta. Cuando por fin lo encontró, subió al tercer piso, tal cual lo indicaba la nota, para después de algunos escalones encontrarse frente a una puerta blanca. Tocó y segundos después salió una chica morena con unos ojos enormes del tamaño de la luna.

—Hola, soy José, el chico interesado en la habitación, Camilo me envió.

—Hola, sí, pasa. Camilo me comentó que vendrías —dijo Bupi mientras sonreía e invitaba a pasar a José al interior del piso.

En pocos minutos Bupi le mostró el piso a José, era pequeño, se compartía con cinco personas más, solo había un baño y una pequeña cocina junto a una sala de reuniones. Después de reflexionar, José pensó que el precio era razonable para lo que ofrecía, tenía una buena ubicación y era mucho más espaciosa que todas las que había visto antes, así que, sin dudar, dijo que estaba interesado en alquilarla. Entonces hablaron sobre el pago, ella le dijo que no había contrato, pero tendría que pagar dos meses por adelantado y dejar una fianza. Después de estar de acuerdo estrecharon sus manos y José sacó dinero de la cartera para pagar la fianza y no perder esa habitación. Con el dinero en la mano, Bupi le comenzó a hablar sobre Salim, Milena y Kerstin, quienes además de ella y Camilo, eran los que compartían la casa. Ese mismo día, pero más tarde, José llevó sus maletas desde el hostal. Estuvo algunas horas acomodando sus libros, guardó las hojas de la novela dentro de un libro de Oscar Wilde y por seguridad guardó lo que le quedaba de dinero y su pasaporte falso dentro de un libro de Heródoto. Detrás de todos los libros lanzó un duplicado de las llaves del departamento, ya por la noche mientras preparaba algo de cenar en la cocina, Bupi y él coincidieron en la cocina, ella le contó que había nacido en Inglaterra, pero que sus padres eran migrantes indios.

Esas primeras semanas fuera de México fueron una época compleja para José, casi horrorosa, ya que muchas veces llegó a sentirse perdido y solo. Algunas noches lloró recordando a Marta, sus amigos y su familia. Sin embargo, esa soledad le permitió aprender a escuchar a su voz interior y, como animal salvaje, a seguir su instinto. Afortunadamente en el transcurso de esas semanas José comenzó a convivir con Salim, Milena y Kerstin. Salim era un chico francés, musulmán, que trabajaba como recepcionista en un hotel que se llamaba *Violets & Crown*, cuando José se hizo amigo de Salim, él le contó que se había ido de su casa porque su padre, un argelino hecho a la antigua, no aceptaba su homosexualidad. En realidad, todos en la casa aseguraban que Salim era bisexual, pues varias veces lo vieron besarse con chicas, incluso todos en la casa aseguraban que estaba enamorado de Kerstin. Milena era una chica polaca, muy solitaria, callada, delgada y de pequeña figura; de no haber sido porque Camilo le dijo a José que tenía veinticinco años, él no lo hubiera pensado, ya que, por su complexión física, parecía menor de edad. Kerstin era una alemana vegana y pacifista que estudiaba el último grado de filología inglesa y tenía el mismísimo cuerpo de la Venus de Milo con la cara de Nastassja Kinski. Milena y Kerstin no se hablaban. O más bien, Milena no le hablaba a Kerstin. Al parecer, en esa casa quedaban resquicios de la Segunda Guerra Mundial. Kerstin tenía solo unas semanas más que José viviendo ahí. Por lo que Camilo le contó, Milena desde el principio no estuvo de acuerdo en compartir techo con una alemana, sin embargo, poco pudo hacer, pues Kerstin ofreció pagar todo el año de aqluiler por adelantado a Bupi y ella no se pudo negar a aceptar ese dinero. La situación originó que Milena se la pasara haciéndole la vida imposible a Kerstin, quien pocas veces enfrentó a Milena, ya que decía que no tenía sentido.

Aunque todos tenían trabajos, eran trabajaos mal pagados, así que la falta de dinero era una costumbre en esa casa. Las únicas que siempre tenían dinero eran Milena, que, aunque trabajaba de camarera, igual que Kerstin, siempre tenía dinero en la cartera, lo cual hacía que todos sospecharan sobre si tenía otra fuente de ingresos, pues nadie se podía dar el tipo de vida que se daba viviendo de propinas; y Bupi, que trabajaba como administradora en un templo sij que estaba a las afueras de la ciudad y que, en repetidas ocasiones, al ver la situación económica de sus amigos, los invitó a comer al Langar; ellos siempre aceptaban, aunque eran conscientes de que no podían vivir todos los días de la caridad de los sij. Los habitantes de esa casa aprendieron a colar monedas falsas que Salim había conseguido a través de uno de sus amantes, hasta que un día un dependiente de una tienda los descubrió y, de no ser porque sabían perderse con facilidad en la ciudad, un policía los hubiera detenido. Así que

comenzaron a ir al casco viejo a pedir dinero mientras tocaban música. Camilo tocaba la guitarra y cantaba, Salim tocaba el violín y Kerstin, el banjo. José pasaba la gorra y disponía del dinero. Sin embargo, no recolectaban lo suficiente, pues la policía siempre estaba al acecho de los músicos callejeros. Algunas noches, José y Salim en complicidad emborrachaban a ancianos, Salim los conquistaba y José les ponía droga en sus bebidas; horas después, Salim acompañaba al anciano en turno hasta su hogar mientras José iba siempre detrás de sus sombras. Al llegar a las casas, todo era muy fácil, en cuestión de minutos José y Salim desvalijaban a los ancianos mientras las pastillas comenzaban a hacer efectos. Ellos decidieron dejar de hacer esos actos pues el rumor de los "amantes de ancianos" comenzaba a circular en la ciudad. Fue entonces que comenzaron a hacer pequeños robos mucho menos complicados. El lugar que más hurtaban era un *Carrefour* veinticuatro horas que había muy cerca del edificio donde vivían. Todos, menos Bupi y Milena, participaban en los hurtos. Al principio los robos fueron fáciles, ya que un guardia de seguridad que trabajaba en el Carrefour, y que estaba enamorado de Kerstin, era el que les avisaba cuando era el mejor momento de acudir al súper y cometer los robos, también él fue quien les aconsejó que lo mejor era ir en parejas y acudir minutos después de la ronda que hacían los vigilantes después de cenar, ya que en ese momento estarían torpes y distraídos poniendo menor atención en su rutina de vigía; así que, aprovechando esa situación, pudieron pasar desapercibidos algunos meses robando comida y bebida. Cada vez que cometían un robo y sacaban de debajo de su ropa el botín, celebraban con un brindis de cerveza en la cocina, pues en su lógica, esos robos representaban una parte de lo despojado por las grandes trasnacionales a los países menos desarrollados que explotaban a sus trabajadores a través de su mano de obra barata. Incluso, Salim, algún día dijo que durante los robos se sentía parte de la resistencia argelina. Después de aquellos brindis todos se reunían en la cocina y juntos tocaban música. En definitiva, el hambre y la música los hizo amigos. Trece meses pudieron vivir del Carrefour, hasta que un día dos guardias detuvieron a Camilo y a Caroline —quien era la novia de Camilo, una francesa que estudiaba artes en la ciudad—, en la puerta de salida del supermercado. Ninguno de los dos guardias era el enamorado de Kerstin, pues en ese mismo momento a él lo estaban despidiendo en la oficina del gerente, pues descubrieron que era parte de una banda que hacía robos hormiga en distintos supermercados, lo que ocasionó que no pudiera prevenir a Kerstin y a sus amigos para que no se acercaran ese día al Carrefour.

—Hey, tú, moreno, muéstrame el ticket de la compra —dijo uno de los guardias mientras cogía a Camilo por uno de sus brazos.

Los guardias se acercaron tanto a la pareja, que pudieron percibir que olían a sudor y vieron sus nombres en sus placas. Camilo dijo que eran dos hombres cercanos a los cincuenta años, uno de piel negra que se llamaba Jon y uno de piel blanca llamado Peter. Ambos median más de 1.80 metros, Camilo dijo que el blanco tenía cara de depravado y el negro tenía sobrepeso.

—Abre las bolsas —dijo el otro mientras empuñaba, jugaba y señalaba a Camilo con su porra.

Camilo, al no encontrar otra salida, tuvo que abrir la bolsa, uno de los guardias inspeccionó el contenido y la cotejó con el ticket de compra.

—Llevas más cosas de las que marcaste en el ticket —dijo el guardia viendo el contenido de la bolsa.

—Quizás es un error —dijo Camilo

—Nosotros no erramos, moreno —dijo el otro guardia mientras apretaba el brazo de Camilo.

Esa noche, cuando Camilo y Caroline volvieron a la casa y entraron por la puerta, sus amigos observaron cómo él tenía la cara desencajada y su color de piel bronce se había vuelto blanco; ella, sin decir palabras, se metió a su habitación. Después de golpear en repetidas ocasiones en una de las paredes, Camilo contó a los chicos lo sucedido con los guardias. Les dijo que después de detenerlo, lo llevaron a empujones al estacionamiento del supermercado, justo a una zona donde había poca luz. Camilo y Caroline no pudieron correr ni escaparse, pues fueron sujetados de los brazos por los dos guardias.

—Sudaca de mierda, ¿nos quieras ver la cara de imbéciles? —dijo Jon mientras daba una bofetada a Camilo sin soltarle el brazo.

—No, de verdad que no quiero verles la cara de nada, seguro es una confusión —dijo Camilo tratando de soltarse de Jon, pero le fue imposible por la diferencia de la complexión física.

—Moreno, te tenemos grabado, no te quieras pasar de listo —dijo Peter sin soltar el brazo de Caroline.

—No, solo que seguro algo pasó con la máquina —contestó Caroline sin parecer asustada.

—La máquina no se equivoca —dijo Peter, mientras Jon aplicaba una llave a Camilo en uno de sus brazos.

—Mira, latino, tú a mí no me vas a ver la cara de imbécil y menos en mi país. Llevas varios meses tocándonos los huevos, nosotros no vamos a perder nuestro trabajo por tu culpa, sabemos cómo te llamas y tu situación migratoria. —Jon tenía esa información, pues como los guardias ya los estaban cazándo, pidióa la cajera que aprendiera el nombre de memoria del documento de identidad que Camilo mostraba para comprobar que era mayor de edad cada

vez que ibaa comprar alguna botella de licor.

—¡Malditos inmigrantes! —dijo Peter mientras Jon amenazaba a Camilo y reía de manera burlona.

—Así que si quieres que borre los videos y no hablé a migración, tu noviecita nos va a acompañar a mi auto —dijo Jon gritándole a la cara a Camilo.

Camilo contó que en ese momento se puso como loco y que trató de golpear a Peter, sin embargo, poco pudo hacer contra los casi dos metros del guardia, que de inmediato amagó a Camilo con la intención de tirarlo al suelo.

—¡Déjenlo, iré contigo al auto! —gritó Caroline interviniendo en la discusión.

Camilo contó que le rogó a Caroline que no fuera, que prefería ser deportado, e incluso ahí en el suelo aceptó que había robado y prometió pagar todo lo hurtado a los guardias.

—Ahora es muy tarde, moreno —dijo Jon mientras entregaba el brazo de Camilo a Peter y cogía por el brazo a Caroline.

Jon y Caroline comenzaron a caminar unos metros hasta que llegaron al interior de un auto que estaba justo en la zona más apartada del estacionamiento. Ellos estuvieron pocos minutos dentro hasta que salió Jon del auto con una sonrisa en la cara, cerró el auto y mientras caminaba en dirección de Camilo y Peter, se subió el cierre del pantalón. En ese momento Jon tomó por el brazo a Camilo y le entregó las llaves del auto a Peter. A unos metros del automóvil apretó las llaves y los seguros se accionaron, el guardia entró y poco después Caroline salió por la puerta del otro lado y echó a correr, dentro del auto se observaba a Peter que se tomaba la entrepierna y gritaba de dolor. Aprovechando la confusión, Camilo tiró una patada en los testículos a Jon y salió corriendo detrás de Caroline, mientras que Jon se encontraba en el suelo.

Camilo contó a sus compañeros de casa lo sucedido al tiempo que pegaba en la mesa y lloraba de impotencia.

—¿Por qué no denuncias a la policía? Preguntó Salim

—¡Porque me pueden deportar!

Mientras daba golpes, aseguraba que los guardias lo habían estado planeando días antes y a partir de ese día nadie volvió a acercarse a la zona del Carrefour. Pocas semanas después Camilo y Caroline terminaron su relación. Otra vez los hermosos sijes volvieron a salvar por algunas semanas a los habitantes de esa casa.

Meses después, una noche que José llegó de la universidad, encontró una nota pegada en la puerta de su habitación que le había dejado Camilo.

Ven a buscarme al bar, te he conseguido una entrevista de trabajo.
¡Cómprate un maldito móvil, estamos en el siglo XXI!

Bajo los números romanos había tres gruesas líneas. En realidad, no había entrevista de trabajo, lo que sucedía era que un exjefe de Camilo, que era dueño de un bar en el cetro de la ciudad, necesitaba un camarero que cobrara en negro y que fuera recomendado por alguien de confianza para que no fuera a delatar a la policía ese tipo de pago. Así que, cuando Camilo escuchó sobre esa oferta de trabajo, de inmediato pensó en José. A la mañana siguiente, José se presentó en el bar *White Cock*, que estaba en el barrio antiguo de Londres, ahí conoció a Harry, un viejo inglés aficionado al Fulham, que amaba el tequila y los toros. Desde el principio hubo una buena química entre ambos, y ya que la paga no era tan mala y el jefe era muy agradable, José aceptó de inmediato. Ese mismo día, pero por la noche, José compró una postal de la reina Isabel II, detrás de la postal escribió un breve texto donde relataba que había sido contratado en un prestigioso banco inglés. Cuando acabó de escribir la nota, guardó la postal en un sobre, pasó la lengua por el pegamento del sobre, lo cerró y se dirigió hasta una oficina postal.

II

Con el paso de los meses la vida vacilante de José volvió a tomar rumbo, las cosas empezaron a mejorar y veía todo más claro, aunque el recuerdo de Marta seguía presente, cada día era más difuso y perdía su esencia, hasta que una tarde, después de darle muchas veces vueltas al tema en su cabeza, aceptó que ellos no estaban destinados a estar juntos.

El segundo año, casi al mismo tiempo de cumplir veintiuno, José se matriculó en otro curso del London Economics, pero esta vez de FOREX. Una noche, alumnos de la universidad organizaron una reunión con un grupo de estudiantes de intercambio, e invitaron a José. La idea era dar un paseo por el centro de la ciudad, cenar en algún restaurante típico de la zona y terminar en algún bar del centro. En esa reunión, José conoció a Yuliya, una estudiante de intercambio que llegó de Rusia, también estudiaba en la facultad de Económicas y hablaba muy bien inglés y castellano.

La primera vez que José vio a Yuliya, ella estaba sentada debajo de la estatua de Anteros, en Picadilly Circus, lugar donde habían acordado verse para dar el paseo. Esa noche José salió del metro y levantó la mirada para admirar al hermano mayor de Eros que en la cúspide de su pedestal, se erguía con su figura alada coronándose en los cielos, batiendo sus alas y permitiendo destilar

el tiempo, mientras que, con su cetro y guirnalda de laurel, tocaba y hundía el presente. La admiración a esa estatua se dispersó cuando una cabellera tan roja como la bandera soviética atrajo su atención, cuando José se acercó al grupo de estudiantes vio la cara de Yuliya y pensó que quizás estaba viendo un milagro, pues la vida le había puesto un ángel frente él. Si no hubiera sido por el ridículo que eso implicaba, José se hubiera hincado frente a la silueta de aquella mujer, pero pensó que quizás ella hubiera salido despavorida pensando que estaba loco. Mientras ella se presentó con el grupo de personas que darían el paseo, él se enamoró de su boca y su voz.

—¿Eres de Moscú? —preguntó José.

—No, no, de una ciudad que se llama Lípetsk, está a orillas del río Voronezh —dijo Yuliya mientras se quitaba un mechón de pelo que le había caído sobre la cara.

Al terminar la noche abordaron el mismo vagón de metro, pues utilizaban la misma línea para llegar a sus hogares, antes de que Yuliya se bajara, acordaron verse el siguiente fin de semana y dar un paseo. A partir de esa noche todo cambió dentro de José, algo dentro de él volvió a tener vida y el lastimoso vacío que habitaba en su corazón despareció. Su reloj de la vida volvía a funcionar, su tiempo que hasta ese momento solo lo hacía transitar vacilante de un punto a otro, comenzó tener sentido. Sus respiraciones y palpitaciones ahora tenían un nuevo nombre que lo hacía temblar de emoción y lo regresaba al ardiente ciclo de la vida. José y Yuliya salieron varias veces antes de ser pareja, a pesar del clima de la ciudad, disfrutaban mucho dar paseos por el Westminster Bridge y detenerse a admirar el Big Ben, para luego caminar a orillas del Támesis. Su primer beso fue en la Galería Nacional, justo frente a *El baño en Asnieres,* de Seurat. Cuando Yuliya hablaba sobre el puntillismo y el texto de Caca de elefante, de Vargas llosa, José no escuchaban nada, solo veía la boca de su ángel de fuego que hablaba, hablaba y hablaba, hasta que no se lo pensó más y se acercó un poco a su cuerpo. Ella olía a manzanas. Sin pensarlo más, acercó su cara a la de Yuliya y pudo ver de cerca el color de sus ojos. Eran color miel. Ahí, sus bocas se encontraron y comenzaron a jugar, se mordieron sus labios al tiempo que sus lenguas mezclaron su saliva, produciendo un brebaje sagrado. José cogió por la cadera a Yuliya y la atrajo hacia él mientras se ahogaban en un beso que les hizo temblar. Después de besarla, se quedaron unos segundos cruzando las miradas en silencio. Sin pronunciar palabras, José la cogió de la mano y comenzaron a caminar dentro de las salas del museo. Van Eyck, Botticelli, Da Vinci, Sanzio, Tiziano, Rubens, Rembrandt, Caravaggio, Van Gogh y Velázquez, tomaron otras dimensiones y fueron testigos de lo que José sentía por esa mujer. Esa noche, después de

tomar un vino en la zona de Picadilly Circus, ella aceptó beber otra copa en la habitación de él. Al llegar, ella se sentó en una silla junto al ordenador. José fue a la cocina y sacó una botella de vino blanco barato del refrigerador, lavó dos tazas de café que estaban en el fregadero, las sirvió hasta el tope y llevó a la cama un plato con pan, aceite y aceitunas. En la habitación, José sacó unos audífonos, entregó uno a ella y el otro se lo quedó él, encendió su ordenador y escucharon a los Smiths.

You have never been in love
Until you've seen the stars
Reflect in the reservoirs

And you have never been in love

Until you've seen the dawn rise
Behind the Home for the Blind
We are the pretty petty thieves
And you're standing on our streets
Where Hector was the
First of the gang with a gun in his hand
And the first to do time
The first of the gang to die, oh my…

Con sus labios húmedos de vino, José besó a Yuliya. Esa noche se lamieron hasta el último rincón de su cuerpo y solo hasta que, derramados sus fluidos, fue que cayeron desplomados en la cama.

La mañana siguiente, José fue el primero en despertar. Vio el reloj, aún era muy temprano y no quiso despertar a su ángel dormido, así que mientras ella continuaba con los párpados cerrados, él se quedó viendo sus pecas y su pequeña nariz al tiempo que le acariciaba el cabello. Después de un rato ella despertó. Cuando abrió los párpados, él se acercó a su boca y rozando sus labios, le preguntó si tenía hambre. Ella no contestó, solo movió su cabeza de arriba a abajo con una mirada como de tierna muñeca de porcelana. José se levantó de la cama y se dirigió a la cocina. Cuando salió de la habitación, vio a Salim y a Camilo bebiendo unas cervezas. En la cocina, José encendió la hornilla de la estufa, depositó agua y café en una cafetera italiana y puso dos piezas de pan en la tostadora. Mientras esperaba a que el café estuviera listo y los panes también, leyó el titular del *The Sun*, que había llevado Salim la noche anterior.

TRADE UNION GROUPS CALL MEGA DEMONSTRATION IN THE CITY

CENTER

Debajo de ese titular se podía observar la foto de dos hombres que se estrechaban la mano, después de leer algunas líneas más del periódico, el pan brincó. José lo cogió con la punta de los dedos y lo puso sobre una charola donde había algunos paquetes de mermelada y mantequilla que alguno de los chicos había hurtado en un McDonald's. Con la bandeja entre las manos se dirigió a su habitación, cuando entró, vio a Yuliya que estaba en silencio y sentada en la cama mirando por la ventana, en sus manos tenía *La historia de la noche,* de Borges. Desde la puerta pudo ver su espalda y le recordó *La chica en la ventana* de Edward Hopper, sin romper su atmósfera, José depositó la charola junto al ordenador y le entregó una de las tazas a Yuliya, se sentó junto a ella en la cama y pasó uno de sus brazos entre su cuello y trapecio, con la otra mano le quitaba el libro de entre sus manos, lo abrió y le leyó en voz baja, casi como un susurro.

> … El polvo incalculable que fue ejércitos.
> La voz del ruiseñor en Dinamarca.
> La escrupulosa línea del calígrafo.
> El rostro del suicida en el espejo.
> El naipe del tahúr. El oro ávido.
> Las formas de la nube en el desierto.
> Cada arabesco del calidoscopio.
> Cada remordimiento y cada lágrima.
> Se precisaron todas esas cosas
> para que nuestras manos se encontraran…

Cuando José terminó el último verso, los dos se quedaron mirando. En ese momento hubo un lenguaje misterioso y sobrehumano que solo ellos entendieron. Ella le acarició la cabeza y lo besó. Él la invitó a bailar mientras tarareaba una melodía que solo existía en su cabeza, de pie, en el reducido espacio de la habitación, junto a los platos sucios de la noche anterior donde había huesos de aceitunas y moronas de pan. El baile los meció en un sueño donde ellos eran los dueños del mundo. Cuando el baile terminó, José se dirigió al ordenador, lo encendió y se volvieron a meter a la cama. Vieron *Skins*. En la pantalla pudieron ver a Tony despertarse, levantarse y ejercitarse; cuando sonó la alarma de su despertador, se dirigió a su venta y observó a su vecina voyerista que, desnuda, elegía un vestido. Mientras Tony observaba los senos de su vecina, Effy llegó a su casa después de una noche de fiesta. Tony, al ver llegar a su hermana, prendió su reproductor de discos a todo volumen con la

intención de atraer a su padre hacia su habitación y distraerlo para que su hermana pudiera entrar a hurtadillas y su padre no descubriera que no había dormido en la casa la noche anterior. Mientras el padre de Tony gritaba como desquiciado para que él disminuyera el volumen de la música, Effy entró a su casa, subió las escaleras y se dirigió a su habitación para cambiarse la ropa y prepararse para ir al colegio. Después se observaba a Tony sentado en el retrete y leyendo *La náusea*, de Jean Paul Sartre.

—Creo que estoy enamorada de Tony —dijo Yuliya acostada sobre el pecho de José.

—Y yo de Effy —contestó José sin ninguna racionalidad a manera de embate al escuchar esas palabras que lo hicieron sentir herido, como si una marabunta de hormigas voraces subiera a su cabeza.

Ambos rieron, mientras que en la pantalla Effy, Tony, Sid y Chris se emborrachaban. Al terminar ese capítulo descargaron ilegalmente en el ordenador *La rosa púrpura del Cairo,* de Woody Allen, y la vieron. Cuando la película terminó, hicieron el amor otra vez y eyacularon estrellas, para después quedarse acostados, abrazados y viéndose el uno al otro sin decir una sola palabra. Después de estar un tiempo entrelazados decidieron dar un paseo por la ciudad, e ir al Museo de Arte Moderno. Cuando llegaron a la zona del Tate, cruzaron el Puente del Milenio tomados de la mano. En el museo llegaron a una sala donde había obras de Andy Warhol y se detuvieron frente al Maho. Hablaron de las obras de Dostoievski, Chekhov y Tolstoi. Cuando José estaba con Yuliya el tiempo avanzaba a una velocidad distinta, era como si no pasara. Se volvieron a besar frente a una obra de Keith Haring. Cuando caminaron frente al Baskiat y Warhol con guantes de box, decidieron salir del Tate y dirigirse al Royal Academy.

En el Royal había una exhibición de jóvenes artistas. Se llamaba Rupturas. Pudieron ver una pieza de Jessica Thorlacius, que consistía en un lienzo pintado al óleo donde una mujer vestía en su pecho una camisa con corbata y de la cadera para abajo estaba desnuda, su vagina tenía dientes y devoraba una cabeza con aspecto masculino, así que las piernas estabas salpicadas de sangre y por el ano defecaba fetos humanos. Continuaron caminando por la sala y vieron una pieza de Jon Hejgaard, que consistía en una pantalla donde se proyectaba un juego de Tetris, pero a diferencia del juego clásico, en este las piezas representaban pastillas de fármacos. Cada nivel que se sorteaba tenía el nombre de enfermedades psíquicas; más adelante observaron una multitud de personas que rodeaban y miraban un cuadro de dos metros de alto del artista Mark Pffifer, donde se podía ver un hipalectrión de color rojo con tonos negros, cabeza y alas de un gallo, con las patas y cola de un caballo. El hipalectrión

volaba sobre una ciudad futurista donde toda la gente miraba hacia el suelo observando sus móviles. La pieza más representativa de la exposición era una llamada *El espíritu santo*, del artista plástico Federico Muller. Él era una de las promesas del arte contemporáneo portugués. Cuando llegaron a la sala donde se exhibía la pieza, pudieron ver que la obra consistía en una cruz de dos metros de alto que se encontraba sostenida desde el techo por hilos transparentes que permitían lograr el efecto de que la cruz estaba flotando en el aire. Yuliya y José pudieron ver que los maderos estaban tapizados de pichones blancos con las alas abiertas, uno a uno, fueron incrustados en la madera, atravesados por un enorme clavo en el pecho. Cuando salieron de la muestra se dirigieron al metro mientras fueron hablando de Duchamp, Hisrt y Kusama. Caminaron hasta la estación de Picadilly Circus, ahí subieron al vagón, Yuliya descendió en Embankment para transbordar desde ahí a su barrio. José continuó en el vagón, pues para llegar a su barrio tenía que viajar hasta la última estación de esa línea y caminar unos minutos hasta llegar a su casa. En Embankment, Salim se subió en el mismo vagón. Después de saludarse, Salim se sentó en el asiento contiguo a su amigo, en una de sus manos cargaba una bolsa con un regalo.

—¿Has visto la nota que Kerstin dejó en el refrigerador? —preguntó Salim mientras dejaba la bolsa en el asiento contiguo que estaba vacío.

—No, salí temprano con Yuliya y no he vuelto a la casa —dijo José mientras observaba la bolsa y la señalaba—. ¿Qué llevas en la bolsa?

—Kerstin está preparando una reunión en la casa para celebrar su cumpleaños veinticinco y le he comprado un regalo —dijo Salim lleno de emoción—, pero por la mañana que salí, vi que había una nota pegada en el refrigerador, decía que nos esperaba por la noche para celebrarlo.

—Pues qué amable de su parte, no veo el problema —dijo José mientras observaba cómo se abrían las puertas del vagón y bajaban algunas personas.

—El problema es que en la nota están los nombres de todos los de la casa menos el de Milena, seguro esta noche todo terminará en drama —dijo Salim mientras quitaba la bolsa y la ponía entre sus piernas para que el asiento quedara vacío y alguna de las personas que acababa de subir pudiera sentarse.

—Qué va, no tiene por qué pasar nada, ellas ya resolverán sus problemas.

—Quizás tengas razón. En fin, ¿viste lo de la manifestación? Al parecer va a ser un evento gordo.

—Sí, lo vi en el periódico por la mañana, pero la semana pasada ya sabía de ella, en la Facultad han comentado cosas y el otro día que coincidí con Kerstin en el desayuno, también me comentó algo, está muy entusiasmada, ya sabes, con sus locuras sobre el cambio climático.

—¿Sabes si Kerstin va a ir a la manifestación? —preguntó Salim con un aire de ansiedad.

—Sí, de hecho, me invitó a que fuera con ella, por lo que me comentó, irá en el contingente verde. Yo aún me lo estoy pensando, si ir con ella o con los de mi facultad, o simplemente no ir. Tengo que currar y mucho que estudiar.

—Kerstin no me ha dicho nada a mí.

Después de decir esas palabras, Salim casi le imploró a José que fueran juntos al evento, pues era importante levantar la voz contra las trasnacionales. Él nunca le dijo a José que era para estar cerca de Kerstin, pero su exacerbado interés en acudir a la manifestación en el contingente verde lo delataban.

Cuando José y Salim llegaron a la casa encontraron a Kerstin en la sala con un grupo de chicos alemanes. Ese día portaba un vestido de flores amarillas sobre una tela azul cielo que hacía que resaltaran sus ojos color esmeralda. Cuando Kerstin vio llegar a los chicos, los saludó con un fuerte abrazo. En ese momento Salim le entregó a Kerstin la bolsa de regalo, dentro había una pequeña planta y un libro de Boris Vian. Kerstin le agradeció y le dio un pequeño beso en la mejilla. Después de que los chicos dejaran sus mochilas en las habitaciones, salieron a la sala para reunirse con Kerstin y sus amigos. Antes de que Salim se integrara a la reunión, fue a tocar la puerta de Bupi para que saliera y los acompañara; ella no accedió, excusándose en que trabajaba al siguiente día. Cuando Salim se sentó en la sala vio que Kerstin y sus amigos ya llevaban mucho tiempo bebiendo, aun así, José y Salim estuvieron cerca de dos horas más escuchando música y divirtiéndose con los alemanes hasta que uno de ellos, el más borracho de todos, sin querer, tiró en la sala una botella Jägermeister que cayó al suelo y se rompió en pedazos. En ese momento José estaba en la cocina abriendo otra botella de vino blanco y solo escuchó cómo se abrió una de las puertas de la casa, era Milena que salía de su habitación, en exceso irritada y gritando como loca.

—La gente tiene que dormir y ya es tarde para estar haciendo fiestas. ¿No crees, Kerstin?

Al escuchar tanto ruido en la sala, Bupi salió de su habitación. Cuando Milena vio a Bupi debajo del marco de su puerta, aprovechó, ya que sabía que Bupi la apoyaba en todo, para pedirles a los amigos de Kerstin que continuaran la fiesta en otro lado. Como Kerstin sabía que Bupi apoyaría a Milena, no intentó discutir con ella, así que solo comenzó a recoger los vidrios del suelo. Mientras uno de sus amigos secaba el suelo con una fregona, Milena se quedó debajo del marco de su habitación observando a Kerstin y sus amigos cómo recogían los vidrios rotos y limpiaban el suelo. José y Salim vieron cómo en la cara de Milena se dibujó una ligera sonrisa.

—Mil, no es necesario que esperes a que terminen, nosotros podemos solos —dijo Salim mientras comenzaba a levantar algunos vidrios, antes de que su sonrisa se desdibujara.

Milena no respondió y se quedó en silencio debajo de su puerta hasta que los alemanes limpiaron todo y se fueron de la casa. Cuando escuchó que la puerta del piso se cerró, dio media vuelta sobre sus pies y se tomó la cara al tiempo que azotaba la puerta de su habitación. Pocos minutos después de que Kerstin salió de la casa, Milena salió de su habitación y, sin despedirse, también salió de la casa. Por la ventana de la cocina los chicos pudieron observar que Milena se subía a un Mercedes Benz color plata.

Aunque el origen del odio que Milena tenía a los alemanes era evidente, a los miembros de la casa no les quedó claro hasta que un día José, Camilo y Salim, escuchaban y bebían cerveza con Milena en su habitación.

—Mil, ¿dónde naciste? —preguntó José mientras lanzaba una de las cartas del juego llamado Uno al suelo y caía sobre algunas cartas más.

—Nací en Tarnów, toda mi familia es de ahí —contestó Milena mientras lanzaba otra carta al montón de cartas del suelo.

—Jamás había escuchado esa ciudad, ¿dónde está? —preguntó José mientras bebía una cerveza.

—En Polonia.

—Eso lo supongo, pero es que nunca había escuchado ese nombre de ciudad —dijo José mientras observaba cómo Camilo recogía todas las cartas y volvía a lanzar una al suelo.

—Después de Cracovia es la ciudad más poblada. Un cursillo de geografía no te vendría mal —dijo mientras observaba a Salim lanzar una carta sobre otra que Camilo había lanzado.

—¿Algo famoso que tenga? —preguntó Salim mientras observaba a Milena lanzar una de las cartas.

—Una catedral gótica del siglo XV, la plaza mayor que también es famosa porque ahí los putos nazis hicieron una matanza de judíos. Uno de los más grandes infanticidios del mundo sucedió en mi ciudad. Mi abuelo me contó que fue en 1939, cuando llegaron los nazis a mi ciudad. Primero comenzaron por cercar el vecindario con púas de alambre y poco a poco comenzaron a llevar una gran cantidad de judíos deportados de otras ciudades —dijo Milena con tristeza en los ojos—. Según mi abuelo, los acorralaron como a las ratas antes de matarlas, destruyeron el gueto y todos aquellos que podían trabajar fueron mandados vía tren a los campos de trabajo.

—¿Cómo sobrevivió tú mamá? —preguntó Camilo.

—Fue rescatada por un grupo clandestino y muchos años después la

entregaron con mis abuelos. Mis abuelos sobrevivieron, pues mi abuela trabajaba en una fábrica de uniformes y mi abuelo era electricista, oficio que le enseñó a mi abuela en sus primeros años de matrimonio. Ella me dijo que prácticamente los dos sobrevivieron por saber de electricidad, hasta que los rusos los liberaron.

—¿Hace mucho no vas a Tornow? —preguntó Camilo mientras daba un trago de cerveza.

—Tarnów. —Lo corrigió Milena—. No, desde lo de mis padres no he vuelto.

—¿Qué les pasó? —preguntó Camilo mientras buscaba un encendedor por la habitación para encender un cigarro.

—Ellos murieron en un accidente automovilístico cuando yo tenía nueve años. En ese momento me quedé al cuidado de una hermana de mi madre y su hijo que era unos cuantos años mayor que yo. Viví bastantes años con ellos hasta que hace algunos años me vine a vivir Londres.

—¿Has vuelto a ver a tu tía o a tu primo? —preguntó Camilo.

—No, perdí todo contacto con ellos cuando me vine a vivir para acá. Lo único y último que supe de él, fue que vivía en una ciudad cercana a Varsovia, de mi tía, supongo que sigue en la misma ciudad —contestó Milena mientras encendía un cigarro.

—¿Por qué no te fuiste a vivir con tus abuelos maternos después la muerte de tus padres? —preguntó José que lanzaba una carta al suelo.

—Dos de mis cuatro abuelos murieron en campos de extermino alemanes, de los otros dos, la madre de mi madre, murió pocos años después de la liberación del campo; y el padre de mi madre, después del campo, quedó loco y poco a poco fue perdiendo la memoria hasta que lo ingresaron en un manicomio cuando yo era muy pequeña —contestó Milena al fin con una voz ahogada—. Chicos, ¿podemos cambiar el tema? —En ese momento Salim se acercó a abrazar a Milena.

—Sí, Mili, perdona por tocar esos temas, pero no debes ser así con Kerstin, ella no te ha hecho nada y te la pasas molestándola todo el tiempo —dijo Salim aprovechando la situación.

Cuando Milena sintió el brazo de Salim sobre su hombro, se separó de él y le contestó.

—Ella no, pero sus antepasados, sí.

Semanas después de la reunión con Kerstin, era casi media noche cuando Salim, Camilo y José, se encontraban en la sala de la casa bebiendo, en ese momento Milena salió de su habitación y sin despedirse salió de la casa. Los chicos pudieron ver por la ventana que afuera ya la esperaba el Mercedes-Benz.

—Mil ha cambiado mucho, antes no era así, ella cambió mucho desde que el periodista vino a buscarla a la casa —dijo Salim.

—¿De qué periodista hablas? —preguntó Camilo.

Esa noche José se enteró de que Salim, Milena y Bupi eran los que llevaban más tiempo viviendo en la casa.

—Hace algunos meses, un día un chico tocó a la puerta de la casa y yo abrí, preguntó por Milena, como ella no estaba, pues había salido a una entrevista de trabajo, yo le pregunté si quería dejar algún recado, a lo que el chico contestó que no, que esperaría en la cafetería que está en la esquina. Cuando llegó Milena, el chico seguía en la cafetería y cuando la vio, la abordó. Yo los vi, pues me encontraba lavando unos platos, y ya ven que desde la ventaba de la cocina se ve parte de la terraza de la cafetería de la esquina. Ellos charlaron durante unos minutos, después desaparecieron de mi vista y solo escuché cómo se abrió y cerró la puerta de la casa. Milena y el chico se sentaron en la sala y hablaron, por lo que alcancé a escuchar, el chico hablaba de unas fotos, mientas que ella le preguntaba cómo habían dado con su dirección. Él solo le dijo que por contactos. Cuando terminaron la conversación, Milena le dijo al chico que lo pensaría y después le llamaría. Cuando el chico salió de la casa, Milena se metió a su habitación y horas después tocó mi puerta.

—Salim, ¿puedo hablar contigo?, necesito pedirte un consejo.

—Claro, Mil, dime.

—Es algo muy personal, espero pueda confiar en ti.

—Mil, sabes que puedes confiar en mí —dijo Salim mientras invitaba a pasar a Milena a su habitación.

—Fue hace muchos años —dijo Milena sentándose en un sofá que estaba cerca de una ventana—, justo antes de que mis padres murieran. En ese tiempo nosotros vivíamos en Ucrania, tuvimos que dejar Polonia, pues mi padre pasaba una mala racha económica, había días que apenas teníamos para comer y allá, gracias a la ayuda de uno de sus primos, encontró un trabajo, pero por lo que recuerdo ese trabajo no solucionó nuestros problemas económicos. En ese tiempo yo tenía 7 años y un día mi mamá y yo vimos un anuncio en la televisión donde buscaban niñas para modelar. Como en ese tiempo el sueño de cualquier madre era que su hija ganara un certamen de belleza, mi mamá pensó que no era mala idea llamar al número que aparecía en televisión y averiguar un poco más. Semanas después, mientras tomábamos el desayuno, ella me preguntó si me gustaría ser modelo, a lo que yo sin dudar contesté que sí. Esa misma mañana mi mamá agendó una cita en el número de teléfono que aparecía en el anuncio. En la llamada le dieron una dirección y a los pocos días nos encontrábamos frente a una agencia fotográfica que se llamaba *Gallo*

estudio, en el centro de Kiev. En ese lugar nos recibió una chica, me acuerdo que se llamaba Suzana, era muy amable. En el estudio y mientras ella hablaba con mi mamá, Suzana me regaló una paleta, obviamente no me acuerdo de qué hablaron, pero sí me acuerdo que Suzana le dio a mi mamá un fajo de billetes. Después de que guardó el dinero en su bolsa, ambas nos dirigimos a un enorme probador que estaba en la parte trasera del estudio. Ahí había un inmenso clóset con prendas de niña de todos colores. Me acuerdo que cuando entré ahí fue como entrar a un paraíso lleno de ropa bonita. En ese momento, Suzana entró al probador y me entregó una falda muy pequeña, un minitop rosa y unas zapatillas, para mí eso fue algo nuevo, nunca en mi vida me había puesto unas zapatillas, se las había visto a mi madre o a mis primas mayores, pero yo nunca las había usado, pues mi madre hasta ese día me había dicho que aún no estaba en edad de utilizar tacones. Antes de que Suzana saliera de probador, me dijo que si me portaba bien, más tarde me regalaría la prenda que a mí me gustara de aquel clóset. Cuando mi madre y yo nos quedamos solas en el probador, ella me ayudó a vestirme, cuando terminamos, me cogió de la mano y nos dirigimos a otro cuarto donde Suzana nos esperaba detrás de una cámara fotográfica. En ese momento mi mamá me señaló un extremo de esa habitación, justo el lugar que la cámara fotográfica apuntaba y me dijo: «Anda, ve, Suzana te va a decir qué hacer». Mientras mi madre caminó y se quedó de pie muy cerca de Suzana, yo di unos pasos y casi me caigo, pues no sabía andar en tacones. Suzana me dijo que me quedara de pie frente a la cámara mientras ponía una canción de moda de aquel tiempo, ahora no me vine el nombre de la canción —dijo Milena tocándose la frente—. Mientras la canción sonaba, Suzana me dijo que sonriera y que hiciera los movimientos que mi madre hacía. Yo jamás había visto a mi madre mover el cuerpo y la cara de tal manera, pero era mi madre y yo solo obedecí y posé como mi madre lo hacía. Todo esto pasaba mientras Suzana apretaba el obturador de la cámara y los flashes deslumbraban mi mirada.

—Obviamente yo le pregunté a Milena si en algún momento se había sentido incómoda —dijo Salim mientras narraba la historia.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Camilo.

—Que no, pero no me interrumpas, ya te contaré todo. Ella me dijo que nunca se sintió intimidada, pues su madre siempre estuvo ahí, incluso me dijo que para ella ir al estudio significaba ver a niñas de su misma edad con quienes jugaba y después se hicieron sus amigas, también me dijo que durante algunos años continuaron tomándole fotos, al parecer eran bien pagadas y el dinero venía muy bien a su casa. Las sesiones fotográficas hubieran continuado si no hubiera sido porque el estudio cerró de un día para otro. Cuando eso pasó solo

significó dejar de ver a sus amigas, lo cual la tuvo triste algunos meses y para su madre significó perder los ingresos extras que obtenía de las fotos.

—¿El padre sabía algo? —preguntó José.

—Yo le pregunté lo mismo y me dijo que nunca lo supo, pues semanas después de que cerraran el estudio sucedió el accidente automovilístico de sus padres y al poco tiempo ella regresó a Tarnów a vivir con su tía y su primo. Del estudio, me dijo que no volvió a saber nada, hasta que años después, una mañana, cuando ella ya era mayor de edad, justo cuando la relación con su tía y su primo se estaba desmoronado y ella se estaba contemplando venir a vivir para acá, estaba desayunando y vio en la televisión la foto de Suzana mientras un periodista decía que en Ucrania se había capturado a una de las presuntas cómplices de la más grande red criminal de pornografía infantil de aquel país. Al parecer la fotógrafa se desempeñaba como gancho para atraer a los padres de las familias y funcionar como el eslabón de oro entre los niños y sus depredadores.

—¿Y qué estaba haciendo cuando la capturaron? —preguntó Camilo.

—Me dijo Milena que la fotógrafa estaba afuera del estudio esperando al padre de un niño. Justo a eso vino el chico a buscar a Milena. Ella me dijo que él era periodista y estaba trabajando en un artículo sobre el estudio fotográfico, pues en ese tiempo en Kiev había elecciones presidenciales y al parecer un alto cargo de la política estaba señalado como posible operador financiero y cliente del estudio. Entonces el periodista le ofreció a Milena una cantidad de dinero por hablar de su época de modelo infantil. Ella se lo había contemplado pues estaba a meses de que se le terminara el paro y estaba necesitada de dinero. Como estaba tan asustada, y en ese tiempo casi no salía de su habitación, y prácticamente no hablaba con nadie fuera de esta casa, fue que me pidió a mí que la acompañara a la entrevista que el periodista había concretado en una cafetería del centro. Yo le dije que sí, que sin problema contara conmigo, pero un día antes de la fecha de la reunión, Milena me canceló, solo me dijo que no me preocupara, que ya no iría a la entrevista. Al parecer, alguien, no me acuerdo si me dijo que su primo o un amigo, le había aconsejado no acudir. Días después me dijo que había conseguido un trabajo y no volvió a mencionar el tema del periodista, hasta que meses después, un día que Milena y yo veíamos la televisión en la sala, apareció en la pantalla el chico que vino a la casa. Fue así que, ante la evidencia, le pregunté por aquel suceso y ella me contó que las semanas previas a la entrevista estuvo buscando en internet a algunas de sus amigas de la época de modelaje infantil y encontró a una en una red social que se llamaba Tania y que también vivía también en Londres. ¡Ya me acordé!, fue ella fue quien le ayudó a encontrar su trabajo y le aconsejó

cancelar la entrevista.

En ese momento Salim se levantó del sofá y se dirigió al refrigerador.

—*C'est la vie* —dijo Salim mientras sonreía y levantaba sus hombros.

—No me lo puedo creer —dijo Camilo mientras observaba a José—, pero, ¿cómo pudo su madre?

—Dinero es dinero —dijo Salim.

—Yo sí lo creo, la gente se prostituye por dinero y poder —dijo José mientras servía vino blanco en su vaso.

—Ningún dinero vale poner a los niños en riesgo —dijo Camilo mientras lanzaba humo de su boca.

—Como dijo Salim, dinero es dinero, ¿cuántas atrocidades se han hecho a través de la historia del puto mundo por unas cuantas monedas? —dijo José mientras daba un sorbo a su vaso.

—Tienes razón, hasta Judas se dobló por algunas monedas —dijo Camilo mientras golpeaba en la mesa—. ¡Puto dinero de mierda!

—Dinero, veneno sagrado —dijo José.

En ese momento José encendió un cigarro y Camilo dio un sorbo a su cerveza mientras Salim preguntó

—¿Quieren ver las fotos de Milena?, están en la Deep web, yo sé en qué sitio están.

Azorados y confundidos, José y Camilo se quedaron viendo, después de un largo silencio ambos dijeron que sí.

—Lo sabía, ¡putos degenerados! —exclamó Salim soltando una sonora carcajada mientras los tres se dirigían a la habitación de Salim y este encendía su portátil.

Mientras Salim encendía su ordenador, contó a los chicos que después de que Milena le contara su historia, se sumergió en internet a buscar las fotos. «Fue muy fácil dar con ellas». Segundos después, Salim tecleó algunas palabras en su ordenador y aparecieron en la pantalla un centenar de fotos de niñas que estaban vestidas con ropa escotada y provocativa, algunas tenían exceso de maquillaje en la cara, otras vestían medias de red, unas más calzaban tacones de punta alta. Todas estaban en posiciones sensuales mientras observaban y sonreían a la cámara. A los chicos les costó trabajo identificar a Milena en medio de tal cantidad de fotos, hasta que por fin la encontraron. En la foto, Milena parecía tener no más de doce años, estaba de pie y sonreía, vestía una camiseta color rosa, en la cadera tenía un liguero negro y en los pies calzaba unas zapatillas blancas. Salim puso el cursor en la foto y después de elegirla se abrió un panel con cerca de diez fotos más donde Milena estaba en posiciones totalmente sexuales. En otra imagen los chicos pudieron ver a Milena sentada

en una silla con las piernas abiertas y haciendo con la mano el símbolo de amor y paz. En unas más, estaba tumbada en el suelo y solo vestía una diminuta braga. En la última de la serie, estaba sentada en el suelo con las piernas abiertas, miraba a la cámara y tenía una paleta en la boca. En ninguna parecía que estaba asustada o incómoda, incluso parecía divertida. Después de ver las fotos, Salim cerró el sitio de internet y solo se quedó viendo a sus amigos.

—*La vie, putain de vie*.

—*De l'argent, de l'argent putain* —contesto Camilo mientras daba un gran sorbo a su cerveza.

Salim sacó una cajetilla de cigarros y les ofreció uno a sus amigos, cada uno de ellos cogió uno y los encendieron. Mientras la braza de los cigarros ardía, Salim dijo que después de que Milena le había contado la historia del periodista, él se puso a investigar por su cuenta en internet y descubrió que en aquellas elecciones presidenciales de Ucrania, se estaba relacionando al candidato a la presidencia con dos hermanos gemelos de apellido Tramontano, unos estadounidenses de origen italiano que habían emigrado con sus padres a los Estados Unidos cuando aún eran adolescentes. Al parecer uno de ellos había sido capturado hacía pocos años en Washington y fue acusado de haber adoptado en 1998 a una niña rusa con la promesa de una vida mejor, pero cuando llegó a su nueva casa, en Pittsburg, los hermanos Tramontano en realidad la había adoptado para realizar contenido pornográfico que venderían en la red. El problema diplomático vino cuando el gemelo capturado, que se llamaba Darío, declaró y dejó evidencias que involucraban a altos cargos del gobierno ucraniano y la relación con altos cargos en organizaciones internacionales que fomentaban la paz en el mundo. Del otro hermano, la información que encontró Salim era poca, solo se sabía que se llamaba Vincenzo y que cuando capturaron a Darío, él, al parecer, se había suicidado en Bristol lanzándose desde el puente colgante de Clifton. Pero esta información no era precisa, ya que la policía del Reino Unido ofrecía una recompensa por cualquier información que se brindara del gemelo que aún se encontraba libre.

—Miren, son estos hijos de puta—dijo Salim después de teclear en su ordenador. En la pantalla se podía ver a un par de gemelos, uno de ellos tenía cabello largo, cara ancha, ojos cerúleos y barba de candado, el otro tenía el cabello a la militar, era delgado y con ojos marrón.

—Tienen toda la cara de pervertidos —dijo Camilo mientras se levantaba del sofá y se dirigía a la cocina—. ¿Alguien quiere otra cerveza?

—¿Y el candidato involucrado ganó las elecciones? —preguntó José—; tráeme una también a mí, por favor.

—Sí, siempre ganan los malos —dijo Salim acercándose a la ventana y

abriendo un poco la ventana de su habitación para que no se concentrara el humo del tabaco.

—Ahora que mencionas a los malos… —dijo Camilo al regresar con dos cervezas en las manos— ¿ganó el Chelsea esta semana el partido?

Los chicos comenzaron a hablar de la liga de futbol inglesa. No obstante, algo en sus miradas se había perdido y después de terminar los cigarros se despidieron y se dirigieron a sus habitaciones.

III

José estuvo casi dos años con Yuliya, con el amor llegó la creatividad de nuevo, la escritura y los dibujos volvieron a él. Por un tiempo retomó la novela que había comenzado a escribir en México, pero poco después la dejo. Sin embargo, comenzó a cultivar el dibujo y cada día su técnica mejoraba, incluso compañeros de la universidad le compraron algunos dibujos realizados a carbón. Yuliya y José hubieran continuado su relación de no ser porque cierta tarde que había un sol radiante en la ciudad, habían planeado hacer un viaje a Oxford, pero cuando José llegó a la estación de Paddington para ver a Yuliya, llevaba puesta una camiseta con la cara de Stalin. Ella le dijo que no viajaría con él si llevaba esa camiseta puesta y ante la negación de José de comprar una en la estación de metro y cambiarse, ella dijo que viajaría sola. Como cada vez eran más habituales los desplantes de Yuliya y las discusiones por tonterías, José se estaba cansando y no estaba más dispuesto a acceder a esas niñerías. Aunque en anteriores y repetidas ocasiones José le había seguido su juego y había accedido a sus desplantes, esa tarde se negó y no viajo con ella, quizás porque ese día el sol eran tan hermoso, que José no tenía ganas de discutir, o quizás porque habían llegado a esa etapa de las relaciones de pareja donde la cuerda se tensa tanto que, o das el siguiente paso, o la cotidianidad se las come. Mientras Yuliya se quedaba a mitad de la estación de Paddington con una rabieta atravesada entre el estómago, él llamó a Salim y acordó verlo en el Hyde Park. Al llegar al parque, Salim estaba con un grupo de franceses. Cuando estaban por terminar la quinta botella de vino y los franceses se habían ido, Salim intentó besar a José, sin embargo, este le dijo que eso no le iba a él. Salim se quedó viendo a José y solo echó a reír, José hizo lo mismo. Después de que los dos chicos se rieran en el pasto, Salim se disculpó excusándose en lo borracho que estaba; segundos después recibió una llamada de Camilo invitándolo al *Elephant*, pues la noche anterior había conocido una chica francesa que estaba en un congreso en la ciudad y, en ese momento, con dos

amigas más en el bar; así que pensó que sería buena idea presentarlos. José y Salim se dirigieron al *Elephant*, al llegar se acercaron a la barra, buscaron a Camilo y no lo vieron. El camarero les dijo que había terminado su turno y, señalando a un grupo de hombres, dijo que lo podrían encontrar entre ellos. Cuando José y Salim buscaron con la mirada a Camilo, observaron a varios hombres que formaban un círculo y se encontraban mirando un partido de futbol en la televisión. Cuando Camilo sintió el peso de la mirada de sus amigos volteó y levantó la mano, les hizo señas para que se acercaran. Antes de dirigirse al grupo, Salim y José pidieron una cerveza y después se dirigieron a donde estaba Camilo. Al llegar, uno de los hombres abrió el círculo y permitió que los dos chicos se integraran. José escuchó que estaban hablando sobre un partido de futbol que hacía algunas semanas habían perdido los Hibs. José y Salim saludaron a Camilo, quien los presentó con los otros hombres que veían la televisión.

—Mira, te dije que yo lo conocía —dijo Camilo mientras señalaba a un hombre calvo que vestía camiseta gris con una cazadora negra y que estaba en un extremo del círculo.

Para sorpresa de José, era Welsh. Camilo lo conocía, pues el dueño del bar había vivido en Leith y era amigo de Irving desde la infancia.

—Mucho gusto. He leído dos de tus novelas, me han gustado mucho; yo también escribo.

—¿Qué escribes? —preguntó Welsh después de dar un trago a su cerveza.

—Ahora estoy escribiendo una novela, pero también he escrito relatos y poemas —dijo José después de dar un sorbo a su cerveza también.

En ese momento Camilo salió del círculo y se dirigió a una mesa donde había tres mujeres. Desde ahí, mientras que Welsh le contaba a José sobre el texto en el que estaba trabajando, Camilo levantó la mano con la intención de que sus amigos se apresuraran. Aunque José hubiera deseado quedarse más tiempo a charlar con Welsh, sabía que lo mejor que podía hacer cualquier artista es vivir, pues de ahí saldrán sus futuras historias, así que cuando Welsh acabó de contarle sobre su siguiente novela, se despidió de él.

—Mucho gusto en conocerte, pero me llama la vida. Nos veremos en el futuro —dijo José mientras, impetuoso, caminaba hacia la otra mesa y le hacía señas a Salim para que fuera detrás de él.

Cuando llegaron a la otra mesa, Camilo los presentó. En ese momento José se dio cuenta de que las tres chicas eran algunos años mayor que ellos. Se llamaban Celia, Simone y Pauline. Camilo le dijo a José que se sentara junto a Celia, al parecer él le había dicho que a José le gustaba escribir y dibujar. Cuando José se sentó junto a Celia, ella le vio su camiseta de Lenin y le

encantó, después le contó que estaba terminando un doctorado en Historia contemporánea y que estaría un año en la ciudad. José le dijo que era economista y trabajaba como camarero para poder pagarse los cursos en el *London Economics*, pero que lo que realmente le gustaba era escribir y dibujar. En ese momento, José cogió un bolígrafo que Camilo tenía en la bolsa de su camisa y en una servilleta dibujó el rostro de Celia, ella quedó maravillada por lo bien que la había dibujado. Escuchar esas palabras y ver su rostro tan bien delineado en una servilleta hizo que, a Celia, José le gustara de inmediato. Ella vio en él todo aquello que nunca se atrevió a hacer. Al ser hija de un prominente empresario de Lille que había acumulado su riqueza en el mundo de los bienes raíces, las cosas siempre se le habían dado a manos llenas y nunca se había esforzado por nada.

—Yo también escribo, pero me da vergüenza mostrarlo —dijo Celia mientras pedía otro martini al camarero y le decía a José que apresurara la bebida, pues ella le invitaría la siguiente ronda.

—Espero que algún día me dejes leer algo —comentó José mientras le observaba los senos.

—Ya lo veremos. ¿Tienes pareja? —preguntó Celia mientras doblaba la servilleta y la guardaba en su cartera Gucci.

—Tenía hasta hace poco, ella era de Rusia, pero hace unos meses nos enojamos, nos distanciamos y ella se regresó a su país y, ¿tú? —interrogó José después de mentir mientras dibujaba en otra servilleta figuras geométricas.

—El año pasado estuve a punto de casarse, pero meses antes la boda mi ex canceló los planes —respondió Celia mientras el camarero ponía dos martinis sobre la mesa y ella le daba un billete de propina.

—¿Por? —José preguntó mientras daba un gran trago a su cerveza para terminarla y comenzar a beber aquel cóctel que nunca había bebido.

—Porque el muy cabrón embarazó a su exnovia y ahora viven en Lyon —dijo Celia dando un trago a su cóctel.

Después de algunos martinis y tequilas más, ella le confesó a José que estaba pasando por un momento complicado en su vida, estaba confundida y además aún no superaba la crisis de los treinta.

—Anímate, eres una mujer muy hermosa —dijo José mientras veía los ojos color esmeralda de Celia y pensaba «dicen que todo artista necesita una madre y yo he encontrado la mía, quizás por fin pueda dedicarme de tiempo completo a mi novela. Además, tiene unas tetas espectaculares».

Esa misma noche Celia le dijo a José que la acompañara hasta el hotel donde llevaba semanas hospedada, al llegar, José se sorprendió, pues era una habitación del Ritz; ahí tuvieron sexo durante toda la noche. Cuando José

introdujo su pene por primera vez dentro de Celia, pensó «por fin el proletariado está follándose a los dueños de los medios de producción». A la mañana siguiente José se levantó y descubrió que Celia no estaba en la cama, cuando se dirigió a la recepción a preguntar por ella, le dijeron que no era cliente habitual y que solo había alquilado la habitación por una noche y él debía desocuparla antes de la una de la tarde.

Días después, José, Camilo y Salim se reunieron como hacía tiempo no lo hacían a beber unas cervezas en la sala del piso.

—¿Cómo te fue con Celia? —preguntó Camilo—. Fuiste el único afortunado esa noche.

—Desapareció, al siguiente día no dejó ni un rastro de su existencia, cuando me levanté se había ido de la habitación y solo me dejó pagado el desayuno en el restaurante del hotel —contestó José.

—Seguro solo quería un poco de diversión, a mí su amiga me dijo que solo estaban en un congreso de filología.

—Simone y Pauline, sí, pero Celia no, ella está haciendo un año de investigación doctoral aquí —dijo José—, así que sus dos amigas sí se fueron de la ciudad, pero ella sigue aquí, lo único que sé es en qué universidad está, pero no voy a irla a buscar. Si tiene interés en mí, sabe dónde trabajo, pero la verdad me imagino que solo quería un polvo de una noche y se acabó; por lo que me dijo, estaba pasando una mala racha.

Tres días después Celia apareció en *White Cock* y le pidió una disculpa a José por haber desaparecido de esa manera la noche que se conocieron y le pidió hacer las paces para comenzar desde cero. A partir de la siguiente semana, José pasó muchos días en el piso que el padre de Celia le alquilaba en el centro de Londres. Esos días José tuvo que excusarse con Yuliya con el pretexto de que uno de sus primos, que vivía en España, llegaría a la ciudad y lo llevaría a conocerla.

Celia y José tenían la costumbre de cenar juntos cada dos días, pues ella vivía muy cerca del Big Ben y su piso tenía una vista espectacular del Támesis. En cuestión de días, Celia, como si fuera una hermosa ave rapaz, se comió todo lo construido con Yuliya en esos años y José cayó a sus pies como serpiente encantada por una experta flautista. El segundo fin de semana que pasaron juntos no salieron ni un solo día del piso. Se pasaron día y noche teniendo sexo y viendo películas. La primera noche, por elección de José, vieron *Cinema Paradiso*, de Giuseppe Tornatore; después, por elección de ella, vieron *Las alas del deseo*, de Wim Wenders. El segundo día vieron *Zelig*, de Woody Allen, mientras comían una pizza. El domingo vieron *Teorema*, de Pier Paolo Pasolini por elección de José; durante toda la película él hizo bromas sobre ella, pues le

dijo que seguramente así era su familia. Debajo de las sábanas hablaron de Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre. Ella llamó mentirosa y sumisa a Simone, pues no podía comprender cómo alguien que había escrito uno de los libros más importantes sobre feminismo, tolerara las infidelidades de Sartre. José se ofendió por esos comentarios hacia Simone y la excusó con la teoría de los amores contingentes y necesarios. Celia dijo que eso había sido idea de Sartre para justificar su poligamia, pero que Simone realmente nunca había estado de acuerdo. Cuando los ánimos se calmaron, hablaron de *Pedro Páramo,* de Juan Rulfo. Ella citó el *incipit*: "Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo…" Escucharla hablar castellano con ese acento francés y su mirada de lince, hizo que José tuviera una erección de inmediato. Sin salir de la cama, charlaron de Eugène Ionesco mientras José la embestía como un pequeño rinoceronte y la abrazaba por la cadera. Rieron e hicieron el amor de nuevo. Con sus cuerpos desnudos y sudados, hablaron de Octavio Paz y José le recito uno de sus versos.

> Dos cuerpos frente a frente
> son a veces navajas
> y la noche relámpago.

Esa tercera noche escucharon jazz mientras comían y bebían como los dioses. Hasta el cuarto día salieron del piso y se fueron a cenar a Richmond, se sentaron en un restaurante y José la abrazó, parecía que su cuerpo se amoldaba perfecto al suyo. Semanas después, Celia le dijo a José que dejara su piso y se fuera a vivir con ella. José respondió que no podía, pues perdería esa habitación y era un lugar especial para él. Celia le sugirió que no se preocupara por eso, ella la pagaría para que no sintiera que perdía su espacio. Lo único que ella quería era que él estuviera cerca de ella. Durante un tiempo José estuvo viviendo una doble vida con Celia y Yuliya. Rusia por el día, Francia por la noche. En algún momento José tuvo la loca idea de proponer una alianza entre esas dos mujeres; algo así como la alianza franco-rusa que hubo entre 1892 y 1917 donde él fuera el Gran General. Pero pensó que, como en toda alianza política, una de las dos naciones iba a traicionar a la otra, así que pensó que lo mejor era dejar el tema y dejar que todo se solucionara por su propio cauce. Así que por la mañana se acostaba con Yuliya mientras Celia estaba en la facultad, y por las noches con Celia, en su casa, después de cenar. Semanas después, José le habló a Celia sobre Yuliya, pensó que era lo mejor, pues para ganar un aliado lo más inteligente es convertirlo en un cómplice. Al principio Celia lo tomó mal, pero con el transcurso de los días regresó a su actitud anterior. Era

cierto que en ese tiempo las cosas con Yuliya se seguían enfriando y las discusiones, por pequeñas que fueran, eran largas e hirientes. José era consciente de que, si terminaba la relación con Yuliya, su corazón, o lo que quedaba de él, después de lo que pasó con Marta, se iría a la fría Rusia para quizás nunca volver, pero también era consciente de que en ese momento necesitaba a alguien como Celia. Vivía en una constante confusión, pues al mismo tiempo que se sentía egoísta, pensaba que solo hay una vida, y que esta se consume tan rápido que cuando creemos por fin descifrar algunos de sus enigmas, ya estamos a metros de la tumba y, aunque le hubiera gustado formar una familia con Yuliya e irse a vivir juntos, sentía que aún no era su momento. Para José no fue fácil terminar con Yuliya, los días previos a hablar con ella se contuvo en repetidas ocasiones. Es que ver a un ángel llorar no es cosa fácil, pero también es cierto que en este mundo apuestas el todo por el todo o no obtienes nada, y aunque siempre está latente la posibilidad de perderlo todo, la experiencia vale el riesgo de vivir al filo del acantilado. Así que una mañana, cuando todos los pretextos se le habían terminado para excusarse de no ver a su novia, justo después de tener sexo con Celia, José se levantó de la cama y decidido se puso la ropa para ir al piso de Yuliya con la intención de enfrentar y solucionar su situación. Esa mañana llovía y el frío calaba hasta los huesos.

—Tengo que hablar contigo —dijo José mientras dejaba las llaves que tenía del piso de Yuliya en el llavero de la entrada.

—¿Sobre qué? —dijo Yuliya desde un sofá en el que estaba trabajando en su ordenador.

—Me he estado acostando con alguien los últimos dos meses —dijo José con toda la frialdad del mundo concentrada en esas palabras.

—Ya lo sospechaba —dijo Yuliya mientras dejaba el ordenador en una pequeña mesa junto al televisor de la casa que estaba encendido—. ¿Quién es la puta?

—No es una puta —dijo José mientras caminaba cerca de la cocina.

—¿Ella sabe qué tienes pareja? —preguntó Yuliya sin dejar de ver el televisor

—Sí.

—Entonces ella es una puta y tú, un cerdo —dijo Yuliya mientras giraba la cabeza y miraba a los ojos de José.

—No es una puta, no me cobra por tener sexo —dijo José sentándose en un banco alto y giratorio de la cocina desde donde Yuliya le quedaba de frente.

—Entonces, además de puta, es idiota, pero, ¿por qué me lo dices? ¿No era más fácil mentir como hacen todos los de tu especie?, ¿y solo terminarme y largarte con la otra?

—Prefiero decirte la verdad —dijo José bajando su mirada.

—Algunas veces es mejor mentir. Las mentiras hacen la vida más llevadera —dijo Yuliya juntando sus manos.

—Tienes razón, pero a ti que me devolviste las ganas de vivir, te debía unos minutos de honestidad —dijo José regresando su mirada a los ojos de Yuliya.

—¿La conozco? —dijo Yuliya con los ojos cristalinos.

—Sí, te la presenté el día que fuimos a escuchar al DJ al Museo Nacional de Historia —dijo José mientras se desabrochaba los botones de su manga derecha de su camisa y la recogía en su antebrazo.

—Es una de las francesas, ¿verdad?

—Sí, ¿cómo lo sabes? —dijo José desabrochando su manga izquierda.

—Porque ustedes los hombres son unos imbéciles para disimular. ¿Y por qué ella? —dijo Yuliya recargando su espalada en el reposabrazos del sofá.

—No sé, esas cosas no se saben. Solo pasan. Simplemente cuando estoy con ella me la paso bien.

—¿Hace cuánto que te acuestas con ella?

—Desde el día que discutimos antes del viaje a Oxford.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —dijo Yuliya con los brazos cruzados.

—Nunca encontré el momento.

—¿En tantos meses nunca encontraste el momento?, pero sí tuviste tiempo para encontrar su sucio orificio por donde le metes tu pene, ¿verdad? ¡Cerdo desgraciado! ¿Qué te hace falta conmigo? —preguntó Yuliya golpeando con su mano el reposabrazos.

—Nada, contigo tenía todo, solo que ya no siento —dijo José restregando su palma derecha en su cuello.

—¿No sientes qué? —preguntó Yuliya poniéndose de pie.

—Lo que se siente al principio cuando conoces a la gente, desde el viaje a Oxford algo se rompió.

—Tú dijiste que me amabas —dijo Yuliya mientras caminaba a la cocina y sacaba de la alacena un recipiente de café y un cuchillo.

—Y te amo —dijo José girando el banco y siguiendo el cuerpo de Yuliya.

—Entonces, si me amas, ¿por qué te acuestas con alguien más? —preguntó Yuliya mientras encendía la estufa, ponía agua a calentar y comenzaba a cortar una manzana.

—Una cosa no tiene que ver con otra —dijo José recargándose en la barra de la cocina.

—¿Cómo que no? —preguntó Yuliya quedando de pie junto a la cocina con el cuchillo en una de las manos.

—No, nosotros los hombres podemos tener sexo con alguien más y no dejar

de amar a nuestra mujer.

—Pero qué estupideces dices —dijo Yuliya mientras observaba como hervía el agua de su café.

—Es la verdad, amamos con el corazón, no con el pene.

—¿Cuál de las francesas es? —preguntó Yuliya con los ojos encendidos.

—La mayor —dijo José llevándose las palmas de las manos a los muslos de sus piernas. —¿E porque tiene un doctorado? Dijo Yuliya mientras seguía cortando la manzana en pequeños trozos.

—No, eso no tiene nada que ver, solo es que creo que nuestro ciclo ha terminado.

—¿Cocina mejor que yo?

—No. Para nada.

—¿Todavía te gusto?

—Por supuesto.

—¿Es porque es delgada?

—No, no.

—Dijiste que te encantaban mis caderas.

—Y me encantan, incluso tu cuerpo me gusta más que el de ella.

—¿Te la chupa mejor que yo?

—Yuliya, ¿por qué me preguntas eso? ¿Por qué hablas de esa manera? Tú no hablas así.

—Así hablan las putas y a ti te gustan las putas. Quiero saber qué le viste a ese esqueleto andante. ¿Te la chupa mejor que yo?, ¿sí o no?

—No, no, no —dijo José llevándose una de sus palmas a la frente.

—Entonces el idiota eres tú, no ella. ¡Lárgate de mi casa, no te quiero volver a ver más y llévate tu ropa, no quiero nada que me recuerde a ti! —dijo Yuliya señalando la puerta con el cuchillo en la mano.

—¡No te mereces una mujer como yo! Pero te voy a decir una última cosa antes de que te largues, estoy segura de que te vas a arrepentir de esta decisión.

—No sé si me arrepienta, solo sé que la vida es así, y hoy esto es lo que me pide el corazón —dijo José mientras se levantaba del banco.

—José, lárgate de mi casa —dijo Yuliya mientras con la mano temblorosa se servía el café en una taza.

—Yuliya, ¿antes de irme podemos hacerlo una vez más? ¿Para despedirnos? —dijo José acercándose a Yuliya.

—¿Tú estás mal de la cabeza? Me das asco. No sé cómo no me di cuenta antes el tipo de persona que eres —dijo Yuliya mientras apuntaba el cuchillo al abdomen de José. —¡Lárgate o te entierro el cuchillo, lárgate!

—Solo déjame darte un abrazo.

—Lárgate de una puta vez, cerdo asqueroso, o llamo a la policía. No te quiero ver un segundo más en mi casa. Y no se te ocurra poner un pie en Rusia. Te juro que hago que te maten —dijo Yuliya mientras contenía el llanto.

Cuando José cerró la puerta, Yuliya comenzó a llorar al tiempo que cortaba más manzanas, en alguno de los cortes deslizó con fuerza el cuchillo por su mano y comenzó a sangrar.

Poco tiempo después Yuliya volvió a su país. José lo supo, pues no la vio más en la facultad. Una amiga en común le contó que había decidido cursar lo que le quedaba de su máster en su país.

Ese mismo día, después de que José salió del piso de Yuliya, llamó a Celia y le dijo que aceptaba hacer el viaje a Madrid que ella le había propuesto. Harry le debía algunos días de vacaciones, así que podría utilizarlos para salir del país. A las pocas semanas, una noche que habían acordado cenar en casa de Celia, ella lo recibió con la noticia de que había comprado los tickets de avión para viajar a la capital española. Días más adelante, Celia y José estaban aterrizando en Madrid, durante el vuelo José se la pasó dibujando y bebiendo, algunas horas después bajaron del avión y pidieron un taxi. En el camino, Celia le contó a José que su padre le había prestado las llaves de uno de sus pisos en La Gran Vía, pues ella le había mentido a su padre, le dijo que acudiría a un congreso de filología impartido por la Universidad Complutense de Madrid. Ellos llegaron al piso, subieron un ascensor, al abrirse la puerta entraron a un departamento de techos muy altos con piso de mármol negro que cubría todas las alas de ese hogar. Sofás color beige que hacían contraste con el piso se distribuían por toda la casa dando un toque de elegancia. Todo eso estaba enmarcado por unos ventanales que ofrecían una impresionante vista de las alturas de Madrid. En cuanto entraron al piso y dejaron las maletas, él la abrazó por la espalda y, como jaguares en celo, llegaron a un sofá. Transformados en bestias, Celia de inmediato se mojó y quedó tumbada en el sofá con las nalgas hacia arriba. José, como halcón desde las alturas, ni si quiera se bajó los pantalones, solo se bajó el zíper, se sacó el pene y le bajó los pantalones hasta las pantorrillas al tiempo que rozaba su glande contra la vagina de Celia y como joven potro la montó. Embestidas después, Celia giró su cuerpo, se levantó del sofá y cogió a José por el cuello y lo lanzó al sofá, en ese momento ella se sentó sobre José a la altura de su abdomen y desde las alturas, como una gigante torre, le dijo: «lámeme el ano». Después de decir esas palabras Celia se sentó sobre la cara de José y se abrió las nalgas con las dos manos, mientras él como perro sediento le comenzó a lamer su negro orificio.

—*Jouir, porc, Jouir, porc* —gritó Celia.

Minutos después de haber saciado su deseo, quitó sus nalgas de la cara de

José y se tumbó sobre él, quedando boca frente a boca; con su mano derecha buscó el pene que apresó entre la palma de su mano e introdujo en su vagina, que poco a poco se fue comiendo la carne de José como la mantis religiosa cuando se come la cabeza de su macho. José se levantó del sofá y volvió a poner en cuatro a Celia, después de bastantes acaloradas embestidas eyaculó como toro sobre su hembra. En ese momento, las dos fieras alcanzaron las estrellas y cayeron como animales heridos por las esquirlas de una lluvia de flechas después de la batalla y el caos. Cuando recuperaron el ritmo terrenal y sus almas volvieron a sus cuerpos, José cargó a Celia entre sus brazos y, como si llevara a la leona madre entre sus brazos, se dirigieron a la bañera. Ahí, José abrió el grifo del agua templada y mientras ella, como reina en su imperio, estaba sentada en la bañera, él comenzó a enjabonarle la espalda. Cuando José terminó de enjabonarle las piernas, Celia se puso de pie quedando su vagina a la altura de la cara de José, ella agachó su cabeza, le dio un beso en la boca y regresó a las alturas, desde ahí tomó la cabeza de José para ponerla entre sus piernas y comenzó a orinarlo mientras ambos reían. Esa lluvia dorada era el fin de aquella tormenta sexual. Minutos después, José salió del cuarto de baño, se secó el cuerpo, se puso una toalla en la cintura y se puso a recorrer la casa. Había cuadros por todos lados, esculturas de diversos tamaños y una zona de discos. Eligió uno de Dylan y puso *Mr. Tambourine Man*. José siguió husmeando en el área de las películas y encontró algunas de Pasolini, junto a ellas encontró una caja de madera con puros, cogió uno y con una caja de cerillas que estaba al lado, encendió uno de ellos. Nunca en su vida había fumado un puro, caladas después lo apagó. En ese momento Celia llegó por detrás y lo cogió por la cintura.

—*Tu veux dîner*?

—Sí, es una descortesía no cenar después de tener sexo tan bueno, es una de las pocas reglas no escritas que hay en la cama.

—Vale, iremos a cenar a un restaurante que me han recomendado, se llama El botín. Mi padre dijo que me iba a encantar.

—Tu padre me va a encantar a mí.

José y Celia bajaron el ascensor tomado de las manos, salieron a la calle y cogieron un taxi que los llevaría al restaurante. Mientras esperaban el cordero asado y una botella, que según Celia era la mejor de la casa, ella le contó que en ese restaurante había trabajado Goya de friegaplatos y que Hemingway se había bebido unas cuantas botellas de vino. Después de cenar, Celia pagó la cuenta y salieron del bar. Pasearon por las calles de Madrid, caminaron por el parque del Retiro, el Palacio Real, la Puerta de Alcalá y la Plaza de Cibeles. En la Puerta del Sol se detuvieron en una parada de buses con la intención de

detener un taxi, ahí José escuchó hablar entusiasmados a un grupo de jóvenes de la Universidad Complutense de Madrid sobre un nuevo profesor llamado Pablo Iglesias. Minutos después Celia detuvo el primer taxi que pasó y que los llevó deregreso al piso. En el taxi, Celia se recargó en el hombro de José y puso su mano en su bragueta, para después comenzar a bajar despacio el cierre y sacarle el pene, con el pedazo de carne fuera, ella comenzó a masturbarlo. Cuando el pene de José estaba bien erecto, ella se agachó para chuparlo. José pudo ver por el retrovisor cómo el taxista se había dado cuenta de que Celia tenía su glande en la boca. El taxista, tratando de disimular, subió el volumen de la radio, sin embargo, no dejaba de mirar, incluso descendió un poco el retrovisor para ver mejor a Celia. Cuando llegaron al piso, ella sacó un billete que entregó al chofer y le dijo que se quedara con la propina. El chofer agradeció mientras cubría su erección con una de sus manos. Ellos solo rieron y salieron del auto para dirigirse al elevador donde Celia continuó con la felación. Al entrar al piso, Celia besaba y acariciaba a José hasta que llegaron a la habitación donde estaban las películas. Ahí tumbó a José en un sofá y se dirigió a una de las estanterías, eligió *Saló o los 120 días de Sodoma*, de Pier Paolo Pasolini y la introdujo en un reproductor de películas; después cogió el mando y adelantó la película lo suficiente para llegar al capítulo del Círculo de la Mierda, dejó el mando cerca del cenicero y volteó a ver a José mientras sonreía como el mismo diablo. Regresó su mirada a la pantalla y se inclinó un poco dejando sus nalgas a la altura de la cara de José, al mismo tiempo que cogía su cabello y le introducía su cara entre sus nalgas para que le lamiera la vagina. Pocos minutos pasaron hasta que ella quitó sus nalgas de la cara de José y se sentó en su pene, él, desde esa posición, solo vio cómo entraba y salía de entre las nalgas de Celia. Justo en el momento en que Duque obligaba a uno de sus súbditos a comer su mierda, ella gritó que se iba a correr y comenzó a gemir y gritar más fuerte. En ese momento José explotó dentro de su vagina y dejó correr todo su semen, para después derrumbarse extasiados. Después ella se puso de pie y se dirigió hasta uno de los libreros, de ahí sacó un libro de Safo y le leyó un poema a José antes de dormir.

> Me parece que es igual a los dioses.
> el hombre aquel que frente a ti se sienta,
> a tu lado absorto escucha mientras
> dulcemente hablas
> y encantadora sonríes. Lo que a mí
> el corazón en el pecho me arrebata;
> apenas te miro y entonces no puedo

decir ya palabra.
Al punto se me espesa la lengua
y de pronto un sutil fuego
me corre bajo la piel,
por mis ojos nada veo,
los oídos me zumban,
me invade un frío sudor y toda entera
me estremezco, más que la hierba pálida
estoy, y apenas distante de la muerte
me siento, infeliz.

La mañana siguiente ellos despertaron abrazados, antes de levantarse, Celia le acaricio la cabeza a José mientras le daba besos en la frente. Después de ducharse se dirigieron al Café Gijón, José había elegido ese lugar para almorzar porque de adolescente su abuelo José le había dado a leer *La Colmena*, de Camilo José Cela. Mientras almorzaban, José imaginó a los poetas pidiendo su jarra de hielos con bicarbonato a doña Rosa mientras hablaban de literatura. Celia pidió la cuenta y se fueron a una de las cafeterías de los bulevares de Madrid, eligieron una que desde afuera resplandecía, al entrar, las paredes eran blancas llenas de espejos, por doquier había molduras de oro. Se sentaron en la terraza desde donde se podía ver un gran cuadro donde se observaba a Zeus y Hades comiendo fruta desde un cuerno de la abundancia. Al fondo había un pequeño jardín donde se observaba a unos niños jugar con unos cachorros y unas jovencitas riendo al observar cómo unos halcones se posaban sobre sus puños. Del otro lado, sobre la calle, pasó un hombre, casi un vagabundo, que se les quedó viendo a Celia y a José, iba acompañado por dos niños que observaban maravillados el lugar. José se sintió avergonzado por un momento, observó toda la opulencia de ese lugar y sintió asco, por un segundo recordó Escutia. Celia volteó sus ojos hacia el otro lado como si dejando de mirar la miseria despareciera. En ese momento, ella levantó la mano e hizo señas al gerente del lugar que se acercó de inmediato.

—Aleja a esa persona de mi vista, me molesta su presencia.

—Señora, no puedo pedir a esa gente que se mueva de la calle. La calle es libre —contestó el gerente de manera educada y amable.

—Hace mucho tiempo que la calle no es del pueblo, desde hace tiempo nos pertenece a nosotros —contestó Celia, ufana, y sin ver a la cara al gerente. —Tráeme la cuenta.

Celia pagó la cuenta y salieron, se dirigieron al Museo del Prado. Metros antes de llegar, pudieron ver la majestuosa fachada neoclásica del edifico

escoltada por la estatua de Velázquez que, impasible, observaba el firmamento. Entraron al museo y comenzaron a caminar. Cuando José vio a San Jorge matando al dragón, se quedó pasmado y el tiempo se detuvo para él. En todo el trayecto pocas veces se soltaron las manos. Frente al fusilamiento de Torrijos se besaron. Se detuvieron frente al Viejo desnudo al sol, tan decadente y hermoso como los últimos días de la vida. Salieron del museo después de ver la serie negra de Goya. Esa noche se volvieron a emborrachar y a la mañana siguiente, en medio de una gran resaca, volvieron a Londres.

Esos meses José vivió como rey, pero a todo rey le llega el momento de decapitarlo. Al terminar ese año, Celia le dijo a José que volvería Francia, ella le confesó que estaba hablando con uno de sus exnovios, un alto ejecutivo de Air France y que lo mejor era terminar, así que tenía quince días para llevarse sus cosas del piso. La mañana que Celia partió no se despidió de José, solo le dejó un fajo de billetes sobre la servilleta con el dibujo que José le había regalado el día que la conoció en uno de los burós de la cama. En uno de los billetes escribió:

«para mi puto favorito. No guardes rencor, lo mejor es separamos. Nuestro ciclo había terminado.» Cuando José leyó esas palabras se sintió solo y en un acto de desesperación, semanas después, escribió algunas cartas a Yuliya y mientras lo hacía, soñaba que cuando ella las recibiera, contestaría de inmediato y aceptaría que se volvieran a ver, entonces la abrigaría de besos y la cubriría de regalos para toda la vida. Esas cartas nunca tuvieron respuesta, parecía que a Yuliya se la había tragado la tierra. Muchas noches también pensó en Marta, pensó en escribirle, pero se contuvo, era consciente de que hay muertos a los cuales es mejor no ponerles más flores. Meses después, por Camilo, José se enteró de que Celia se había casado. Después de enterarse de la boda escribió una última carta a Yuliya, pero como todas las anteriores, ella nunca le contestó.

IV

Casi un mes después, Salim y Camilo invitaron a cenar a José, pues llevaban semanas de verlo muy desanimando con el corazón roto, a causa de la ruptura con Celia. Después de que llegaran los kebabs que habían pedido para cenar, se reunieron en la cocina de la casa.

—Pues yo creo que te acostumbraste a una vida que no era la tuya y ahora que te abandonó la princesa de Mónaco, te falta la pasta —dijo Camilo con una sonrisa en la cara.

—Lo sé, debo disminuir algunos gatos innecesarios, quemé muchos de mis ahorros con Celia, fue casi un año de un tren de vida que no me podía pagar, al final no fue una inversión, sino un gasto, pero solo es cuestión de una pequeña racha, he hablado con Harry y me hará un préstamo.

—El viejo Harry es muy majo —dijo Camilo.

—Y la princesa de Mónaco, ella solo era mi puta —dijo José de manera ufana.

—No te confundas, tú eras el puto de ella —dijo Camilo mientras él y Salim reían al mismo tiempo.

—Como sea, ese tema está cerrado. Ella ya se casó y fin de la historia —dijo José antes de dar una mordida a su kebab.

—Ya era hora —dijo Salim levantando las manos al aire—, después de que borracho casi te avientas al Támesis y los policías de la Embajada Rusa nos persiguieron.

—Cada quien vela a sus muertos como quiere —dijo José mientras Salim llegaba a la mesa, quedaba de pie frente a los chicos y le entregaba una cerveza a Camilo.

—No sé cómo no te diste cuenta de que ella solo te utilizaba como objeto sexual y tú te enamoraste —dijo Camilo.

—Claro que me daba cuenta, pero así es la vida, aposté todas las fichas a un solo caballo y perdí, pero en el perder está el aprender, gracias a ello descubrí que hasta los faisanes dorados de noche son negros —contestó José mientras se limpiaba la comisura de la boca con una servilleta.

En ese momento se escucharon los pasos apresurados de alguien que caminaba por el pasillo de la casa, era Milena.

—Hola, chicos, me tengo que ir. Cami, ¿te puedo pedir un favor?

—Sí, claro.

—¿Te puedo dejar este dinero que va a venir a recoger una chica que me arregló mi ordenador? —preguntó Milena mientras abría una bolsa Luis Vuitton y de ahí sacaba uno billetes y se los daba a Camilo.

—Muy bien —dijo Camilo mientras recibía los billetes de manos de Milena.

—Gracias, Camilo —dijo Milena mientras se ponía una chaqueta que tenía en el perchero de la casa y abría la puerta de la casa.

—Bye, Mil —dijo Salim.

—Bye, nene —contestó Milena mientras azotaba la puerta, los chicos observaron por la ventana de la sala cómo se subía al Mercedes-Benz.

—¿No tienen curiosidad por saber para quién trabaja Milena? —preguntó José.

—A mí no me da curiosidad, seguramente se está acostando con su jefe —

dijo Camilo.

—Deberíamos un día ir tras de ella y averiguar, en todo caso si se está acostando con su jefe, quizás es más fácil que nos dé trabajo, es una realidad que a partir de que entró a trabajar ahí, Milena maneja mucha pasta —dijo Salim.

—A mí ahora no me vendrían mal un dinero extra —dijo José mientras se dirigía a la cocina.

—A Milena no le va a agradar en absoluto que la sigamos —dijo Camilo mientras abría su cerveza con la parte trasera de un encendedor.

—Podemos hacer que parezca una casualidad —dijo José.

—Yo no sé, la verdad no quiero problemas con Milena —dijo Camilo.

—¿Alguno de los dos sabe donde trabaja? —preguntó José mirando a sus amigos.

—Yo un día la acompañé a su chimba, pero no entré, yo paso, lo mejor es dejar el tema —dijo Camilo.

—Cuenta conmigo, hasta el viernes no trabajo en el hotel y también me interesa conocer al jefe de Milena —dijo Salim.

—La curiosidad mató al gato y es mejor preguntárselo directamente a ella —dijo Camilo.

—¿Y si no nos dice? —preguntó José—. El día que me pidió que la acompañara al aeropuerto a recoger a la prima de la esposa de su jefe, no me quiso decir nada. Solo dijo que era camarera, pero ninguna camarera se puede pagar una bolsa Louis Vuitton.

—Mejor ir y quizás nos dan curro. Estoy harto de trabajar el turno de la noche en el hotel —dijo Salim

—Sabes que casi no habla de su trabajo, por algo será —dijo Camilo

—Tú sabes algo y no nos quieres decir —dijo José.

—Yo no sé nada, solo creo que es más fácil preguntarle a ella —contestó Camilo.

—Yo voto por que vayamos a su trabajo y, como dice José, hagamos parecer que fue una casualidad —dijo Salim.

—¿Qué tipo de casualidad? —preguntó Camilo.

—Quizás que fuimos a buscar una amiga de José que trabaja en otro bar de esa zona. En esa zona hay muchos bares.

—Sigo creyendo que sería más fácil preguntarle —dijo Camilo.

—El problema es que, si le preguntamos y no nos dice, después no tendremos la oportunidad de acercarnos al bar y menos de tocar el tema; sin embargo, si lo hacemos como una casualidad y no funciona, tenemos el cartucho de la pregunta —dijo José.

Camilo, aunque no estaba seguro, al final accedió a acompañarlos. Así que en el transcurso de la noche acordaron ir al siguiente día, después de que José terminara su turno en el *White Cock*. Cuando las cervezas casi se habían terminado y antes de retirarse a su habitación, Camilo escribió en una servilleta la dirección donde trabajaba Milena y se la dio a José. Él la guardó en su bolsillo trasero y siguió bebiendo con Salim.

Al siguiente día, después de terminar su turno, José se dirigió hacia la dirección anotada en la servilleta, se había quedado de ver con Salim en una parada de bus muy cerca del trabajo de Milena y de ahí caminarían juntos hasta el lugar. Mientras caminaba por la ciudad, cruzó por una calle que tenía varios grafitis pintados con aerosol.

Cerdos, no se olviden que ustedes comen denosotros.

El más grande de esos grafitis le hizo recordar las manifestaciones, concentraciones y protestas, de miles de personas que se habían llevado a cabo hacia algunas semanas en contra de la reunión del G20, el capitalismo, el cambio climático y la guerra en Irak. Mientras caminaba en busca de su amigo se observó su puño mancillado y en medio de una sonrisa recordó cómo unos días antes de la cumbre se convocó, a través de los sindicatos, el internet y de boca a boca, a una mega manifestación. En esa manifestación se reunió a miles de personas en la zona financiera de la ciudad. La manifestación se dividió en cuatro contingentes. El plateado, que era el que representaba los delitos financieros; el rojo, que representaba los excesos de la guerra de Irak; el negro levantaba la voz contra el desempleo a raíz del capitalismo; y el verde, que representaba el cambio climático. El día de la manifestación José había acordado ver a Kerstin en la zona donde se reuniría el contingente verde. Aunque él hubiera preferido ir en el contingente plateado con algunos amigos

de su facultad, pues convivía poco con ellos, prefirió ir en el verde, pues de esa manera Salim podría estar cerca de ella durante la manifestación. Cuando José y Salim llegaron al punto que acordó con Kerstin, se sorprendieron por la cantidad de personas que se habían reunido para la manifestación. Eran las primeras horas de la mañana, y el ambiente era muy agradable, había muchos jóvenes sentados en el suelo, otros cantaban, otros bailaban y otros escuchaban la música en directo. Por toda la zona se veían pancartas a favor de la protección del medio ambiente, en contra de la guerra y el capitalismo. En medio de tal cantidad de gente fue difícil encontrar a Kerstin. José intentó llamarla en repetidas ocasiones desde su móvil, pero la llamada nunca entró, y llegó el punto donde ellos habían perdido toda esperanza de encontrar a su amiga entre tanta gente, y se estaban contemplando salir de la manifestación y regresar a la casa. Fue entonces, cuando Kerstin le tocó el hombro a José por la espalda, cuando él volteó, ella se abalanzó hacía su amigo para darle un abrazo. Ella iba acompañada de dos amigos.

—¡José, que bueno que viniste! —dijo Kerstin, mientras se separaba de él y entregaba panfletos de la manifestación a la gente que se le cruzaba.

—Sí, aquí estamos, he invitado a Salim.

—Hola, Sam —dijo Kerstin levantando la mano y chocando las palmas para saludarlo.

—José, ¿estás listo para manifestarnos contra Monsanto y esos hijos de puta? —dijo Kerstin mientras levantaba el puño al aire.

—Listos, ¡muera Monsanto, vivía Green Peace! —gritó Salim también levantando el puño izquierdo sin permitir que José contestara.

Kerstin presentó a sus dos acompañantes como Carl y Franz, ambos eran del estilo que le gustaban a ella: tatuados, con arracadas y vestidos a la punk. Hasta donde se sabía en la casa, los tres eran pareja, vivían bajo una concepción de amor libre, sin barreras, donde podían amar mental y carnal a otros sin necesidad de la existencia de celos. La libertad en todas sus expresiones era su estandarte. Carl y Franz llevaban cada uno una pancarta, en las que se podía leer:

Mercado de granjas/

No mercado de carbón.

Falsa solución

Después de que José y Salim estrecharan las manos de los amigos de Kerstin, José pidió uno de los panfletos para verlo y leerlo. Ella le entregó uno y en él observó la imagen del edificio del banco de Inglaterra que estaba en penumbras y dentro de una atmósfera llena de neblina. Frente al edificio había cuatro caballos relinchando. El primero era blanco, su jinete portaba un arco y sobre la cabeza llevaba una corona; el segundo, un caballo rojo, su jinete sostenía una espada larga y afilada; el tercero, un caballo negro, su jinete sostenía con una mano una balanza; el último montaba un caballo cenizo y cargaba entre las manos una gran guadaña. En el extremo derecho del cartel se podía leer G20 en letras rojas. Después de que José observó con atención el panfleto, lo guardó en uno de sus bolsillos. En ese momento Kerstin le dio un paquete de panfletos a José y otro a Salim, les dijo que los entregaran a los transeúntes. En ese momento los cuatro chicos comenzaron a seguir a Kerstin, como si ella fuera la líder de ese pequeño contingente. José y Salim venían unos pasos detrás de ellos observando cómo entregaban los panfletos, al tiempo que Karl y Franz gritaban consignas contra el gobierno, otro grupo de manifestantes levantaba sus pancartas.

¡FASCISTAS!

¡NO NOS VAMOS A DEJAR!

¡ISONOMÍA!

Mientras una nube gris cubría esa zona de la ciudad, José pudo observar que ese día los policías que resguardaban la ciudad tenían una mirada distinta, casi muerta, que advertía y amenazaba a los transeúntes lo que acontecería horas más tarde. Cuando comenzó la manifestación, todos los que estaban reunidos se levantaron del suelo, de las jardineras y los bancos para comenzar a caminar en dirección del banco de Inglaterra. Ese lugar había sido elegido para ser donde confluirían los cuatro contingentes. Durante todo el trayecto los agentes antidisturbios custodiaban a los manifestantes con las manos en la espalda, caminaban de un lado a otro haciendo chocar y retumbar las suelas de sus botas contra en el pavimento. Los policías montados en sus caballos hacían rondas por las calles mientras se observaban entre ellos sigilosos y misteriosos como cuervos a punto de picotear a los manifestantes. A paso lento por la gran aglomeración, José puedo leer otras pancartas que la gente portaba entre sus manos.

¡Pongamos primero a las personas!

No pagaremos por su crisis

Capitalismo no es trabajo

¡La democracia es una ilusión!

En el trayecto, poco a poco, se fueron uniendo más personas que salían del metro y se anexaban al contingente cargando nuevas pancartas.

Los ladrones son ellos

UN CERDO ES MáS LIMPIO QUE ELLOS

Después de unos minutos el contingente llegó a la zona financiera. Ese día los negocios de la zona estaban cerrados y todo estaba relativamente controlado por la policía, hasta que el contingente se acercó a las inmediaciones del Banco de Inglaterra, ahí la policía había puesto barricadas alrededor del edificio para que ningún contingente se acercara.

—Chicos, ¿les conté que hoy por la mañana Carl y Franz salieron en la televisión? —dijo Kerstin mientras sus amigos levantaban sus pancartas.

—No —dijo Salim, que levantaba el puño al aire.

—Sí, sí, ellos fueron del grupo que acampó frente al Edificio Europeo del Cambio Climático, hasta que llegaron unos cerdos policías y tuvieron que moverse de lugar —dijo Kerstin llena de orgullo.

Kerstin hubiera seguido contando las hazañas de sus parejas, si no hubiera sido porque de pronto el sonido de vidrios estrellándose contra metal la distrajo. Esos sonidos provenían de algunos manifestantes que, a manera de respuesta, habían comenzaron a lanzar botellas en contra de los escudos policiacos, ya que un grupo de agresivos policías había empujado a unos manifestantes, logrando que algunos de ellos cayeran al suelo. El sonido que generó el impacto del vidrio contra los escudos de metal fue como si un cuerno de guerra vikingo diera la bienvenida a la batalla. El ambiente en la zona financiera de Londres se comenzó a enardecer, derivando en un encontronazo multitudinario de varios grupos de policías contra algunos manifestantes mientras gritos agudos subían hasta el cielo. Ese choque de personas fue como una ola gigante que se impactaba contra una roca. Como los manifestantes eran más en número, algunos policías comenzaron a desaparecer como presa engullida por los tentáculos de un enorme pulpo, mientras que otros de ellos comenzaron a llamar refuerzos.

Para ese momento, los manifestantes de los otros contingentes continuaron caminando en dirección del edificio del Banco Real de Escocia, cuando estuvieron frente a él, algunos de ellos comenzaron a lanzar huevos al edificio. Esta situación originó que los uniformados encontraran el motivo perfecto para sacar sus porras y comenzar a golpear en las piernas a un grupo de personas que venía en el contingente. Pocos segundos pasaron cuando José vio cómo algunos de los manifestantes caían al suelo con la ropa desgarrada y la cara llena de sangre. Mientras esos hombres y mujeres caían, a la distancia observó a un grupo de personas armadas con maderos que, como caballos de Dios, lanzaron sus cuerpos contra los policías con la intención de rescatar a los capturados. Ante este ataque, los uniformados utilizaron su gas pimienta contra todo aquel que tuvieran enfrente. Metros más adelante había otro grupo de uniformados que trataba de detener a un contingente que intentaba entrar y ocupar el edificio del banco. Poco después, a pesar de la seguridad, los manifestantes cruzaron la valla formada por policías y se internaron en el edificio comenzando a destruir todo aquello que tuvieran enfrente de ellos. Cada objeto roto representaba la ira de un pueblo enardecido que se ha tenido que someter a un sistema opresor por cientos de años, cuyo único pecado fue haber nacido en un mundo de hombres avaros y sin corazón. Para ese momento, entre los manifestantes se había comenzado a correr el rumor de la muerte de uno de ellos a manos de los policías en otro punto de la ciudad. Ese rumor originó que ellos comenzaran a lanzar piedras a las ventanas del edificio del banco, logrando romper algunas. El sonido de los cristales cayendo al suelo retumbó en toda la zona, mientras unas pequeñas células humanas se dispersaban alrededor del edificio y comenzaron a grafitear en las paredes.

Enciende una hoguera,pon a los

banqueros arriba

Goodwin cerdo

Goodwin, sabemos dónde vives

Para ese momento, en medio del caos, José y Salim habían perdido contacto visual con Kerstin y sus amigos. Mientras los chicos buscaban a sus

compañeros, se escuchaba de fondo el grito de la gente lanzando consignas contra el alcalde.

¡La ciudad es nuestra!

¡*Las* calles son nuestras!

En medio de la trifulca, José encontró con la mirada a Carl y a Franz. Ellos bailaban junto a un grupo de chicos alrededor de una estatua de un político y banquero inglés que ardía en llamas. La mirada de José se distrajo, pues vio que Salim estaba siendo atacado por un policía. De inmediato corrió a rescatarlo; a cada paso que daba, su sangre se calentaba más y al llegar frente al policía, se lanzó sobre él como pantera hambrienta y comenzaron a forcejar. En ese momento llegó otro chico que comenzó a patear al oficial y a gritar: «¡traidor del pueblo, asesino! ¡Son peores que las prostitutas! ¡Se venden al Estado por unas estúpidas monedas! ¡Defienden a las instituciones que nos estrangulan todos los días!». Entre los dos trataron de liberar a Salim del policía que lo tenía inmovilizado por el cuello. El policía, al sentir los puñetazos y las patadas, trató de coger su porra con una de las manos, sin embargo, no se pudo servir de ella. Un tanto desesperado, soltó un puñetazo en el ojo a José, lo que hizo que se apartara un momento mientras el otro chico seguía forcejeando con el oficial. Cuando José volvió a la pelea, se precipitó sobre el oficial y, cargado de furia, le dio un golpe cerca de la nariz, ese golpe logró que el oficial comenzara a sangrar y soltara a Salim. El policía cayó directo al suelo. Cuando Salim recuperó el aliento, se dirigió hacia su agresor, que estaba de rodillas sometido por los chicos. A pesar de la lucha cuerpo a cuerpo de dos a uno, el oficial, ayudado por su complexión física, mostraba una gran resistencia. Salim quedó de pie frente al policía.

—¡Rematálo! —gritó José a Salim mientras el oficial no se dejaba de mover tratando se zafarse de sus captores; sin embargo, Salim no lanzaba ningún golpe y el oficial cada vez ganaba más terreno—. Imbécil, ¿por qué no haces nada?

—¡Golpéalo en la cara! —gritó José

—¡Por miedo a herirte! —gritó Salim.

—¡Idiota, golpéalo y deja de pensar en mí! —exclamó José.

Salim obedeció al tiempo que las aletas de su nariz le palpitaban. Golpeó tan fuerte al oficial con el puño cerrado en el mentón, que de inmediato cayó como

una tabla al concreto de la ciudad. José y Salim comenzaron a correr como si estuvieran a merced de un mar violento. Metros más adelante, José volteó la mirada atrás y vio cómo el chico que les había ayudado se encontraba acompañado de un grupo de manifestantes, todos tenían rodeado al oficial que aún estaba en el suelo. Mientras una chica lo sacudían por el cuello, dos chicos lo pateaban y uno le daba con sus rodillas en los riñones. El oficial, con su ropa hecha jirones, trataba de escapar, pero la muchedumbre no se lo permitía. En la carrera José pudo ver cómo dos jóvenes corrían en sentido contrario al suyo. Detrás de ellos unos policías les gritaban que se detuvieran. Agotados, esos chicos fueron acorralados, al tiempo que los oficiales sacaban sus porras y comenzaba a golpearlos en las piernas. Los jóvenes, que quizás no pasaban de los diecisiete años, solo se doblaban y caían frente a los uniformados que como lobos hambrientos se lanzaron sobre ellos. Lo último que Salim y José vieron antes de que se los tragaran las fauces de una estación del metro y los murmullos de la calle, fue a dos policías que golpeaban con sus macanas a una mujer para meterla a una furgoneta, mientras que ella se resistía lanzando golpes y arañazos.

Más tarde, cuando Salim y José volvían a la casa, encontraron a Bupi fumándose un cigarro en la sala —algo raro en ella—, pero estaba preocupada, pues todos los medios de comunicación estaban cubriendo las manifestaciones y nadie había vuelto al piso esa tarde. Al ver llegar a sus amigos, como madre, calentó un poco de sopa para ellos y los invitó a pasar a su habitación, ya que era la única que tenía televisor. Mientras cenaban ahí ella entregó un trapo con hielo a José para que se lo pusiera en el ojo y disminuyera la inflamación. En la pantalla de la televisión se comenzaron a observar imágenes de un noticiario que transmitía escenas de la manifestación, donde se podían ver oleadas de personas que caminaban con pancartas en distintos puntos de la ciudad. Mientras las imágenes se transmitan, se escuchó la voz de periodista: «Hoy la policía detuvo a varios manifestantes y hubo muchos heridos. Una tarde triste y caótica para la ciudad». En otra imagen se podía ver a cientos de manifestantes haciendo destrozos en la ciudad. La noticia más relevante del día era la muerte de un hombre, que esa noche aún no quedaba muy clara. Semanas después todos los noticiarios de la ciudad daban la nota de que aquel hombre había sido muerto a manos de la policía, en lo que se llama un homicidio no culposo. Mientras el periodista narraba los acontecimientos, los chicos también se enteraron que, horas después de que se fueran de la zona de las trifulcas, algunos manifestantes intentaron dirigirse a sus hogares, pero la policía había acordonado la zona e impidió la entrada y salida de personas, argumentando que se habían cometido infracciones al orden público. Esto ocasionó que

durante varias horas los manifestantes estuvieran acorralados como animales: sin agua ni comida. El periodista habló en repetidas ocasiones de violación a los derechos civiles y dijo: «hasta que los manifestantes se calmaron, los uniformados permitieron su salida con la única condición de que se dejaran fotografiar y mostraran su documento de identidad». Kerstin llegó sola más tarde a casa, a Carl y a Franz los había detenido la policía. Al siguiente día aún hubo otras manifestaciones a las afueras del edificio ExCeL, pero nadie de la casa acudió.

En ese momento José se distrajo de sus recuerdos, pues vio a Salim de pie debajo de una marquesina de una parada de bus, desde lejos lo saludó levantando la mano y después vio su reloj, pues notó que Camilo no había llegado.

—Camilo me llamó y me dijo que al final no venía, puso de pretexto que tenía que cubrir las horas de un camarero que no había ido a trabajar al *Elephant*

—dijo Salim cuando José entró debajo de la marquesina del bus—. Seguro me estaba mintiendo

—¡Bah! Lo sabía. Quizás lo debimos suponer, ya no quería venir desde el principio —dijo José con pesadez en la voz.

—De cualquier manera, ¿vamos?, ¿o le llamamos para saber si lo esperamos? —preguntó Salim.

—No, qué va, vamos nosotros —dijo José mientras comenzaba a caminar seguido por Salim.

Calles más adelante se detuvieron en la dirección indicada por la servilleta, frente a ellos, había un bar que ponía un cartel en lo alto: *God Cock*. Después de comprobar el nombre y la dirección en la servilleta, José camino en dirección del bar.

—Y entonces, ¿si nos pregunta qué hacemos ahí?, ¿qué le decimos? —preguntó Salim.

—Pues lo que propusiste en la casa, que yo tengo una amiga que trabaja en un bar de la zona y que entramos sin saber que ella trabajaba aquí. ¿O es que acaso no somos libres de beber una cerveza donde nosotros queramos? ¿Qué no decía Voltaire que el hombre es libre en el momento en que desea serlo? —dijo José deteniéndose a unos metros de la puerta del *God Cock*.

—Espero que Mil no se enoje —dijo Salim.

—No se va a enojar, además, años de lucha y sangre de tus compatriotas para que el artículo 13 de los derechos humanos exista y los hombres y mujeres del mundo pudiéramos trasladarnos libremente por sus fronteras, ¿y tú queriendo echarte para atrás en este momento? —increpó José mientras abría

la puerta del bar.

—Vale, vamos, de cualquier manera, ya estamos aquí.—dijo Salim mientras cruzaba la puerta del bar y se frotaba las palmas de las manos.

Adentro olía a whisky y tabaco, la música tenía un volumen alto y todas las camareras vestían faldas muy cortas, medias de red y escotes muy pronunciados. José y Salim se sentaron en uno de los taburetes de la barra, junto a ellos había un hombre calvo que con el dedo repasaba un boleto de apuestas, del otro lado, una morena con ropa escotada le sonrió a José. En la esquina había un hombre, que no llegaba a los cuarenta años, jugando en una máquina tragamonedas. Al fondo, José pudo ver que el bar se comprendía de pequeñas salas privadas que se diferenciaban unas de las otras por el color de sus sofás. Cada sala privada tenía una pequeña mesa al centro donde cada grupo de clientes dejaba sus bebidas. En ese momento de la noche, casi todas las salas estaban ocupadas por grupos de personas que bebían y se divertían al ritmo de la música. En una sala, quizás la más alejada, José creyó ver a Lupe, que era la chica que él y Milena habían ido a recoger al aeropuerto tiempo atrás. Ella hablaba y se reía con un hombre entrado en los sesenta años que, sin apuro, le tocaba sus nalgas. Sin embargo, por la poca luz que había en esa zona del bar, le fue difícil asegurar que era ella. Un camarero se acercó a ellos y pidieron dos cervezas. Pocos minutos después apareció Milena, junto a ella caminaban dos hombres más, uno rubio y el otro calvo, detrás de ellos venía una chica con una complexión tan delgada y pequeña, que se parecía físicamente a Milena. Esta no reparó en sus compañeros de casa, pues iba hablando con unos hombres y hacía unas anotaciones en una libreta. Todos ellos se sentaron en una de las mesas del fondo del bar. Cuando Milena se sentó con sus acompañantes, José pudo ver que los dos hombres rondaban los cincuenta años y la chica no pasaba de los veintiuno. Durante toda la conversación, tanto Milena como la otra chica, hacían anotaciones en sus libretas, mientras que el hombre rubio hablaba. El hombre calvo se la pasó viendo un periódico de futbol que tenía entre las manos, en la portada se observaba el escudo de la selección inglesa con los tres leones y del otro lado, el escudo de la selección francesa con su gallo, ya que esa semana se jugarían un partido amistoso entre los dos países. Poco después Milena volteó a la barra y, sorprendida, vio a sus compañeros de casa. En ese momento algo le dijo a la gente con la que estaba en la mesa y se detuvo la conversación. Se levantó de su lugar y se dirigió hacia José y Salim. Los hombres que estaban con Milena voltearon hacia la barra y cuando vieron a los chicos, los saludaron con bastante cortesía. José y Salim solo movieron la cabeza contestándoles el saludo.

—Chicos, ¿qué hacen aquí? —preguntó Milena mientras se agarraba el mentón con las yemas de sus dedos.

—Mil, qué casualidad. ¿Qué haces por aquí? —dijo Salim.

—Aquí trabajo. —Milena, sin inmutarse, se quedó en silencio esperando una respuesta.

—Pues pasábamos por aquí y nos hemos detenido a beber una cerveza mientras esperamos a una amiga de José que trabaja en un bar de la zona y con la que hemos quedado para salir de fiesta —contestó Salim mientras observaba su reloj de muñeca—. ¿No te da gusto vernos?

Milena se quedó viendo a los chicos como si no les hubiera creído nada.

—Bueno, ahora voy a tener que dar explicaciones a mi jefe del porqué están aquí

—dijo Milena girando su cabeza para ver a sus acompañantes.

—Pues dile la verdad, que fue una casualidad —comentó José mientras tomaba su cerveza de la barra.

Milena solo volteó su mirada hacia el techo del bar con los brazos cruzados.

—¿Cuál de ellos es tu jefe? ¿Por qué no nos lo presentas y le pido su correo electrónico para mandarle mi CV? —preguntó Salim.

—Sí, preséntanoslo —dijo José.

—¿Qué no ustedes ya tienen trabajo? —preguntó Milena.

—Sí, pero queremos trabajar aquí, se ve que a ti te pagan bien —dijo Salim mientras se metía la camisa dentro del pantalón.

—Ahora él está ocupado y no está contratando a nadie, pero le voy a comentar, y si sé dé algo, les aviso. Esta ronda la invito yo, lo mejor es que se vayan. Nos vemos en la noche en la casa, llevaré unas cervezas —dijo Milena mientras daba media vuelta.

—Pensé que te alegrarías más de vernos —dijo Salim.

—Claro que me alegro, pero mi jefe es muy exigente en el trabajo y me va a llenar de preguntas sobre su visita. Bueno, chicos, nos vemos en casa —dijo Milena en medio de una hipócrita sonrisa y regresó a la mesa donde estaba antes.

Cuando llegó con los hombres y la chica, se sentó con ellos, estuvieron ahí algunos minutos haciendo más anotaciones hasta que todos se levantaron de la mesa. Los dos hombres se dirigieron a la puerta del bar, pero antes de salir cambiaron unas palabras con el camarero y salieron. El rubio llevaba en las manos las llaves de su auto con un llavero de un Mercedes-Benz, el calvo cargaba una maleta. Milena y la otra chica caminaron en dirección contraria a la salida hacia donde había unas escaleras que llevaban a un segundo piso. En ese momento, el camarero se acercó a los chicos.

—¿Otra ronda, caballeros?

—Sí, por favor —respondió José.

—José, dijo Milena que nos fuéramos —replicó Salim.

—Artículo 13 —contesto José después de dar un trago a su cerveza.

—¿De qué conocen a la jefa? —preguntó el camarero.

—Somos sus compañeros de casa —dijo Salim.

—Mucho gusto, soy Sadiq.

—El es José, yo Salim.

En ese momento Milena regresó a la barra y observó que Sadiq estaba a punto de abrir otras dos cervezas.

—Chicos, ¿por qué siguen aquí? ¿No entendieron que les pedí por favor que se fueran?, me van a meter en problemas con mi jefe— dijo Milena bastante molesta.

—Mil, ¿cómo se llama la camarera que esta allá? —preguntó José mientras señalaba a una chica.

Milena no respondió mientras en su cara se mostraba pesadez.

—Ya habíamos pagado, solo nos hemos quedando charlando con Sadiq —dijo Salim—, además, la verdad es que queríamos conocer a tu jefe para pedirle trabajo. A ti siempre te vemos forrada de dinero y queremos ganar como tú. A mí en el hotel cada día me explotan más y José quiere ganar un poco más.

José solo vio de reojo a Salim como se ve al cómplice traidor que ha confesado un secreto.

—Como sea, váyanse de aquí. No los quiero ver, ya les dije que si sé de algún puesto libre, se los diré —dijo Milena mirando al techo de nuevo—. A estos dos no les vendas nada más, ya se van.

Después comenzó a dar indicaciones al personal de limpieza que estaba dentro de la barra y, sin despedirse, se dirigió hacia las escaleras que estaban al fondo del bar. Como José y Salim se dieron cuenta de que Milena estaba muy molesta, simplemente se despidieron del camarero y salieron del bar. Se dirigieron al metro y cuando llegaron a la casa abrieron unas cervezas.

Horas más tarde llegó Milena, cuando ella vio a sus amigos en la sala, los saludó y se dirigió a la cocina, sacó una botella de vino tinto y después de quitarle el corcho se sirvió un poco en una copa, después se sentó junto a ellos sin tocar el tema de su visita inesperada en el bar. Copas después, José dijo:

—Mil, discúlpanos, todo fue mi culpa, en realidad yo fui el de la idea de irte a buscar a tu trabajo, es que siempre traes tanto dinero y quisiéramos ganar como tú —dijo Salim.

—No pasa nada, pero, ¿quién les asegura que tengo tanto dinero por mi trabajo? —dijo Milena mientras se servía un poco más de vino.

—Ah, pues pensábamos que te pagaban bien.

—Algún día quiero manejar un coche como el de tu jefe —dijo Salim.

—Bueno, no me puedo quejar, pero no asuman cosas que no tienen la certeza de que sean ciertas. No debieron llegar así al bar, mi jefe se pone muy nervioso cuando estas cosas pasan. No fue la manera correcta, pero, en fin, ya lo hicieron

—dijo Milena mientras bebía un poco de vino de su copa.

—¿Y las cervezas que ibas a traer, Mil? —preguntó Salim.

—Estás bromeando, ¿verdad? Toma, te doy un cigarro.

—Vale —dijo Salim mientras cogía un cigarro de la cajetilla que Milena le ofrecía y le hacía una mueca.

—¿Nos vas a presentar a tu jefe? —preguntó Salim.

—¿O a las camareras? —dijo José.

—Quizás, él y su socio están pensando abrir un nuevo bar en Kenton Court y me dijo que va a contratar gente.

—Nos tienes que recomendar. Mil, no te olvides de nosotros —dijo Salim—, cada día estoy más cansado de cubrir el turno de la noche en el hotel.

—Sí, chicos, de verdad en cuanto sepa de alguna oportunidad, les diré de inmediato. Cuenten con ello.

Acabadas las cervezas y el vino, todos se despidieron y se dirigieron a sus respectivas habitaciones. En su habitación, José se metió a la cama y cogió de su mesa *La insoportable levedad del ser* y lo comenzó a leer. Pocos minutos pasaron cuando alguien tocó la puerta de su habitación, lo primero que pensó es que era Salim pidiendo un cigarro.

—Soy yo, Milena. —Se escuchó del otro lado de la puerta. En ese momento José se levantó de su cama mientras se dirigía a su espejo y pensaba que quizás Milena le iba a pedir algo de atención nocturna; tal vez a ella le había parecido varonil y excitante el hecho de que, a pesar de sus posibles represalias, él se atreviera a ir a su trabajo y entrara intempestivamente como lo hizo. «Dicen que todo hombre ve en su vida un milagro, a lo mejor, este es el mío». Tratando de disimular su emoción y pensado en hacer esperar a su compañera de casa un poco para que supiera que las cosas con él no eran tan fáciles, dijo: «dame un minuto, estoy hablando con una amiga por teléfono». Se dirigió al baño, se olió las axilas y se puso un poco de desodorante. Después se acercó a la puerta y fingió que hablaba con alguien por teléfono para después abrir la puerta.

—¿Puedo pasar a hablar conmigo? —preguntó Milena cuando vio a José debajo del marco de su puerta con el torso desnudo.

—Claro, Mil —respondió José mientras observaba sus ojos y seguro de sí

mismo se dirigió a la cama donde se sentó—. Sí, te escucho.

Después de dar dos caladas a su cigarro, ella se sentó en la cama y de manera directa, sin rodeos, dijo:

—José, mis jefes, que eran los hombres que estaban hace unas horas conmigo en el bar, cuando tú y Salim estuvieron en la barra, bueno, en realidad, el rubio es mi jefe, se llama Karspav y además es mi novio; el otro se llama Lorenzo, es su socio en algunos negocios. Preguntaron por ti. Te cuento esto porque me preguntaron sobre su visita y eso derivó en que les contara un poco de ustedes. Le dije a Karspav que tú habías sido el chico que me acompañó por la prima de Berenice al aeropuerto y eso le dio gusto. Total, que le interesó tu perfil. No te dije nada hace rato cuando estábamos con Salim, pues solo me preguntaron por ti y no lo quería hacer sentir mal.

—¿Qué significa que estén interesado en mi perfil? —preguntó José lleno de confusión.

—Significa que Karspav te quiere ofrecer un pequeño trabajo. Le gustó que estuvieras matriculado en la universidad y hablaras español —dijo Milena mientras fumaba su cigarro y lanzaba humo por la boca.

Cuando José escuchó a Milena decir esas palabras pensó que quizás estaba inventando esa historia para no parecer muy liberal y que segundos después se lanzaría a sus brazos. Sin embargo, cuando vio que hablaba muy en serio, él con toda discreción se dirigió a su guardarropa, cogió una camiseta y se la puso. Le dio mucho gusto escuchar esas palabras de su amiga, pensó: «por primera vez en la vida mi padre se ha equivocado. Voy a poder ejercer mi profesión y no verme tan apretado de dinero». Quiso abrazar a Milena, pero quizás la situación la incomodaría, así que simplemente se levantó de la cama y encendió un cigarro también.

—¿Y en qué consistiría el trabajo?

—Solo debes ir a recoger a otra prima de Berenice y llevarla a la casa de Karspav. Ella se llama Eugenia —dijo Milena al tiempo que le explicaba que Berenice era la otra chica que estaba en la mesa—, justo como cuando me acompañaste por Lupe.

—¿Otra prima? —preguntó José.

—Sí, otra.

—¿La esposa?

—Sí, ya sé, no me digas nada. Te lo tuve que contar todo, pues si vas a trabajar con nosotros es mejor que sepas cómo están las cosas. Ahora entiendes por qué siempre traigo tanto dinero, Karspav me mantiene —dijo Milena mientras encendía otro cigarro.

—En fin, tú sabrás lo que haces —respondió, dejando un espacio en la

conversación para que ella dijera alguna otra palabra, quizás que Karspav necesitaba alguien para su departamento de administración y que todo era una broma. El silencio pasó y por la mirada de Milena supo que esa propuesta era verdad. Milena, al ver el semblante de José, supo que la noticia no le había entusiasmado mucho, así que en un ataque de resignación, dijo:

—Mira, quizás Karspav te esté proponiendo este trabajo para ponerte a prueba y después, en el futuro, te propondrá un trabajo mejor. Él es así, primero le gusta probar a la gente, para después tener a su alrededor solo a los de confianza.

—Escuchar esas palabras animó a José—. Cuando Karspav confía en alguien después escucha ciegamente.

—¿Cuánto me van a pagar?

Cuando Milena dijo la cantidad, José no se sorprendió, era una suma que, si bien no lo haría rico, tampoco lo sacaba de su situación actual, pero por lo menos le haría vivir dos o tres meses menos ajustado de lo habitual. Además, el trabajo era sumamente sencillo.

—¿Y por qué no vas tú, Berenice o Karspav por ella?

—Esta semana tenemos un evento privado en el bar y todos tenemos mucho trabajo.

—¿Y por qué no le ofrecen el trabajo a Salim o a Camilo?

—Porque Eugenia habla español como tú.

—Camilo también lo habla.

—Quizás, pero a Karspav le gustó que estuvieras en la universidad —contestó Milena mientras José pensaba que por lo menos de algo servía estar en la universidad.

—José, si no estás interesado en el trabajo, lo entiendo, y le diré a Karspav, seguro él lo entenderá —dijo Milena mientras apagaba su cigarro en un cenicero que estaba cerca de la ventana de la habitación.

—Claro que estoy interesado, no lo tomes a mal, Mil, solo quería saber un poco más —dijo José, que prefirió dejar de preguntar y aceptó la propuesta laboral.

Milena le explicó a José que simplemente debía esperar a Eugenia en la puerta de llegadas del aeropuerto y llevarla a una dirección que ella le daría. José pensó que ese pequeño trabajo podría ser la puerta para entrar a trabajar como administrador en los negocios de Karspav. Milena, después de darle las indicaciones a José, se quedó en la habitación unos minutos más hablando del clima que se esperaba al siguiente día en la ciudad. Antes de irse prometió presentarle a una de las camareras del bar. Cuando Milena le dio la última calada a su cigarro, se despidió de José dándole un beso muy cerca de la

comisura de la boca y dijo:

—¿No crees que Salim se enoje, pues tu jefe me ofrece trabajo a mi y no a él?

—No te preocupes, yo hablaré con él, él lo entenderá.

Días más tarde José se encontraba en el aeropuerto de Luton, después de unos pasos se encontró frente a la puerta de llegadas internacionales. Milena le había mostrado unas fotos de Eugenia para que la pudiera identificar y le dijo que traería puesta una chaqueta de la selección de Inglaterra que Berenice le había mandado de regalo de cumpleaños, ya que hacía pocas semanas ella había cumplido dieciocho años. Pocos minutos pasaron cuando, según la hora estipulada, comenzaron a salir personas de la puerta de llegadas. José se quedó a la distancia para observar con mejor perspectiva, fue así que vio a una chica de un cuerpo diminuto, tanto que parecía una niña, con cabello negro, que se había quedado de pie en mitad de la sala con su pequeña maleta como buscando a alguien. José se acercó a ella y, dubitativo, preguntó:

—Hola, ¿Eugenia?

—¿Eres José? —preguntó la chica, que al escuchar su nombre giró la cabeza y emitió un largo suspiro.

—Sí, me mandaron Berenice y Karspav por ti.

—Muchas gracias por venir por mí.

—Bueno, vamos. Supongo que vienes cansada, tuviste que hacer muchas escalas —dijo José mientras le ayudaba con su maleta.

—Sí, tres, pero lo importante es que ya estoy aquí. Me hubiera gustado que viniera Berenice por mí.

—No te preocupes, ya las verás pronto, ella no pudo venir, ya que esta semana tiene mucho trabajo y está muy ocupada.

—¿De verdad tiene mucho trabajo?

—Sí, Karspav tiene varios bares en la ciudad y por lo que sé, siempre están a tope de trabajo.

—Sí, algo sabía sobre eso —dijo Eugenia mientras sonreía con los ojos iluminados.

Durante el trayecto de regreso a la ciudad, Eugenia le contó que era su primera vez que viajaba a Europa y deseaba conocer el continente, pero que sabía que debía tomar un curso de inglés, ya que no hablaba muy bien el idioma.

—Bueno, eso no es un problema, con los días y la práctica vas a mejorar.

—¿Y por qué decidiste viajar a Londres?

—Porque en mi país no encontraba trabajo y Bere es mi prima lejana, así que un día le escribí y me dijo que me podía ofrecer trabajo.

Durante el trayecto, Eugenia, llena de ilusión, también le contó a José que soñaba con enamorarse de algún hombre y quedarse a vivir en Londres toda su vida. Cuando salieron del metro hacía frío en la calle, caminaron unas cuantas calles y llegaron a la casa que indicaba la dirección. La casa estaba en un barrio tranquilo del norte de Londres, abrieron una pequeña verja y cruzaron un jardín que daba acceso a la casa.

José tocó la puerta, minutos después abrió Sadiq, quien saludó a José como si le conociera de tiempo atrás y, muy respetuoso, hizo pasar a Eugenia a la casa, mientras le dijo que en cualquier momento llegarían Karspav y Berenice. Como Eugenia no entendió lo que dijo Sadiq, José lo tradujo. Después de que Eugenia entrara en la casa y José se asegurara de que no necesitaba nada más, se despidió y dio media vuelta. Caminó por el vecindario en dirección del metro, pasos más adelante un Mercedes-Benz se detuvo junto a él y se abrió la ventanilla del copiloto. Cuando José se agachó, observó a Berenice y a Karspav en la parte delantera del auto, en la parte trasera venían Lorenzo y Milena, quien los presentó formalmente a todos.

—Hola, mucho gusto —dijo José levantando la mano, mientras que Berenice y Karspav sonreían; Lorenzo solo se limitó a mover la cabeza en señal de saludo.

—Me acaba de llamar por teléfono Sadiq, te agradezco que fueras por mi prima —dijo Berenice.

—De nada, cuando necesiten otra cosa, con gusto me pueden llamar —contestó José.

—¿Cómo te fue? ¿Algún inconveniente? —preguntó Karspav en un inglés rudo y vulgar.

—Ninguno, al parecer todo bien, traté de que Eugenia se sintiera lo mejor posible —respondió José mientras desde el asiento del conductor, Karspav sacaba de su chaqueta un fajo de billetes, separando algunos, y se los entregó a José.

—Toma, chico, es el pago por tu trabajo, te incluyo una propina, pásate por el *God Cock* la siguiente semana, hacia el mediodía, quiero hablar contigo —dijo Karspav.

—Ok, nos vemos pronto —dijo José mientras se alejaba del auto y observaba cómo el Mercedes arrancaba con Karspav al volante.

V

La siguiente semana José llegó muy puntual a la hora acordada al bar, entró

y vio a Sadiq acomodando mesas y sillas.

—Karspav te está estaba esperando en la otra barra —dijo Sadiq cuando vio a José y señaló un punto distante mientras le saludaba con habitual familiaridad.

Mientras José cruzaba el bar iba contando las mesas y sillas, hacía cálculos mentales sobre los activos y pasivos del negocio. José estaba seguro de que Karspav esta vez le propondría un puesto administrativo. Pasos más adelante, lo encontró con Lorenzo sentados en la barra conversando, cuando José se acercó a la barra, ellos lo saludaron estrechándole la mano. En ese momento, Lorenzo se despidió de Karspav y se dirigió hacia la máquina tragamonedas del bar. Karspav y José se quedaron solos en la barra, solo había frente a ellos un camarero que acomodaba algunas botellas y vasos.

—Acompáñame —dijo Karspav mientras se dirigía hasta unas escaleras que estaban en el punto más alejado del bar y que daban a una segunda planta, debajo de esas escaleras estaba la puerta de salida de emergencia. Ellos subieron las escaleras y llegaron hasta una puerta, Karspav sacó un gran manojo de llaves y después de elegir una de ellas, abrió la puerta de su oficina.

—¿Son las llaves de San Pedro? —preguntó José.

—Creo que más bien las de Satanás, con estas llaves, incluso, podrías abrir el infierno —dijo Karspav mientras giraba la llave en la cerradura.

Entraron a una oficina que tenía un escritorio de madera y detrás del escritorio había una gran pantalla, lo primero que saltaba a la vista eran dos pistolas antiguas y un mosquetón que estaban colgados en una de las paredes, así como algunos trofeos de tiro. Apenas entraron a la oficina, Karspav dijo: «Este hombre siempre deja la puerta de la caja fuerte abierta, y mira, ¿qué hace aquí esta bolsa? Siéntate, dame un momento». En ese momento hizo algunas anotaciones en un cuaderno, después levantó la bocina del teléfono y llamó a Lorenzo por teléfono, José escuchó cómo lo regañó y le pidió tener más cuidado con la caja fuerte. Cuando colgó el teléfono, regresó a la libreta y continuó haciendo algunas anotaciones. José observó que en otra de las paredes había algunos animales disecados junto a un mueble con carpetas administrativas. En otra pared había marcos con fotografías, en ellas reconoció una copia de la foto de las palomas de Henri Cartier-Bresson, José se levantó de su asiento y se dirigió hasta ese cuadro, mientras Karspav dejó su bolígrafo en el cuaderno y lo guardó en la caja fuerte donde José alcanzó a ver que tenía guardada una pistola, después cerró la caja y levantó la mirada.

—¿Te gusta la fotografía? —preguntó Karspav mientras se echaba para atrás reclinando la cabeza en su silla.

—Sí y por lo que veo a ti también —dijo José sin dejar de ver la fotografía

de Cartier-Bresson.

—Sí, fue mi afición de joven, además de la cacería, como podrás ver —dijo Karspav mientras se levantaba de su asiento y cogía una foto en blanco y negro donde se podía ver una casa de piedra rural, que al fondo tenía el mar.

Junto a esa fotografía, José observó otra de una mujer, al ver ese rostro sintió que el estómago se le revolvía: era Olya, la misma que él y Costa habían lanzado al río hacia algunos años. Cuando Karspav se dio cuenta de que José observaba la foto de Olya, dijo:

—ella era mi hermana, se llamaba Suzana, está desaparecida, lo último que supe fue que estaba de viaje en Perú, mira, aquí está en Machu Picchu —dijo mostrando otra foto de la misma mujer con las bases piramidales de Machu Picchu de fondo—. Después de que me mandó esta fotografía no volví a saber nada de ella.

Mientras José escuchaba las palabras de Karspav se le secó la boca y el mundo se le vino encima, impasible, no movió ni un tendón de su cuerpo para no ser sospechoso de nada. Las únicas palabras que salieron de su boca fueron: «Lo lamento». Después Karspav tomó otra foto donde se veía la cara de un hombre barbudo con infinitas arrugas en la piel, por las cuales se podía ver el transcurrir de una vida hecha pedazos y le explicó a José que esa era su favorita, le dijo que el autor se llamaba Iosif Berman, un fotógrafo rumano «que retrataba perfectamente la vida». Después le mostró algunas fotos más de pueblos cercanos a Bucarest, hasta que dijo:

—Bueno, en fin, el *hobbie* de mi juventud. Berenice te manda saludos.

—Gracias —dijo José tomando asiento y tratando de disimular el *shock* en que se encontraba después de ver aquella imagen.

—Me dijo Milena que estabas buscando trabajo —dijo Karspav mientras encendía un puro.

José tuvo que pensar muy rápido, frente a él tenía al hermano de la mujer que había lanzado a un río, si el amante de Milena lo descubría, seguro lo iba a enterrar vivo después de arrancarle los testículos y comérselos frente a él, además, si hacía cualquier cosa inesperada, Karspav sospecharía, así que lo más sensato era seguir el natural rumbo de las cosas.

—Sí, aunque ahora trabajo como camarero en el White Cock, me gustaría buscar otro lugar donde pueda ganar un poco más —comentó José tratando de disimular su nerviosismo.

—¿Así que trabajas con el viejo Harry? —preguntó Karspav mientras lanzaba el humo de su boca.

—Sí, sí. Es una persona muy buena, pero con él no voy a poder crecer, pues de camarero no voy a pasar y contigo, creo que tengo más oportunidades de

crecer profesionalmente —dijo José mientras le sudaban las manos.

—Aquí crecerás tanto como tú quieras. Conozco al viejo Harry, él me dio mi primera oportunidad de trabajo cuando llegué a esta ciudad, fue el único que creyó en esta basura de hombre. Sabes, yo siempre he creido que nací el día que Dios se volvió loco. En fin, qué recuerdos aquellos. Mira, Lorenzo y yo estamos pesando en abrir un nuevo bar en Kenton, por lo tanto, queremos mandar a Milena de gerente a ese bar y estamos pensando que tú puedes ayudarnos en el *God Cock* que pensamos remodelar y adecuar con un concepto más juvenil. Milena ha hablado muy bien de ti y es un gusto saber que has trabajado con Harry; ya que necesito gente de confianza, me gustaría que trabajaras con nosotros. Además, me gusta tu perfil, quizás me puedas ayudar en futuros negocios, pero ya te diré en su momento.

Después de definir detalles, como que no habría contrato laboral entre ellos, como era habitual en el sector de la hostelería, José aceptó. Así que, igual que con Harry, ningún papel los comprometía a nada, lo único que los comprometía a ambos era su palabra. Después de estrechar las manos acordaron que José comenzaría la siguiente semana a trabajar en el bar. En ese momento Karspav levantó la bocina de su teléfono de nuevo y llamó a Lorenzo.

—Por favor, entrégale el juego extra de llaves de la oficina que tenemos. ¿Cómo que no lo tienes? ¿Cómo que lo perdiste? ¡Tú no pierdes la cabeza porque la tienes pegada al cuerpo! Le voy a dar mi juego de llaves a José, a partir de la siguiente semana comienza a trabajar con nosotros. Manda a sacar un duplicado de tus llaves, esas no las has perdido, ¿verdad? Ok, pues de esas sacas un duplicado para mí. —Antes de colgar, Karspav dijo—: si serás imbécil, ten cuidado con esas llaves, cualquier día se meten a esta oficina y nos roban todo. Siempre estas distraído.

Cuando José se levantó de la silla, Karspav hizo lo mismo y lo acompañó a la puerta de la oficina, al abrir la puerta y estar en el pasillo, José observó que había una fila de mujeres que llegaba hasta los escalones de las escaleras, eran las camareras. Karspav le dijo que José que era día de pago y después lo presentó con todas las chicas. «A los camareros ya te los presentará Lorenzo». Después de escuchar el lío de las llaves, José pensó que lo mejor era ir de inmediato a un cerrajero y sacar un duplicado, cuando lo tuvo entre sus manos se dirigió a su habitación y lo dejó detrás de sus libros. Al siguiente día José habló con Harry, con la intención de que buscara a alguien para sustituirlo en el *White Cock*. Se excusó en que acababa de cumplir veinticinco años y quería explorar nuevos horizontes. Cuando el viejo Harry escuchó que José comenzaría a trabajar con Karspav, solo le dio una palmada en la espalda y le dijo: «Te deseo que te vaya bien, pero ten mucho cuidado». Días después José

comenzó a trabajar en el bar, sus funciones eran administrativas, tenía a su cargo a seis personas, cinco meseras que trabajaban por horas y un camarero. Sadiq no era su subordinado. El trabajo no era complejo, solo debía llevar las riendas del lugar, tener las cuentas claras y guardar el dinero en la caja fuerte para cuando Karspav se lo pidiera. A semanas de que José hubiera comenzado a trabajar, Karspav le llamó por teléfono y le dijo: «irá uno de mis futuros socios, se llama Salvo, lo reconocerás por su acento italiano. Atiéndelo lo mejor posible». Horas más tarde llegó un grupo de hombres muy elegantes, vestidos de traje, uno de ellos, que tenía un bigote muy abundante, se presentó y dijo que era el amigo de Karspav. Aquellos hombres pidieron licores caros y se pusieron a jugar al billar. La cara del hombre con ese tupido bigote se le hizo conocida a José, pero no estaba seguro de dónde lo había visto. Minutos más tarde llegaron Lorenzo y Berenice, junto con un grupo de chicas y se las presentaron a los clientes de Karspav. Dentro de esas chicas José reconoció a Lupe, cuando ella vio a José, desvió su mirada y continuó charlando con los hombres. Lorenzo y Berenice saludaron a José desde lejos. Ellos nunca se separaron del grupo de chicas, parecía como si las cuidaran, estuvieron en el bar hasta la hora de cerrar y después salieron con rumbo desconocido.

Días después José bebía un café en la sala de la casa, Milena salió de su habitación y después de saludar a su amigo, entró a la cocina.

—Hace semanas que no nos vemos —dijo Milena mientras preparaba un té.

—Sí, el trabajo del bar me tiene todo el tiempo ocupado. Mil, no te había agradecido que me recomendaras con Karspav.

—No tienes nada que agradecer —dijo Milena mientras se dirigía a la sala—. ¿Cómo te has sentido en el bar? ¿Ha ido Karspav?

—Bien, el trabajo me gusta. No, para nada, Karspav no ha ido. Desde el día que me contrató no lo he vuelto a ver, solo me llamó una vez y nada más. Pero el día que lo conocí se portó muy amable, no se parece en nada a la imagen de malo y de pocos amigos que da por la calle. Es bastante agradable.

—Sí, muy en el fondo es bueno.

—Nunca me has contado cómo lo conociste —dijo José mientras abría un paquete de galletas y le ofrecía una a Milena.

—Lo conocí cuando yo era muy niña —dijo Milena mientras tomaba una de las galletas—, cuando mis padres y yo vivíamos en Polonia. Él era amigo de mi madre, luego lo dejé de ver muchos años hasta que hace algún tiempo los azares del destino nos unieron. Yo en ese tiempo estaba pasando una racha muy mala y necesitaba un consejo, entonces busqué a una de mis amigas de la infancia, ella de casualidad vivía aquí en la ciudad, fue la que me dijo que Karspav también vivía aquí y que quizás él me podría ayudar con mi problema

y efectivamente me ayudó a resolver mi situación. El problema es que ahora él es mi problema.

—Bueno, ya sabes eso de "hombre casado, ni frito ni asado" —dijo José mientras sacaba otra galleta de la bolsa.

—Lo sé, pero el amor es así, llega intempestivo y sin avisar, como un rayo en medio de la tormenta —dijo Milena mientras se servía un poco de más agua caliente en su taza.

—¿Y qué te enamoró de él?

—No sé, su personalidad, o quizás sus ganas de lograr cosas en la vida. Ahora lo ves con dinero y negocios, pero él viene desde abajo, tuvo una infancia muy dura, te la voy a contar, pero no se la cuentes a nadie.

—Me imagino, algo me comentó, no te preocupes, yo no diré nada.

—Vale, confiaré en ti. Por lo que se, nació en Rumania y a los 14 años lo metieron al reformatorio por asalto a mano armada, cuando salió, sus padres lo mandaron a vivir a Polonia con la hermana de su abuela, que era maestra de música, por ella conoció a mi madre. La hermana de su abuela vivía en un vecindario con un mejor entorno para Karspav, que en ese tiempo era un adolescente. El problema fue que en el bachiller conoció a otro chico ucraniano y ambos comenzaron a trabajar con una banda que traficaba mercancías ilegales en Varsovia. Con el paso del tiempo el negocio de las mercancías ilegales comenzó a crecer y Karspav dejó el bachiller para comenzar a acumular una pequeña fortuna, que compartía con la gente que trabajaba a su alrededor. Todo iba muy bien hasta que un día mató a uno de sus amigos por acostarse con su hermana, en ese momento la policía comenzó a seguirle los pasos. Él se enteró de que lo estaban buscando gracias a que conocía a algunos policías corruptos que le avisaron, así que, antes de que la policía indagara más y no pudiera escapar de Polonia, se regresó a Ucrania. Ahí mi mamá y él coincidieron de nuevo, fue cuando mi mamá, mi papá y yo nos habíamos mudado a Ucrania, ellos coincidieron poco tiempo, pues a los pocos meses Karspav volvió a salir de Ucrania y vino a vivir a Londres. Yo pienso que hay muchas más cosas turbias en su pasado que no me ha contado. Cuando llegó aquí alquiló una casa y un pequeño bar con un documento de identidad falso, ahí conoció a Lorenzo, quien trabajaba para él como camarero. Hace pocos años nos volvimos a ver y yo me enamoré. Lo demás es historia.

—¿Te dijo que era casado?

—Sí, desde el primer momento.

—Por lo menos fue honesto —dijo José mientras se levantaba de su asiento y se dirigía al fregadero para lavar su taza.

—Sí, pero, ¿te imaginas lo que es para mí ver a su mujer todos los días en la

oficina y saber que duermen juntos?

—Siempre tienes la opción de dejarlo.

—Eso ni pensarlo, Karspav es capaz de cualquier cosa. Un día casi lo dejo y me dijo que si lo volvía a intentar me mataría, ese día me dejó bañada en sangre.

—¿Me estás diciendo que te golpeó? —dijo José mientras recogía la taza de su amiga y la lavaba también.

—Sí.

—¿Y no pensaste ir a la policía?

—Karspav conoce a mucha gente en la policía, para escapar de él hay que ser muy inteligente porque con una denuncia no es suficiente —dijo Milena mientras su móvil sonaba—. Mira, es él, lo invocamos como al diablo, me tengo que preparar, pues va a pasar por mí. Ánimo en el bar, Karspav no solo es maldad, ya lo conociste tú. Él también es muy agradecido y si alguien le ayuda, es capaz de quitarse la comida de la boca para dárselo y quedarse sin comer.

VI

Pasaron los meses y las responsabilidades en el *God Cock* fueron en aumento, después de la remodelación, el bar se estaba poniendo de moda. Karspav no se aparecía en el bar y las ganancias solo se seguían acumulando en la caja fuerte que había en la oficina. En repetidas ocasiones, cuando José le llamaba por teléfono a Karspav y le preguntaba qué hacer con el dinero, solo respondía: «guárdalo, ya te avisaré cuando me lo traigas». El salario de administrador le permitió pensar en cambiar de habitación y alquilar un piso donde viviera solo, también pensó en comprarse un auto, pero la realidad es que tampoco pensaba quedarse a vivir toda su vida en Londres. Así que solo se compró un portátil y una impresora, estaba pensando retomar su novela. Como no tenía más gastos que su habitación, pues las comidas las hacía en el bar, pudo ahorrar, una parte del dinero se la mandaba a su madre; otra, la guardaba en su habitación; y otra más, la invirtió en Forex.

Una noche José estaba en el bar supervisando que todo estuviera bien, como era entre semana, había pocos clientes, así que solo estaban él y una camarera atendiendo el negocio. Era casi media noche y por la puerta entró Berenice, llevaba unos vaqueros muy ajustados que hacían que su trasero se le marcara fuerte y voluptuoso. Había quedado de ver a unas amigas en el bar y celebrar el cumpleaños de una de ellas. Pasadas algunas horas, un hombre que estaba sentado con otros dos hombres que vestían de manera elegante y habían

comenzado a beber desde muy temprano, se levantó de su mesa y mientras sus dos acompañantes pagaban la cuenta, él se dirigió tambaleante a la mesa de Berenice para tratar de hablar con ella e invitarle un trago. Ella, al principio, tratando de ser amable, lo escuchaba, hasta que pasados unos minutos en su cara se comenzó a mostrar fastidio y aburrimiento.

—Berenice, ¿todo bien? —preguntó José, que se acercó a la mesa cuando observó la cara de la esposa de su jefe.

—Sí, gracias, José, él ya se iba.

—¡¿A ti quién te llamó, limpia suelos?! —gritó el hombre que estaba tratando de convencer a Berenice de aceptarle un trago.

—Caballero, le voy a pedir de la manera más atenta que se retire, las señoras quieren estar solas —contestó José.

—¡¡¿Tú y quién más me va a decir que me vaya?!! Yo me voy de esta mesa cuando yo quiera —dijo el hombre levantando aún más la voz.

—Solo yo —dijo José mientras daba unos pasos hacia la puerta, logrando que el hombre lo siguiera un poco y se alejara de la mesa de Berenice.

—¡Hey! —dijo el hombre mientras silbaba a sus acompañantes que estaban bebiendo la última ronda en la mesa—, este marica me está pidiendo que me vaya. —Sus amigos desde el fondo del bar solo rieron—. Ya te dije que yo me voy de esta pocilga cuando me salga de los cojones. ¿Es cierto que los camareros tienen la polla pequeña?

—No lo sé, pero si gusta lo podemos averiguar en la calle —dijo José mientras se ponía en guardia.

—Maldito maricón, ¿me estás diciendo que me quieres ver la polla? Seguramente después me vas a pedir que te la chupe.

—No, la última vez que alguien me vio la polla fue tu madre y después me pedía a gritos y por favor que no se la sacara del ano —dijo José mientras le daba un puñetazo al hombre, que lo hizo caer de espaldas.

Apenas el hombre había caído el suelo, José ya tenía sobre él la sombra de los otros dos. De inmediato soltó un derechazo que hizo caer al segundo hombre al suelo. El tercero, que era el que estaba menos ebrio, rompió con violencia una botella en la barra y lanzó un corte al aire que dio en la mano de José, que comenzó a sangrar de inmediato. En el bar se inició un coro de gritos y chillidos de los pocos clientes. Con la mano sana que tenía y con los ojos inyectados de sangre, José alcanzó a impactar una patada en el pecho del ebrio. La pelea hubiera seguido de no ser porque mientras José estaba tratando de adivinar el siguiente golpe de su contrincante, Lorenzo entró al bar y entre los dos pudieron contener y sacar a los tres hombres.

Días después, Karspav llamó a José y le dijo: «reúne todo el dinero y las

cuentas. Nos vemos por la tarde en la casa donde dejaste a Eugenia. Quiero hablar contigo». Las pocas veces que Karspav había citado a José para hacer cuentas lo había hecho en alguno de sus negocios, pero nunca en una casa. Los rumores que corrían entre los empleados era que solo las personas de mucha confianza entraban a las casas del jefe. Horas más tarde, cuando comenzaba a anochecer y los letreros neón de la zona comenzaban a iluminar las calles humedecidas por una ligera lluvia, José sacó el dinero de la caja fuerte, lo guardó en un maletín y se dirigió al encuentro con su jefe. Cuando salió del metro, caminó algunas cuadras, llegó al vecindario, tocó la puerta y salió Sadiq, quien después de saludar, le dijo que pasara y se sentara en un sofá, mientras él iría a avisarle a Karspav que había llegado. Mientras Sadiq subía las escaleras de la casa, José puedo ver que no tenía comedor, ya que toda la primera planta era una superficie donde se albergaban varios sofás con mesas al centro con un fondo adornado por una gran cantina llena de botellas de distintos licores. En esa barra había dos elegantes hombres que no prestaron atención a la presencia de José, ellos bebían y se entretenían con dos mujeres que no pasarían de los veinte años. Uno de ellos vestía de forma muy elegante, el otro era Salvo, su cara le seguía recordando a alguien, pero seguía sin estar seguro; desde el sofá lo pudo observar detenidamente sin que los hombres se diesen cuenta, así que después de algunos minutos de asociar imágenes en su mente, recordó las fotos que Salim le había enseñado en su ordenador alguna vez y por fin lo reconoció: era Vincenzo Tramontano. Vincenzo se refería al otro hombre como Mr. Lesh, y por cómo se comportaban, se podía asumir que estaban bastante alcoholizados.

Cuando Sadiq bajó las escaleras, dijo: «Karspav te espera arriba, la primera puerta de frente, no hay forma de que te confundas». Estando en la segunda planta, encontró una puerta entreabierta desde la cual se escuchaba la voz de Karspav al teléfono. José tocó y mientras esperaba la señal para pasar, observó de su lado izquierdo un largo pasillo donde había seis puertas cerradas. La alfombra del pasillo se veía vieja y descuidada, las puertas de las demás habitaciones sin pintar, llenas de dibujos y rayones en sus partes bajas, como si una manada de niños hubiera dibujado con crayolas en esos lienzos. En ese momento, Karspav le gritó desde la oficina a José que entrara. José empujó la puerta y dentro encontró Karspav aun hablando por teléfono en un idioma que él no entendía. Karspav le hizo señas con una de las manos indicándole que se sentara en una silla. Mientras José esperaba a que Karspav terminara su llamada, observó que en la oficina había trofeos, fotografías y un viejo fusil dentro de una vitrina. Cuando Karspav colgó, dijo:

—José, José, José.

—Qué tal Karspav, ¿cómo te va?

—Excelente, nuevos negocios en puerta —dijo señalando con la mirada el teléfono—. ¿Qué tal va el bar?

—Bien, las ganancias lo demuestran —dijo José mientras abría su maleta y sacó una libreta desde la que comenzó a leer algunas notas—, aunque he encontrado algunos productos que creo que podemos sustituir por otros de igual calidad, pero a menor costo.

—Déjame ver tus notas —dijo Karspav mientras estiraba el brazo para que José le mostrara la libreta—. Me gusta, me gusta, Milena tenía razón, eres bueno, muchacho.

—Gracias —contestó José.

—Dame el dinero.

En ese momento José sacó y entregó a Karspav el dinero que tenía en el maletín. Cuando su jefe lo tuvo entre sus manos lo contó, arrancó una hoja de un cuaderno, escribió sobre ella la cantidad de dinero que había contado y con la misma hoja envolvió los billetes, luego cogió una cinta de celo de un lapicero que estaba sobre el escritorio y con ella selló ese paquete, lo comprimió con sus manos y aventó a una caja que tenía junto a sus pies; después tomó un bolígrafo e hizo unas anotaciones en una libreta que tenía frente a él.

—Lorenzo y Berenice me contaron lo que pasó en el bar el otro día, además me dicen que tienes muy limpio el bar y que eres muy puntual para abrir —dijo Karspav mientras cerraba la libreta.

—Gracias, solo hago mi trabajo y aplico el método de las cinco S.

—No sé qué sea eso de las cinco S, pero síguelo aplicando. Mira, José, te voy a ser muy franco, me caes bien y estos meses has trabajado excelente. No he tenido queja. Por lo que me dijiste cuando te ofrecí trabajo es que tenías intereses de crecer profesionalmente —dijo Karspav mientras encendía un puro y subía los pies a su escritorio—, así que lo he estado pensando y te quiero involucrar en otro tipo de negocios más redituables. —José se acomodó en el asiento para saber de lo que hablaba su jefe—. El negocio del alcohol sí deja dinero, pero lo que realmente deja dinero son las mujeres, o como les llamo yo: las mercancías. Les llamo así porque esa mercancía es mil veces más redituable que el alcohol y las drogas. Esa mercancía se puede revender hasta que se hacen viejas y feas, e incluso, hay algunos pervertidos que se ponen calientes con las ancianas. Mira, yo cuando llegué a Londres no tenía ni una libra y ahora veme: dinero, propiedades y mujeres, ¿qué más podría pedir?, pero empecé desde cero, vivía en un piso pequeño y todo mi futuro se veía poco esperanzador, hasta que comencé a traer chicas de Ucrania y Polonia

prometiéndoles una vida mejor que la que tenían en sus pueblos. Al principio yo mismo iba por ellas a sus pueblos y las traía hasta la ciudad. La verdad que era cosa fácil, llegaba a los pueblos vestido con buena ropa y conduciendo coches llamativos. Después era cuestión de hacer algún contacto en el pueblo que me presentara con las chicas de la zona, y ya que las conocía, les hablaba de la vida inglesa. Flores y regalos después, ellas solas se subían a mi auto y casi me imploraban que las trajera a vivir a Londres. Así que les compraba un ticket de avión y ya estando aquí, las regenteaba. Todo iba bien hasta que los *bobbies* comenzaron a poner filtros en los aeropuertos, hoy ya dejé de hacer ese trabajo, ya estoy viejo para esas cosas. Ahora el que se encarga de ser el enamorado es Sadiq, le va muy bien con las mujeres. Su función es conquistarlas a través de nuestros contactos. Él solo llegaba a las ciudades donde le indicamos, está breves temporadas y después se trae la mercancía para acá y ahora con las redes sociales es más fácil, cosa de abrir un perfil, subir fotos, chatear con las chicas y ¡pam!, muerden el anzuelo. Ahora, muchas veces ni siquiera tenemos que ir a las ciudades por ellas, la mayoría de las veces las chicas se suben a aviones sin si quiera estar seguras quién está del otro lado de la pantalla, es decir, el negocio se está actualizando. Ahora, incluso es más rentable que antes. Por lo tanto, mi propuesta es que me ayudes con este negocio, yo ya me estoy haciendo viejo y necesito alguien que me ayude, pues entre Sadiq y yo no nos damos abasto.

—Agradezco tu confianza y tus palabras, pero, ¿qué pasa si alguna chica no se quiere quedar al llegar a la ciudad?

—Qué va, casi nunca quieren regresan a su país, tienen miedo a volver a las crisis económicas de sus países, a todas les encanta el tipo de vida que aquí se dan, incluso, pasado cierto tiempo, no se quejan más, son conscientes de que en sus países no se pueden dar este tipo de vida. Aquí son independientes y ganan mucho dinero. Ahí tienes a Lupe y a Eugenia, ahora ni se quejan y los clientes siempre quedan satisfechos. Incluso Eugenia ya mandó a traer a una de sus amigas. La semana siguiente llega, por eso necesito que vayas por ella al aeropuerto. Eugenia me dijo que te habías portado muy amable y confiaba en ti para que fueras por su amiga —dijo Karspav mientras le mostraba unas fotos a José de una chica de nombre Elena y que era muy parecida en su complexión física a Lupe y a Eugenia—. Obviamente, si aceptas, este trabajo implica nuevas y mayores responsabilidades además del bar, pero ya te las iré explicando, lo cual significa una mejor paga.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

Karspav escribió una cifra en una hoja y se la mostró a José.

—Ok, cuenta conmigo, iré por ella —dijo José.

Después de que Karspav diera las indicaciones a José sobre la chica que tenía que ir a recoger al aeropuerto, sonó el teléfono de su oficina, antes de que Karspav contestara el teléfono, dijo: «aunque al principio no estaba seguro de ti, estás superando mis expectativas». José solo sonrió, se despidió y salió de la oficina.

Al salir de la oficina José sintió ganas de orinar, entonces observó el pasillo en busca de un sanitario y al fondo encontró una puerta que decía en lo alto *Toilet,* se dirigió a ella y entró, olía a jazmines, pues había una vela aromática sobre el lavabo, después de orinar, tiró la cadena del baño. Mientras regresaba sobre sus pasos hacia las escaleras, escuchó un golpe seco junto con un llanto de un bebé, José supuso que provenía de la habitación contigua al sanitario, pegó su oreja y escuchó voces apagadas que no pudo identificar. En ese momento escuchó que alguien subía las escaleras, así que apresuró sus pasos y bajó, cruzándose con Sadiq. José, sin despedirse, salió de la casa. Mientras cruzaba el pasillo, entre la puerta y la calle vio que se estacionaba un BMW negro del cual descendían Lorenzo, Berenice, Lupe y una chica que José no conocía. Lorenzo y Berenice saludaron a José. Lupe, por su parte, cuando vio a José, esta vez sí lo saludó levantando la mano. Después todos continuaron su camino. José se perdió en la ciudad y ellos entraron en la casa.

Tres días después José se encontraba en el aeropuerto de Stansted, pocos minutos pasaron para que apareciera Elena, la reconoció por las fotos y la ropa que llevaba puesta, era exactamente la que Karspav le indicó que vestiría. Igual que con Lupe y Eugenia, se presentó de la manera más amable y durante el trayecto fueron hablando. Ella le contó a José que estaba en Londres porque Eugenia le había ofrecido trabajo de camarera.

—¿Conoces a Eugenia?

—Sí, pero solo la vi el día que llegó a Londres, yo vine por ella al aeropuerto y no la he visto más.

—¿Y qué tal la paga en el trabajo?

—Bien, yo administro unos de los bares de Karspav.

—De verdad, ¿no me estas mintiendo?

—No, ¿por qué lo haría?

—No sé, no sé, ¿y un día me dejarás cantar en tu bar?

—No es mi bar, es de Karspav y no hay karaoke.

—Bueno, pero quizás tengas un micrófono, yo con gusto hago una audición, en Caracas trabajaba como cantante los fines de semana. La verdad, atraía mucho público, me llamaban La Reina de Cali —dijo Elena mientras recitaba una canción—. Mi sueño es ser cantante, quizás en Londres lo pueda lograr.

—Quizás, la vida sin sueños no sería nada, pero es mejor que lo hables

directamente con Karspav, quizás entre sus contactos algo te recomienda —dijo José mientras levantaba los hombros.

—¿Y conoces a Berenice?

—Sí, claro.

—Yo solo la conozco por videollamada, pero ha sido muy amable en ayudarme con el viaje, le he traído un presente desde Venezuela.

—Seguro te lo agradecerá.

Durante todo el camino Elena se mostró muy ilusionada, como niña que va por primera vez a un parque de diversiones, todo lo que veía por la ventana del autobús le asombraba.

—Toma, es para agradecerte que me trajeras hasta aquí —dijo Elena cuando llegaron a la casa y mientras cruzaban el jardín, de su mano colgaba un pequeño llavero que decía Caracas.

—Gracias, lo voy a poner en las llaves de la oficina del bar donde trabajo, de esa manera todos los días me voy a acordar de que me lo regalaste —dijo José sonriendo y después de ponerlo en sus llaves lo guardó en su bolsa.

José tocó el timbre de la casa y abrió Berenice. En ese momento, Elena se abalanzó hacia sus brazos dándole un cálido recibimiento. Después José se despidió y se dirigió al *God Cock*.

Semanas después, una noche Karspav llamó a José y le dijo: «irá Salvo con uno de sus socios, que por lo que me dijo, es un alto funcionario de gobierno, atiéndelos lo mejor posible, lo que te pidan, dáselos». Horas más tarde, Salvo llegó al bar con Mr. Lesh y un tercer hombre. Esa noche José se enteró de que Salvo se dedicaba a la venta de relojes falsificados que traía desde Italia. Lo supo porque le ofreció uno de sus relojes a José, el cual, más por insistencia que por que le gustara el reloj, se lo compró. Era una copia idéntica de un Rolex. Mientras José le pagaba el reloj a Salvo, él le contó que junto con Karspav estaban pensado hacerse socios para distribuir mercancía ilegal en la ciudad. Pasadas unas horas, los amigos de Salvo se fueron del bar, así que el italiano se quedó solo y muy borracho. En cierto momento de la noche se acercó a José, que estaba en la barra.

—¿Dónde está Lupe? —Sus palabras olían a alcohol.

—No sé, hace tiempo que no viene por aquí.

Fue tanta la insistencia de Salvo y ya que las indicaciones de Karspav eran atenderlo en lo que necesitara, fue que a pesar de la hora, José llamó a Lorenzo, pero este no le contestó, así que al no encontrar otra solución, llamó a Karspav. Cuando su jefe contestó, él le explicó la situación. Karspav le dijo que le diera el teléfono al italiano para que pudiera hablar con él. Minutos después, Salvo regresó el teléfono a José y le entregó las llaves de su auto. Cuando José

se puso el auricular en el oído y habló con Karspav, este le dijo: «súbelo en un taxi y mándalo para la casa donde nos vimos hace algunas semanas y cuando cierres el bar, traes su auto a la casa. Yo estaré ahí». Cuando colgó el móvil, José llamó un taxi.

Horas después de cerrar el bar, José se dirigió al estacionamiento en busca del auto, por el sonido de la alarma lo encontró, era un Fiat 500 rojo, así que abrió la puerta, se subió al auto y en el asiento del copiloto encontró lo que parecían recibos de agua y luz a nombre de Salvo Cocchiara, donde venía la dirección de su casa; también, junto a esos recibos había unos recortes de periódicos donde estaba la foto de Mr. Lesh, por lo que pudo leer José, eran entrevistas que algunos periódicos ingleses le habían hecho a Mr. Lesh, pues era un alto funcionario de una organización internacional que fomentaba la paz en el mundo. Después de leer una de las notas, José encendió el motor del auto y se dirigió a la casa de Karspav. En el reloj en el tablero pudo ver que eran casi las siete de la mañana, a esa hora de la madrugada solo había borrachos en la calle. En el trayecto, José fue escuchando la radio, subió un poco el volumen cuando sonó *Don't look back into the sun* de los *Libertines*. Cuando llegó al vecindario, estacionó el auto y se dirigió a la casa. Estando entre la calle y el pasillo de la casa vio salir de la puerta principal una pareja que se besaba, estaban muy borrachos. Ellos dejaron la puerta abierta y no notaron la presencia de José, quien entró sin avisar. Adentro vio en el sofá donde se había sentado la primera vez que había ido, a una chica desnuda que temblaba de frío, y al fondo a un hombre sentado y dormido sobre la barra. En el suelo había colillas de cigarro y por toda la casa había vasos con licores. Con una frazada que vio en otro sofá cubrió a la chica. Por el humo de los cigarros que aún nacía de los ceniceros asumió que la fiesta había terminado poco antes. Decidió subir las escaleras y buscar al italiano para entregarle las llaves de su auto.

Estando en la segunda planta observó que la puerta de la oficina de Karspav estaba abierta, él se encontraba dormido, con los pies sobre el escritorio y con su cabeza descansando en el respaldo de la silla. Junto a él había una botella de licor casi vacía y un puñado de llaves. José pensó en dejar las llaves del auto en su escritorio y marcharse, pero conociendo Karspav, hubiera preferido una atención especial para el italiano. Siempre decía: «para eso tengo empleados, para que hagan las cosas mejor de lo que yo lo haría». Así que José supuso que su jefe preferiría que le entregara las llaves directamente a su dueño. Fue entonces que se dirigió a buscar a Salvo dentro de las habitaciones. Antes de salir de la oficina vio que Karspav tenía en su escritorio un catálogo de relojes, en el total de los silencios, se acercó al escritorio y lo vio, ahí venía un número

de teléfono de contacto y, junto al catálogo, había una agenda telefónica que estaba abierta, la hojeó un poco y después salió de la oficina. En el pasillo, José intentó abrir la puerta junto al despacho de Karspav, lo hizo con mucho cuidado para no despertar a nadie, sin embargo, esa puerta no abrió. Continuó con la siguiente puerta y giró el pomo, esta sí cedió; la empujó con cuidado y metió parte de la cabeza en la habitación, ahí vio una cama y uno de sus lados estaba pegado a la pared; en el suelo había botellas de cerveza y los ceniceros estaban llenos de colillas de cigarros. José dio unos pasos en la habitación y pudo ver que ahí estaba acostada Lupe, dormía con la mitad su cuerpo desnudo, ya que la otra parte estaba cubierta por una cobija que compartía con Salvo. Sin hacer mucho ruido, José caminó hacia el italiano con la intención de despertarlo y entregarle la llave, así que cruzó su brazo sobre el cuerpo de Lupe para despertarlo, cuando de pronto, sintió cómo Lupe le apretó el brazo mientras susurraba algo que José no entendió, entonces se acercó hacia la boca de la chica y escuchó:

—Ayúdanos a escapar, Eugenia y Elena están en la siguiente habitación —dijo Lupe sin brillo en su voz.

—Espera aquí, ahora vuelvo por ti —dijo José, susurrando para después poner un dedo junto a su boca en señal de silencio y salir de la habitación.

En el pasillo, José se dirigió a la oficina de Karspav y entró tratando de hacer el mínimo ruido posible. Observó a su jefe que seguía dormido en la silla de su escritorio, cogió el manojo de llaves, regresó al pasillo y comenzó a probar las llaves en la puerta que le había indicado Lupe, hasta que a la tercera llave, la puerta abrió. Dentro pudo ver a Elena y a Eugenia amordazas y amarradas a la cama. Cuando vieron a José se asustaron y trataron de decir algo que por las mordazas él no comprendió. José solo movió las manos para que se calmaran y salió de la habitación. En ese momento, José regresó de nuevo a la oficina de Karspav, cogió una cinta de celo y unas tijeras del lapicero que estaba en el escritorio y se dirigió al baño. Entró y sacó de su bolsillo su juego de llaves de la oficina del *God Cock* y un mechero, buscó una lata de crema que había visto la ocasión anterior que había entrado a ese sanitario, pero ya no la encontró sobre el lavabo, así que hurgó en el bote de basura y ahí estaba. Con el mechero encendió la veladora olor a jazmín y pasó la llave que abría la oficina del *God Cock* sobre el fuego hasta que quedó negra del hollín, después cortó un trozo del celo y lo puso sobre la llave donde se calcó el contorno de la misma, después abrió la lata de crema, recortó con las tijeras el contorno de la tapa y solo se quedó con el centro, ahí pegó la cinta de celo y se quedó calcada la figura de la llave, después cogió las tijeras y recortó el contorno de la llave, hizo un orificio en la cabeza y le puso el llavero de

Caracas que le había regalado Elena. Todo lo hizo tan rápido como en sus años de juventud cuando junto a Rata y Costa robaban los autos. Luego regresó a la habitación donde estaba Eugenia, se acercó a ella, dijo dos veces: «54367», le mostró la llave y la lanzó debajo de un mueble al tiempo que salió de la habitación, después se dirigió a donde estaba Lupe, cerró por fuera la puerta y se alejó en dirección de la oficina de Karspav con la intención de despertarlo. Aunque después de varios intentos su jefe no despertó, incluso le lanzó agua al rostro, pero no pasó nada, volvió a llamar por teléfono a Lorenzo, que esta vez sí contestó y le dijo lo que había pasado en la casa. Por los golpes que daba Lupe en la puerta de la habitación, el hombre que dormía en la barra salió asustado de la casa.

Cuando llegaron Lorenzo y Berenice iban acompañados de un médico, en ese momento, José le entregó las llaves del Fiat a Lorenzo, él le agradeció lo que había hecho y le indicó que se retirara. Antes de que José bajara las escaleras vio cómo Berenice entró a la habitación donde estaban Salvo y Lupe, y escuchó cómo ella gritó: «Conmigo o muerta, Lupe. Hoy vas a conocer a Dios en tierra ajena».

Días después Karspav pasó por el *God Cock* y habló con José en su oficina. Le contó a José que aquella noche Lupe les había puesto algo en las bebidas y que, de no haber llegado José, Lupe quizás lo hubiera matado. Karspav le dijo que estaba muy agradecido con él, pues le había salvado la vida, así que a manera de agradecimiento le ofreció un mejor salario, un auto, o lo que él quisiera. José se quedó pensativo por un momento y después de reflexionar, dijo: «creo que este no es el tipo de negocio al que me quiero dedicar, así que lo que quiero es buscar otro trabajo; si me das a elegir, eso quiero». Karspav lamentó esa decisión y, aunque no estuvo de acuerdo, la aceptó. Ese día acordaron que cuatro días después, al finalizar ese mes, terminarían su trato de palabra y José le entregaría las llaves del bar. Antes de que Karspav se fuera, le entregó a José un gran fajo de billetes y sacó de un maletín un pequeño marco con díptico color rojo: «sé que te gusta el arte, mira, te quiero dar este regalo, a mí me gusta mucho, pero a todo mundo le parece horroroso, hace unos años un chico al que le vendí algunas drogas me lo dio como pago. No sé cuánto valga, pero creo que tú lo vas a saber apreciar». Cuando José recibió el marco entre sus manos pudo ver que no medía más de quince centímetros, en el díptico se podían ver tres coronas y en el extremo inferior se podía leer: To SAMO from SAMO.

—Gracias —dijo José mientras observaba el pequeño cuadro.

—Además, este es el teléfono de una cliente en Paris —dijo Karspav

mientras le daba un teléfono y dirección anotado en una hoja de papel—. Nuestro negocio poco a poco se ha ido expandiendo y algunas veces hacemos servicios internacionales. Ella es una clienta que los años se han comenzado a comer, nos conocimos hace algunos años, vivía aquí en Londres, pero ahora ya es una anciana y se regresó a vivir a Francia; se llama Isabel y su padre también era español como el tuyo, seguro se entenderán. Cuando Isabel vivía aquí nos pedía compañías que la consintieran en todo lo que ella pedía, pero esta vez no quiere favores sexuales, ahora ella lo que necesita es alguien que la cuide y ayude en su negocio, tiene una galería de arte en Paris. Hace un tiempo me preguntó si conocía a alguien que la pudiera ayudar y como sé que te gusta el dibujo, creo que le puedes ayudar. Piénsatelo, no vas a encontrar trabajo mejor, tómalo como una muestra de agradecimiento de mi parte. Si aceptas, habrá sueldo base y cuenta de gastos incluida. —José agradeció el gesto y tomó la hoja de papel—. Si algún día necesitas algo, no dudes en llamar —dijo Karspav mientras daba media vuelta y salía de la oficina del *God Cock*.

La mañana siguiente, José se levantó antes de las ocho de la mañana, encendió su ordenador y buscó armerías en el buscador de Google, encontró tres, una en el centro de la ciudad y otras dos en la zona dos de Londres, él conocía los barrios donde se encontraban esas tiendas, así que eligió la que estaba más alejada de donde vivía y que además estaba en una pequeña calle poco transitada. Después de salir del metro, caminó por la calle que le indicaba Google Maps y cuando llegó a la dirección, vio que la armería aún estaba cerrada, así que caminó frente a la tienda y vio que tenía una malla metálica como protección, eso permitía ver algunas de las armas en exhibición desde fuera y el horario del negocio. Cruzó la calle y entró en una cafetería, por la hora aún estaba casi vacía, buscó una mesa que estuviera posicionada hacia la calle y se sentó, pidió un café y cogió el periódico, mientras lo leía pudo observar que a la armería llegaba una pareja de ancianos. El hombre levantó la cortina metálica, la dejó a media altura y después la pareja entró, minutos después entró un joven que aparentaba no llegar a los treinta años, para poder entrar se tuvo que agachar, después el anciano levantó por completo la malla protectora y daba vuelta al anuncio: «Abierto». José pagó su café y salió, cruzó la calle y entró. El local tenía el mostrador principal justo frente a la entrada. En ese momento, los ancianos y el joven estaban en la trastienda del local, que era donde hacían las reparaciones de las armas, durante esos minutos José trató de aprenderse de memoria el local. Cuando la anciana salió de la trastienda comenzó a mover algunas cajas que estaban sobre el mostrador principal. José se acercó a la anciana y le pidió una caja de balines, después pagó y salió de la tienda. Volvió a cruzar la calle y se metió a la cafetería donde pidió otro café,

quince minutos más tarde salió el joven y no regresó hasta casi una hora después. José volvió a la cafetería los dos días siguientes y observó que el joven y los ancianos repetían todos los días el mismo ritual, cuando salió de la cafetería se dirigió a una ferretería y compró unos guantes de goma. Esa noche, antes de salir de la oficina del *God Cock*, José entró al baño, mientras orinaba se vio en el espejo, la barba de varios días le sentaba bien, salió del baño y tomó el revolver que Karspav tenía en la caja fuerte y después se dirigió hacia su habitación.

Al siguiente día, José de nuevo se levantó temprano y encendió su lap-top, ahí comenzó a escribir unos panfletos que hablaban sobre la necesidad de las revoluciones modernas para derrocar al sistema opresor actual, en el texto también dejaba abierta la promesa de un futuro atentado en Picadilly Circus, para firmar el texto, utilizó el traductor de Google en árabe.

الكفاح المسلح لن يموت أبدا [1]

Imprimió unos cuantos panfletos, se guardó el arma entre el cinturón, para luego salir de su habitación. Al salir del metro se dirigió a la tienda de armas, observó su reloj, faltaban quince minutos justos para que los ancianos llegaran a la armería, se dirigió a una panadería y compró una barra de pan que guardó en su mochila, luego salió y caminó por la calle, entró a un local de máquinas expendedoras de bebidas desde donde se podía ver la armería. Mientras metía las monedas en una de las máquinas vio pasar a los ancianos, desde ahí pudo ver que cuando ellos estuvieron a metros de la armería, el joven ya estaba esperando afuera del local y se frotaba las manos por el frío que hacía esa mañana. Cuando los tres estuvieron juntos, el hombre mayor sacó sus llaves y levantó la cortina, todos entraron y dejaron como siempre la persiana a media altura, minutos después, José vio salir al joven y en ese momento se dirigió a la armería, un instante antes de entrar se puso la capucha de la chaqueta en la cabeza, los guantes de goma y, solo a unos pocos pasos del local, se puso unos lentes de sol. Cuando se encontró de frente a la tienda pudo ver que el anciano estaba agachado en un extremo del mostrador que daba justo a la trastienda. José se agachó y entró al local, el anciano no pudo terminar de decir que la tienda aún estaba cerrada cuando José ya le había puesto la pistola en los riñones y lo empujó a la trastienda. Ahí José pudo ver a la mujer que limpiaba unas gavetas y, al ver a su marido encañonado, levantó las manos. En ese momento sonó el teléfono de la tienda de armas, José hizo señas a la mujer para que contestara, mientras él tenía encañonado a su marido en la cabeza; a pesar de que la mujer estaba pálida, habló muy tranquila, sin dar señales de

alarma. José metió a los ancianos a un sanitario que estaba en la trastienda y empotró la puerta con una silla, después regresó a la tienda, tomó tres pistolas semiautomáticas, algunas cajas de balas y dos silenciadores que guardó en la mochila, de ella sacó algunos de los panfletos que había escrito en su ordenador y los lanzó por toda la tienda; después salió y del otro lado de la calle vio de espaldas al dueño de la cafetería, que apenas estaba levantando la persiana de su negocio. Para llegar al metro, José decidió no ir directo por la calle de la armería, sino por la calle paralela y, aunque esto le haría perder unos minutos valiosos en una huida y lo obligaría a estar más tiempo en el barrio, esa calle era más segura, ya que era menos transitada. En esa calle buscó un auto viejo de aquellos que no tenían alarmas, caminó junto a él y con el revolver rompió el vidrio de la ventana del copiloto, después apresuró el paso y caminó hacia el metro. En el trayecto, justo cuando estaba por descender por las fauces del metro, se cruzó con el joven que trabajaba en la armería, venía comiendo una madalena. Estaciones más adelante descendió del vagón y se dirigió al *God Cock* para dejar el revolver en la caja fuerte. En la oficina vio su reloj, habían pasado algunas horas desde que había salido de su casa, se dirigió a uno de los muebles donde estaban algunas carpetas y archivos, ahí buscó una vieja carpeta que recordaba haber visto alguna vez entre aquellos documentos, esa carpeta era importante, pues tenía los datos de todos los clientes frecuentes del bar. Cuando encontró la carpeta, la hojeó y observó que estaba en orden alfabético, cada hoja tenía una descripción hecha a mano por Karspav, donde se mencionaba la edad, ocupación, familiares y números de contacto. Al parecer esa información tenía la finalidad de extorsionar a algún cliente que quisiera meterse con Karspav o su gente, después hizo algunas anotaciones en una hoja, regresó a su lugar la carpeta y salió del bar para dirigirse de nuevo al metro. Estaciones después descendió en un barrio de Wandswoth, ahí caminó hasta una casa de un agua y ladrillo rojo. Tocó la puerta y nadie abrió, volvió a tocar y nadie daba señales de estar en la casa, hasta que la tercera ocasión se escuchó una voz somnolienta del otro lado del interfono. José dijo que era del servicio de paquetería, en ese momento se escuchó cómo se quitaba el pestillo de la puerta y se abría, de ahí salió Vincenzo, que vestía una bata y lucía como si acabara de despertar. José, de inmediato, empuñó una de las pistolas y lo empujó hacia dentro de su piso, lo que originó que el italiano cayera al suelo.

—Sabía que no eras de confianza, seguro eres un infiltrado de la policía, desde el principio que te vi me disté mala espina— dijo Vincenzo desde el suelo, mientras José lo encañonaba con la pistola, le ordenaba ponerse de pie, girar y poner las manos en la nunca.

—Si fuera un infiltrado, el día que te encontré en la cama con Lupe te hubiera arrestado, imbécil —dijo José antes de levantar la pistola y golpearlo en la cabeza para que cayera casi noqueado al suelo.

Minutos después, cuando Vincenzo se recuperó, se dio cuenta de que estaba en su habitación, junto a su cama, amarrado a una silla y amordazado. A unos metros de él vio a José sentado frente a su ordenador. Cuando José se dio cuenta de que Vincenzo había despertado, se puso de pie y se dirigió hasta la silla. «Con lo que vale tu cabeza para la policía, quizás deberías ser más cuidadoso y ponerle contraseña a tu portátil».

Mr. Lesh en ese momento estaba en su casa con su familia, sus tres hijas y él se preparaban para ir a misa, cuando de pronto su móvil sonó y al ver la pantalla se dio cuenta de que era Vincenzo, cuando contestó, su amigo le dijo que lo invitaba a su casa, pues tenía un regalo para él, «estoy seguro de que te va a encantar» —dijo Vincenzo mientras el frío del cañón apuntaba directo a su hemisferio cerebral derecho. Cuando Mr. Lesh colgó la llamada, cerró los ojos y por un segundo recordó ese bello olor que emiten las jóvenes vírgenes, él sabía cuál era el único tipo de regalo que le podría hacer Vincenzo, pues en los últimos años había pasado de ser su traficante de cabecera, hasta convertirse en su amigo y confidente, ya que era la única persona con la que podía hablar y llevar a la práctica de sus más profundas perversiones, como cuando en repetidas ocasiones y en pareja, violaban a niñas y niños que Vincenzo conseguía. Así que de inmediato se excusó con su mujer e hijas con el pretexto de que no podría acompañarlas a misa, pues tendría que ir a la oficina por unos documentos importantes para una reunión que tendría el lunes por la mañana. Estando en su camioneta, se puso loción en el cuerpo y salió para la casa del italiano. Al llegar, tocó el interfono, José le abrió la puerta, pero se quedó detrás, Mr. Lesh entró a la casa con prisa, como drogadicto que hace tiempo no sacia su vicio. De detrás de la puerta salió José y encañonó en la cabeza a Mr. Lesh, después cerró la puerta y revisó que el diplomático no tuviera un arma escondida. Luego lo condujo hasta la habitación donde estaba Vincenzo sentado y amarrado con una mordaza en la boca, de igual manera lo golpeó en la cabeza y lo sentó en una silla para inmovilizarlo. Cuando Mr. Lesh despertó estaba sentado en una silla, amarrado y amordazado, justo frente a Vincenzo, en una de las manos tenía amarrada con cinta de aislar una de las pistolas que José había robado, la pistola tenía silenciador, el cañón del arma apuntaba directo a la cabeza de Vincenzo.

—O lo matas, o mando estas fotos y videos que encontré en la computadora del italiano a los medios de comunicación —dijo José mientras recortaba su pistola, se la colocaba en una sien y le mostraba la pantalla del ordenador…

Cuando Mr. Lesh sintió el frío del acero en su cabeza y comenzó a sudar al mismo tiempo que un chorro caliente le empapó los pantalones hasta los calcetines, y un charco humillante empezaba a crecer debajo de sus pies, en la pantalla se podía ver una grabación casera donde se observaban dos sofás de una sala, una pantalla de televisión y una puerta. Segundos después, se escuchaba en el video que sonaba un timbre, en ese momento en la pantalla aparecía un hombre que se dirigía a abrir una puerta. Junto a él había un pomerania que jugaba en el suelo, por la puerta entraban dos niñas acompañadas de una mujer adulta; por la altura a la que estaba la cámara, no se podían ver las caras de los adultos, solo se veía que el hombre sacaba su cartera de su bolsillo trasero y de ahí algunos billetes que entregaba a la mujer, después la mujer salía de la casa dejando a las niñas y el hombre cerraba con llave la puerta. Las niñas se veían acostumbradas a esa casa, pues de inmediato se sentaron en un sofá. Cuando se cerraba la puerta, de pronto en la imagen aparecía un segundo hombre que se agachaba para encender la televisión y poner un canal de dibujos animados, cuando se agachaba, podía verse que era Mr. Lesh. El otro hombre caminaba hacía el sofá y se sentaba junto a las dos niñas, a esa altura se podía ver en la cámara la cara de Vincenzo. Aunque el audio era pobre, se podía escuchar que una de las niñas pedía pasar al baño, la otra se quedaba sola jugando con el perro. En ese momento, Vincenzo comenzaba a acariciar a la niña del sofá, mientras Mr. Lesh se perdía de la imagen y acomodaba el objetivo de la cámara para enfocar mejor, después regresaba a la imagen y se observaba cómo sacaba una moneda de su pantalón y frente a Vincenzo la lanzaba al aire. Por la expresión que se observaba en el video, se asumía que Mr. Lesh había ganado ese cara o cruz. Entonces Vincenzo se ponía de pie, desaparecía de la imagen y regresaba con un trapo en la mano que la niña olía, ocasionando que se desplomara de inmediato en el sofá. En ese momento, el perro comenzaba a ladrar, así que Vincenzo desaparecía de la imagen llevándose al perro. Para cuando la otra niña salía del baño y se dirigía al sofá, Mr. Lesh ya la esperaba de pie y se abalanzaba sobre ella al tiempo que le tapaba la nariz para que, igual que la otra niña, se desmayara. Con las dos desmayadas, los hombres se daban a la tarea de amarrarlas de todas sus extremidades, dejándolas inmovilizadas y recostadas sobre el otro sofá. Después de someterlas, los dos hombres se sentaban en el primer sofá y se quedaban observándolas mientras se tocaban entre ellos. Sabían que de un momento a otro despertarían. Las niñas, poco a poco, comenzaban a abrir sus párpados. Parecían flores a la llegada de la primavera. Mr. Lesh, al ver que las niñas volvían a la realidad, se ponía de pie y rodeaba los pequeños cuerpos. Las menores, conscientes de su desgracia, comenzaban a llorar. Estaban aterradas.

—Chiquitas, sé que están asustadas y adoloridas, pero no se preocupen, esto no les va a doler más. Bueno, sí, tal vez un poco. Pero no tanto como cuando les rompan el corazón. Eso sí duele —decía Mr. Lesh mientras les vendaba los ojos a las dos.

Después volvía a sacar su moneda del pantalón y la lanzaba al aire. Sólo su cabeza sabía la respuesta a su juego. Cuando la cara de la moneda se posaba en su mano, volteó la mirada a la más pequeña y, sin demorar, se acercaba a ella poniéndola de hinojos. La niña trataba de zafarse, pero era abofeteada en la cara. Esto la aplacó.

—Pórtate bien y te llevo a un lugar bonito. ¿Has escuchado del paraíso?

Acto seguido, tomaba las mejillas de la niña. Ella, por un impulso natural, apretaba sus mandíbulas. Ante esto aquel hombre le apretaba los pómulos hasta que la niña no pudo y tuvo que ceder abriendo la boca. Mr. Lesh, al ver ese pequeño orificio sentía que la sangre le hervía por dentro y los ojos se le llenaban de fuego, parecían rubíes del mismísimo averno. No pudo más y le metió su pene en la boca. Introdujo su miembro hasta que llegó a la garganta. La niña trataba de soltarse, pero no podía. Sus esfuerzos eran en vano y se comenzaba a asfixiar. Esa inhalación y exhalación obligada hacían que el hombre disfrutara más. Después, la niña comenzaba a desvanecerse hasta que se derrumbó como el Ángel de la pena de William Wetmore Story. Cuando el hombre sintió el cuerpo desmayado de la niña, lo arrojó al suelo como basura.

Mr. Lesh, de inmediato se dirigía hacia la otra niña. La tomaba del cuello, la recostaba boca abajo sobre el sofá, al tiempo que le bajaba las bragas quedando descubiertas sus pequeñas nalgas. Aquel hombre sólo tuvo que hincarse un poco para quedar a la altura de su cadera. La olfateaba y saboreaba el olor de su víctima, sin pensar escupió en su mano y tocó la pequeña vagina: era tal cual la recordaba. Le costó mucho trabajo entrar, pero cuando lo logró, se movió despacio. Quería disfrutar, poco a poco, gota a gota, el privilegio de consumir la inocencia de esa niña, hasta que comenzó a jadear y a moverse más rápido, incrementando la cadencia del momento; parecía que, por momentos, Mr. Lesh anhelaba atravesar a la pequeña mientras que ella sólo gemía y gritaba de dolor. Esos gritos pronto fueron ahogados pues Mr. Lesh, quien comenzó a apretarle el cuello y a incrustarle la cabeza en el sofá. A cada penetración él liberaba una bestia enjaulada hacía mucho tiempo en su cuerpo. Cuando la niña no se movía más, él ya no sentía satisfacción, así que con el pene aún erecto salía de la vagina de la menor. Se ponía de pie del sofá y observaba el cuerpecito destrozado de la segunda niña que había lastimado. Para él, esa imagen era perfecta y pensaba que parecía Eva dormida sin su Adán en el lecho. Después del réquiem de alaridos, un silencio imperaba en el

lugar, hasta que Vincenzo aparecía en la imagen y se ponía de pie junto a Mr. Lesh, al tiempo que los dos comenzaban a masturbarse sobre las niñas que poco a poco recuperaban su aliento.

Abochornado y con las mejillas encendidas, Mr. Lesh vio durante unos segundos el video, después giró su cabeza y vio de frente, un instante, a los ojos de Vincenzo, penetró en su mirada, en ella vio su reflejo y en él, el infierno. Ese instante pareció un siglo interminable.

—…Y si no, mañana tus hijas te van a tener que ver en este video antes de acompañar a tu mujer a tu funeral. —Mr. Lesh, al escuchar esas últimas palabras, apretó el gatillo.

Con el cuerpo de Vincenzo muerto, José buscó una bolsa de plástico que puso en la cabeza a Mr. Lesh y se la amarró al cuello, pocos minutos después el diplomático se comenzó a asfixiar hasta caer muerto. En ese momento, José salió del piso cerrándolo bajo llave, solo el tiempo y el olor a bestias muertas daría aviso a los vecinos de esa masacre. Afuera la tarde había comenzado a caer, caminó por la calle en dirección al puente de Wandsworth, ahí lanzó al agua todo lo que había robado en la armería y se dirigió al metro. A pesar de que quería disimular, su corazón iba a mil por hora, debía apresurarse para salir de esa zona, algún vecino podía haber escuchar algo y dar aviso a la policía. En el metro bajó las escaleras, en los torniquetes había unos policías haciendo una inspección rutinaria, José caminó tranquilo, pero por dentro su corazón casi estallaba, cruzó los torniquetes y al entrar a la bóveda del metro, observó el reloj, faltaban tres minutos para que llegara el siguiente tren, esos tres minutos fueron eternos. Cuando el tren se detuvo frente a él, entró y se sentó. Cuando el vagón cerró y se puso en marcha, sintió total alivio y pudo respirar. Estando en el vagón observo la hora, se dirigió hasta el *God Cock,* había quedado de ver a Karspav para entregarle las llaves del bar. José entró a la oficina y tecleó la clave de acceso a la caja fuerte: 54367, después de un pitido la caja abrió y José tomó algunos fajos de billetes que Karspav seguro no iba a notar. Esperó casi media hora hasta que Lorenzo entró a la oficina y le dijo que Karspav no llegaría a la cita. Lorenzo lo excusó diciendo que tuvo un imprevisto y que le dejara las llaves de la oficina a él. Después de despedirse de Lorenzo con un fuerte abrazo, José salió del bar y se dirigió a su casa, donde horas más tarde celebró una fiesta de despedida con sus amigos Milena, Salim, Camilo, Bupi y Kerstin, quienes le dieron fuertes abrazos y prometieron volverse a ver.

VII

A la mañana siguiente José cogió su maleta y se dirigió a la estación de Saint Pancras, horas después llegó a la estación Gare du Nord en Paris, se hospedó en un hotel cercano y esa noche decidido dar un paseo por la ciudad, compró una botella de vino, detuvo un taxi y le pidió que lo llevara a la Torre Eiffel. Descendió del auto y cuando estuvo en el jardín de la torre se quitó los zapatos, caminó con los pies desnudos y se sentó frente a la torre, abrió la botella y la comenzó a beber. Frente al monumento recordó a Celia, pensó en llamarle, pero al instante de pensarlo, desistió. A la mañana siguiente despertó, bajó al restaurante del hotel, después de desayunar llamó por teléfono al número que Karspav le había dado y del otro lado del auricular escuchó la voz de una anciana, que lo citó a en la cafetería del hotel Embajadores, el más lujoso de Paris. José llegó en un taxi, caminó y, en el lobby, el *concierge* le dijo que la señora Xeijo y su hijo lo esperaban en una mesa. Al entrar al restaurante preguntó al gerente, quien le señaló una mesa donde observó a una mujer cercana a los ochenta años, de una mirada casi angelical y junto a ella había un hombre cercano a los cincuenta. Después de que se presentó con la señora Xeijo y su hijo, se sentó en la mesa. El hombre le explicó a José que él mismo conocía a Karspav y que agradecía sus atenciones, contó que, debido a sus funciones de diplomático para la embajada americana, tenía poco tiempo para dedicar a su madre y, aunque ella tenía una enfermera que siempre la acompañaba a todos lados, necesitaba a alguien que la ayudara en la galería y la acompañara a los eventos sociales. Querían contratar un asistente que tuviera grado académico y conocimientos sobre arte, pues con esos criterios podía asumir el puesto de secretario de la señora Xeijo, era importante que supiera como comportarse en eventos públicos y tener temas de conversación en las reuniones a las cuales acudía de manera habitual la señora. Mientras el hombre hablaba, José pensaba que quizás ese trabajo le podría permitir crear una red de relaciones personales que en un futuro le servirían. La señora Isabel solo abrió una vez la boca y fue para preguntarle a José si le gustaba el trabajo de Georges-Pierre Seurat. De inmediato dijo que síy mencionó las dos cumbres del artista, *Los bañistas de Asnières* y *Un domingoen la Grande Jatte*; dio fechas muy precisas de la creación de las dos obras y habló de la perfección a la que puede llegar un joven artista, «pues cuando Seurat hizo esas dos obras, no pasaba de los veintiséis años. Los mismos que yo tengo ahora», dijo José mientras describía el cuadro y hablaba de la serenidad en las miradas de las personas que se asolan y bañan en el río de la ciudad de Clichy mientras unas canoas y veleros adornaban el paisaje, flotando y meciéndose por las aguas del Sena; a lo lejos una locomotora cruzaba sobre un puente y el humo nacía de las chimeneas de la ciudad. La señora Xeijo no respondió ni una sola palabra, solo

esbozó una ligera sonrisa. Minutos después, el hijo de la señora Xeijo le pidió a José que se retirara de la mesa un momento para hablar a solas con su madre. Cuando José fue llamado de nuevo, el hombre le dijo que el trabajo era suyo. Después de despedirse y salir del hotel, José vio cómo el hijo de la señora Xeijo se puso de pie, empujó la silla de ruedas de su madre y se perdió entre los jardines del hotel. Esa misma tarde José mandó una carta a sus padres diciendo que le habían dado un ascenso laboral en el banco.

Semanas después se trasladó a una mansión en las afueras de Paris. A partir de ese día, la señora Isabel se refería a él como su sobrino, eso ocasionó que las personas de la ciudad con las que se codeaba creyeran que en realidad eran familia. Un día de descanso José salió de la ciudad, así que se fue a la estación de trenes y subió a uno que lo llevaría a Lyon, entró en el vagón, se sentó y abrió un periódico; cuando el vagón cerró sus puertas y el tren comenzó a andar, observó por la ventana y lleno de sorpresa vio por la ventana a Costa, la cara de su amigo había cambiado un poco, además, llevaba bigote. Por la ventana, José observó cómo Costa discutía con una mujer que en ese momento le lanzaba un ramo de rosas a la cara. José intentó bajar del vagón, pero ya era demasiado tarde, el tren ya había arrancado. Al volver a Paris, José estuvo buscando a Costa por algunas semanas en los hoteles de la zona, pero jamás encontró a ningún huésped registrado con ese nombre, llegado cierto tiempo, desistió y no volvió a buscarlo más.

La rutina de José con Isabel Xeijo era de lunes a sábado, la acompañaba a abrir la galería y a eventos sociales. Aunque no ejercía su profesión, sus conocimientos le permitieron hacer amistades en círculos que jamás hubiera pensado acceder. Ella lo llevó a conocer Europa y se hospedaron en los hoteles más lujosos desde Lisboa hasta Berlín. Aunque en apariencia la vida de la señora Xeijo era lujosa, ella era bastante moderada con sus gastos, su única debilidad eran las pinturas y eso hacía que viajaran mes a mes buscando distintas exposiciones que se realizaban a lo largo y ancho de Europa, para conocer las tendencias en el arte. En alguna ocasión, estando en Los Países Bajos, después de visitar el Stedelijk, se dirigieron al Rijksmuseum y en una de las salas vieron un cuadro de Rembrandt llamado *La cama francesa*. Mientras conversaban sobre el maestro de la luz y el acto vandálico que sufrió su *Dánae* en 1985 en el museo Hermitage, José sintió cómo la anciana lo observó distinto, con una mirada pícara como si un último rayo de luz iluminara sus ojos. Al salir del museo se dirigieron hasta el Hotel Conservatorio, esa noche, como de costumbre, José llevó a la señora Xeijo a su habitación, ahí, con sus manos temblorosas, ella le tomó una mano y levantó la otra hasta la altura del cuello de él, le tomó la cabeza para que descendiera hasta la altura de su boca,

ahí, ella le dio un profundo beso. Esa noche la señora Xeijo le pidió a José que la cena se la llevara a la cama y no, como todas las noches, la enfermera que los acompañaba a todos lados. Cuando José transmitió la orden de la anciana a la enfermera, esta no estuvo de acuerdo, pero al final, después de cerciorarse de que aquello era verdad, entregó la cena en una charola a José. Cuando regresó a la habitación con la charola entre las manos, la señora Xeijo estaba desnuda, esa fue la primera y la única vez que José vio el cuerpo lastimado por el tiempo de la anciana, la imagen era hermosa, parecía una bella y dañada estatua griega que los años han vuelto más perfecta y radiante. A la mañana siguiente José se despertó y descubrió a la octogenaria mujer observándolo mientras la luz de la ventana le daba en su pecho desnudo.

Esa vida hubiera seguido, de no ser porque, al segundo año, después de que José cumpliera veintisiete años, recibió la noticia a través del hijo de la señora Xeijo de que iba a ser trasladado a Suiza, lugar donde ya no requerirían sus servicios, pues su madre cada vez comenzaba a perder más la memoria y necesitaba preferiblemente un grupo de enfermeros que a un secretario. La última vez que Isabel y José se vieron, ella le dio un beso en la boca y la dirección de uno de sus amigos que era comerciante de arte, al cual recomendaba buscar y trabajar con él. En un sobre ella le entregó dinero y un número de cuenta bancario. Esa misma semana recibió una nota de Karspav.

> José, te escribo solo para que sepas que Milena ha muerto de cáncer, meses después de que te fuiste ella cayó enferma, ya ha sido velada y enterrada. Esta nota solo es para que sepas que ya no está con nosotros.

Cuando José acabó de leer la nota, suspiró y lanzó la carta al suelo. En medio de un arranque de furia, se preguntaba ¿cómo puede ser la vida tan desgraciada como para tragarse a alguien tan joven? Golpeó en la puerta de su habitación y rompió un vaso en la pared. Cuando se tranquilizó, pensó que en esos años él había él cruzado media Europa con sus propios medios, se había demostrado y le había demostrado a su padre que podía salir adelante sin su ayuda. En medio de esos recuerdos, por primera vez en su vida percibió la debilidad en su cuerpo, se sintió exhausto. Estando en la cama y viendo al techo de la habitación, sintió miedo y se sintió solo, por un segundo extrañó a sus padres. Dos semanas después, José se dirigió al banco a retirar el dinero que, como liquidación, la señora Xeijo le había dado. Cuando llegó al banco fue trasladado a una bóveda donde le abrieron una de las puertas y dentro pudo ver una veintena de cuadros de arte que, con documentos firmados por la señora Xeijo, pasaban a ser propiedad de José. Pensó que quizás eran un regalo

por todas aquellas noches que Isabel, ya en la cama, le pedía que se sentara junto a ella y, sin decir palabras, le tomaba su mano y la metía debajo de las sábanas y de sus bragas mientras él en silencio comenzaba a estimular su clítoris, hasta que ella, después de un suspiro, caía dormida. Luego de observar una a una las obras, salió del banco y se dirigió a la dirección que le había dado Isabel. Al llegar observó una tienda de arte que por nombre llevaba *La casa de las sirenas*. Cuando entró, vio esculturas, grabados y dibujos en carboncillo por todos lados. Al fondo había algunos arcones llenos de miniaturas, porcelanas y estatuillas. Reconoció a su dueño, ese hombre en repetidas ocasiones se había quedado a solas con Isabel hablando de arte mientras intentaba venderle alguna obra. Después de saludarse, José le dijo que quería venderle todos los cuadros y le entregó una lista con los nombres de las obras, años y autores. Solo se quedaría con la copia del pequeño Basquiat y un cuadro de Helen Frankenthaler que le gustaba a la señora Xeijo. Después de ver la lista, el marchante le pidió que le dejara la hoja de papel y él le llamaría. Dos días después, José recibió una llamada a su habitación, era el marchante con una cantidad, no la aceptó y le dijo que no tratara de verle la cara, que, si no le ofrecía algo mejor, lo vendería en otro lugar. Una hora después recibió una segunda llamada con otra cantidad, esta vez sí la aceptó. Una parte del dinero lo volvió a invertir en Forex; otra parte, en acciones de la bolsa; y otra más, en una nueva moneda que estaba tomando popularidad y que llevaba por nombre *Bitcoin*, el resto lo dejó en efectivo y lo guardó en la caja fuerte de su habitación.

Ese día José salió de la casa de la señora Xeijo, quería salir de Paris y comprar unos tickets de tren, así que se dirigió a la estación Gare du Nord y en el camino observó que miles de personas se manifestaban de manera pacífica en la plaza del Hôtel de Ville, ondeaban banderas republicanas, gritaban consignas en castellano y levantaban pancartas.

ils ont

+

nous sommes

+

Los manifestantes pedían a los transeúntes indignación por la crisis económica y solidaridad con España mientras gritaban que sus abuelos eran españoles.

DES
IDÉES
ET DU
RÊVE

Mientras José se dirigía a la estación, vio cómo un grupo de policías detenían a manifestantes justificándose en que estaban fuera de la zona permitida para la protesta. Los antidisturbios comenzaron a coger por los brazos a los manifestantes y los subieron a los autos de la policía. Al llegar a la estación, por las pantallas, José se enteró de que esa manifestación era un eco de los indignados españoles que se habían lanzado a las calles en Madrid para lanzar una crítica al poder político y en contra del funcionamiento de la banca y el empleo precario. El periodista narraba en la televisión mientras se veían imágenes en la pantalla de una multitud de personas que se congregaban en la Puerta del Sol con pancartas, esas manifestaciones no solo se llevaban a cabo en España y Paris, sino que las había también en muchas capitales del mundo que iban desde Ciudad de México, Buenos Aires, Santiago de Chile, Roma, Londres, Bruselas, Berlín, Atenas Lisboa, Washington, Nueva York, Tel Aviv, Marruecos y Nueva Zelanda. En la estación de trenes José observó las pantallas donde se veían las próximas salidas desde Gare du Nord y compró un billete de tren para Gante. Mientras esperaba pensó que, aunque la idea de seguir viajando al rededor del mundo le seducía, era momento de, como todo héroe griego, volver a su tierra de partida. Así que, en un acto de irracionalidad, canceló el ticket, salió de la estación Gare du Nord y regresó a la casa. Estando en su habitación hizo una llamada de teléfono y compró un ticket para la Ciudad de México. Al siguiente día salió de la casa de la señora Xeijo para no volver más, al ser su última semana en Paris, decidió alquilar un auto y dar un paseo por Versalles, Barbizon y Moret-sur-loing.

Al terminar la semana, José dejó el auto en el estacionamiento del aeropuerto y se dirigió a la sala de abordar, durante el trayecto vio una cabina de fotografías, sacó algunas monedas de su bolsillo y movió la cortina para entrar, se sentó, depositó las monedas y se quedó mirando fijo a la cámara. Sonrió. Cinco flashes después, salió del lado izquierdo de la cabina con una tira de fotografías en la mano, observó su rostro y se recordó a los quince años cuando se vio en el escaparate de la tienda de telas con el cabello largo, despeinado y una arracada en el lóbulo izquierdo que enmarcaba su rostro

delgado con su mirada ingenua y cálida. Ahora, a sus veintisiete años, su rostro se había endurecido y su mirada era cruel, tenía mucha barba y la sonrisa se había tornado malvada. Con otra ropa podría haber pasado por un maleante de aquellos que van por la vida decadentes y sin rumbo. Solo algo no había cambiado en él, eran sus ojos, seguían siendo dulces y tiernos como el canto de un jilguero en un soleado amanecer.

---

1 Lucha armada nunca morirá.

Cuarta parte
Escribir es poder

I

Antes de subir al avión, la azafata recibió el pasaporte de José, lo metió en el escáner y la máquina lo rechazó, lo volvió a intentar y la máquina volvió a rechazarlo; la azafata se alejó y habló con el que, al parecer, era su superior. Este y la azafata regresaron al mostrador, la azafata, por tercera vez, metió el pasaporte en la máquina de escáner, esta vez lo reconoció y el superior pidió disculpas a José, quien de inmediato comenzó a caminar por el pasillo para dirigirse hasta la puerta del avión, entró y se dirigió a su asiento en primera clase. Al llegar a su asiento se dio cuenta de que estaba ocupado por una chica que observaba por la ventana el atardecer. Ella, al ver a José, se disculpó y quiso volver a su asiento, pero él le dijo que no se preocupara, que no tenía inconveniente en cambiar el lugar. Durante el viaje comenzaron a charlar, ella se presentó como Leda Alejandra y le contó a José que había hecho un año de estudios en Historia del Arte en la Soborna. José se presentó como economista y marchante. Después de algunas horas, Leda le dijo a José que lo había visto en una de las noches de gala del Louvre con la señora Xeijo. Leda sabía de laseñora Xeijo, pues era muy conocida en Paris. Cuando le preguntó si era su sobrino, él respondió que sí. Durante todo el vuelo platicaron de arte, economía y política. Al aterrizar en México cambiaron teléfonos y acordaron llamarse los siguientes días, después los dos se perdieron en la multitud de pasajeros del aeropuerto. José se dirigió hasta la estación de taxis y solicitó uno, a los pocos minutos de subir al auto fue recibido por el extenuante tránsito de la ciudad. José pidió al taxista que lo llevara a un hotel de la colonia Roma. En medio del tedio pensó que después de siete años volvía de nuevo a ese país y observó los cambios en la ciudad: había nuevos rascacielos, nuevos centros comerciales y nuevos restaurantes. Lo único que seguía igual era el bello caos citadino que se mimetizaba con su característico y sinfín de variados colores, sabores y olores. A la mañana siguiente, después de desayunar, cogió un periódico y leyó en el

titular

El PVN tira una propuesta en la cámara de diputados para aprobar una ley a favor del aborto
Aumento de la luz y agua
Capital sin gobierno

Debajo del titular se podía ver una foto del pleno de la Cámara de Diputados, José leyó en la nota periodística que el PVN, partido que gobernaba por segundo mandato consecutivo en la capital, había perdido el control de algunos sectores y, aunque aún les quedaban dos años de mandato, ya se podía ver en las calles el malestar de los ciudadanos.

Esa mañana salió del hotel, caminó unas calles sin saber al principio exactamente a dónde ir, minutos después se encontró parado frente zócalo capitalino. Recordó que en esa plaza había pasado infinidad de veces de niño y adolescente, no sintió ninguna emoción, al contrario, se sintió azorado por la cantidad de gente que transitaba entre la Catedral Metropolitana y el Palacio Nacional. Se subió a un taxi que lo dejó en la entrada del Museo de Arte Moderno, esos días José volvió a recorrer algunos lugares de su infancia, visitó el museo Rufino Tamayo y el zoológico de Chapultepec, también caminó por Coyoacán y se subió a una trajinera en Xochimilco. Una semana después pensó que era momento de hacer algunas llamadas. En el primero que pensó fue en Costa, después de aquella vez que lo vio en Gare du Nord, no había vuelto a saber de él. Quizás también habría vuelto a México, así que llamó a casa de los padres de Costa, era uno de los pocos números que se sabía de memoria, ya que una ocasión, cuando José vivía en la habitación de Costa, su amigo se enfermó y tuvo que llamar en repetidas ocasiones a sus padres hasta que los encontró. Mientras estaba en la habitación del hotel y marcaba el número en el teléfono, esperaba que no lo hubieran cambiado. El teléfono sonó en repetidas ocasiones hasta que una señora de voz cansada contestó. Cuando José escuchó la voz de la anciana, colgó y después se recostó en la cama poniendo los brazos debajo de su nuca. Minutos después se levantó de la cama y se dirigió a una silla donde tenía su ropa, buscó entre sus prendas y buscó el teléfono de Leda, se volvió a recostar en la cama y la llamó. Cuando Leda contestó, la invitó al restaurante del Lago de Chapultepec.

Al siguiente día, mientras comían, José observaba los ojos de Leda mientras en el escenario un grupo de artistas llamado Belerofonte daban un recital literario al compás de música de cámara. Al ritmo de *La leyenda de Milano*, de Arturo Márquez, José pensó que quizás había llegado el momento de casarse,

comprarse una casa y formar una familia. Hacer lo que hacen todos los seres humanos en algún punto de su vida. Por la noche fueron al Centro Cultural del Bosque y entraron a teatro El Galeón, donde vieron *La vida es sueño*, de Pedro Calderón de la Barca. Días después se quedaron de ver en el museo de Bellas Artes y frente a un mural de David Alfaro Siqueiros, en el que una mujer con el torso desnudo rompe unas cadenas, se dieron su primer beso. Semanas más adelante comenzaron una relación después de que él le regalara un ramo de girasoles en una terraza frente al Lago de Chapultepec. Los diez años de diferencia que había entre ellos no les importaban en absoluto. Dos meses después se fueron de fin de semana a Mazamitla, esa noche fue la primera que hicieron el amor y durmieron juntos, por primera vez en su vida, José sintió que su cuerpo se acomodaba perfecto entre los brazos de una mujer, como si dos piezas de rompecabezas contiguas se amoldaran a la perfección. Al regresar de Jalisco, José llamó a La Compostelana, con alegría, sus padres recibieron la noticia de que su hijo estaba en México. En la llamada telefónica, Manuel le dijo a José que el país cada día estaba peor y que La Compostelana ya no vendía como antes. Después de quejarse con amplitud de la situación económica del país, Manuel puso el altavoz del teléfono.

—Hijo, ¿has comido bien?, ¿dónde te estás quedando a dormir? Puedes venir a la casa, tu habitación está tal cual la dejaste cuando te fuiste, no hemos movido absolutamente nada —dijo Mandana.

—De momento me quedaré en un hotel, pero estoy pensando en comprar un departamento en la ciudad con la liquidación que el banco me dio —dijo José pensando que era innecesario informar a sus padres que ya llevaba algunos meses en el país.

Semanas después, José invitó a sus padres a comer al Cardenal, en el centro de la ciudad, ahí conocieron a Leda. Ellos quedaron muy satisfechos con su nuera y al terminar la comida, Manuel y Mandana ya le llamaba hija. Esa misma noche, después de que los padres de José se fueron del restaurante, Leda le dijo a José que ese fin de semana irían a una fiesta donde estarían amigos de ella de la universidad, pues quería que los conociera. Cuando llegaron a la reunión, José se encontró rodeado de hijos y nietos de empresarios de la ciudad. En algún momento de la noche, cuando las botellas ya había hecho efecto, comenzó una discusión entre dos chicos que terminó en pelea; a pesar de que algunos invitados trataron de separar a los dos jóvenes, ellos se tenían prensados como perros de pelea, José trató de alejar a Leda de la zona de conflicto, pero en ese momento uno de los chicos lanzó su cuerpo contra su contrincante y ocasionó que ambos cayeran cerca de donde estaban Leda y José, en esa caída, uno de los borrachos empujó sin querer a Leda, que por el

golpe casi cae al suelo, de no ser porque José alcanzó a sostenerla de un brazo. Después de evitar la caída de Leda, José dio un puñetazo en la cara a uno de los dos borrachos, ocasionando que cayera noqueado al suelo. Segundos después, José se enteró por los gritos de Leda que el joven que acababa de noquear era su cuñado. Cuando Carlos recobró el conocimiento dijo en broma que necesitaban una derecha de ese nivel cera de él. A pesar de que Leda y José llevaban casi seis meses saliendo, él no había conocido a su familia, pues a pesar de que Leda no se lo decía, él entendía, por algunos comentarios, que su padre no estaba de acuerdo en que saliera con un hombre mayor. Casi dos meses después del suceso de la fiesta, José recibió una invitación de Leda para cenar en su casa y conocer a sus padres.

Cuando José llegó a la casa de sus suegros fue recibido por Carlos, quien lo presentó con su padre, el señor Plutarco, mientras elogiaba su gancho derecho. En ese momento, pero en la segunda planta de la casa, estaban Leda y su madre arreglándose para bajar a cenar. El padre de Leda era un político que había comenzado desde abajo y que con el paso del tiempo se había forjado una gran trayectoria dentro del PSN. Corrían los rumores que de joven había comenzado su vida empresarial robando ganado en El Oro, un pueblo del sur de Durango, que luego vendía a carniceros que no preguntaban de dónde venían esos animales con tal de obtener reses a un menor costo. Con el tiempo dejó de robar reses y comenzó a criarlas, hasta que pasados los años logró acumular el suficiente dinero y respeto en su pueblo, para después, inconforme con las administraciones del Oro, lanzarse a la política. El señor Plutarco conoció a la señora Mesalina en una fiesta que el ayuntamiento del Oro dio para recaudar fondos para construir un hospital. El padre de Mesalina era un acaudalado ganadero que nunca estuvo de acuerdo con la relación entre su hija y Plutarco. Aunque Lina, que era como todo mundo le llamaba, era una mujer fuerte e independiente, solo se casó con Plutarco porque había quedado embarazada de él. Cuando Leda y su madre bajaron a la mesa, José se dio cuenta de lo guapa que era su suegra, era de esas mujeres que año a año ganan más belleza. Durante la cena, el señor Plutarco platicó de su estancia en Londres donde hizo un diplomado en negocios mientras decía que su hija era una hippie por haber elegido Francia para estudiar su posgrado. Cuando se enteró de que José había vivido en Londres y hablaron de lugares que habían visitado los dos, sintió nostalgia y recordó su juventud. Hablaron de política y estuvieron de acuerdo en la necesidad de un nuevo gobierno para la ciudad que tuviera ideas progresistas. En el postre, el señor Plutarco dijo, mientras observaba a José, que en el PSN necesitaban hombres con ideas frescas y dispuestos a sacar los puños si era necesario. Esa noche, antes de que José saliera de la casa, el padre

de Leda cogió por los hombros a su yerno y, en medio de una nerviosa risa, dijo que él sería el primer diestro en un partido de izquierdas.

Semanas después, Leda le dijo a José que su madre lo quería ver en su despacho para hablar de un posible trabajo, ya que la señora era accionista de un banco. Durante la charla, José sintió en repetidas ocasiones que su suegra le rozaba el pie por debajo del escritorio, pero pensó que era parte de su imaginación y todo era parte de una equivocación. Hablaron cerca de dos horas, había tantas cosas en común y temas en los cuales debatir entre ellos, pero al que más tiempo le dedicaron esa tarde fue la literatura de Milan Kundera. A las pocas semanas, la madre de Leda le consiguió un trabajo a su yerno en el mundo de los mercados financieros y pocos días después, José comenzó a trabajar en el mismo edifico que su suegra. En su primer día de trabajo, José fue citado por Lina en su oficina, antes de la reunión fue a comprarle un libro para agradecerle por su nuevo empleo. En la librería eligió uno de Kundera. Cuando estuvieron solos en el despacho de Lina, José le entregó el libro de *Los amores ridículos*, ella, cuando leyó el título, solo sonrió mientras le preguntaba cómo se había sentido en su primera semana y le volvió a rozar la entrepierna, pero esta vez de una manera cínica. Ahí mismo, en un sofá color beige y con el Ángel de la Independencia a sus espaldas, tuvieron sexo. José se acostó con su suegra durante un año en un departamento que ella tenía a unos minutos de su oficina. Su rutina era verse todos los lunes en el piso donde tenían sexo durante horas y los domingos en las comidas familiares, donde todos rezaban antes de compartir los alimentos. En algunas ocasiones que se pudieron escapar de la ciudad, José se dio cuenta de que su suegra era una predadora sexual, pues buscaba constantemente el contacto con jóvenes que pudieran darle la diversión que su marido hacía tiempo no le daba, incluso algunas veces utilizaba a José como anzuelo para abordar a jóvenes en bares y convencerlos para hacer tríos donde ella era la hembra alfa. José y su suegra estuvieron un año juntos hasta que la señora encontró otro juguete, o como ella les llamaba a esos jóvenes en la intimidad mientras eyaculaban sobre su cara: «mis bellos erómenos».

II

A finales de su segundo año de novios, una noche después de que José y Leda fueran a ver la Cineteca Nacional y vieran una película de Buster Keaton, se dirigieron al piso que José había comprado con el dinero que había invertido en el Forex, los *bitcoins* no los retiró del mercado, pues para ese momento su

valor ya había alcanzado por primera vez la paridad con el dólar. Después de hacer el amor, ella le dijo que estaba embarazada, cuando José escuchó las palabras de Leda, lleno de alegría, la abrazó y la besó desde la frente hasta el vientre. Sin pensar le preguntó mirándola a los ojos si quería compartir su vida con él. Ella solo abrió sus grandes ojos de pez lunar y, antes de responderle, lo vio con una mirada limpia como de niña inocente mientras unas lágrimas inundaban sus ojos como manantial lleno de nenúfares y dijo que sí.

Dos meses después se casaron en medio de aplausos en una boda en exceso faustosa. Ese día Leda se veía hermosa con su cabello negro que contrastaba con el vestido blanco que hacía que su cara brillara como un sol. Esa imagen fue inmortalizada por el camarógrafo y editor de la revista más importante de sociales en la ciudad, que esa tarde se prestó para cubrir el evento. Casi ochocientos invitados, todos relacionados con la casta política y empresarial del país, que iban desde ministros de Estado, empresarios, gobernadores, senadores, diputados, líderes sindicales y eclesiásticos, fueron testigos de la ceremonia civil. Incluso el presidente de la nación fue unos minutos a la boda y tras bambalinas felicitó a los novios. Por la noche, los asistentes fueron consentidos con un lujoso banquete, seguido de algunos brindis de espumosa champaña. El suegro de José aprovechó la boda como mitin político, semanas antes había sido nombrado presidente nacional del PSN. Cuando fue su turno de brindar por su hija y su yerno, fue explícito frente a todos los invitados sobre su interés de impulsar políticamente a José. Era bien sabido por todos que Carlos aún no era lo suficientemente maduro como para cargar con el peso de un puesto político. En ese tiempo el cuñado de José aún se divertía con las mujeres que le proporcionaban su apellido y el dinero que las empresas de su padre le ofrecían. Al final de la boda los padres de Leda les entregaron las llaves de un lujoso pent- house en un edifico de La Cañada, mientras que en el cielo estallaban unos fastuosos fuegos artificiales. Siete meses después Elena daba a luz a una hermosa niña de ojos color mar, que por nombre llevaría Carlota. Cuando José vio por primera vez a Leda amamantando a su hija, le pareció una de las cosas más impresionantes que sus ojos habían visto en toda su vida. Por las noches, José se pasaba horas junto a la cuna observando a su hija, le ponía el índice en la manita y jugaba con su barriga, le encantaba escuchar su risa que nacía en medio de una sonrisa desdentada y rosa. Cuando llegaban los bostezos, José la observaba cauteloso, pues le daba miedo, como a un caballo que se asusta de su sombra, que ese pedazo de cielo, tan frágil y vulnerable, pudiera ser dañando.

Semanas después, José se encontró en la oficina de su suegro, que lo había citado en su oficina del partido para hablar de su futuro político y, mientras se

escuchaba el ¡*pop!* de una botella de Dom Perignon al saltar el corcho, le dijo que se prepara, pues pronto tomaría posesión de una dirigencia del Partido. Después de servir dos copas, el señor Plutarco, mientras cogía las manos de su yerno, las mismas con las que José había acariciado a su suegra, le dijo: «tengo grandes expectativas en ti».

Cuando José salió de la oficina de su suegro se dirigió a una cafetería donde había acordado ver a Leda, se sentó en una de las mesas de la terraza y comenzó a leer un periódico, minutos después llegó Leda con su carriola y pidió un café. Cuando estaban charlando, José sintió una mano en su hombro que lo hizo girar, al voltear la mirada descubrió una cara conocida, pero que le era difícil reconocer, José solo tardó unos segundos en darse cuenta de que era Costa. No lo había reconocido por algunas canas prematuras que le habían nacido como lirios en el cabello, José se levantó de inmediato y ambos se dieron un abrazo. Acordaron verse para comer la siguiente semana. Días después, José tomó protesta como Secretario General de las Organizaciones Populares del Comité Directivo Estatal del PSN.

Posteriormente Costa y José se vieron en un restaurante de Coyoacán y se pusieron al día, José le contó que lo había visto Paris, Costa le contó que ese día había terminado con su pareja, pues ella no había querido irse a vivir con él. Semanas después de ese suceso volvió a México. Costa trabajaba en el Sindicato de Trabajadores de la Ciudad de México, su padre lo había ayudado a entrar por medio de contactos. Hablaron sobre sus amigos de la adolescencia y Costa le contó que César y Karen se habían ido a vivir a los Estados Unidos con su madre; Marta también, pero con toda su familia “después de lo de Rata”. Grecia estaba haciendo un doctorado y vivía en Chiapas, a Laura le había perdió la pista. Sobre Gonzalo decían que perdió su trabajo en la universidad, ya que una ocasión tuvo un problema con un grupo de alumnos que le cuestionaron durante una de sus clases la vigencia de sus enseñanzas, pues le hacían ver que el marxismo había perdido toda vigencia entre la juventud. Después de escuchar esos comentarios de sus alumnos, Gonzalo comenzó a llamarlos desde «idiotas», hasta «burgueses de mierda». Esas ofensas llegaron en cuestión de minutos hasta la oficina del decano, que semanas después le pidió a Gonzalo escribir una carta que se haría pública, en la que se retractaría de su comportamiento y pediría disculpas. Gonzalo no aceptó escribir esa carta, en cambio, presentó su renuncia; a partir de ese día se volvió un total misántropo, no salía de su casa, era huraño y agresivo con las personas. Incluso se corría el rumor, ya que no tenía parientes que se le conocieran, de que entre sus vecinos y excompañeros profesores estaban recolectando dinero para meterlo en una especie de manicomio disfrazado de casa de retiro.

—Siempre supimos que estaba medio loco —dijo José mientras cogía un poco de pan de una bandeja. Al pensar en Gonzalo sintió lástima, como la que se siente al ver a un león domado.

—¿Y Rata?

—No sé mucho, sé lo que vi en los periódicos que mi madre me guardó, pero tampoco los medios cubrieron mucho la nota, ¿sabes?, como el PVN en ese tiempo controlaba a los medios, no se supo gran cosa.

—¿En ese tiempo? La política sigue controlando a los medios de comunicación —interrumpió José a Costa.

—En eso tienes razón, total que incluso acudí a la hemeroteca de la UNAM y no encontré más información. Lo único que sé es que al parecer fue uno de los heridos más graves, pero no tengo más información, tampoco he querido mover mucho las aguas, ahora ha pasado mucho tiempo y creo que por el bien de los dos, lo mejor es dejar ese tema en el olvido. Podría arruinarnos.

—Yo pensé lo mismo, quizás por eso tampoco te busqué al llegar a México.

—Te entiendo y no te lo reprocho, quizás yo hubiera hecho lo mismo y más si me hubiera casado con la hija del exsenador Plutarco —dijo Costa dando una palmada a su amigo en la espalda—. ¿Quién lo iba a decir? —Sin embargo, hubo algo de tirria en el comentario.

—Solo el destino. La conocí en el avión que me trajo a México —dijo José antes de meter un pedazo de pescado a su boca.

—¿Y ahora qué planes tienes? —preguntó Costa mientras pinchaba un pedazo de carne con su tenedor.

—Al parecer los planes lo tiene mi suegro —dijo José mientras daba un sorbo a su vaso de agua.

—Tu suegro tiene bastante peso político, cuenta con nuestro sindicato para futuros procesos electorales, seguro que mis jefes, con los que tengo muy buena relación, estarán encantados de comer contigo y tu suegro, pero ya hablaremos a su tiempo —dijo Costa.

—Me parece perfecto.

—José, ¿qué hiciste con las fotos qué te di? —preguntó Costa depositando el tenedor y el cuchillo sobre el plato con comida.

—Las rompí antes de volar a Europa.

—Eso espero, confío en ti. Sabes lo comprometedoras que son —dijo Costa mientras cortaba un pedazo de su carne.

—Sí, no te preocupes, no hay rastro de ellas. ¿Sabes si encontraron el cuerpo de la chica?

—Sí, semanas después, lo sé, pues en mi visita a la hemeroteca también busqué esa nota, pero la información era igual de escueta, en los periódicos

tampoco mencionaron mucho el tema. En ese momento todos los medios hablaban de los que hizo Rata, así que ahora solo dos personas más saben lo de la chica, el papá de Marta, que estaba imposibilitado para hablar después de la locura de Rata y vive en los Estados Unidos, y el exgerente del bar, del cual no hay rastros de su existencia, pero por la edad que tenía en ese tiempo, quizás ya hasta se murió.

—¿Y el doctor?

—Ese sí está muerto, lo vi en la hemeroteca en alguna de las notas de los periódicos que consulté —afirmó Costa después de limpiarse la boca con una servilleta.

—Hablando de fotos, debemos tomarnos una nosotros para celebrar este encuentro —dijo José mientras sacaba un móvil y tomaba una foto de los dos brindando por su reencuentro.

Meses después, el señor Plutarco nombraba a José representante del PSN en el tercer cuadrante de municipios de la Ciudad de México, posición que le daba mucha fuerza política y, antes de que terminara el año, lo hizo presidente del Comité del Transporte Público de la Ciudad de México.

III

José se encontraba frente al espejo atándose la corbata, vestía un traje azul marino de corte británico mandado a hacer con el sastre familiar, portaba una camisa blanca, corbata plata y en sus pies, unos *Crockett&Jones*. Viéndose en el espejo se acomodó su abundante cabello y peinó sus pobladas cejas que enmarcaban sus ojos color marrón. Mientras se peinaba, pensaba qué tanto debería hacer caso a los nombres de los posibles candidatos del PSN y el PVN, que la noche anterior se habían mencionado en el noticiero estelar. Dio media vuelta sobre sus pies y se dirigió a la mesilla que estaba del lado derecho de su cama, desconectó el móvil y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta, caminó unos pasos hacia una silla donde dejaba su ropa todas las noches para que a la mañana siguiente la sirvienta la recogiera, y buscó en sus pantalones las llaves de su auto. La espalda de esa silla daba al ventanal del penthouse desde donde se podía observar toda la ciudad de México. Mientras buscaba las llaves de su Mercedes-Benz volvió a escuchar aquel zumbido en uno de sus oídos, que llevaba semanas preocupándolo y que cada día se hacía más fuerte y frecuente después de aquel espasmo muscular. Se detuvo un momento frente al ventanal mientras suspiraba y observaba los rascacielos que se elevaban por los aires, después postró su mirada sobre el más alto de los edificios y vio una parvada

de pájaros que volaban por los aires formando la figura de la punta de una lanza. Mientras observaba el firmamento, llamó a su secretaria para que le agendara una cita con su médico para saber el resultado de los estudios clínicos. Con las llaves en su mano, giró sobre sus pies sobre el piso de madera en dirección al comedor. Mientras José se sentaba a la mesa con la intención de beber un café, cogió algunas cartas que habían llegado por correo y que Jazmín, la empleada doméstica, había puesto junto con el periódico para que él las viera. En su mayoría eran cartas de felicitación, ese día cumplía treinta años. Después de revisar los remitentes, las depositó en un extremo de la mesa y cogió *La Voz de La Ciudad de México*.

Ciudad de México se prepara para los comicios electorales

Mientras observaba el periódico, Carlota, su hija, lo interrumpió. La niña se acercó por uno de los extremos de la mesa y le dio un beso en la mejilla a su padre. José la cogió entre los brazos y la sentó en sus piernas mientras la persignaba y le devolvía el beso en la mejilla. «Corazón, pórtate bien con la niñera». La niña solo asintió con la cabeza y de un salto volvió al piso corriendo hacia Leda, que esperaba en el marco de la puerta. Jazmín esperaba y cargaba la mochila de la niña.

—José, necesito que me esperes un momento, te quiero comentar algo.

—¡Leda, tuviste toda la noche para comentarme ese «algo» y justo ahora, que estoy por salir, te acuerdas! —Leda sólo levanto la mirada y salió del penthouse de la mano de la niña, José la pudo ver de espaldas mientras pensaba que el tiempo transcurría más de prisa sobre su mujer. «Ya no tiene el trasero atlético que tenía en la universidad, después del embarazo, con la carga de la niña y la galería de arte, se está acabando». José había insistido a Leda que no dejara de practicar vóleibol, pero ella siempre se excusaba diciendo que no le daba tiempo, así que lo único que hacía desde que nació Carlota era acudir algunos fines de semana a jugar tenis al club con sus amigas.

—Espero que ese “algo” sea importante —dijo José mientras Leda salía por la puerta.

A José le gustaba recordar los primeros años de su relación de pareja, cuando aún eran felices, cuando aún no se descubrían del todo y mañana a mañana se amaban como locos, pero desde hacía algún tiempo las cosas habían cambiado. Primero vinieron las malas caras, después las discusiones por las situaciones más irracionales y, después, discusiones en la cama, y cuando la cama se enfría, ya no hay mucho qué hacer, sólo esperar a que uno de los dos tome la decisión de separarse. Al final, la cotidianidad lo había matado todo. Fue entonces que desde hacía tiempo José buscaba cualquier pretexto para

estar fuera de su casa, ya estaba cansado de que cada día Leda discutiera por lo más mínimo, en medio de esas discusiones él había pensado en el divorcio, pero se contenía por la pequeña Camila —ella no tenía ninguna culpa de que el cuerpo de su madre ya no le generara ninguna erección— y su futuro político. Era bien sabido que a los votantes les encantaban las parejas que de puertas para afuera eran perfectas, aunque al interior de sus casas, cada día oliera más a podredumbre. José volteó a ver su rolex, moviendo el pie debajo de la mesa se dio cuenta de que habían pasado cinco minutos desde que Leda había salido por la puerta con su hija. Mientras terminaba el café pensó que, si no se apresuraba, llegaría tarde a la reunión con el nuevo presidente del PSN, ya que a su suegro le habían dado un mejor puesto en el partido a nivel nacional y había dejado la dirección estatal del partido. Mientras esperaba a Leda, José llamó a Costa y lo invitó a que se reunieran en su oficina más tarde.

—Buen día, ¿qué estás haciendo?

—Terminando de correr.

—¿Haces todos los días ejercicio?

—De lunes a sábado, siempre de 6:00 a 8:30 de la mañana. Hace muchos años que me he vuelto un hombre de rutinas. Quizás es la primera señal de la vejez. Solo los lunes comienzo un poco más tarde, pues me gusta venir a correr al parque que está frente a la casa de mis padres donde nos reuníamos con los de la universidad, ¿recuerdas?, así aprovecho y saludo a mi madre. La única vez que rompí mi rutina fue el día que falleció mi padre.

—Me acuerdo, me acuerdo de ese parque, lindos recuerdos. Debo reconocer que sí te vi muy delgado el otro día, yo hace tiempo que no hago ejercicio, quizás lo tengo que retomar y puede que un día te acompañe a correr.

—Si quieres, un día vamos a jugar pádel.

—Suena bien, pero si quieres lo platicamos en mi oficina, vente a comer, hoy tengo cita con el jefe y quiero pedirte una opinión sobre lo que se avecina.

—¿Crees que te dé buenas noticias?

—Eso espero, pero ya lo hablaremos más tarde.

—Ok, sí, nos vemos más tarde. Buen día —contestó Costa y terminó la llamada. Leda volvió a entrar por la puerta y se dirigió hacia la mesa donde estaba José.

—El fin de semana es el cumpleaños de la hija de María y me gustaría que me acompañaras.

—Leda, para esto me hiciste esperar, ¿esto era el «algo» tan importante por lo cual te tuve que esperar?, ¿en serio no me pudiste decir esto más tarde o mañana, o mandarme un mensaje? —preguntó José mientras cerraba *La Voz de La Ciudad de México.*

—Ayer en la noche se me olvidó y sabes que no me gusta que Carlota me vea enfadada, y como últimamente todas nuestras conversaciones terminan en discusión, pues prefiero evitar que la niña nos vea —dijo Leda mientras se sentaba en la mesa.

—Te enfadas porque quieres.

—Me enfado porque siempre buscas cómo evitar ir a reuniones conmigo.

—Yo no evito ir a reuniones contigo, solo que es normal que no quiera ir a esas fiestas, los esposos de tus amigas de la universidad son unos pesados y aburridos, ¿cómo se llama el esposo de María? —dijo José después de dar el último sorbo a su taza de café.

—Pedro.

—Eso, Pedro, la última vez que lo vi se pasó una hora hablando de su colección de mariposas, ¡te das cuenta, Leda!, ma-ri-po-sas.

—Pues es entomólogo, ¿qué esperabas, que te hablara del espacio?

—Pues no, pero, ¡caray!, hay tantos temas: deportes, cine, literatura, política, o incluso pornografía, ese tiene cara de ser el típico gordo pervertido que está detrás de un ordenador.

—Qué barbaridad dices, Pedro es un amor.

—Pues que le dé un poco de ese amor a María, esa mujer grita a los cuatro vientos que hace años no tiene buen sexo.

—Respeta a mis amigos, por favor.

—Respeta mi integridad intelectual.

—Mira, te lo pido por favor, no puedo estar yendo a reuniones solo con Carlota. A mí me preguntan por mi marido y a ella por su padre. Somos una familia, no se te olvide.

—No se me olvida, pero es que ya me veo otra vez hablando con ese gordo aburrido.

—Esta ocasión habrá más invitados.

—En fin, me tengo que ir, lo hablamos en la noche, voy a tratar de modificar mi agenda.

—Te lo estoy pidiendo, José, ¡quiero que me acompañes!

José se levantó de la mesa y mientras doblaba el periódico, dijo: «bueno, bueno, lo hablamos, me tengo que ir».

En ese momento José se acercó a Leda y le dio un ligero beso en la boca, que ella esquivó. José, acostumbrado a ese tipo de niñerías, solo pensó que ya se le pasaría el enojo a su mujer, así que se dirigió hacia el ascensor.

José descendió algunos pisos y se abrió la puerta del elevador, se encontró de frente al estacionamiento, salió de la caja metálica y se dirigió hacia su auto. Mientras caminaba, las luces del estacionamiento se iban encendiendo de

manera automática, después de algunos pasos se encontró frente a su Mercedes-Benz. Sacó las llaves de su auto del bolsillo interior de su traje y las presionó para levantar los seguros del auto, después de escuchar un ligero sonido que emitía la alarma, abrió la puerta con la mano y entró en el auto, presionó el botón de encendido y el tablero digital se encendió, metió primera velocidad y aceleró. Saliendo del garaje vio un grupo de niños que, acompañados de sus profesores, se dirigían en caravana a algún museo de la zona, giró a la derecha y tomó una calle angosta que lo llevó hasta un cruce donde se incorporó a una avenida principal, aceleró y se perdió entre los autos. Kilómetros adelante, en Paseo de la Reforma, tuvo que disminuir la velocidad, delante de los autos se podía ver una gran multitud que marchaba hacia el Palacio Nacional, todos los autos, por indicación de algunos policías, se movieron hacia la derecha y tuvieron que conducir muy cerca del arcén. Cuando el Mercedes pasó junto a los manifestantes, observó que había hombres y mujeres que, de manera pacífica, recordaban y exigían justica por el caso de los 43 de Ayotzinapa que habían desaparecido en el estado de Guerrero, casi un año antes, cuando habían salido rumbo a Iguala para recaudar dinero que les permitiera acudir a una manifestación convocada en la Ciudad de México y que conmemoraría el aniversario luctuoso de la masacre de Tlatelolco ocurrida en 1968. Ellos viajaron en unos autobuses que fueron interceptados sorpresivamente por fuerzas municipales que abrieron fuego para impedir que continuaran su viaje. El saldo de esa noche fueron una veintena de estudiantes heridos y cuarenta y tres jóvenes desparecidos de manera forzada por las autoridades. Los manifestantes exigían la renuncia del presidente, algunos empuñaban banderas de México que sustituían al águila sobre el nopal comiéndose a la serpiente por un moño negro. Mientras exigían justica, otros portaban mantas con la cara de los desaparecidos.

¡PORQUE VIVOS SE LOS LLEVARON,
VIVOS LOS QUEREMOS!

José llegó a las instalaciones del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Socialista Nacional y se detuvo en la caseta.

—Vengo a ver a Bocanegra.

Un guardia le dio acceso a las instalaciones del partido, aceleró y metros más adelante estacionó el Mercedes-Benz para entrar al edificio. En el lobby pudo ver en lo alto el símbolo del partido, un gallo verde, blanco y rojo con las alas abiertas, justo debajo había un mural de Diego Rivera, que representaba a un grupo de obreros que trabajaban en una fábrica durante todo el proceso de

producción automotriz. En la pared se observaba a algunos hombres fundir metales que se utilizarían para un motor de combustión, mientras que otros preparaban el cableado, los neumáticos y los asientos para que entraran en la cadena de producción.

José se dirigió hacia el elevador, cruzó junto a un hombre de seguridad que lo saludo con familiaridad y presionó el botón del elevador, mientras esperaba, observó junto a él un busto de piedra del fundador del Partido. Subió hasta el octavo piso y cuando las puertas abrieron, observó una recepción también con el símbolo del partido en lo alto, en una silla frente a un escritorio había una mujer escribiendo en una agenda, que al notar a José, le sonrió. «Buen día, el presidente ya lo espera», le dijo al mismo tiempo que salió de detrás de su escritorio y se dirigió hacia la puerta del presidente, tocó, entró unos segundos, después salió y franqueó la entrada. José, al entrar a la oficina, observó al presidente del partido, un hombre cercano a los sesenta años con bigote poblado y sobrepeso, que estaba sentado y firmando algunos documentos, mientras que su asistente, otro hombre, iba guardando en un folder todos los documentos que el presidente le entregaba. Al sentir la presencia de José en su oficina, levantó la cara y sonrió.

—José, te estaba esperando, pasa, pasa, ¿cómo está tu suegro? —dijo Bocanegra mientras se levantaba de su asiento y se dirigía hasta José para darle un fuerte abrazo.

—Bien, gracias, supongo que ahora está en el campo de golf —dijo José mientras se sentaba en una silla frente al escritorio del presidente—. ¿Y tu familia? —preguntó mientras regresaba a su asiento.

—Todos bien, gracias —contestó Bocanegra mientras le daba indicaciones a su asistente de dejarlos solos— ¿Cómo esta Carlota?

—Cada día más grande y hermosa —contestó José con brillo en los ojos.

—Bueno, José, me da gusto, entremos en materia, gracias por venir. Como sabes, han comenzado los procesos internos del partido y tú eres de los nombres que más suenan al interior, tienes el carisma, la edad y los apoyos —dijo Bocanegra mientras se acomodaba en su silla—. Hay sectores que ven con agrado un perfil como el tuyo, un hombre joven con nuevas ideas.

—Son un honor tus palabras —dijo José mientras se acomodaba su corbata, miraba directo a los ojos a Bocanegra y sentía una fuerte ola de calor por todo el cuerpo.

Esas palabras dichas por el presidente del partido confirmaban los augurios de su suegro, que todos los días le alentaba para esforzarse en su carrera política.

—Pero recuerda que siempre hay sectores que quieren imponer a sus propios

candidatos, es cierto que hay otros hombres y mujeres que han trabajado con todas sus fuerzas, que han mostrado su lealtad al partido; recuerda que, en la política, la lealtad se paga. Ellos, igual que tú, tienen posibilidades. Nosotros sabemos quién de los posibles elegidos ha gastado dinero del erario público para sobornar, comprar alianzas e influencias, también sabemos quién ha hecho las cosas lo más limpio posible. Todo eso será evaluado en el último momento, pero por ahora solo que te pido que seas muy inteligente para que llegues a la recta final. Tenemos tres meses a partir de hoy para las elecciones, así que habla con amigos y, si es necesario, con enemigos de tu suegro que te puedan ayudar en la campaña. Si hay algo que esconder o desaparecer, es el momento, después tus contrincantes van a ir por ti y te atacarán a la yugular, no se tocarán el corazón si eres un estorbo para ellos. No se los permitas y no dejes pasar esta oportunidad acompañada de un futuro de oro que la vida te está ofreciendo.

—Bocanegra, no te preocupes, haré lo conveniente.

Horas después José se dirigió hacia su oficina, Costa esperaba en el lobby, entraron y se sentaron en un gran sofá.

—¿Viste las noticias? —preguntó José mientras ponía hielos en un vaso y luego servía whisky y se lo entregaba a Costa.

—Sí, los cinco de la lista son bastante heterogéneos, pero sin dudar tú eres el mejor posicionado —dijo Costa mientras recibía el vaso y daba un sorbo a su bebida—. Mira, Ernesto García Fernández no te debe preocupar, aunque lleva muchos años en la política, ahora tiene una denuncia por abuso sexual a una de sus colaboradoras, dicen que es su amante y que como él no dejó a su mujer como se lo había prometido, ella ahora se está vengando por no cumplir su palabra. Así que él seguro se baja solo del barco. Otro es el extesorero del gobierno estatal y actual diputado federal Fernando Campo López, a ese, el PVN lleva meses lanzando una campaña de desprestigio, argumentando una campaña anticipada y posibles desvíos de recursos del erario público. Seguramente desde hace meses tú has visto cómo hay espectaculares de él por toda la ciudad, Fernando se justifica porque su madre es dueña de una empresa de publicidad y tiene espectaculares, pero eso le va afectar al interior del partido, puede que su candidatura se venga abajo. De Andrés Martínez Sarabia ni hablar, ese no tiene ni el peso político ni los apoyos necesarios dentro del partido. Solo es un hablador. Nos queda Francisco Montes Dossantos, ese es el único que te podría hacer sombra, tienen un perfil curricular parecido al tuyo, casi la misma edad que tú y apoyos fuertes dentro y fuera del partido. Pero yo creo que no te debe preocupar más de lo debido, tu suegro tiene más peso, no

todos se pueden llamar amigos del expresidente Martín Barrero González. Ese es tu escenario y no tienes nada que te pueda hacer caer, solo algo muy fuerte te puede tirar, pienso que solo es cuestión de esperar los tiempos electorales. Estoy seguro de estar hablando ahora con el futuro diputado federal de la Ciudad de México, esa diputación será tu «punto de apoyo», como decía Arquímedes, para pelear después por la gubernatura.

—No quiero cantar victoria antes de tiempo —dijo José mientras levantaba su vaso y daba un sorbo a su whisky.

—No la cantes, pero ese es el escenario político que tienes enfrente. Del otro lado, los del PVN, estas elecciones no van a ganar nada, esas políticas conservadoras no les van a dar votos, por lo menos no en esta ciudad, esos van a ganar en pueblos y localidades con pocos habitantes donde todavía creen en Dios, la virgen y no están a favor del aborto. Hoy gana elecciones quien haga políticas en materia de género y dirija su marketing político hacia la gente joven.

Horas después, Costa salió de la oficina, José se quedó pensativo y reflexionaba sobre la necesidad de cambios en el país, mentalmente enumeraba los contactos que su suegro le podía brindar y le servirían para impulsar su campaña, también pensaba en todos aquellos hombres y mujeres que había conocido desde que se desempeñaba como servidor público y con los cuales podía hacer alianzas; después de dar un trago a su bebida reflexionó y escribió en una hoja de papel los esbozos de su futuro programa político.

Por la tarde, José subió a su auto y comenzó a manejar en dirección de la clínica privada. Entre los altos edificios se podía ver la llegada del atardecer cuando los autos comienzan a encender sus luces. El sonido de un auto frenando se escuchó metros más adelante, él observó a la distancia que dos hombres descendían y comenzaban a discutir junto a un sedán y una pequeña camioneta de carga con máquinas de campo. Cuando José rebasó a esos autos observó que uno de los hombres señalaba efusivamente la parte trasera de su camioneta, mientras el otro, con las manos en el bolsillo, parecía que trataba de demostrar que no era tan grave el impacto en la camioneta. José aceleró y tomó un camino que lo hizo entrar en las fauces de un túnel al tiempo que en la parte alta de la construcción pudo ver luces que parecían los dientes de una bestia. Segundos después salió del túnel y cogió una salida que lo llevó hacia el centro de la ciudad. Anochecía. Unas gotas comenzaron a caer en el parabrisas. El velocímetro y cuentarrevoluciones brillaban frente a José. Después de tomar el carril de baja la velocidad dio vuelta a la derecha y se estacionó. Descendió de su auto, una ligera lluvia caía en ese momento. La lluvia comenzó a ser más fuerte, buscó una sombrilla en el maletero. No encontró nada. Pensó «mierda,

mis *Jack Jones*». Corrió un poco y quedó de pie frente a un edificio, observó el interfono y leyó sobre la placa de bronce.

DR. GONzáLEz BIARRITz 1 D

Apretó el botón de interfono y se abrió la puerta de forma automática, José la empujó y entró a un pasillo que lo llevó a un ascensor. Adentro sintió la calefacción y se limpió con las manos las gotas de la ropa, así como también se acomodó el cabello mojado. Presionó el botón. Después de algunos segundos se abrió la puerta y se dirigió al consultorio, al tocar la puerta, una rubia de unos treinta años, más o menos, abrió la puerta y le indicó que el doctor ya lo estaba esperando. José cruzó una sala minimalista, entró al consultorio donde el médico estaba de pie frente a un negatoscopio observando unas radiografías, al ver que José entraba en su consultorio, el médico giró sobre sus pies y se dirigió hasta su escritorio.

—Buenas tardes, pase, siéntese por favor. —El médico abrió su ordenador y comenzó a escribir en el teclado—. Vamos a ver, aquí tenemos el resultado de sus estudios —dijo mientras abría una carpeta—. Mire, los acúfenos aparecen como zumbidos, que son muy frecuentes entre las personas, entre un 10% y un 15% de las personas que experimentan un trastorno auditivo en mayor o menor grado. La presencia de estos acúfenos varía mucho de una persona a otra, algunas personas se sienten más incómodas y otras pueden tolerar bastante bien las molestias. Más del 75% de los trastornos que tienen que ver con el oído, presentan algún acúfeno. Existen dos tipos de acúfenos: los objetivos y los subjetivos, en el caso de los primeros, los motivos pueden ir desde una gran exposición de ruidos, hasta el consumo exacerbado de algunos fármacos, eso lo podemos descartar, pues en nuestra primera cita me dijo que no había estado expuesto a ruidos y no consumía medicamentos. Por el otro lado, tenemos los acúfenos subjetivos, que se originan en los vasos sanguíneos cerca del oído y que se aprecian con cada latido cardíaco, en este caso las causas son flujo turbulento a través de la arteria carótida, malformación en los vasos sanguíneos que recubren el encéfalo o algunos tumores del oído medio que poseen abundantes vasos sanguíneos. Por ahora los estudios no nos han dado una respuesta muy clara sobre el motivo de sus síntomas, por lo tanto, le mandaré a hacer otros estudios y nos vemos en una semana.

Una semana después José regresó al médico, mientras subía por el elevador se comenzó a morder las uñas. Pensaba en los resultados. Estando en el consultorio, el médico abrió una carpeta y comenzó a hablar con José.

—El ruido que usted percibe es el sonido del flujo sanguíneo en sus vasos

sanguíneos del cuello, este flujo, que es anormal, se genera por una disminución de los glóbulos rojos o la obstrucción de las arterias. Los tumores glómicos, o pequeños tumores del oído medio, tienen muchos vasos sanguíneos que algunas veces presentan malformaciones que generan uniones anormales entre las arterias y las venas que se encuentran en la membrana que envuelve una parte del cerebro que se llama encéfalo. Si estas anomalías están cerca del oído, es cuando el paciente puede escuchar el fluir de su sangre. Sobre el espasmo muscular, se debe a tumores que afectan el recubrimiento de algunos nervios. Estos síntomas nos dan la certeza de que usted tiene esclerosis múltiple.

—Doctor, ¿cómo puede ser? Nunca me había enfermado de nada.

—Estas cosas pasan, el cuerpo humano es una máquina y, algunas veces, alguna pieza puede tener un error, pero hoy con los avances en la medicina, si usted sigue el tratamiento que le daré al pie de la letra, tenga por seguro que puede tener una vida prácticamente normal.

—Pediré otra opinión —dijo José incrédulo.

—Puede pedir las que quiera, pero el resultado no va a cambiar mucho —dijo el médico mientras cerraba la carpeta.

José salió del consultorio y bajó en el ascensor, pensaba en Carlota, subió al auto, aventó el folder con los resultados al asiento del copiloto y aceleró. La mente de José estaba colapsada. Sólo pensaba «me cago en Dios». Sintió la garganta seca. Pensaba en las siguientes semanas cuando oficialmente lo presentarían como candidato. Reflexionaba sobre si debería decir al partido de esa situación o guardar silencio, tal vez los médicos se equivocaban, pediría una segunda opinión. Y en todo caso, como el doctor Biarritz había dicho, cada día la medicina avanza más y él podría tener una vida prácticamente normal.

«Necesito un trago y olvidar todo por unas horas. Mañana pensaré el siguiente paso. Ahora quiero beber». José llamó a su secretaria diciendo que el siguiente día no iría a la oficina y que cambiara todas sus citas para el miércoles, después llamó a Leda, le dijo que tendría que volver a la oficina, que no lo esperara despierto. Leda sólo respondió del otro lado del teléfono con un seco «ok», que José interpretó como que su mujer seguía molesta por la discusión de la noche anterior. Un auto que venía detrás del Mercedes tocó el claxon en repetidas ocasiones. José pudo ver por el retrovisor que el auto le aventaba las luces altas, al tiempo que aceleró y se le emparejó. Cuando los dos autos estuvieron a la misma altura, José pudo ver que era un BMW del año y el conductor era joven, de no más de veintidós años, tenía una gran sonrisa en la cara y el puño de su mano con su dedo corazón en todo lo alto. Al parecer era un chico que tenía ganas de jugar a las carreras de autos. El BMW disminuyó la

velocidad y aventó su carrocería contra el Mercedes. José tuvo que dar un volantazo, esquivar el golpe y acelerar de nuevo para evitar un accidente. El rugir del motor del mercedes vibró en la calle, ese rugir fue como un reto para el BMW, que aceleró y se puso de nuevo a la misma altura. José metió otra marcha y aceleró esta vez, presionó completamente el acelerador y el BMW volvió a alcanzarlo y aventó por segunda vez su carrocería contra el automóvil de José. Algunos autos que estaban cerca pitaban y disminuían su velocidad para evitar algún accidente. José sabía que si hacía alguna maniobra equivocada, los autos podrían colisionar y el joven del BMW no iba a desistir de su juego, así que metros adelante vio que había una salida, en el último momento la tomó logrando perder al BMW que por la ventana sacaba el brazo con el puño al aire.

José continuó manejando y entró en una bifurcación, sobre él quedó un puente que era la vía rápida, el bullicio de la carretera se perdía a cada kilómetro que conducía mientras casas destruidas y terrenos descampados lo recibían en lo que parecía la frontera de entrada al infierno. De inmediato reconoció ese camino y se dio cuenta que había entrado a la zona sur de Escutia, estaba muy cerca de la calle de las prostitutas, pensó que hacía tantos años que no pasaba por ahí y, aunque habían cambiado algunas cosas, la miseria y la pobreza seguían latentes como en el pasado. Se detuvo en un semáforo en rojo y ver a un hombre de aspecto desaliñado que discutía con una chica, antes de que se pusiera el color verde en el semáforo, el hombre la abofeteó mientras ella trataba de arañarlo en la cara. Cuando cambió el semáforo, aceleró y vio un grupo de mujeres que iban cantando, en las manos, algunas de ellas llevaban botellas de licor, todas vestían faldas tan cortas que las nalgas se les alcanzaban a ver. Siguió unos metros adelante y observó las viviendas que había en la zona, no parecían casas, parecían perreras hechas al azar con láminas o tablones de puertas. Los patios de esas viviendas estaban delimitados por cercas de alambre de espino, en algunos había ropa tenida y perros amarrados con cadenas; algunas casas no tenían ventanas, lo que permitió que José observara los interiores de ellas y vio que algunos habitantes no tenían camas, sino que dormían en el suelo. José fue distraído por la gran cantidad de prostitutas que le salían al camino haciéndole señas para que se detuviera. Metros más adelante, José observó a un grupo de hombres sin camisa que salían de un bar y que comenzaban una pelea, en la contra esquina un grupo de jóvenes se pinchaba en los brazos mientras aullaban como lobos a la luz de la luna. José presionó el acelerador de su auto y se dirigió hacia su piso de soltero, ahí abrió una botella de whisky que bebió desde la boca de la botella hasta que cayó dormido.

Tres semanas después, José solicitó una cita con otro médico para pedir otra opinión, sin embargo, el resultado fue el mismo. Esa misma semana se inscribió a un gimnasio y comenzó a hacer ejercicio por las mañanas. Una de esas mañanas llamó a Costa por teléfono para invitarlo a jugar pádel. Cuando terminaron de jugar, José revisó su móvil y vio que tenía diez llamadas perdidas y cinco mensajes de voz de Leda, tres llamadas su suegro y dos de su madre. Todos decían, «comunícate, es urgente». A la primera que llamó fue a Leda, que no te contesto; luego llamó al señor Plutarco, que al primer timbrazo contestó, él le dijo que estaban en el hospital, pues Carlota había sufrido un accidente en el colegio. El señor Plutarco le contó que se había organizado una excursión a un museo de la ciudad y cuando las niñas descendieron de los autobuses, su nieta, inquieta como era, se había separado del grupo y se escapó de los ojos de la profesora que la cuidaba, Carlota intentó cruzar una calle donde un auto que pasaba por ahí la atropelló. Mientras José escuchaba esas palabras, los músculos de sus brazos se contrajeron y comenzó a sudar de las manos. Al llegar al hospital, José encontró a Leda gritando y tirándose de los cabellos mientras dos enfermeras trataban de sostenerla para que una de ellas le inyectara un calmante en el brazo. Mientras Leda descansaba, su suegro le dijo que en ese momento la niña estaba inconsciente y la habían trasladado a radiología. Para ese momento, los médicos no se atrevían aún a dar un diagnóstico. Cuando la niña salió de radiología, la llevaron a una habitación donde José pudo verla desde el umbral, la pequeña estaba inmóvil, debajo de una sábana blanca, y respiraba por la boca ayudada por una máquina. José dio unos pasos y quedó junto a la cama, con la palma de su mano tocó la frente de su hija; estuvo así un buen rato, entre maldiciendo y pidiendo en silencio una respuesta a un Dios en el que no creía, pero en quien trataba de creer en ese momento. Cuando la enfermera entró a la habitación, él se dirigió a la sala de espera donde un médico le daba la noticia de que el avión en el que viajaba el especialista que revisaría a Carlota, había tenido que aterrizar de emergencia en un aeropuerto cercano a la ciudad de México, derivado del mal clima. José solo levantó la mirada al cielo y apretó los puños de su mano. Horas después el especialista entraba por la puerta del hospital y se dirigió de inmediato a la habitación donde estaba Carlota; minutos después, el médico salió de la habitación y se dirigió a la sala de espera donde José y Leda esperaban impacientes.

—Doctor, ¿cómo está mi hija? —preguntó José.

—Dígame, por favor, que se va a recuperar pronto —dijo Leda con el cuerpo deshecho como cántaro roto.

—No le voy a mentir, es un caso complejo, la vamos a operar. Pero la

operación es una moneda al aire, ya que las radiografías no nos permiten observar el daño interno. Es un caso muy raro, lo cual complica la situación, por lo tanto, hasta que no operemos, no puedo darles un diagnóstico certero. Es importante que sean conscientes de que la operación es muy cerca del cerebro, esto ocasiona que las posibilidades de infección aumenten. Es mi responsabilidad como médico decirles y hacerles comprender que es una operación de alto riesgo y, aunque salga con vida de la operación su hija, tendríamos que esperar la recuperación y observar su evolución. Para operar necesitamos su consentimiento, así que la decisión la tienen ustedes.

Leda y José no se movieron del hospital y esperaron por horas durante la operación. Después de unas horas el médico regresó a la sala de espera y les dio la buena noticia de que su hija había salido con vida. La alegría que sintieron en ese momento solo les duró una semana, pues a principios de la segunda semana la niña tuvo una infección que la hizo decaer de nuevo.

—Te amo, papi —decía Carlota mientras tocaba la nariz de José y luchaba por su vida—. ¿Estoy aquí?

—Sí, aquí estás. Solo te quedaste dormidita por un momento. Mira, mami, está aquí —dijo José mientras Leda le ponía la palma de su mano en la frente a Carlota.

—¡Verdad que esto se va a terminar pronto, mami?

—Sí, hija, ya verás que pronto estaremos en casa y jugaremos con tus *titis*.

—Mami, papi, ¿están llorando?

—No, hija, para nada —dijo José mientras se limpiaba las lágrimas de su cara.

—Mami, ¿y vamos a jugar también con los abuelos?

—Sí, mi amor, vamos a jugar todos como la última vez y también estará tu papi con nosotros.

—Mami, papi, ¿podemos rezarle a diosito?

—Sí, mi amor —dijo Leda mientras le cogía una mano a Carlota y otra a José.

—Vamos, recemos los tres —dijo José que, aunque hacía mucho tiempo había dejado de creer, ahora la fe era lo único que le quedaba.

Carlota estuvo una semana en terapia intensiva, por la boca del médico José se enteró de que la niña tenía pocas posibilidades de sobrevivir, hasta que un día su diminuto corazón no pudo más y estalló. El cuerpo de Carlota quedó tendido sobre la cama del hospital como un pequeño ángel con las alas rotas. José, después de abrazar por última vez a su nena, se presentó en el colegio al que ella acudía. Entró y fue en busca de la profesora que había abandonado a su hija. Mientras José caminaba entre los pasillos de ese colegio, sentía que en

su pecho había un nido de escorpiones; cuando estuvo frente a la mujer que había descuidado su hija, el veneno de los escorpiones se le subió a la cabeza y entre tres profesores tuvieron que contenerlo para que no golpeara a aquella mujer. Después del funeral, Leda se volvió más fría y hosca con José. Lo que mantenía a flote esa relación, la muerte se lo había tragado. Durante semanas ella no quiso salir de su habitación, esas mismas semanas José caminaba como si estuviera extraviado. Las horas en la oficina le daban tiempo para pensar en otras cosas que no fuera la reciente muerte de su hija, pero llegaba un momento de la tarde donde se sentía sin oxígeno, como si tuviera atada una cuerda a su cuello que muchas rogó para que fuera real y se apretara tanto como para volver a ver a su pequeña niña.

IV

Con la primavera llegaron procesos internos del partido y, efectivamente, como Costa lo había anunciado, Ernesto García Fernández era acusado por la fiscalía general de abuso sexual; según un noticiero nocturno, su asesora lo acusaba de abusar sexualmente de ella en un viaje de trabajo a la ciudad de Mérida, el político, después de una jornada de trabajo, fue a su habitación, tocó la puerta y entró con intenciones que iban más allá de lo laboral. Por los videos de las cámaras del hotel que se observaron en las noticias a nivel nacional, se podía ver la imagen de Ernesto García, quien desde el pasillo hablaba en la puerta de la habitación con su asesora, para después comenzar a forcejear con ella. Las imágenes de los dos cuerpos forcejeando se perdían en las cámaras cuando Ernesto entró a la habitación. Una semana después, también en el noticiero nocturno daba a conocer que el extesorero y diputado federal, Fernando Campos López, estaba siendo investigado por la fiscalía por el delito enriquecimiento ilícito, peculado y desvío de recursos para fines electorales fuera de campaña. Según el reportero que daba la nota, la fiscalía para servidores públicos contaba con un análisis de los ingresos y gastos del político, sustentados por reportes bancarios que no cuadraban con sus ingresos como servidor público. Esto ocasionó que autoridades capitalinas solicitaran el desafuero de Campos para ejercer acción política en su contra. Aunque Fernando Campos trató de defenderse diciendo que era víctima de una persecución política, poco podía hacer, pues la investigación estaba en curso y tenía sustento. Antes de estas acusaciones ya había sido señalado y acusado por extorsionar a constructoras para modificar los precios de las obras que se llevarían a cabo en su área de influencia política; en la misma nota, el

periodista decía que el político también era acusado de agresiones indirectas a opositores políticos a través de agresores armados. Esos fueron motivos suficientes para que la cúpula del PSN quitara todo su apoyo a Fernando Campos, eso sumado a la fuerte campaña negativa que había recibido por parte del PVN durante todo el año, lo dejaba con una pésima imagen difícil limpiar de la noche a la mañana. Sin embargo, Francisco Montes Dossantos seguía tan fuerte como al principio.

Una tarde José recibió una llamada que llevaba semanas esperando y, con ella, una bocanada de aire fresco que le hizo salir de su cárcel de cristal y poner su cabeza en otro lado que no fuera la imagen gris de la tumba de su niña. Bocanegra fue muy claro y le confirmaba que la candidatura estaba entre él y Dossantos, fue entonces que, después de una negociación entre el padre de Francisco y el señor Plutarco —donde intervino una llamada del ex presidente Martin Barrero González—, llegaron a un acuerdo para que, en caso de que José ganara las elecciones, Francisco obtuviera una posición política que le pudiera beneficiar en el futuro. Con el trato cerrado, el señor Plutarco hizo algunas aportaciones monetarias a las cuentas bancarias de los directores de los periódicos más importantes de la ciudad, ellos hicieron que en las hojas de sus periódicos se corrieran litros de tinta donde enaltecían a José, incluso la muerte de Carlota sirvió de fondo para que los lectores y futuros votantes sintieran lástima o nostalgia y percibieran más humano y cercano al futuro candidato.

Al final de ese mes, cuando se hizo oficial su candidatura en todos los medios, las llamadas a su oficina comenzaron a aumentar, en cuestión de horas fue invitado a desayunos, comidas y cenas por hombres y mujeres, que iban desde ciudadanos honorables, orgullosos patriotas, y hasta devotos religiosos, pues era un secreto a voces que, como en todo el mundo, los grandes negocios con el gobierno solo se concretan cuando se tienen a los amigos indicados en los puestos indicados. A pesar de que el escenario era bastante prometedor para José, él sabía que se estaba jugando su futuro en la política y un escenario así, donde tuviera el camino libre y pocas posibilidades de perder, era difícil que se le volviera a presentar. Enfermo y sin la persona que más había amado en la vida, no estaba dispuesto a permitir que el destino le hiciera una nueva jugada, quería tener el control de su futuro, sabía que debía ser cauteloso y no dar ningún paso en falso. Pronto el mundo estaría pendiente de su éxito o fracaso. Después de muchas reflexiones, sabía que debía actuar rápido, ya que en política cualquier cosa puede derrumbar a un hombre y su carrera. Si fallaba, pagaría caro ese error y caería totalmente en la desgracia. Si era inteligente y no erraba, un prominente futuro se le abría en el horizonte. Era consciente de

que había llegado a un callejón sin salida, donde los dioses te salvan o te matan. La suerte estaba echada. José observó un calendario en su escritorio, se dio cuenta de que faltaban pocas semanas para la toma de protesta como candidato, así que comenzó presionar los botones de su móvil, algunos timbrazos después, del otro lado del teléfono, se escuchó la voz de Karspav.

V

—¿José? ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

—Casi cuatro años, estoy bien y, ¿tú?

—Bueno, vamos tirando, pero en general nos va muy bien con el negocio, cada día expandiéndolo. ¿A qué se debe tu llamada?

—La última vez que te vi me dijiste que si necesitaba algo, te podía llamar.

—Sí, lo recuerdo. Te escucho.

—Karspav, no es la llamada por la que me hubiera gustado hablarte, pero es algo importante y creo que debo decírtelo.

—Vamos, muchacho, no des tantos rodeos.

—Sé quién mató a tu hermana.

—Pero, ¿qué tonterías dices, muchacho? Espero que esto no sea parte de una broma.

—No es una broma, yo con eso no bromearía. No estoy mintiendo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque no lo sabía, hace un tiempo que he vuelto a México y hace unos días he visto dos fotos de hace muchos años y es la misma cara de la foto que me mostraste en tu oficina. Cuando hace años me mostraste la foto no la reconocí, no sabía que fuera tu hermana, además aquí no se llamaba Suzana, aquí se llamaba Olya; pero ahora que estoy aquí, estoy seguro de lo que estoy diciendo y sé que es ella.

—¿Dos fotos?

—Sí, dos fotos, yo coincidí con tu hermana un solo día, hace muchos años. Yo trabajaba en un bar aquí en México, ella era nueva en el bar. Hace algún tiempo hice una mudanza y las fotos saltaron a mi vista.

—¿Estás seguro de lo que me estás diciendo?

—Completamente.

—Te voy a volver a preguntar, ¿estás seguro? No pienso viajar cientos de kilómetros para que no estés seguro.

—Sí, estoy totalmente seguro.

—Te pediría que las escanearas y que me des más información, pero los

boobies siempre están tras de mí y no quiero dar motivos de nada a esos perros.

—Confía en mí, no te llamaría si no estuviera seguro.

—Esta semana tomo el primer vuelo a México.

—Iré por ti al aeropuerto para que no tengas problemas con el idioma al llegar.

—No es necesario, tengo contactos en México.

Una semana después, ellos se vieron en un hotel en el centro de la Ciudad de México. Karspav saludó desde la entrada a José con un áspero ademán de su mano derecha, pues la izquierda la tenía entablillada.

—¿Quién te trajo? —preguntó José desde la mesa mientras cerraba el periódico que leía esperando a su exjefe.

—Un amigo salvadoreño que vive aquí en la ciudad, le llaman el Comandante. Me lo recomendó uno de mis contactos rumanos que vive en Cancún —dijo Karspav mientras se sentaba en un amplio sofá y buscaba dónde apagar su cigarro, al no encontrar un cenicero, lanzó lo que quedaba al suelo y lo apagó con la suela de su zapato.

José se sorprendió cuando vio de cerca el brazo izquierdo de su exjefe, pues llevaba una prótesis en lugar de su brazo. Karspav, al darse cuenta de la mirada de José en el brazo, dijo: «estas cosas pasan» y le empezó a narrar que semanas después de que él se fuera a Francia, Lorenzo, al cual llamó durante toda esa reunión «ese imbécil», se quedó a cargo del *God Cock* y una noche, mientras las chicas estaban entreteniendo a unos clientes, Lupe —Karspav le llamó a partir de ese momento «la puta»— aprovechó para desaparecerse y meterse a la oficina. Karspav dijo que ella lo había logrado, pues le había robado las llaves de la oficina a Lorenzo. «Pero con ese imbécil no se sabe, así como es de distraído, cualquier cosa pudo pasar». José en silencio sintió felicidad por Lupe, ella había logrado vengarse. Según Karspav, ese día Milena no había trabajado en el bar, pues había comenzado con malestares y había acudido al médico por la tarde y se reportó como enferma por la noche. Karspav, al no tener otra persona que le ayudara, encargó a Lorenzo el bar. Según la versión que Karspav había armado de fragmentos que le contó Lorenzo en medio de mil pretextos para disculparse de su distracción, y de lo que un camarero le había dicho a él, sin que Lorenzo se enterara, es que este en algún momento de la noche se había quedado dormido en uno de los privados y había dejado al cuidado de las chicas y del bar a Berenice. Lupe, al darse cuenta de la distracción de Lorenzo, se aprovechó de la situación y entró a la habitación para robarle las llaves de la oficina. Esa noche Karspav llegó de improviso al bar, pues había quedado de entrevistar a un recomendado de otro bar para el puesto de gerente. Karspav llegó treinta minutos antes de la entrevista y cuando entró a su oficina fue que

descubrió a Lupe sacando dinero de la caja fuerte. «Como siempre, el imbécil de Lorenzo había dejado la caja fuerte abierta, te juro, José, que a ese hombre lo tengo trabajando conmigo porque cuando yo no tenía nada, él fue el único que me fue leal, pero ese hombre no sirva para los negocios». Cuando Lupe vio entrar a Lorenzo se asustó, sacó la pistola que estaba dentro de la caja fuerte y tiró del gatillo. «Para mi buena suerte solo me dio una bala en el brazo, pues esa puta nunca había disparado una pistola en su vida. Yo caí al suelo y ella salió corriendo de la oficina, pero en las escaleras, por lo tacones, se tropezó, cayó y rodó por todas las escaleras hasta que en uno de los escalones se pegó en la cabeza y ya no despertó». Lo que Karspav no le contó a José fue que ella no murió de esa manera, sino que al caer en las escaleras quedó inconsciente y después de que Karspav se aseguró de que seguía viva, tocándole el cuello y sintiendo sus pulsaciones, llamó a seis de sus amigos, a quienes que invitó a lo que él llamaba «una encerrona». Mientras un amigo de Karspav, que era médico, le revisaba el brazo en su oficina, él dio indicación a sus seis amigos: «hagan lo que quieran con esa puta, saquen a las bestias que viven en su interiro e imaginen que ella es alimento para animales y ustedes están muy hambrientos». Después de escuchar esas palabras, los seis hombres, como si de una manada de hienas se tratara, entraron a la habitación donde Lupe se encontraba encerrada. Adentro, los hombres se abalanzaron sobre ella y le dieron una golpiza. Cuando se cansaron de lastimarla le introdujeron un aro en la boca, que se sostenía por una cuerda de cuero amarrada a su nuca impidiéndole que la cerrara. Lupe sabía que si no cooperaba sería peor, así que solo vio cómo el primero de los hombres se le puso enfrente y antes de introducirle su pene en la boca le golpeo de nuevo en la cara, tan fuerte, que la hizo caer al suelo. Ella solo gritó y sintió el sabor de la sangre en su boca. Los otros hombres que estaban como espectadores, observaban y celebraban, mientras levantaban sus vasos como si estuvieran disfrutando una fiesta pagana. La hiena levantó a su presa del suelo y derramó todo el líquido de su cerveza sobre ella, mientras que los demás reían y se burlaban. A partir de ese primer golpe, Lupe solo sintió cómo una a una de las bestias fueron desgarrándola por sus orificios hasta que perdió el conocimiento y cayó desmayada. Estando en el suleo los animales se abalanzaron sobre ella y la mataron a golpes.

—Pero, en fin, no vine hasta acá para hablar de mi brazo. Habla, que nosotros tenemos un vuelo en cinco días a Cancún, donde pasaré algunos días antes de regresar a Londres —dijo Karspav mientras daba un trago a su bebida.

—Como te dije en la llamada, yo conocí a tu hermana cuando trabajé en un bar aquí en México, ella era nueva en el bar, trabajaba de…

—Sé de qué trabajaba mi hermana, puedes continuar.

En ese momento José sacó las dos fotografías de su chaqueta y las observó.

—Antes de dejártelas ver, solo quiero que sepas que no te van a gustar —dijo José con las fotografías entre sus manos.

—Cállate y dámelas —dijo Karspav arrebatándole las fotos a José. Al ver las imágenes solo puso dos de sus dedos en la frente, movió la cabeza desaprobando lo que veía y encendió un cigarro—. Explícame quiénes son estos hijos puta.

—En ese tiempo yo no tenía trabajo y en ese bar conseguí servir de camarero. Esa era mi primera noche en ese bar. Cuando este —dijo señalando a Anselmo— salió gritando de una habitación donde estaba con tu hermana. Él y tu hermana se estaban inyectando heroína, ella no aguantó un pinchazo y murió ahí mismo en la habitación del bar, él fue el último que vio viva a tu hermana, pero ese desde hace años está muerto, sufrió un ataque en su casa y murió ahí mismo. Tu hermana era la primera semana que trabajaba en ese bar, esa noche antes de meterse con el cliente nos contó que venía de estar un mes en la Rivera Maya y estos —dijo señalando a Costa y a Villatoro— fueron los que se llevaron el cuerpo en la camioneta. Del hombre gordo y calvo tampoco te debes de preocupar, en ese mismo atentado quedó parapléjico, ahora vive en los Estados Unidos, pero este —dijo señalando a Costa— está vivo y vive aquí en la ciudad.

—¿Cómo estás tan seguro de todo lo que me dices? —dijo Karspav mientras lanzaba humo por su boca.

—No tendría por qué mentirte, ya te dije que yo estuve esa noche. Yo vi todo. Como te dije el día que te llamé, no estuve seguro hasta que vi las fotos aquí de nuevo.

—¿Cómo obtuviste las fotos? —preguntó Karspav mientras las brasas consumían su cigarro.

—Él —dijo señalando a Costa de nuevo—. Me las dio hace muchos años. Alguna vez fuimos amigos. Hace poco tiempo que lo vi, mira —dijo José mostrando la foto en el móvil—. El gordo calvo que aparece en las fotos fue mi suegro y pensamos que algún día esas fotos nos servirían para sobornarlo, pues estaba metido en la política. Ahora, como ya te dije antes, está postrado en una cama en los Estados Unidos, casi en calidad de vegetal.

—¿Y el cuerpo?

—No lo sé, pero seguro él te va a saber decir, lo último que yo vi esa noche fue que este y este —dijo señalando a Costa y a Villatoro— se llevaron el cuerpo en una camioneta —dijo mientras daba un trago a su bebida—; pero, si te sirve de algo, yo sé dónde vive este —dijo señalando a Costa.

—Dime dónde lo encuentro —dijo Karspav guardando las fotos en su chaqueta.

José anotó la dirección de Costa en una servilleta, que Karspav guardó en uno de sus bolsillos de sus jeans.

—Espero que todo lo que digas sea cierto, pues, aunque te deba la vida, si algo de esto es mentira, vendré por ti —dijo Karspav mientras se levantaba de su asiento.

—Confía en mí como lo hiciste en Londres —dijo José desde la mesa.

Karspav no respondió y un silencio se apoderó del lugar, solo el tintineo de las copas a la distancia penetraba en el espacio.

—Mira, muchacho, saber que podré conocer al asesino de mi hermana me da alivio, pero los muertos, muertos están. Sé que estás en política, antes de venir, mis contactos se informaron sobre ti. Fue difícil rastrearte, yo tus apellidos no los conocía, pero al final dimos contigo. —José sintió como si un rayo le atravesara el estómago—.Espero que esto no tenga que ver con tu trabajo.

—Para nada, esto es porque sé que es importante para ti —dijo José tratando de no mostrar nerviosismo y sin dar importancia a las últimas palabras de Karspav.

—Mis contactos en Cancún son los que te investigaron y me dijeron que tu futuro aquí es prometedor, ellos están pensando en buscarte, pues quieren expandir su negocio.

—¿Qué tipo de negocio? —preguntó José sin brillo en sus palabras.

—Exportación de productos falsos, básicamente relojes y tecnología. Ellos en Cancún ya tienen establecido el negocio, pero quieren expandirlo aquí en la ciudad, más bien, *queremos* expandirlo. Por ahora lo que nos interesa es comprar unos permisos de exportación, a cambio te daríamos una gran cantidad de dinero en agradecimiento.

—No creo que haya problema, pero la cuota la pongo yo —dijo José mientras escribía una cantidad en una servilleta la deslizaba hacia Karspav.

—No creo que ellos tengan problema. Si vemos que esto va bien, podemos hablar de traficar con mercancía de la que te hablé alguna vez en mi oficina. —José no respondió a ese comentario—. A cambio de tus contactos, ellos están dispuestos a apoyarte en lo que tú necesites. Me dijeron que pronto habrá elecciones y quizás necesites de ellos. Muchacho, estamos en contacto, toma, cuando estés listo para negociar, este es el número de mi contacto en Cancún, si llamas pregunta por el rumano. —Después, Karspav dio media vuelta sobre sus pasos y se dirigió hacia la salida del bar.

Afuera del hotel subió al auto que había alquilado en el aeropuerto el día de

su llegada a México, el automóvil era manejado por uno de los secuaces del comandante, que impaciente, esperaba fumando un cigarro.

VI

8:10 a. m.

José observó su reloj, el zumbido en el oído derecho apareció de nuevo, su chofer conducía mientras él observaba la ciudad, la camioneta se dirigía a la Comisión Estatal de Asuntos Internos del PSN, estaría ahí a las nueve de la mañana para presentarse como candidato único de su partido a la contienda por la diputación federal de la ciudad de México; a pesar de los muchos pensamientos que se cruzaban por su mente, el recuerdo punzante de Carlota era el más importante.

8:30 a. m.

El Comandante disminuyó la velocidad del auto, el GPS le indicaba que estaban muy cerca de la dirección que José les había señalado, a lo lejos vieron a un hombre que salía de un portón verde con el número 34 y cruzaba la calle para dirigirse al parque que estaba justo enfrente.

—Es él —dijo Karspav mientras recordaba la foto donde se veía a José y Costa brindado. El hombre comenzaba una rutina de calentamiento—. Estaciona el auto lo más cerca que puedas de él.

8:30 a.m.

José llegó al edificio de la Comisión de los Procesos Internos del PSN, al descender de la camioneta, una gran comitiva de militantes, que lo esperaban a las escaleras del edificio, lo miraron con esperanza, le aplaudían, felicitaban y auguraban buenos deseos. Una a una, el futuro candidato fue estrechando las manos a esas personas: agradecía, sonreía y abrazaba a esas personas. Mostraba su mejor cara, la misma que había ejercitado, actuado y hecho miles de veces frente al espejo de su casa, la había aprendido tras observar a los viejos políticos en los eventos públicos. Una cara que oscilaba entre bufón y asesino. Cuando terminó de saludar a sus simpatizantes, José fue interceptado por un grupo de periodistas, él sabía que esa noche sus palabras se escucharían en muchos hogares, así que se limitó a decir que trabajaría de sol a sol por el beneficio de la gente y que no descansaría hasta generar empleo y disminuir la pobreza. Agradeció a los periodistas y subió unos escalones más que lo llevarían a la puerta principal del edifico, desde comenzó a dar un discurso de agradecimiento a sus crédulos. Habló de lealtad, honestidad, gratitud, humildad, prudencia y respeto. Al apagarse sus palabras, todos los ahí presentes volvieron a aplaudir y comenzaron a gritar y corear su nombre en señal de apoyo incondicional.

8:31 a. m.

Antes de que el auto se detuviera por completo, Karspav descendió del auto, giró su cabeza en todos lados y observó el área, no había gente a la redonda, dio unos pasos y por la espalada golpeó a su objetivo en la mandíbula; Costa se derrumbó en el suelo, Karspav lo volvió a golpear, pero esta vez en los testículos. Aún con náuseas en la garganta, y a punto del desmayo, Costa sintió cómo un hombre lo levantó del suelo y lo empujó al interior de un auto.

—¡Si te mueves, te mato! —gritó el Comandante mientras presionaba el acelerador del automóvil.

En los asientos traseros del auto, Karspav le cubrió la cabeza con una funda de almohada, logrando imposibilitarle la visibilidad, le amarró las muñecas de las manos y lo lanzó al suelo del auto.

—Suéltenme, les daré lo que quieran —dijo Costa mientras pensaba que era objeto de un secuestro y se retorcía como gusano en el suelo al tiempo que su voz perdía brillo.

—¡Cállate!, ¡hablas cuando yo te lo ordene! —gritó El Comandante desde el

volante mientras Karspav impactaba uno de sus puños en la costilla derecha de Costa.

Minutos después, el automóvil se detuvo en el garaje de una solitaria casa en las afueras de la ciudad. El Comandante se dirigió a la puerta trasera y la abrió. Entre Karspav y él levantaron el cuerpo de Costa, lo sentaron en el asiento y le quitaron la funda de la cabeza.

—No quieras hacerte el listo, es mejor que cooperes, ¿entiendes? —dijo el Comandante mientras Karspav sacaba de un bolsillo una navaja, la abría y pasaba la punta de metal sobre el cuello de Costa—. No te vamos a matar. No te preocupes. Sólo debes estar en silencio y cooperar. Soy alguien que pierde el control muy fácil y si no me obedeces, puedo perderlo. Ahora, mi amigo solo te está dando un ligero rasguño, pero en cuestión de segundos podemos sacarte el corazón por la boca. ¿Entiendes?

Costa solo cerró los ojos mientras su sudor le resbalaba por todo el cuerpo.

—Ahora vamos a hablar como personas civilizadas que somos, ¿verdad?, ¿entiendes? Contéstame o mueve la cabeza para saber que nos hemos entendido —dijo el Comandante después de darle una bofetada en la cara a Costa.

Costa solo movió la cabeza afirmando mientras trataba de recuperar el aliento.

—¿Dónde está ella? —preguntó el Comandante después de recibir de manos de Karspav una de las fotografías.

Cuando Costa vio la foto sintió rabia y por un segundo pensó que aquello no estaba pasando y en cualquier momento despertaría de un sueño maldito. Otro golpe en las costillas lo hizo darse cuenta que eso era el inicio de una pesadilla.

—Ella murió —contestó Costa.

—Eso lo sabemos, imbécil —dijo el Comandante dándole una bofetada en la cara—. Queremos saber ¿quién la mató y dónde la enterraron?

—La mató un político que se llamaba Anselmo, fue hace mucho tiempo, ellos se drogaron y luego él salió gritando que ella no había aguantado el pinchazo. Él ya murió —dijo Costa con voz cortada.

El Comandante tradujo las palabras de Costa a Karspav.

«Eso mismo me dijo José», pensó Karspav. —Pregúntale dónde enterraron el cuerpo —dijo en inglés dirigiéndose al Comandante.

—¿Dónde está el cuerpo?

—Lo lanzamos al río que cruza por Escutia. Después la policía lo encontró y no sé más. Fue hace muchos años. Yo me fui de México. ¡¿Por qué no le preguntan al hijo de puta que les dio esas fotos?! ¡Él me ayudó a lanzar el cuerpo al río!

—dijo Costa tratando de zafarse de sus captores.

El Comandante tradujo de nuevo las palabras de Costa a Karspav al tiempo que le daba una bofetada para que se calmara.

Karspav se quedó pensando un momento en lo que acababa de escuchar.

—Dile que nos lleve al lugar donde lanzaron el cuerpo —dijo sin dejar de presionar la navaja en el cuello de Costa.

Costa dio una dirección que el Comandante introdujo en el GPS. El Comandante puso de nuevo la funda en la cabeza de Costa y lo lanzó al suelo. Kilómetros después, el GPS daba indicaciones de que estaban llegando al punto indicado. Según la máquina, el punto exacto era un basurero.

8:45 a. m.

José cruzó las puertas del edificio de la Comisión del partido, frente a él observó una mural donde un robot tendía la mano a un obrero, que a su vez la tendía a un campesino. Mientras observaba esa imagen, pensó en todo el progreso que llevaría a la ciudad, luego caminó por un pasillo donde olía a perfumes y lociones frutales, una mujer voluptuosa se acercó a él y le dio la mano para felicitarlo, después de estrechar su mano, José sintió que ella le había dado una nota, no era necesario ver qué decía aquel papel, estaba seguro de que era su número personal. Solo sonrió como cuando un rey saluda a sus súbditos. Entró a un auditorio que estaba abarrotado de militantes del partido, que ya lo esperaban en medio de aplausos y felicitaciones. Sin detenerse a saludar a cada uno de ellos, caminó levantando la mano en agradecimiento, bajó unas pequeñas escaleras y se dirigió al proscenio, donde ya lo esperaban tres hombres con unas carpetas abiertas.

9:00 a. m.

Al bajar del auto, Karspav sintió espasmos de vómito, el Comandante se tapó la nariz, el olor a putrefacción le arañaba las fosas nasales, sacó su teléfono, hizo una llamada y mandó su ubicación a la otra persona que estaba del otro lado del teléfono, después colgó. Se dirigió al auto y a golpes bajó a Costa, que quedó tirado en el suelo por el dolor en todo el cuerpo. El sonido del caudal del río se escuchaba muy cerca. Unos niños cruzaron con un balón de futbol por donde el auto se detuvo, al ver a Costa en el suelo no hicieron caso alguno y, como si esas imágenes de violencia fueran algo habitual , continuaron jugando con el balón sin detener su camino.

—Levanta la cara. ¿Es aquí? —dijo el Comandante golpeando en la cabeza a

Costa.

—Sí, creo que sí, está un poco cambiado, pero seguro fue por aquí, fue un poco más allá junto al río —dijo Costa levantando su cara lastimada y se lamentaba por el dolor en su cuerpo mientras trataba de reconocer la zona.

—Levántate y llévanos al punto —dijo el Comandante.

—Dile que si corre o trata de hacer alguna idiotez, le llenamos el cuerpo de plomo —dijo Karspav al Comandante.

Costa caminó escoltado por los dos hombres pocos metros más en dirección hacia el río. Por segundos trató de encontrar el punto exacto donde él y José habían lanzado el cuerpo, pero desistió al instante, el área había cambiado, era difícil ser preciso.

—Es unos metros más allá —dijo Costa para ser convincente, pero en realidad, estaba perdido.

Los tres hombres caminaron unos metros más.

—Fue aquí —dijo Costa al tiempo que el Comandante le daba un fuerte golpe en la parte trasera de las piernas que lo hizo caer de rodillas.

9:05 a. m.

José subió los escalones que lo llevaban al estrado, los tres hombres enfundados en trajes caros y corbatas finas aplaudían al candidato. José se acercó a la mesa, donde las carpetas ya estaban abiertas para ser firmadas y hacer oficial su candidatura.

9:05 a. m.

Karspav cerró los ojos y trató de recordar a su hermana cuando era pequeña y jugaban en la casa de sus abuelos. Sacó las fotos de su chaqueta y las observó, los hombres alrededor de Suzana que sonreían y celebraban, le daban asco, así que rompió las fotos tratando de que solo quedara la imagen del rostro de su hermana. Con las fotos hechas pedazos desvió la mirada en busca del hombre que tenía en el suelo, a sus pies, indefenso justo como creía que había estado su pequeña Suzana en aquel momento que tomaron esas fotos.

9:06 a. m.

Frente a las tres carpetas, José sacó una pluma Mont Blanc que su suegro le había regalado el día de la boda con Leda, la destapó y comenzó a firmar uno a uno los tres documentos.

9:06 a. m.

Karspav, con una mirada como de látigo, sacó de entre su ropa una pistola, le puso un silenciador, la recortó y puso el cañón en la frente de Costa y comenzó a disparar una a una todas las balas.

9:07 a. m.

Cuando José terminó de firmar, levantó victorioso la carpeta del centro y la mostró a sus simpatizantes. En la carpeta se podía ver su firma, todo el público que estaba en esa sala aplaudió y gritó su nombre.

9:07 a. m.

Costa solo sintió cómo de cara al sol la luz perdió intensidad.

9:08 a. m.

Todos los simpatizantes del candidato subieron al estrado en busca de un abrazo o una foto.

9:08 a. m.

Después de impactar la última bala en el cuerpo de Costa, Karspav soltó una lágrima y pidió al Comandante llevarse el cuerpo. El Comandante obedeció y cargó el cuerpo hasta una camioneta que estaba estacionada junto al auto , donde ya lo esperaba uno de sus secuaces, entre los dos subieron a Costa sin vida en la parte trasera de la camioneta.

—No dejen rastro del cuerpo, disuélvanlo con ácido y que los perros se coman los que quede de él —ordenó el Comandante.

Días después, la misma mañana que José presentó su registro ante Instituto Electoral de la Ciudad de México, Karspav volaba hacia los Estados Unidos.

La siguiente semana, Karspav entró vestido de fontanero a la casa de Marta en Houston, pues un contacto de Karspav en los Estados Unidos le había conseguido la dirección y planos de la casa de Villatoro. Le dijo que vivía con su hija y el marido de ella, así como con sus dos hijos aún menores de edad, de la esposa de Villatoro no se mencionó nada, pero quizás, hacía muchos años lo había abandonado. Según el contacto, Marta y su marido tenían la costumbre de salir a dar un paseo por las tardes y dejaban a Villatoro al cuidado de sus

nietos. Así que, con esa información, Karspav entró a la casa por la puerta trasera, subió las escaleras para dirigirse a los dormitorios y ahí, en la segunda habitación, encontró a Villatoro dormido, echado bajo las sábanas con su cara pegada a la almohada y la televisión encendida. Sería más fácil de lo que Karspav había pensado, solo debía lanzarse sobre el cuerpo y ejecutar lo planeado. Cuando Karspav entró a la habitación, cerró y puso por dentro el pestillo, dio unos pasos como gato silencioso y apuntó a la cabeza de Villatoro con un arma, Villatoro, al sentir el arma en su cabeza, abrió los ojos sobresaltado.

—El mundo es pequeño y al parecer tenemos amigos en común, ellos saben lo que hiciste y están de acuerdo en que merezco mi venganza —dijo Karspav mientras sacaba la foto remendada con celo y se la mostraba a Villatoro, que solo movía los ojos llenos de susto.

En la foto, Villatoro se pudo ver años atrás, más delgado, con un poco de más pelo y sonriente, penetrando a Suzana. Cuando Villatoro observó la foto, sintió cómo un mar de sudor le comenzaba a recorrer su frente, en ese momento Karspav lanzó la foto a los pies de Villatoro, guardó la pistola y sacó un cuchillo bien afilado y brillante como el sol. Karspav se abalanzó sobre su presa como jabalí sediento, descubrió el cuerpo de Villatoro debajo de las sabanas, le bajó el pijama hasta las rodillas, tomó los testículos y el pene con una mano como si de un ramo de tulipanes se tratara y con cálculo preciso clavó la hoja de acero en la piel, deslizando la hoja de metal. Despacio, sin ninguna prisa, comenzó a rebanarle los testículos mientras la sangre nacía desbocada como un caudal rojo de un río caliente.

Al llegar a su casa, Marta y su marido encontraron a sus hijos jugando al *play station y* comiendo la pizza que un repartidor misterioso les había entregado. Ellos habían estado tan distraídos que no se percataron de nada. Cuando llegó la policía encontraron el cuerpo de Villatoro boca arriba con sus testículos y pene en la boca. Al llegar el forense, tuvo que retirar del ano de Villatoro un tubo de acero de unos quince centímetros de longitud y cuatro centímetros de diámetro revestido de alambre de púas. El forense dejo estipulado en el acta que Jorge Villatoro Blaque había muerto asfixiado con sus propios genitales.

VII

En la campaña, José llevó un discurso populista que le hizo día a día ganar simpatizantes y aunque sus dos contrincantes eran políticos experimentados

muy conocidos en la ciudad, poco pudieron hacer ante la imagen y retórica del joven candidato del PSN. En el caso del PVN, su discurso viejo y obsoleto, aunado a los constantes casos de corrupción con los que se relacionaba a su candidato, llevaron al partido de la derecha a perder muchos votos que había conservado en las dos anteriores legislaturas. Por el otro lado, el PCL, que era un partido emergente, se presentaba como una opción ciudadana autodenominada de izquierdas en lo social y de derechas en lo económico; a pesar de que era la primera vez que se presentaba a unas elecciones, logró dar la sorpresa y obtener bastantes votos ayudado de una excelente estrategia política.

Casi al final de la campaña, José conoció a una profesora de nombre Camila, ella daba clases de Historia en el colegio La Salle, lugar donde José fue a dar un discurso a los padres de familia. Desde que José la vio entrar al auditorio se enamoró de sus ojos. Antes de salir del colegio la abordó y la invitó frente a todos los padres de familia al cierre de campaña en el Monumento a la Independencia de la capital. Hacía poco que José había escuchado un viejo refrán que dice: «si vas a hacer algo indebido, hazlo a ojos de todo mundo, normalmente el mundo es ciego». En el cierre de campaña, José la pudo ver entre la multitud de personas, pero, aunque la buscó más tarde, al final del evento no la encontró. Al terminar las elecciones, el cómputo final que ofreció la Comisión Electoral Nacional fue de un 49% de votos para el PSV; 25,6% de votos para el PVN y 25,11% de votos para el PCL. Después de ganadas las elecciones, José se encontró sentado en su escritorio, con un futuro prominente y el mundo a sus pies. Sabía que era cuestión de tiempo para comenzar a mover las piezas del tablero de ajedrez a su favor.

Semanas después del triunfo, Camila llamó a la oficina de José con el pretexto de buscar una donación de libros para una escuela de escasos recursos donde ella hacía voluntariado los fines de semana y dejó su número personal a la secretaria de José. En cuanto la secretaria le dio el recado al diputado, él entendió el mensaje y no pasaron ni dos días para que citara a Camila en una cafetería cerca de su piso de soltero. Ese día José llegó tarde a la cita con la profesora, pues había acompañado a Leda con el ginecólogo, aquel día se enteraron de que ella estaba embarazad de nuevo. Estaban felices, ese angelito podía ser el regreso de la alegría a su matrimonio. Después de llevar a Leda al penthouse de La Cañada y planear cómo les comunicarían esa felicidad a las familias, José se dirigió a su cita. Camila, cansada de esperar, salió a tomar el sol en una banca que estaba en un jardín rodeado de girasoles. Cuando José bajó de su camioneta y la vio en el jardín de espaldas, se acercó a ella y le tocó un hombro. Al voltear lo vio y sonrió de manera tímida. José, al ver la sonrisa

de Camila, sintió que su corazón volvía a latir, justo como años atrás cuando conoció a Marta. Sin hablar, se sentó junto a ella en la banca y sin importarle que alguien los pudiera ver, José le dio un fuerte abrazo y, como niño irracional que descubre una bella mariposa, la cogió entre sus manos sin darse cuenta de que en ese momento ya había comenzado a lastimarla.

VIII

Meses después, José se encontraba sentado en su oficina de la Cámara de Diputados, observaba la correspondencia, una de las cartas era del Centro de Escritores de la Ciudad de México, el documento era una invitación al segundo homenaje luctuoso de la muerte de José Emilio Pacheco. La hoja venía membretada con uno de los versos del poeta.

Invierno del 2016

«Ya somos todo aquello contra lo que luchamos a los veinte»

José leyó el verso y sintió amarga la garganta, se levantó de su asiento y se dirigió a su sanitario, abrió el grifo del agua, se vio la cara en el espejo y notó que su piel había cambiado, no era la misma de hacía años, unas arrugas y canas anunciaban el paso de los años. Con los ojos cerrados comenzó a evocar su juventud. Se recordó en medio de la biblioteca de su abuelo, leyendo a Paz, Verne, Twain, Wilde y Rulfo; viendo las imágenes de Cézzane, Monet, Pollock, Siqueiros y Varo; las esculturas de Rodin, Giacometti y Miguel Ángel. Con la mirada perdida, los recuerdos dominaron su mente. Se apoyó en la cerámica del lavabo, sintió en uno de los brazos un ligero cosquilleo y entumecimiento, por primera vez sintió los efectos de la enfermedad. El fresco de la habitación recorrió su cara. El vapor del agua había opacado el vidrio, el mismo donde se había visto tantas veces. Deslizó una mano en el espejo y acercó su cara, lo que vio ahí le atemorizó y coronó su nostalgia. Un crepúsculo de silencio se apoderó de la habitación. Oyó dentro de sí una confusa música hecha de recuerdos. Se recordó de pequeño jugando en la habitación donde Juana zurcía la ropa vieja de sus tíos. De cada nota nacía una flecha de oro que atravesaba y partía su corazón. Metió las manos debajo del agua, frotó su cara. La sensación fue reconfortante. Se volvió a ver en el espejo, observó sus pupilas, esta vez sonrió como el héroe que camina hacia la muerte con el corazón entre las manos, pues sabe que esa muerte es el instante más dichoso de ser humano, ya que representa el culmen de la vida. En medio de esa sonrisa pensó que

contemplar, resplandeciente, su propia imagen en el espejo hasta que su nombre se desgastara con el tiempo, era el gran privilegio que nos da la vida.

No hay vida sin muerte.

Sin muerte

no hay héroe.

José salió del baño, se dirigió hasta su escritorio y encendió la televisión. Sacó su móvil del bolsillo y comenzó a presionar el teclado mientras se escuchaban los tonos del teléfono y veía las noticias internacionales en su ordenador.

Se cumple un año desde los atentados terroristas en la capital francesa a las oficinas del semanario satírico Charlie Hebdo, donde dos hombres encapuchados y vestidos de negro, que ahora se sabe que eran hermanos de apellido Kouachi, pertenecientes a un grupo yihadista, perpetuaron un tiroteo abriendo fuego a quemarropa con fusiles automáticos durante diez minutos contra el personal de redacción, matando a doce personas y dejando algunos heridos. Entre los heridos se encontraron Philippe Lançon, quien fue herido de gravedad en el rostro; Fabrice Nicolino con heridas en una de sus piernas; así como Simon Fieschi y Laurent Sourisseau. Ese tiroteo, como recordará nuestro auditorio, fue una respuesta delirante y extrema de un grupo yihadista a causa de la publicación de caricaturas satíricas de Mahoma en el semanario francés.

Por lo que hoy, justo a un año del tiroteo, el presidente François Hollande, junto con miembros de su gabinete y la alcaldesa de Paris, se reunieron para desvelar tres palcas en la cuidad parisina: la primera, al este de Paris en memoria de las víctimas del ataque antisemita en el supermercado judío Hyper Cachcer; la segunda, en memoria del policía Ahmed Merabet, caído cumpliendo su deber; y la tercera, en memoria de los doce abatidos en las oficinas de Charlie Hebdo.

En la pantalla del portátil se podía ver la placa en la calle Nicolas Appert, que el presidente François Hollande acaba de desvelar en nombre de la libertad de expresión.

«À LA MÉMOIRE DES VICTIMES DE L'ATTENTAT TERRORISTE CONTRE LA LIBERTÉ D'EXPRESSION PERPÉTRÉ DANS LES LOCAUX DE CHARLIE HEBDO LE 7 JANVIER 2015»

FRÉDÉRIC BOISSEAU
FRANCK BRINSOLARO
CABU
ELSA CAYAT
CHARB
HONORÉ
BERNARD MARIS
MUSTAPHA OURRAD
MICHEL RENAUD
TIGNOUS
GEORGES WOLINSKY

Del otro lado del móvil un hombre contestó, al escuchar esa voz, José sintió como si su cuerpo comenzara a caer por un acantilado en medio de un excitante vértigo, se aclaró la garganta y preguntó por el Rumano.

Quinta parte
Escribir es renacer

A kilómetros del Congreso de la Nación, Rata despertó después de once años de estar en coma.

FIN

Índice

Primera parte. Escribir es aprender 13

Segunda parte. Escribir es amar 67

Tercera parte. Escribir es sangrar 241

Cuarta parte. Escribir es poder 343

Quinta parte. Escribir es renacer 393